

La droga + dura 2

INTENTA DEJARLA



Anny Peterson



ÍNDICE

- 1 DE BODA EN BODA
- 2 LA NOVIA CADAVER
- 3 LA BODA DE MI MEJOR AMIGO
- 4 EL FUGITIVO
- 5 SCREAM
- 6 NOVIO POR UNA NOCHE
- 7 DÉJÀ VU
- 8 AVATAR
- 9 AHORA O NUNCA
- 10 HOMBRES DE HONOR
- 11 SI FUERA FÁCIL
- 12 ROMEO Y JULIETA
- 13 HAMLET
- 14 MILLION DOLAR BABY
- 15 PSICOSIS
- 16 LA VIDA ES BELLA
- 17 IN & OUT
- 18 EN TIERRA HOSTIL
- 19 LA ROCA
- 20 EL GUARDIÁN

- 21 SIN COMPROMISO
 - 22 UNA CUESTIÓN DE TIEMPO
 - 23 LA DELGADA LÍNEA ROJA
 - 24 LA CENICIENTA
 - 25 EL PLAN B
 - 26 LOS PADRES DE ÉL
 - 27 AMISTADES PELIGROSAS
 - 28 BAJO CERO
 - 29 VIVEN
 - 30 CREPÚSCULO
 - 31 CRASH
 - 32 ARMAGEDDON
 - 33 DIEZ RAZONES PARA ODIARTE
 - 34 CUENTO DE NAVIDAD
 - 35 CINCUENTA SOMBRAS MÁS OSCURAS
 - 36 PESADILLA ANTES DE NAVIDAD
 - 37 EN BUSCA DE LA FELICIDAD
 - 38 SIN PERDÓN
 - 39 TODO INCLUIDO
 - 40 NUEVE MESES
 - 41 LOVE ACTUALLY
- EPÍLOGO
- AGRADECIMIENTOS

DE BODA EN BODA

Axel intentó abrocharse el gemelo por tercera vez consecutiva. Se estaba poniendo de los nervios, ¿dónde estaba la madrina cuando la necesitaba? Zoe llegaba tarde por primera vez en su vida, y tenía que ser justo el día de su boda.

Sus padres no habían podido acudir al enlace porque les coincidía con un importante torneo de golf en Florida, y casi prefería que así fuera; sin embargo, ellos no sabían que todo era una farsa y esa elección dejaba claro qué posición ocupaba en su ranking de prioridades: Justo por debajo del Golf.

No quería mentirse a sí mismo y achacar su mal humor a la ausencia de sus padres o a la tardanza de Zoe, sencillamente las últimas tres semanas habían sido las peores de su vida a todos los niveles: Salud, trabajo, amor y familia. En todos los campos se había proclamado un estado de alerta máxima. Físicamente se encontraba débil, aunque quizá fuera porque estaba comiendo muy mal. Tenía el estómago completamente cerrado, sobre todo desde la conversación que tuvo con su exmujer cuando le contó su inminente boda con Naia.

—¿Que vas a hacer qué?! —chilló histérica.

—Me caso en veinte días —repitió Axel con desgana.

—¿Será una broma?

—¿Ves que me esté riendo? —repuso serio.

—Pero... ¿te has vuelto loco? ¡¿Quién es ella?! ¡Cómo puedes hacerme esto! —exclamó gritando y estallando en lágrimas después.

A pesar de su cinismo y de saber de sobra que divorciarse era lo mejor para ambos, le dio pena. Así que se acercó a ella y la abrazó.

—Bea, por favor... no me lo pongas más difícil. No la conoces. Entiendo que pueda chocarte, sé que es muy pronto, pero lo tengo claro. Nunca he sido un “viva la vida”, —me conoces—, y sabes que soy de relaciones serias; ella quiere casarse.

—¿¡Me pusiste los cuernos!?! ¡Si no, no se explica! ¡Ha pasado muy poco tiempo! —gritó entre sollozos.

Él le cogió la cara.

—Mírame —ordenó Axel—, cálmate por favor, te juro que nunca te he engañado. Te lo juro por nuestra hija.

No sabía cómo hacerle ver que todo aquello no era más que un ataque de orgullo. Llegaría el día en que se diera cuenta de que su relación no era ni de lejos una relación normal de pareja, solo era amistad, compañerismo; y en ese sentido, nunca le había fallado. Él siempre enfocó el tema del divorcio como una decisión que sería buena para ambos, y esperaba que algún día, —si llegaba a enamorarse de verdad—, le acabara dando las gracias de librarla de una vida tan insípida. Pero ese hecho se le antojaba muy lejano en ese momento.

—No lo entiendo... —gimoteó ella.

—No hay mucho que entender. La conocí hace meses y me enamoré de ella. Cuando reuní el valor para romper lo nuestro, empezamos algo, y una cosa ha llevado a la otra... Cuando lo tienes claro, no es necesario esperar más.

Esperaba que se lo creyese porque era la explicación que iban a darle a todo el mundo.

—¿Y no has pensado cómo afectará esto a Adriana?

Ahí estaba. La pregunta del millón. El comodín de la niña. Estaba seguro de que iba a usarlo en cuanto pasaran dos minutos y entendiera que en el fondo, con quien viviera él su vida ahora que ya estaban separados, no le importaba lo más mínimo porque no le amaba.

—Sí, lo he pensado. Y por suerte es pequeña como para hacerse ideas

raras en la cabeza. Sé que lo asimilará rápido y aceptará sin problemas el cambio. A Naia le encantan los niños, y ya se conocen.

—¿Naia? —preguntó Bea con mirada fiera—. ¿Cómo se apellida?

—No letrado, mejor que no lo sepas, deja en el bufete tus truquitos, que nos conocemos.

Sus ojos destilaban ira y Axel supuso que había vuelto a recordar cómo iba a caer la noticia entre sus amigas. Seguro que se sentiría el hazmereír entre esas malas pécoras.

—No cariño, mis truquitos los verás cuando pida la custodia total de Adriana.

—¿Qué?! —exclamó Axel—. ¿Eso qué tiene que ver? ¡No mezcles las cosas!

—No mezclo nada, un juez verá que abandonas una familia para formar otra, y ese es el mensaje que le trasmites a la niña. Lo mejor es que te alejes de ella.

—¿Pero qué coño dices?!

—Pienso pedir la custodia total y estoy segurísima de que me la darán, soy la madre —dijo maliciosa.

Por un momento pensó que iba a desmayarse. No podía respirar. Adriana.

—Bea... —dijo como una plegaria—. Siempre te he considerado una buena madre. No uses a la niña como arma arrojadiza, tú no eres así. Si haces eso la perjudicarás también a ella... Es su vida.

Ella no contestó, lo cual le dio esperanzas y fuerza para continuar.

—Te aprecio muchísimo, quiero que cuentes conmigo para cualquier cosa que necesites, por favor, no quiero perderte, tenemos que estar bien, por Adri...

Ella hizo una mueca parecida a una sonrisa, aunque fue sustituida por una de pánico y después por la desolación.

—¿Qué van a pensar de mí las chicas del club? —se lamentó.

Axel reprimió poner los ojos en blanco. La fijación de “el qué dirán” de su mujer le ponía enfermo, pero en vez de maldecirla, una vez más su mente se dedicó a buscar una solución al consabido problema.

—Diles que soy un cerdo. Que en realidad no la quiero, que únicamente me caso con ella por dinero. Que es rica y se ha encoñado conmigo.

—¡Buena idea! —sonrió ella ilusionada, y pudo respirar tranquilo por varios motivos: la primera, porque parecía que había olvidado la idea de

intentar joderle con la custodia de la niña; y la segunda, porque acababa de dejar claro que no estaba enamorada de él. Nadie se recobraba tan rápido de una noticia como esa.

Axel bebió un trago de la petaca que había traído de estranjis en el bolsillo interior de su chaqueta. Había cogido la costumbre de echarse uno cuando, sin venir a cuento, sentía una opresión en el pecho, palpitaciones rápidas o dificultad para respirar. Y por alguna razón, sabía que esa mañana la necesitaría. Desde que descubrió que la chica por la que había perdido la cabeza, había rechazado sus propuestas de matrimonio no solo porque no le quería, sino porque le creía capaz de quedarse con un pastizal que no era suyo y ¡dejar que una niña muriera por su culpa!... había tenido que tirar de petaca tres veces. Cada vez que recordaba esa insinuación ¡se indignaba por lo injusta e inmerecida que le parecía! Y ahora iba a casarse con ella. Sus ataques de ansiedad estaban más que justificados.

Los tres momentos clave en los que su cuerpo reaccionó al pánico por la considerable tensión emocional que estaba viviendo en ese momento de su vida fueron causados por una mujer. Primero, Bea con la amenaza de quitarle a Adriana instaurando un agobio en su sistema nervioso ante el espanto de no poder ver a su hija siempre que quisiera, ¡como si fuera un jodido delincuente!; la segunda, había sido en su despedida de soltero, pero había decidido no volver a pensar en ese vergonzoso percance; y la tercera, la primera vez que había obligado a Zoe a aparecer por la agencia después de que Leo les contara que se habían acostado. Fue como encender la mecha de un petardo y quedarse enganchado a él sin poder soltarse mientras esta se consumía.

Sabía que Leo estaba dolido, que fuera lo que fuera lo que había sucedido había afectado a su orgullo una vez más, pero estaba seguro de que después de unos días se le pasaría, y no fue así. Cada hora que pasaba iba a peor y cuando intentó acercarse a él, le ladró como a todos los demás. Axel estaba desconcertado, puede que como Zoe era su mejor amiga, Leo hubiera decidido no apoyarse en él para superar su dolor, pero en un momento tan delicado como ese en la agencia, era mala idea comportarse como si alguien acabara de morir, aunque puede que eso fuera exactamente lo que había sucedido, que una zona en el lado izquierdo de su pecho había sido declarada muerta.

César no estaba de cuerpo presente para lidiar entre ellos, y debían buscar rápido otros proveedores de bebida y otra Sala principal, para llevar a cabo una de las fiestas más importantes del año en unos quince días. Tenían contratados tres eventos para celebrar Halloween y estaban con el culo al aire, así que tomó cartas en el asunto. Él ya se estaba haciendo cargo de la parte de César, y no podía hacerse cargo también de la de Leo; necesitaba a un comercial de quien fiarse y que pudiera encontrar en poco tiempo lo que necesitaban, así que sintiéndolo mucho, llamó a Zoe para tener una reunión de trabajo. Cuando Leo alzó la vista y la vio entrar en la sala, —siete días después del lunes negro de la vuelta de Nueva York—, se levantó de la silla y sin decir nada, abandonó las oficinas y no volvió en todo el día. Solo eran las once de la mañana.

—¿Y ahora se pira? —preguntó Zoe ocupando la silla que había dejado vacía.

—Joder, esto es increíble —dijo Axel furioso—. ¿Por qué no puede simplemente tratarte como siempre? Al menos podíais trabajar juntos. Ayer tuve una especie de charla con él, sobre las urgentes necesidades de la empresa, porque no quiere oír hablar de nada que empiece por “¿qué te pasa?”, “¿cómo estás?”, “¿has comido algo en toda la semana?”. ¡Parece un puto zombi! y nos tenemos que poner las pilas para Halloween. Yo también tengo problemas joder, pero no los pago con CXL.

Zoe se quedó pensativa, en su cara había arrepentimiento.

—¿Qué necesitas que haga? —preguntó ella solícita.

—Que vayas a visitar un par de salas que tengo miradas, e intentes llegar a un acuerdo con ellos. No tenemos tiempo. También he encontrado un par de proveedores de bebidas que podrían ajustarse a nuestras necesidades, pero quería que Leo fuera a hablar con ellos y está pasando de todo. Le mando emails, mensajes al móvil y no me contesta a nada, tampoco me da soluciones y ya ves que aspecto tiene. Estoy preocupado.

—La madre que lo parió... —farfulló ella.

—¿Qué coño pasó Zoe? Porque él no dice nada, está completamente hermético al respecto y yo ya no sé qué hacer. No quería meterme, pero necesito entender por qué está así para poder ayudarle y que vuelva a ser el mismo.

A Zoe se le humedecieron los ojos al momento y empezó a contarle cómo había sido el final del encuentro en su casa.

—¿Pero cómo se te ocurre hacer eso? —dijo Axel atónito.

—¿Qué pasa? ¿Qué tu amiguito puede hacerlo cada dos por tres a otras chicas y yo no puedo hacérselo a él? Es un hipócrita. Ha probado de su propia medicina.

—¡Joder, esto es diferente!

—¿Diferente en qué?

—Te aseguro que esas chicas saben a lo que van, le conocen. Y yo también, por eso creo que si está así es porque siente algo por ti.

—Quizá algunas de esas chicas sientan algo por él y se dejen vapulear teniendo esperanzas de conseguir algo más, ¿no lo has pensado? —dijo furiosa—. ¿Acaso quieres que yo sea una de ellas? ¿Qué me flipe por él? ¡Porque yo no me acuesto con alguien sin sentir nada! Eso es lo que él piensa de mí desde el instante en que me acosté con otro tío la noche que nos conocimos, pero esperaba que tú no lo hicieras.

—¿Entonces por qué cojones has hecho eso si sientes algo por él?! —gritó Axel.

—¡Porque puede destrozarme! Podría ser mi jodida alma gemela para bien o para mal ¡y sé lo que es perder a alguien importante! No puedo volver a pasar por eso.

—¿Por eso no te has atado nunca a nadie? —dijo Axel compasivo.

—No quiero que Leo me afecte. Sabes cómo trata a las chicas... ¡Tengo que protegerme! Estaba empezando a ser simpático conmigo, a tratarme bien... y siempre ha habido tensión sexual no resuelta. Quería darle lo que sabía que quería, y que me dejara en paz con la dignidad intacta.

—Sí, pero a lo grande... ¡Joder Zoe! Si lo hubieras visto al día siguiente... estaba muy jodido.

—Pensé que su orgullo se repararía con uno de sus maratones sexuales —dijo encogiéndose de hombros.

—Él sabe que es un hacha en la cama, eso no es lo que le ha sentado mal. ¿No lo ves?

—No alimentes al monstruo que llevo dentro... —murmuró—. No puedo contemplar la posibilidad de que le guste de verdad.

—No cielo, el monstruo que llevas dentro es el que te está haciendo huir de lo que podría ser lo mejor de tu vida.

Ambos se mantuvieron la mirada.

—Tengo miedo —admitió Zoe.

Axel le sonrió con ternura y se acercó para abrazarla.

—No te preocupes, lo solucionaremos, aunque en vez de decirle: “ha sido penoso, gracias por venir”, le podrías haber dicho que la tiene pequeña o algo así... Te has pasado mucho.

—Eso no se lo hubiera creído, ¡no es ciego! —dijo ella con una sonrisa avergonzada—. Si la vida fuera justa debería medirle tres centímetros...

Axel se ríó. Una de las mejores cosas que tenía Zoe es que sabía reírse de sus penas y aceptar sus errores.

—¿Qué voy a hacer ahora? —dijo preocupada.

—No va a ser fácil. No va a ser pronto. Pero lo conseguirás.

Lo que no le dijo, es que esa misma noche fue a casa de Leo después de que no contestara a varios mensajes y le encontró semidesmayado, borracho como una cuba en manos de una señorita a la que tuvo que pagar 150 euros por sus servicios para que se largara.

La situación con Naia en la oficina era tirante, pero él había estado muy ocupado y eso le había impedido regodearse en el mal rollo existente. César iba a estar ausente bastante tiempo mientras estudiaba para la plaza de Inspector, y había tenido que buscar ayuda para llevar el papeleo al día. Su futura esposa también estaba hasta el cuello de trabajo, —el lanzamiento del nuevo apartado de bodas de CXL le tenía totalmente absorbida— así que sus conversaciones la primera semana se habían limitado a monosílabos y a mensajes de WhatsApp de trabajo hasta que de repente, el domingo se dignó a llamarle por teléfono.

—¿Sí?

—¿Axel?... ho-hola... ¿Qué tal? —dijo cortada.

—Dime.

—Esto... creo que tenemos que ir tomando alguna decisión con respecto a la boda y... a la mudanza, ¿te viene bien que pase a verte esta tarde?

—¿De qué quieres hablar exactamente? —preguntó rechazando verla en persona. Suficiente la veía ya.

—Pues... de algunas cosas que tengo anotadas... por ejemplo: ¿tienes traje para la boda?

—Sí. Me prestarán uno en una tienda para la que la agencia suele desfilar. ¿Qué más?

—Eh... ¿Se lo has dicho ya a tu familia? Necesito saber el número de

personas exacto...

—Mis padres no vendrán. Por mi parte estarán Leo, César, Zoe, unos tíos míos que se meten hasta en la sopa y Adriana —dijo indiferente.

El último nombre había dejado una estela en el aire de otra conversación pendiente, pero Naia se quedó callada. Sabía que estaba siendo seco y duro con ella, sin duda la prueba irrefutable de que todavía le dolía horrores todo lo que había sucedido. No paraba de tener *flashbacks* del Jacuzzi de Nueva York, de su beso en el Empire, de la última vez que hicieron el amor en silencio en el piso de Jessica... todo estaba demasiado reciente.

—Vale... por mi parte sólo serán mi abuela, Jorge, Isa, Fernando y Martina.

—Entonces somos trece. Un número muy apropiado para la ocasión...

—A mí me gusta el número trece... —dijo ella con la boca pequeña.

—¿Algo más? —contestó cortante.

—Sí... eh... Quizá estaría bien pensar dónde me voy a instalar, y hacer la mudanza poco a poco de cosas que voy a necesitar si voy a vivir allí... Puede que haya que comprar algún mueble ¿no? ¿Qué has pensado?

Axel se sintió algo incómodo con la pregunta, pero era necesaria.

—En principio pensé en cambiarme de piso porque no cabemos, pero queda al lado de la oficina. Fue una ganga y Adriana ya se está acostumbrando a él... Dejar que te instales en su habitación también sería un error, ella necesita sentir que allí tiene un espacio suyo, y su madre me dijo que durmiera sola en su propia cama, porque meterla en la mía sería un paso atrás después de lo que nos costó acostumbrarla a hacerlo en la suya...

—Puedo dormir en el salón... —dijo cohibida.

—Eso para un mes puede estar bien, pero no para un año...

—¿Entonces dónde voy a dormir?

Le había dado bastantes vueltas a eso, y se le ocurrían las ideas más disparatadas, como por ejemplo, justo debajo de él.

—Cuando Adriana no esté puedes dormir en su habitación, en el plegatín que hay debajo de su cama... y cuando venga de visita tendrás que dormir en mi cama, ya sabes que es lo suficientemente grande para no encontrarnos si no queremos, porque mi hija es de las que se levantan por la noche y si te encuentra en el sofá no dudará en comentárselo a su madre y eso no nos conviene. ¿Te he contado que mi ex es abogada? Es mejor limitar los riesgos, ya estoy teniendo suficientes problemas con ella.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Lamentó su última frase, pero al momento se impuso que le diera igual. Era una realidad y estaba harto de ser una persona capaz de sentirse mal por los demás a pesar de que les estuviera haciendo un favor.

—¿Algo más? —preguntó displicente.

De nuevo, silencio. Y no pudo evitar sentirse mal por cohibirla. “Basta Axel. Sé fuerte”, dijo una voz en su cabeza.

—Sí... —respondió ella apocada—. Me gustaría llevar algunas cosas mías a tu casa. Aparte de ropa, tecnología y neceser...

—¿Como qué?

—Mis películas... ¿Es mucho pedir?

Axel cerró los ojos y recordó todas las veces en las que habían usado esa jodida frase. Rezó para que con el tiempo todo fuera más fácil y menos doloroso.

—Podría encargarme un mueble a medida para la pared del fondo... ¿Qué te parece? —preguntó ella con más firmeza.

—Haz lo que quieras —repuso indiferente.

—Vale, ya me dirás las medidas de la pared.

Colgó el teléfono poco después de manera impersonal y cortante. Acababa de darse cuenta de que Naia realmente iba a instalarse en su vida. Necesitaba superar ese rencor cuanto antes. No le gustaba estar todo el santo día enfadado, y aunque no iban a convertirse en amigos dado su historial, no podía pasarse las próximas cincuenta y dos semanas con esa actitud.

LA NOVIA CADAVER

Me miré al espejo y mis ojos no me transmitieron lo que debería sentir una mujer el día de su boda. Haría bien en borrar toda esa culpabilidad si

quería que el plan para salvar a Martina funcionase. En cuanto saliera por esa puerta, tendría que fingir ser la chica más feliz del mundo, iba a casarme con el hombre que amaba. Aunque justamente por eso estaba tan triste.

Las tres últimas semanas habían sido el infierno. Desde el lunes de la hecatombe no había levantado cabeza por varios motivos: Axel me odiaba profundamente, César había desaparecido, Leo había muerto —o al menos su espíritu anterior ya no estaba en él—, y no me había atrevido a llamar a Zoe. Todo era un desastre. El que ella tampoco se hubiera puesto en contacto me parecía una pista clara de lo que opinaba de mí, y encima estaba de trabajo hasta arriba con el nuevo proyecto nupcial.

Esa semana había obrado un milagro y ni siquiera yo misma parecía darme cuenta. Me las había ingeniado para montar un stand decente en la feria de novios de Madrid y así lanzar publicidad de la nueva marca CXL Bridal. Me parecía un error grave no formar parte de esa feria si queríamos contratos de bodas en los meses venideros.

El martes a primera hora de la mañana, le escribí un email a Axel, cruzando los dedos, con un presupuesto detallado que había elaborado la noche anterior. En él le explicaba lo que suponía participar en la feria a nivel económico: alquiler de metros cuadrados, luces e instalaciones, alquiler de servicio audiovisual para exposición, decoración, *flyers* publicitarios, un nuevo logo que había diseñado especialmente para la marca y un permiso de dos días libres la semana siguiente, si yo misma me ofrecía a atender el *stand* durante el fin de semana. Necesitaba su aprobación para pagar todo eso, y sin duda sería una inversión muy buena para el nuevo departamento. Además, era un momento óptimo para mi petición porque las arcas estaban llenas después de los eventos de la Fashion Week. Al contrario de la negativa que me esperaba por la reciente discusión, mi jefe respondió al email media hora después autorizando toda la propuesta e imponiéndome la contratación de un par de azafatas para que me ayudasen en lo que necesitara; como hacer turnos humanos para ir al servicio durante la feria, salir a comer y ese tipo de cosas. Sin embargo, en ningún momento habló conmigo directamente del tema. Yo no tenía tiempo ni fuerzas para más dramas, así que me lié a hacer llamadas a distintos colaboradores y conseguí (con mucho esfuerzo y metiendo horas en casa) sacar adelante la propuesta. Si la boda de Andrea no hubiera tenido lugar, habría sido inviable, pero con las fotos y videos de ese evento tenía material de sobra para mostrar lo que CXL Bridal era capaz de ofrecer. Me

curré el montaje de presentación y sorprendentemente quedó aceptable. Todo ese tema mantuvo mi mente ocupada hasta el domingo por la tarde, pero me di cuenta de que a pesar del esfuerzo, no había servido para romper ni un poco el hielo con Axel. Me enteré por Carolina, una de las azafatas del *stand*, que mi jefe había aparecido por allí y sacado fotos en el par de horas que yo había aprovechado para ir a comer. No podía ser casualidad, debió dar órdenes de que le avisaran cuando me fuera a descansar para no cruzarse conmigo, cosa que me cabreó muchísimo.

Tarde o temprano tendríamos que hablar de lo que iba a suceder en menos de quince días, y como me incomodaba mucho tratar cualquier tema personal en la oficina, acabé llamándole por teléfono, pero la conversación me dejó todavía más hecha polvo al entender todos los problemas que estaba causando en su vida. No podía hacer nada, solo esperar a que el tiempo pasara y pedir perdón con la mirada. Esa mirada de novia cadáver que en esos precisos instantes debía sacudirme de encima si no quería que el abogado de mi hermano lo descubriera todo.

En ese momento, la puerta de la habitación en la que estaba se abrió.

—¡Cariño! —saludó mi abuela contenta—. ¡Estás guapísima! Seguro que en cuanto Axel te vea, se le pasan todos los enfados —dijo muy segura de sí misma.

Sonreí por su ingenuidad y le perdoné que fuera una romántica empedernida. Ella era la única persona a la que veía completamente feliz por el enlace. Confiaba en una reconciliación próxima a lo grande. Pobrecilla... había visto demasiadas telenovelas, para ella con estar guapísima se solucionaban todos los problemas.

El tema del vestido me había traído de cabeza. Si normalmente no iba de compras sola... ¡como para ir a comprarme un vestido de novia! Estaba más perdida que un Fragel Rock en Chanel. A diez días del evento, aún no tenía nada que ponerme, y cuando un día por casualidad vi a Zoe a través del cristal de la sala de reuniones, nuestras miradas coincidieron, y puede que sin darme cuenta le mandara un mensaje de S.O.S con los ojos, porque diez minutos después estaba entrando en mi despacho en son de paz.

—Naia... —dijo acercándose a mí—. ¿Cómo estás?

—Sola —respondí sin poder evitar compadecerme de mí misma. Los ojos se me humedecieron y vi el momento exacto en que ella se sumaba a mi equipo. Se sentó en mi mesa y me sonrió.

—No te preocupes, todo se va a solucionar.

—¿Cómo? —pregunté esperanzada.

—Con tiempo.

Respiré hondo y ordené mis prioridades. Lo primero era recuperarla a ella.

—Pensaba que estabas enfadada conmigo...

—No. Al revés, cuando me enteré de la historia de la niña, todo cuadró en mi cabeza.

—¿Me has evitado porque Axel me odia?

—Otra vez al revés. No te odia, está dolido porque cree que no le quieres y que no confías en él. Es muy distinto.

Cerré los ojos y antes de que cayera ninguna lágrima me los limpié rápidamente. Bajo ningún concepto podía permitirme el lujo de montar numeritos en la oficina.

—Soy la peor novia del mundo... ni siquiera tengo vestido todavía —gimoteé.

—Esta tarde lo solucionamos.

—Cómo te he echado de menos... —sonreí agradecida.

—Yo también. No te he evitado a ti... sino al mundo en general —dijo con la vista perdida.

—¿Tiene algo que ver con la posesión demoníaca de Leo?

—¿Qué?

—¿No lo sabes? Un espíritu maligno ha invadido su cuerpo... Necesita urgentemente un exorcismo.

Su sorpresa inicial desembocó en un risotada terapéutica que selló con un sonoro suspiro.

—Soy culpable —admitió.

Esa tarde fuimos juntas de compras y me contó todo lo que había sucedido con Leo. Gracias a ella conseguí comprarme un vestido que fuera adecuado a las circunstancias de una boda amañada. Era color champán, corto —aunque más largo por detrás— y la mitad del cuerpo estaba confeccionado con encaje que se extendía hasta el antebrazo. Tenía un cinturón en el límite de las dos texturas existentes con unos brillantes del mismo tono. Me compré unos zapatos de raso a juego y me hice un recogido suelto en el pelo. Realmente no había logrado eliminar mi parecido a la novia cadáver, pero al menos no había tenido que ceñirme al plan b: ir en chandal.

—Ese color te queda divino niña —dijo mi abuela leyéndome la mente—. ¿Quién te ha peinado?

—Isa.

—Qué arte tiene esa criatura, ¡estás bellísima!

—Gracias abuela...

—Me alegro de que al fin te vayan a dar lo que es tuyo. Te lo mereces —dijo apelando a mi herencia.

—No me lo dan a mí, sino a mi marido, de lo contrario no estaría en esta tesitura... —mascullé contrariada.

—No te preocupes, ese hombre te adora, sino no estaría casándose contigo. No le veo haciendo nada que te pueda hacer daño.

“Si tú supieras...”, pensé.

—Ni siquiera le conoces abuela, deja de decir tonterías.

—No me hace falta conocerle. Sé cómo es.

Puse los ojos en blanco al tiempo que la puerta volvía a abrirse.

—¡Estamos listos! —gritó Isa eufórica sujetándose la barriga que lucía de casi ocho meses, seguida por Fernando y por Jorge.

—¿Cómo estás? —me preguntó este último buscando mis ojos.

—Nerviosa. ¿Sabes lo qué es casarte con alguien que te odia y a quien quieres?

—Todo va a ir bien, no te vengas abajo ¿vale?, que nos conocemos... —me advirtió.

Si alguien sabía cuál era mi verdadero estado de ánimo era él, que me había estado aguantando las últimas semanas. Si ese matrimonio fuera por amor, lo más triste del asunto sería tener que dejar de vivir con Jorge para irme felizmente a vivir con mi flamante marido, pero dadas las circunstancias, nuestra separación era todavía más dolorosa porque lo hacíamos sabiendo que ambos íbamos a sentirnos muy solos. Además era en un momento en el que él no estaba muy fuerte psíquicamente después del insondable silencio de César desde la última vez que estuvieron juntos en su casa. Sabía que el pobre también estaba nervioso. Había hecho mil conjeturas de lo que le diría cuando le viera en la boda, pero en ese instante, estaba más preocupado por mí que por él mismo. Jorge, sin proponérselo, me demostraba una clase de amor que valía su peso en oro, por eso le había pedido que me acompañara hasta el “patíbulo”.

—Es la hora —dijo alguien desde fuera.

Sentí que me fallaban las rodillas. ¡Iba a hacerlo de verdad! ¡Iba a casarme con Axel!

Joder...

Notaba mi corazón palpitando en mis oídos mientras iba hacia la puerta esperando a que todo el mundo saliera de la habitación. Mi abuela me sonrió por última vez antes de abandonar la estancia apoyada en el brazo de Fernando y de repente, vi a Isa venir hacia mí a cámara lenta. Su expresión no podía ser más agradecida cuando me abrazó y me dijo: “Nunca olvidaré lo que has hecho por nosotros”. Me sentí reconfortada al instante, y supe que estaba haciendo lo correcto. Yo le aclaré: “Lo hago porque quiero, porque sois mi familia”. Ella se despegó de mí y salió de la habitación con una convicción tan fuerte de que su hija iba a curarse, que renovó mis fuerzas para avanzar los últimos pasos.

—Eres increíble... ¿lo sabes, no? —dijo Jorge algo afectado por presenciar una escena como esa. Era de los que no creía que pudiera existir un amor tan fuerte entre personas que, sin compartir sangre, fueran capaces de sentirse familia. Ese tipo de situaciones eran su talón de Aquiles, porque en el fondo, tenía la esperanza de que algo así le ocurriera a él algún día.

—Lo único que sé, es que no hay una persona más perfecta para que me lleve al “altar” que tú.

Nos mantuvimos la mirada e intenté transmitirle que nos tendríamos para siempre el uno al otro.

—Más vale que te trate bien, o puede que tenga un accidente... —masculló él.

Me entró la risa. Y menos mal, porque estaba a punto de echar a perder el poco maquillaje que me había puesto. Siempre me había hecho gracia su vena de matón pendenciero siendo policía.

—Estoy lista. Vamos. —le sonreí.

Avanzamos por el pasillo hasta la sala donde tendría lugar el matrimonio civil, y nada más entrar, le vi. De pie, delante de una mesa, con César a su lado. Leo estaba algo más atrás sujetando en brazos a una Adriana expectante. Vi algunas sonrisas al avanzar por el pasillo: de Zoe, de mi abuela, de Isa... pero la que sin duda me llegó al alma fue la de mi pequeña Martina. Estaba en primera fila con su madre, y fue la excusa perfecta para empezar a sonreír, que es lo que debería estar haciendo al avanzar hacia mi futuro marido. Me concentré en pensar en mi niña totalmente recuperada y

fue más fácil encontrarme con los ojos de Axel.

Tenían una expresión indescifrable. Cualquiera que le estuviera evaluando podría pensar que se había quedado extasiado y sin saber qué decir por ver a su bella esposa con un atuendo elegante, pero yo sabía que era simple indiferencia, que estaba desconectado, que no sentía nada.

Me fijé en que Jorge taladraba con los ojos a César, haciéndole mil preguntas al mismo tiempo, y que este le mantenía la mirada sin apartarla como si también hubiera estado muriéndose de ganas por verle otra vez. Parecía el único mosquetero que no rehuía de sus problemas. Leo no hizo contacto visual ni conmigo ni con nadie que no fuera Adriana o la moqueta del suelo.

—Estás muy guapa —dijo Axel besándome en la mejilla con un gesto forzado.

—Gracias —intenté sonreír—, Martina también está preciosa ¿verdad? —dije dolida intentando dejar claro que hacía esto por la niña. De repente, sentí como si estuviésemos casándonos porque yo le había echado la soga al cuello quedándome embarazada o algo así. Y en ese momento recordé nuestra terrible conversación de WhatsApp de hacía semana y media, cuando le notifiqué que no estaba en estado a pesar de nuestro desliz en Nueva York.

—*Confirmado. No estoy embarazada. Puedes estar tranquilo.*

Lo peor había sido su silencio sepulcral. No me había contestado al mensaje, y sabía de sobra que lo había leído, porque Axel era “un hombre pegado a un teléfono móvil”, como el 90% de la juventud. ¡Era casi como una extensión de su cuerpo!

Esa mañana la regla se presentó y ni siquiera sentí alivio. Por alguna razón, sabía que no me había quedado, quizá fuera por algo tan penoso como pensar que no me merecía ser madre y que la naturaleza era sabia, pero el tener que comunicárselo a Axel —puesto que me lo había pedido expresamente...— era algo que me escocía por dentro. Le escribí poco antes de entrar en la oficina, respetando el no hablar de cosas personales en horario de trabajo, y no le vi en todo el día. Por la noche, antes de acostarme, me llegó su respuesta.

—*Recibido.*

Esa palabra cayó sobre mí como lava ardiente. Me quemó entera. Era concisa, directa e impersonal; tan incoherente viniendo de alguien que en un momento dado no había podido controlar sufrir ese desliz por estar con esa

misma persona a la que se la escupía... Era tan contradictorio que me envalentoné y le conteste:

—*Que controlado estás ahora... pensaba que ibas a estar más contento.*

Vi como se ponía en línea y aparecía el mensaje de “escribiendo” en la pantalla. Me mordí los labios.

—*No tengo motivos para estar contento. Si lo hubieses estado, habría sido como colocar la guinda a un año “perfecto”. Hasta mañana.*

Y sin más, se desconectó. Igual que se había desconectado de mí en cuanto solté ese “No quiero” en la habitación de Jessica en Nueva York. Después de eso, la última semana antes de la boda había sido especialmente mala. Todas mis cosas debían estar en su casa para irme a vivir con él en cuanto nos casáramos, así que el jueves previo al lunes de la boda, se me ocurrió acercarme a Leo para decirle que volviera a facilitarme las llaves del piso de Axel para meter todas mis cosas ese fin de semana, así le daba a mi jefe la posibilidad discreta y elegante de escapar de mí.

—Pensaba darte las llaves mañana —contestó fríamente. Tenía un aspecto horrible, se había reencarnado en Johnny Cash. Casi siempre de negro, con gafas de sol en interiores, y viviendo en una eterna resaca. Era como si le cobrarán las sonrisas, aunque casi mejor, porque cuando sonreía era verdaderamente escalofriante.

—Nos vamos el fin de semana a celebrar por todo lo alto que ha batido un puto récord en permanecer soltero —dijo mordaz.

Me quedé pillada... Si cuando era normal no sabía cuando hablaba en broma o en serio, el Leo malvado no sabía si ironizaba o directamente me estaba insultando.

—¿Os vais de despedida?

—Algo así, al menos sacamos algo bueno de todo este disparate, ¿no?

Por poco me echo a llorar. Leo nunca me había hablado así. Le miré aterrada y por un instante, sus ojos parpadearon y pareció que se arrepentía mínimamente de sus palabras, pero solo había sido como un cortocircuito en su nueva actitud.

—No lo he hecho a propósito —musité—, lo último que quería era mezclarle en todo esto, por eso me alejé de él.

—¿Es que las mujeres solo sabéis alejar a los demás ofendiendo? —dijo enfadado. Pero de repente, su mente reaccionó, le vi dándole vueltas a una idea y comenzó a alejarse de mí mientras decía:

—Mañana te doy las llaves.

Se metió en su despacho, se sentó en la silla y comenzó a juntar la punta de los dedos como suele hacer el personaje más maquiavélico de los Simpson, el señor Burns.

Ese fin de semana trasladé la totalidad de mis cosas: Ropa, películas, el ordenador... Jorge me ayudó, al fin y al cabo, el lunes ya dormiría allí. Axel había dejado una nota encima de una mesa:

Te he dejado libre uno de los armarios de mi habitación y una estantería del baño. Quédate esas llaves, a partir de este momento estás en tu casa.

El domingo, Adriana vendrá a cenar y me gustaría que estuvieras para explicarle todo a mi manera, contigo delante. Dormiré aquí, al ser la boda el lunes por la mañana, no irá al colegio.

Gracias de antemano,

X.

Me sorprendió esa X, ¿era un beso? No podía ser, o quizá sí, sonreí. Lo cierto es que eran las frases más largas que me decía en semanas, y el tono era bastante agradable. Estaba escrita en una hoja de CXL y de repente caí. César, Axel y Leo, las iniciales de la empresa. ¡Qué ilusa! Más impersonal imposible.

Decidí irme a casa después de comer para que no me encontrara allí cuando volviera de su viaje. Me parecía violento que entrara en su casa y yo estuviera dentro sola, así que le escribí un WhatsApp pidiéndole que me avisara cuando regresara. Esa noche, me demostró lo buen actor que era. Delante de la niña era todo sonrisas. Cuando le explicó que yo iba a vivir allí y que nos lo íbamos a pasar fenomenal cuando viniera a vernos, hasta yo le creí. Parecía tan real... pero en cuanto Adriana se quedó dormida en el sofá cerca de las diez de la noche, la cara de culo habitual volvió a instalarse en el rostro de Axel.

—Creo que ha ido bien, ¿no? —dije intentando que volviera esa sonrisa que hacía tanto que no veía cuando compartíamos habitación.

—Sí, pero aún así... —empezó a decir, pero al momento se calló recordando algo.

—¿Qué?

Me miró, y se pensó si merecía la pena interactuar conmigo de forma normal por primera vez en tres semanas. ¿Íbamos a tener una conversación? Porque normalmente yo le preguntaba algo, y él respondía una bordería o

algo indiferente. No había más opciones. Como cuando le pregunté dónde haríamos el banquete de boda, es decir, una comida el día del enlace que quedara un poco normal de cara a todo el montaje, y me respondió: “Pues teniendo en cuenta el grado de animadversión de muchos asistentes, lo ideal sería un buffet, así nos podemos levantar de la mesa cada vez que la cosa se ponga tensa”. Me quedé “ojiplática”, aunque en realidad no le faltaba razón.

—Todo el tema de Adriana me molesta —comenzó—, ella va a estar encantada contigo, pero cuando desaparezcas de su vida dentro de un año preguntará por ti... y es normal, pero sé que no lo entenderá.

No supe qué contestar, solo pude decir: “Lo siento”, una vez más.

—Eso no es culpa tuya —dijo dejando claro que otras cosas sí—. ¿Vas a quedarte a dormir? —preguntó de repente.

—No. Quiero despedirme de mi piso, de Jorge, de todo... —dije lamentándome.

—Vale —contestó conciso. Cogió a su hija en brazos, y mientras se dirigía hacia la habitación de la pequeña, murmuró un “hasta mañana” que me sonó como si en vez de ir al juzgado, fuera a ir a la horca. Me fui de su casa rápidamente, y no pude evitar llorar en cuanto me subí al coche y cerré la puerta. “Ninguna buena acción queda sin castigo”, qué gran verdad. ¿Y si hubiera aceptado su propuesta de matrimonio en el Empire State? Las cosas seguramente serían muy distintas. Entonces me di cuenta. Él me había dicho que me quería, y aunque no me lo creí, yo no le había contestado lo mismo. Puede que Zoe tuviera razón... ¿Podría Axel cambiar de actitud si le demostraba que le amaba? No perdía nada intentándolo.

LA BODA DE MI MEJOR AMIGO

Zoe estaba sentada a una niña de distancia de Leo en la comida que se celebró en un conocido restaurante después de la boda. La hija de Axel era el único motivo por el que él no había huido en dirección contraria cuando la había visto. Adriana se lanzó a sus brazos siguiendo sus órdenes, y Leo no pudo resistirse a la única fémica de la que se fiaba en ese momento aparte de su madre.

Estaba tan desmejorado... Sintió un puño de arrepentimiento apretando su estómago. ¿Todo aquello era por ella? Todavía no se lo podía creer. Una semana después de que se acostaran, Axel la obligó a pisar las oficinas de CXL argumentando que necesitaba ayuda urgente. Según él, Leo estaba completamente fuera de juego y César estaría ausente hasta final de mes.

Ella por su parte, había estado vegetando siete días en el sofá de su casa, viviendo en bucle el asalto sexual con su máximo enemigo y repasando una y otra vez su reacción, sus caras, sus caricias, el portazo que había dado al marcharse, cómo la había atrapado cuando ella se había acercado a saludarle... Alucinante. Había sido algo único porque era la primera y última vez que iba a permitirse probar una droga que la hiciera volar tan alto, tanto, que la caída era demasiado grande para soportarla. Sin embargo, no se esperaba esa reacción de él. Ella se estaba protegiendo de alguien que se

había vuelto tan perversamente agradable que estaba logrando sin remedio que sintiera algo muy fuerte por él, ¡era un rompecorazones que enamoraba a muchas, y no sentía nada por ninguna! No podía seguir así, ¡tenía que alejarle! Y sabía que dándole donde más le dolía, en su orgullo, conseguiría quitarle las ganas de ser amable con ella. Pero cuando Axel le abrió los ojos y pudo comprobar por sí misma hasta qué punto estaba dolido, urdió un plan para que Leo volviera a la normalidad, sabía exactamente lo que tenía que hacer, pero sospechaba que los primeros intentos de acercamiento iban a ser de órdago, y se preparó mentalmente para aguantar toda la fuerza de su rabia contra ella.

Tras hacer varias llamadas, descubrió que Leo estaba moviendo el culo por su cuenta buscando salas que les proporcionasen nuevas opciones de colaboración, así que se plantó en una donde el dueño era un buen amigo suyo, y le había chivado la hora a la que habían quedado para poder coincidir con él. Quería ponerle a prueba, ver qué actitud tenía frente a un desconocido como era Sergio para él, a la fuerza tendría que comportarse. Se equivocaba.

—¡Hola Sergio! —saludó Zoe al entrar en la sala un martes a las doce de la mañana.

Vio a Leo girarse en el taburete de la barra en la que estaba apoyado con la sorpresa dibujada en la cara.

—¡Hola Leo! —saludó ella con energía.

—¿Os conocéis? —fingió Sergio.

—Bastante a fondo —murmuró Leo malicioso—. ¡Hola Satán! ¿Qué haces aquí?

Zoe se quedó tan cortada que no tuvo más remedio que salir del trance echándose a reír. La verdad es que siempre había pensado que el jodido tenía gracia, menos mal que era Sergio quien estaba delante porque por lo visto había perdido el filtro.

—He venido a cerrar un trato con Sergio, necesitamos local para Halloween ya.

—Eso ya lo estaba haciendo yo, ¿tú a qué has venido?

—A supervisarte a ti.

—¿Y si tú estás aquí, quién supervisa el infierno? —continuó Leo irónico.

—Chicos... —dijo Sergio levantando las manos—. Voy a aprovechar para hacer una llamada mientras resolvéis esta asfixiante tensión sexual —dijo alejándose de ellos a la vez que se ponía el móvil en la oreja.

Cuando se quedaron solos, se mantuvieron la mirada como dos leones. Por un momento, pensó que Leo se había hecho un poco la víctima delante de Axel, porque a solas con ella le plantaba cara sin aparentes problemas.

—Es penoso que tengas que imitar a Ryan Reynolds para hacerte el gracioso... —dijo ella para romper el hielo.

—¿Qué haces aquí, Zoe? —preguntó él con una voz de ultratumba.

—Quería verte. Axel está preocupado, todo el mundo comenta que llevas diez días haciendo el mongolo, y cuando te vi ayer, me di cuenta de a qué se referían: tienes mal aspecto, estás descuidando la empresa y no es el mejor momento con César ausente.

—Lo último que necesito de ti es que me des un sermón —dijo girando el taburete de nuevo.

—¿Y lo primero?

A Leo le pilló por sorpresa esa provocación, pero al segundo la ignoró mirando al suelo.

—Vete. Será lo mejor. Ya has cumplido órdenes de papá, ya ves que estoy haciendo mi trabajo.

—Antes, quiero saber por qué pareces un puto muerto viviente...

—No es asunto tuyo.

—Yo creo que sí. ¿Es por lo que te dije de que el polvo no había sido para tanto?

Él guardó silencio y desvió la vista hacia otro lado resoplando.

—¡Lo siento, ¿vale?! Quería hacerte daño. Fue alucinante... Eres la hostia en la cama.

—¿Crees que no lo sé?

—¡Entonces ya está! ¡Orgullo intacto, machote! ¿Puedes volver a ser humano, por favor? Te necesitamos, y me siento fatal...

—Pues no lo hagas. La culpa es mía por ser tan gilipollas, pero no te preocupes, he aprendido la lección.

Zoe cerró los ojos lamentándose.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó suplicando una absolución—. ¿Qué quieres que haga para que se te pase?

—¿Ahora mismo? Largarte. Si no, en diez segundos me iré, y renunciaré a la mejor opción que tenemos para conseguir una sala decente para Halloween.

Zoe valoró el ultimátum que le estaban lanzando sus fríos ojos y decidió

rendirse. Para ser el primer encuentro, no había sido tan hostil como se imaginaba. Así que caminó hacia atrás clavándole la mirada y desapareció de su vista.

Por la tarde habló con Axel y le confirmó que habían conseguido el contrato, también se sorprendió de que Leo hubiera estado tan comunicativo con ella, aunque el tono hubiera dejado bastante que desear. Dos días después, Axel volvió a llamarla para que fuera a ver a un cliente importante, llevaba cuarenta y ocho horas intentando localizar a Leo y le había sido imposible.

—No confío en nadie más para ir a ver a esa gente, son un poco gilipollas, pero pagan bien. No entiendo cómo me ha podido dejar tirado así... ¡Vamos contrarreloj!

—Está bien, iré. —aceptó ella.

—Esta tarde me pasaré por su casa. No me puedo creer cómo se está comportando, ¡ni siquiera contesta a mis llamadas! —dijo Axel pasándose una mano por la frente.

—Quiero ir contigo —dijo ella categórica.

—Puede que sea buena idea... No le hace caso absolutamente a nadie, pero contigo parece que es él mismo... su peor versión, pero él al fin y al cabo.

—Mándame luego la dirección y avísame cuando estés allí —dijo ella despidiéndose.

La petición de los clientes que tuvo que ir a ver era lo más descabellado y loco que había oído en años. Después de despedirse de ellos, no sin insinuaciones fuera de tono de por medio, cogió un taxi hasta la ubicación que le había mandado Axel por WhatsApp. Una vez allí, llamó a la puerta.

Leo abrió y al verla intentó fijar la vista en ella sin conseguirlo y se quedó apoyado en la puerta.

—¿Qué quieres? —le preguntó ebrio.

—Quiero pasar.

—¿Has venido a follar? —preguntó repasándola lentamente de arriba abajo.

—No, he venido a darte dos hostias. —Le empujó pasando por su lado y respirando tranquila cuando vio a Axel sentado en uno de los sofás.

Su cara de circunstancia lo decía todo.

—Me lo he encontrado así... —resopló—, y no es la primera vez esta

semana.

Leo se dirigió al minibar para echarse más whisky en un vaso que tenía en la mano. Zoe puso los brazos en jarras y esperó a que terminara y se acercara a ellos.

—¿Cómo ha ido la reunión con los de Price? —preguntó Axel.

—Bien... aunque tenías razón, el tío es corki.

—¿La has enviado a Price? —preguntó Leo sorprendido—. No tenías que hacerlo, sé perfectamente lo que quieren. Uno de los socios quiere gastarse un pastón en Halloween para follarse a una becaria que se le resiste, total, para acabar empotrándola en un baño, qué poco original...

—¿Desde cuándo eres tan cínico? Igual simplemente le gusta Halloween —apuntó Axel.

—Lo que le gusta es ver a su becaria disfrazada de conejita de playboy. Así son las cosas, y así os las estoy contando, si no queréis verlo es vuestro problema. Soy el primero desencantado del mundo, creedme.

—Ohhh, pobrecito —dijo Zoe irónica—. ¿Ya no crees en la magia? Seguro que un hada acaba de morir en alguna parte... ¡¿Pero qué te pasa, imbécil? ¿Qué más dará para qué quieran montarla? ¡Tu trabajo es hacerlo y punto!

—No me gusta que la gente monte trampas para aprovecharse de otra persona... —escupió.

—Pues te jodes. Es tu trabajo.

—Para qué voy a hacerlo yo, si ya lo has hecho tú —chasqueó la lengua—. ¿Por qué no os largáis? Tengo cosas que hacer... —dijo Leo recolocándose el paquete sin miramientos.

Llevaba un chándal de Puma y una camiseta desgastada de Quicksilver. Joder, hasta hecho una piltrafa estaba bueno. Tenía la sombra de una barba incipiente en la cara, y por un momento, imaginó la sensación de sentirla rozándole la parte interna de sus muslos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Axel desconfiado.

—Voy a llamar a una amiga... A no ser, que estés interesada en ser tú hoy mi putita, ya que estás aquí —le increpó a Zoe.

—Tío, cuidado. No te pases... —advirtió Axel serio.

Leo comenzó a reírse y ella quiso que se la tragara la tierra. Evidentemente, esa parte se la había omitido a Axel. Solo le había contado que le había dicho a Leo que su encuentro no había sido para tanto, que ella

esperaba el polvo del siglo, y que por fin podían continuar con sus vidas después de sacudirse de encima lo que ambos llevaban años deseando.

—¡Ah! pero ¿no lo sabes? —empezó Leo—. Zoe y yo somos tal para cual, a los dos nos gusta pedir compañía especializada a domicilio. El día que me llamó para ir a su casa, al acabar me dijo que yo era su putita, así que hoy puedo pedirle que sea la mía porque dejó claro que así es cómo vamos a relacionarnos.

Zoe cerró los ojos lentamente y se dirigió hacia la salida en silencio. No tenía nada que añadir, excepto aclarar que lo hizo para impedirse a si misma enamorarse de él como una colegiala, pero en ese momento no se merecía escucharlo.

—¿Sabes lo que creo? —dijo ella con la puerta en la mano—. Que eres un niño bonito que siempre ha conseguido lo que ha querido en la vida, y la primera vez que algo le sale mal, se enfada y no respira. Así lo único que vas a conseguir es destruirte, y es tu problema, pero no arrastres a los demás contigo. ¡Madura un poco! Axel ya tiene suficientes problemas ahora mismo como para cargar con tus pataletas.

Se fue de allí dando un portazo que reverberó en todo el espacio dejando un silencio apabullante. Cuando se le pasó el cabreo, pensó vagamente en lo bonita que le había parecido la casa del niñato y en el cuenco hasta arriba de condones que había visto encima de la mesita del sofá. Sabía que su casa era un jodido antro de perversión, y los primeros indicios de lo que iba a ser permitirse estar enamorada de él, aparecieron en su estómago en forma de puñales.

Axel y Naia estaban sentados juntos en aparente cordialidad en el centro de la mesa del banquete. Sin embargo, a los ojos de Zoe, había una clara línea divisoria con señales de neon parpadeantes muy obvia entre ellos. Ella atendía hacia su derecha: a su abuela, a sus amigos y a Jorge, que flanqueaba la trinchera que se unía a la zona donde empezaban los invitados de Axel. Al lado del novio estaba ella, seguida de su hija y Leo, y enfrente César, que estratégicamente se había colocado al lado de Jorge. Juraría que entre esos dos había algo. A continuación los tíos de Axel estaban encantados de disfrutar de una comida gratis comentando lo ideal que eran el vino y los percebes, como si nunca hubieran comido nada igual a pesar de estar podridos de pasta. Leo, como el perfecto comercial que era, les daba

conversación en un tono que hacía semanas que no le oía utilizar, pero no le engañaba. Al llegar tarde por primera vez en su vida para hacer el papel de madrina, le vio un instante antes de entrar en la habitación donde sabía que estaba esperándola el novio. Sus ojos se encontraron y le dejó muy claro que para llegar hasta él otra vez, tendría que atravesar nada menos que el altísimo Muro de La Guardia de la Noche de Juego de Tronos. Ni siquiera le impactó verla enfundada en un prodigioso vestido de alta costura que le había prestado su madre, y en el que había logrado meterse gracias a una oportuna gastroenteritis antes del evento. No hay nada como deshidratarte para que un modelito de ese tipo te quede de ensueño.

Cuando entró en la habitación, Axel le dijo que estaba a punto de suicidarse por un gemelo, pero en realidad, lo que sucedía es que estaba histérico, y no por la locura que estaba a punto de hacer, sino porque la hacía con una chica por la que seguía obsesionado. Intentó relajarle preguntándole por la despedida de soltero que había tenido lugar ese mismo fin de semana, pero su cara no mejoró, ocultaba algo, y notó que desviaba el tema contándole que Leo había tocado fondo por fin y le había pedido perdón por perder el norte. Se alegró cuando insinuó que también había admitido que ella tenía razón, pero casi se echa a llorar cuando volvió a repetir que había asegurado que nunca la perdonaría.

En la comida de la boda se habló principalmente de trabajo, pues esa misma noche era Halloween y tenían un par de fiestas que atender. Los tíos de Axel preguntaron a dónde iba a ir de luna de miel la feliz pareja y si buscarían descendencia pronto, un silencio recorrió la mesa, y Axel respondió abochornado una de sus respuestas para todo que había perfeccionado desde pequeño.

—No sé tía Elisa... eso tendrá que decirlo la novia, ¿no? —se ríe falsamente—. De momento no tenemos prisa. Y respecto al viaje, ahora mismo estamos hasta arriba de trabajo, quizá en el puente de diciembre nos vayamos a algún sitio romántico a ver mercadillos navideños.

—¡Ay, me encantan! —respondió su tía soñadora—. ¡Venga! ¡Qué se besen! ¡Qué se besen! ¡Qué se besen!

Se escucharon varias risas y los amigos de Naia, la abuela y César se sumaron a la petición de la oportuna mujer. Al final, Axel, con una sonrisa avergonzada miró a una Naia que temblaba como un hoja, y cogiéndole la barbilla le dio un casto beso en los labios. Lo más curioso de todo es que

Adriana parecía encantada, por lo visto, Naia le había dejado casi tan fascinada como a su padre, o quizá fuera que pensaba que su papá acababa de casarse con una princesa Disney y estaba flipada con eso... La cuestión es que aplaudía y vitoreaba como el resto, y cuando Axel lo vio, no pudo evitar sonreír y emocionarse un poco.

Pronto la conversación volvió a temas de trabajo que es donde más cómodos estaban todos.

—Esta noche, si queréis yo me encargo de la fiesta de Price —se ofreció César—. Id vosotros a la Sala Oasis. Ni siquiera tengo disfraz.

—Yo tampoco —murmuró Leo.

—¿Leo perdiendo la oportunidad de disfrazarse? No me lo creo —vaciló Axel.

—Ya ves...

—Tranquilo, no tienes ni que maquillarte para dar miedo —soltó Zoe.

Cuando Leo se fijó en que solo ellos tres estaban atentos a esa conversación, le contestó como estaba deseando hacerlo:

—Perdona guapa, es que este finde he tenido que dar la talla con tres orientales que había contratado para la despedida de soltero... y al parecer la única polla que funcionaba era la mía, estoy agotado —dijo con una sonrisa desdeñosa.

—Me parece muy bien —contestó ella, aunque ninguno de los tres la creyó.

—¿Tú cómo vas a ir disfrazado, cielo? —preguntó la tía Elisa como si Axel tuviera siete años. Zoe disimuló una sonrisa.

—Hace años que siempre voy igual, en los eventos casi siempre visto completamente de negro, y para esta fiesta alquilo una capa de Conde Drácula, larga y roja por dentro con el cuello alto —dijo Axel sonriente.

—¿Y tu mujer, como irá? —preguntó su tío pícaro—. ¡Al fin y al cabo es vuestra noche de bodas! ¿Sabes que al llegar a casa tendrás que quitarle el disfraz, no?

Comenzó a reírse como cuando Arguiñano cuenta uno de sus superchistes. La verdad es que sus tíos eran unos cachondos...

Axel se quedó descolocado y miró a Naia que abrió los ojos como platos.

—¡En realidad es una sorpresa! —respondió ella rápidamente.

—¡Sí! Va a sorprenderme —dijo él cogiéndole la mano y besándosela. Ante ese gesto, Naia parecía que acabara de sentarse sin bragas en una

lavadora vieja con el centrifugado al máximo. Y al verlo, Axel se relamió los labios inconscientemente, era como ver un jodido documental de animales...

Zoe pensó rápido qué disfraz podría encajarle a Naia para la ocasión, porque la última vez, el de la Sirenita había sido el responsable de la puesta en marcha del pito de Axel, y de repente, se le ocurrió un plan.

—¿Y Adri? ¿Hoy no se disfraza? —preguntó.

—Sí, hoy se ha perdido Halloween en el cole, así que esta tarde se disfrazará en casa y pedirá unos caramelos en mi portal. Después, su madre vendrá a recogerla para ir a una fiesta con unos amigos —explicó Axel.

—Interesante. ¿Y tú Naia, qué harás?

—Yo tengo que acompañar a mi abuela a la estación de tren.

—¿Se va tan pronto?

—Si hija... —respondió la abuela de Naia—. Detesto la ciudad y estos jóvenes necesitan intimidad, tú ya me entiendes... —dijo riéndose.

Le hizo gracia ver que Naia se ponía roja hasta las orejas. ¡Qué bien le caía esa mujer!

—¡Pues os acompaño! Así, después Naia puede ayudarme con unos asuntos —sonrió feliz Zoe guiñándole un ojo a la abuela.

Naia le miró entrecerrando los ojos mientras ambas se reían a su costa, sabiendo que hablaban del truco más viejo del mundo. ¡Esa señora era la bomba! Almas gemelas que hablaban el mismo idioma. De repente, se dio cuenta de que Leo la estaba mirando suspicaz porque también sospechaba que estaba tramando algo. Le gustó ver que de alguna manera, seguían estando en la misma onda y lo tuvo claro: Esa noche empezaría su ataque y derribo a Leo, tenía que reconquistarle como fuera. Primer paso: que volviera a ser humano; segundo paso: conseguir ser su amiga de nuevo y tercer e inalcanzablemente agonizante paso: intentar que lo suyo pudiera funcionar, aunque la destrozase, ¡ya era hora de ser valiente!

En las fiestas en las que intentaron dar caza a los violadores, ella había vestido de una forma extremadamente sexy para lo que solía llevar, pero no le pasó inadvertido que a Leo le gustaba lo que veía, y como decían en una película, la noche de Halloween es la única del año en que puedes vestirse como una puta y que nadie te mire mal. Así que iba a poner toda la carne en el asador, nunca mejor dicho, para darle un poco de calor a ese muro de Invernalía.

4

EL FUGITIVO

César era un hombre nuevo. Quince días en casa de sus padres eran las mejores vacaciones, le habían cuidado a cuerpo de rey mientras estudiaba para el examen de acceso.

Cuando les comunicó que a raíz del caso de las violaciones en la agencia había descubierto que quería ser Inspector de policía, le apoyaron al máximo, y por primera vez en su vida tuvo que hacer lo que juró que nunca haría: pedirle un favor a su padre.

Hacía tiempo que había tirado la toalla con él. Era un hombre muy inteligente y tradicional que no entendía que su hijo superdotado no quisiera seguir sus pasos. Era un conocido cardiólogo retirado que siempre había insistido en que César debería dedicarse a salvar vidas en vez de vivir libremente la suya. Había operado a personajes ilustres, incluso a la madre del Rey en su día, pero lo que a él le interesaba es que había salvado la vida del Superintendente de la policía hacía varios años en una operación muy arriesgada, y se habían convertido en grandes amigos. Si había un buen momento para usar las influencias de su padre era ese, porque se había enterado de que para acceder a las pruebas de la Escala Ejecutiva que tendrían lugar a mediados de noviembre, debería haber presentado la solicitud en mayo... y bueno, puede que ese amigo de la familia hubiera traspapelado sus papeles... Su padre no le prometió nada, pero en menos de veinticuatro horas le dijo con una sonrisa que se considerase en lista de admitidos.

Consiguió todos los temas que debía estudiarse y fue a comprar el equipo necesario para entrenar y superar las pruebas físicas. Nunca se le habían dado bien los deportes, pero sabía que sólo necesitaba sacar un cinco de media para que su expediente se convirtiera en Apto en ese apartado. Hacía ejercicio cuatro horas al día, el resto del tiempo estudiaba, y dormía seis horas justas. Estaba reventado, pero merecía la pena, porque de ese modo no le permitía recordar a su mente la escena que vivió con Jorge en su casa. El único momento en que le consentía a su cabeza pensar en él, era en la ducha antes de cenar, y más de una vez su mano había viajado hacia su miembro evocando las sensaciones que tuvo aquel día. Violencia, calor, brusquedad,

jadeos, susurros, tocamientos... No quería responder a sus llamadas o a sus mensajes, ¿para qué? De momento no tenía nada que decirle. Necesitaba espacio para asimilarlo todo y tiempo para preparar el encuentro que inevitablemente tendrían en la boda de Axel y Naia.

Cuando llegó el día y lo vio aparecer del brazo de la novia, se dio cuenta de hasta qué punto lo había echado de menos. Si no supiera que estaba socialmente mal visto, se habría levantado y le habría abrazado, sin embargo, cuando entrelazaron las miradas se quedó enganchado. Sintió una conexión única que tiró por tierra la errónea reacción que había tenido con él hasta ahora. Sólo mirarle ya le llenaba. Le gustaba estar en la misma habitación que él, sentía adrenalina si sus ojos le prestaban atención, y en un instante, todo su plan cambió: tenía que hablar con él. Hasta ahora había pensado que su decisión de ser Inspector debía desarrollarse totalmente al margen del poli, no quería que él fuera el motivo de hacerlo, estaba empezando algo nuevo en su vida y su presencia ponía en duda la verdadera motivación del acto, pero ya no pensaba así. Quería ser su amigo, tenerle en su vida, ¡qué estúpido había sido! Jorge le advirtió que no quería liarse con él precisamente por eso, y ahora le entendía a la perfección. Lo que estaba mal era “lo otro”, por el contrario, su amistad solo le aportaba cosas buenas, cosas necesarias... Le sonrió y vio confusión en sus ojos, así que hizo lo posible por sentarse a su lado en el banquete para poder hablar con él.

—¿Cómo estás? —le preguntó Jorge cuando se sentó a su lado—. Te he mandado varios mensajes... Quería saber qué tal te iba todo...

—Bien. He estado en casa de mis padres, estudiando.

—Eso es lo único que ya sabía... pero ¿cómo estás? —preguntó en el más amplio sentido de la palabra con expectación en sus ojos.

—Algunos temas complicados los he dejado al margen... y me he centrado en otros que me corren más prisa —contestó César en clave—, por eso no quería hablar contigo, pero quiero que sepas que soy perfectamente consciente de que forcé la situación. Tensé demasiado la cuerda y ahora entiendo que tenías razón, nuestra amistad es más importante. ¿Sabes lo difícil que es para mí encontrar a alguien con el que hablar así, tan fluidamente?

Jorge le mantuvo la mirada con una mezcla de miedo, alegría e incredulidad en sus ojos.

—Además, en diez días tengo las pruebas físicas y en algunas necesito

ayuda inmediata si quiero aprobar —dijo César con una sonrisa suplicante.

Jorge se echó a reír. César respiró aliviado porque hubiera reaccionado así de bien, después del vacío que le había hecho durante semanas.

—¡Deberías haber contratado a un entrenador personal! podrías haber avanzado mucho en este tiempo ¡solo quedan diez días! —dijo preocupado.

—Ya sabes que no me gusta mucho la gente...

—¿En que prueba vas mal?

—En las dominadas... En las otras más o menos me defiendo.

—Cuenta con ello. ¿Cómo llevas la teoría?

—Eso no me preocupa —sonrió chulesco.

—Puto friki...

Ambos se rieron, y siguieron disfrutando de la comida con los demás. En un momento dado, Naia le observó reírse y supo al instante que ella lo sabía todo. Hasta el más ínfimo detalle de lo que había sucedido entre ellos. Sus ojos le hablaban sin palabras, y cuando en una conversación silenciosa César desvió los ojos hacia Axel preguntándole por su situación con él, ella transformó su cara dándole la respuesta que necesitaba. Vio tristeza, arrepentimiento, amor y una bondad que ya había visto en cuanto le sonrió el primer día. Tenía que ayudarla, porque Axel a pesar de lo mucho que había perdido la cabeza por ella, tenía dos caras: la pasional y la marcial, y ésta última, es la que había encajado tan bien con Bea durante los años en los que decidió estar firmemente centrado en sus estudios. Y notaba que en ese momento estaba rígidamente centrado en odiarla, así que habría que ablandarlo un poco y él sabía exactamente cómo. Adriana. Una vez más, hablaría con Naia durante veinte segundos para darle la clave de acceso, pero esta vez al corazón de Axel.

El no era un experto en sentimientos, de hecho, se podría decir que era un inepto, pero no era ciego. Ciertas cosas saltaban a la vista. Su mejor amigo Leo —que siempre había sido más feliz que un oso amoroso en un arcoiris de golosinas— se había convertido en uno de los juguetes escalofriantes del niño malo de la película de Toy Story. Sin embargo por algún motivo Zoe no estaba enfadada con él, lo cual le dio una pista clara. Tenía una teoría, y la compartió con Axel en la conversación que habían mantenido el fin de semana de la despedida cuando le puso al día de la actitud de Leo en las últimas semanas.

—Te juro que me ha vuelto loco —dijo Axel desahogándose—. ¡Y es lo

último que necesitaba! Tengo hasta mini ataques de ansiedad.

—Está muy claro lo que le pasa —sentenció César.

—¿Qué?! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Tú ni siquiera has estado aquí! —dijo Axel atónito.

—Porque anoche cuando llegué estuve en su casa tomando algo, y desde siempre, sólo con escuchar las canciones de fondo que pone una y otra vez, sé en que estado de ánimo se encuentra. Siempre han sido las pistas que necesitaba para tantearle. Es obsesivo con la música, se expresa a través de ella revolcándose en sus letras.

—Joder... ¡Eres un puto genio! —exclamó Axel—. Al final va a ser verdad que tienes madera de detective —le vaciló—. ¿Qué canción era?

—Primero déjame explicarte cuál ha sido siempre su canción, la que tiene en el móvil. En su día la analicé y ¿qué quieres que te diga?, para mí esta muy claro que la pequeña Zoe lleva años sorbiéndole el cerebro.

—¿Qué? —dijo Axel perplejo—. ¿La canción que suena cuando le llaman? Sí, sé cuál es...

—La de Coldplay “Swallowed in the sea”, “Tragado por el mar”. Si te fijas, entre líneas dice: “Me guardaste en un estante y yo solo puedo culparme a mí y tu solo puedes culparme a mí. Puedes perderte y luego encontrarte o ser tragado por el mar, ahí es donde pertenezco y tu perteneces conmigo. Qué bueno es vivir sin nada que dar, olvidar, pero no perdonar, no enamorarte de todo lo que ves. Ahí es donde pertenezco, y tu volverás a mí sin ser tragados por el mar”.

—Joder... ¿Qué coño significa eso?

—Mi teoría es que para bien o para mal lo que pasó hace diez años les marcó a los dos, sobre todo porque tuvieron que seguir viéndose. Y casualmente ninguno de los dos se ha tomado en serio las relaciones que han tenido porque ambos pertenecen a un “sitio” en el que no se enamoran de nadie, en el que olvidan, pero no perdonan, en el que están perdidos para luego encontrarse de nuevo...

—Creo que es lo más profundo que te he oído decir...

—Es pura lógica de orden cero, también conocida como Lógica proposicional: hay premisas, conjunciones, disyunciones y una conclusión.

—Ahora ya suena más a ti, me estabas asustando... —dijo pasándose la mano por el pelo—. Aún así, me parece muy heavy que lleve esa canción en el móvil por ella...

—Quizá ni él mismo lo sepa, pero su subconsciente sí, y si no espera a oír lo que escucha ahora una y otra vez, “Fix You”, también de Cold Play, que dice: “Cuando das lo mejor y no tienes éxito, cuando amas a alguien y es un desperdicio, cuando pierdes algo y es irremplazable... ¿Podría ser peor? Las lagrimas caen por mi cara, pero te prometo que aprenderé de mis errores.”

—Madre mía... Eso es que no piensa perdonarla nunca, ¿verdad?

—Puede que sí... También escucha sin parar “Scientist”, Coldplay es como su biblia, y esa dice que: “Dime que me amas, vuelve y enfréntame, nadie sabía lo duro q sería. Es una vergüenza estar separados, vamos a regresar al comienzo.”

—¿Cómo coño te las puedes saber todas de memoria? —preguntó Axel sorprendido.

—Sólo estoy parafraseando.

Axel se le quedó mirando como si acabara de salirle otra cabeza.

—Y dime Axel... ¿Qué canciones escuchas tú? Porque te digo en un momento en qué punto estás...

—¿Y tú? ¿Qué putas canciones escuchas?

—Touché —sonrió César.

Había echado de menos a sus amigos, que no solo le querían, sino que estaban a la altura de poder pararle los pies a tiempo con confianza, cosa que agradecía, aunque cuando se trataba de amor parecían tontos. A ambos los tenían cogidos por los huevos y eso era algo que a él jamás le pasaría. Porque el amor te vuelve estúpido y si dejara de ser el más listo, estaría perdido.

Mientras el juez pronunciaba las palabras que unirían a Axel y a Naia en matrimonio, no dejaba de pensar en cómo situaciones tan sencillas como un hombre y una mujer enamorados podían desembocar en bodas ficticias con caras largas, pero tenía la esperanza de que con el roce de la convivencia impusiera el cariño que en realidad se tenían.

Cuando la comida terminó, hubo despedidas a diestro y siniestro, pero cuando Jorge se acercó a él, le ofreció una continuación.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Estás ocupado? Podríamos ir a tomar un café y charlar de la oposición, si quieres...

—Pensaba acompañar a Leo a hacer unos recados, pero... vale.

Fueron a un Starbucks cercano y hablaron largo y tendido de las pruebas y los exámenes.

—¿Vas a quedarte en Madrid hasta el examen? Puedo ayudarte a mejorar

en las físicas. Podría pedirme vacaciones para poder dedicarte más tiempo... para entrenar.

—No quiero molestarte...

—No es molestia, me las deben. Tengo días acumulados porque casi nunca necesito coger vacaciones...

—Estaría muy bien...

—Pero antes, me gustaría hablar un segundo de lo que pasó en mi casa... de esas cosas complicadas que has dejado al margen, porque aunque hagas eso, no van a desaparecer de ahí.

—¡Lo sé! Pero ya te lo he dicho, fue culpa mía. Me obsesioné con el tema y te llevé al límite de obligarte a demostrarme cómo podía ser. Lo siento.

—Yo me siento culpable por haberme extralimitado... Y por hacer ese numerito con Jaime en el sofá de Leo y después decirte lo que te dije en la puerta de mi casa...

Jaime. A César le chocó que dijera su nombre de pila. ¿Qué significaba aquello? ¿Había vuelto a verle mientras él se conformaba con meneársela en la intimidad de su ducha? Mierda. Eso no tenía por qué molestarle, pero lo hacía. Comprendió que era inevitable que estando con él surgieran sentimientos que no podía controlar, pero se convenció de que sí podía ignorarlos.

—No te preocupes. No tienes la culpa de que sea gay. Lo soy y punto. No pasa nada.

—¿Entonces, estás seguro? ¿Lo tienes claro? —preguntó Jorge sorprendido—. La mayoría de la gente suele tardar muchísimo más en aceptarlo.

—Yo no soy como la mayoría de la gente, soy algo más complicado... —sonrió César—, pero de momento ese tema está aparcado, mi forma de ser es... Sé que tarde o temprano llegará el día que me dé el punto, vaya a un bar e intente hacer algo... bueno, más bien esperaré a que alguien se me acerque, como siempre he hecho con las mujeres... No sé lo que ocurrirá después, me da pánico pensarlo, no sé si me entiendes...

—Perfectamente. Y como me siento bastante responsable de haber abierto esa caja de Pandora en ti, ahora no me parece bien dejarte solo en medio de la nada, abandonado en un mundo que desconoces con tus problemas añadidos para socializar con los demás. Puedo ayudarte... podemos ir juntos a un bar si quieres..., será más fácil. Los principios siempre son complicados...

—Eso podría estar bien... —dijo César sorprendiéndose a sí mismo, pero lo cierto era, que con Jorge a su lado, nada le daba miedo. Se creía capaz de cualquier cosa si contaba con su apoyo. Lo que no podía es tenerle enfrente, o detrás... Cerró los ojos deshaciéndose de la imagen del poli presionándole contra la pared, y se convenció de que las sensaciones físicas que tuvo con él, podría tenerlas con otro, mientras se restaran de la ecuación esos sentimientos que casi consiguen desestabilizarle.

—Me alegro de poder ayudarte —resolvió Jorge ilusionado.

—Y yo me alegro de haberte conocido —respondió César clavándole una mirada que no supo que había hecho estragos en el interior del poli.

Jorge supo que se había metido en un lío. Acababa de aceptar soportar una penitencia suicida de tener que llevarle de la mano hacia otros hombres y hacia conseguir una plaza probablemente en su propia comisaría para verle cada día durante el resto de su vida. Acababa de asumir que se harían mejores amigos y que viviría deseándole en silencio, bastándole con tener su amistad y compartir su vida siendo testigo de sus proezas.

Naia acababa de casarse, y él volvía a estar completamente sólo. Por eso, en un acto de locura, acababa de dejar todas sus sensatas protecciones frente a César atrás. Podría manejarlo, mantener las distancias, guiarle y soltarle para que aprendiera a volar solo, mientras él se quedaba en tierra, frustrado, pero a salvo.

5 SCREAM

Zoe me había vuelto a engatusar para disfrazarme mostrando más piel de la que quería. Ya había perdido la cuenta de cuántas veces había pervertido mi vestuario. Me llevó a una tienda de disfraces más grande que Carrefour, y me dijo gentilmente que eligiera dos al gusto para probármelos. Lo que no sabía es que ella había elegido otros tres por mí. Así que estaba encerrada en un probador con cinco disfraces, cuando lo que en realidad me apetecía era irme a casa, meterme debajo de una manta y no salir hasta que terminase el

invierno.

—¡Nos lo vamos a pasar superbién esta noche! —gritó Zoe desde el otro probador con la voz amortiguada por alguna pieza de ropa.

—Yo para empezar no pensaba ni salir. Me he casado, ¿sabes? Eso genera estrés, y el estrés agota —me quejé.

—¡Naia, por Dios! ¡Tienes que venir! Te lo ruego, no me dejes sola.

—No estás sola, tienes a Axel.

—Pero también está Leo, y tenemos que ser pares, sino el asunto se desmadra, ¡lo tengo comprobado! Además, es tu noche de bodas, ¿de verdad te la quieres pasar tirada en casa más sola que la una? Al menos córrete una juerga, ¿no?

—Sí claro..., estoy para tirar cohetes.

—Pues deberías. Martina dentro de nada tendrá el dinero y se curará. ¡Todo gracias a ti! ¡Te mereces celebrarlo!

—Visto así... —sonreí—. ¿Pero hace falta que me vista en plan Burlesque para hacerlo? Porque los disfraces que me has traído... ¿cómo decirlo? Rotundamente no.

—¡Pruébatelos! No me seas puritana, además, el último que elegí no te fue tan mal. Axel te pidió salir, ¿no? —dijo ella saliendo del probador, y entrando en el mío—. ¿Cómo vas?

En cuanto me vio soltó una carcajada.

—¡Quítate eso ahora mismo! —chilló.

—¿Por qué? Es mono...

—No vas a ir de calabaza... Me niego. Por encima de mi cadáver.

—Es muy de Halloween.

—Sí, pero el plan no es ir a pedir caramelos. Es demasiado naranja, a mi lado no vas con eso... Pruébate el de la cizalla, anda.

—Me da mal rollo ir de la muerte... Es algo real, ¿sabes? Paso.

—¿Qué tal me queda el mío? —dijo girándose hacia los lados.

Era un disfraz de diablesa compuesto por un corpiño armado de color rojo con ribetes negros que terminaba en una faldita abultada de tul megacorta. Lo completaban un tridente y una diadema con cuernos rojos.

—Estás impresionante. Completamente lista para hacer maldades.

—El otro día Leo me llamó Satán, y voy a hacer que se arrepienta. ¿Estoy sexy?

—Mucho.

—Pues eso es lo importante.

—No entiendo por qué hay que estar sexy en Halloween. Se debería dar miedo, a mí me molan los disfraces de zombi con sangre.

Zoe puso los ojos en blanco.

—Sí, son muy visuales, pero ¿tú querías acercarte a alguien que simula estar en estado de descomposición?

En eso tenía razón, aunque tampoco tenía intención de que se me acercara nadie, ni siquiera mi marido.

Me probé uno de esqueleto que había elegido yo y cuando me lo puse me dio repelús al momento. Sólo me quedaba uno de bruja que había elegido Zoe para mí. Cuando salí del vestuario, ella ya estaba vestida de calle.

—¡Ese, Naia! ¡Te queda chulísimo! —dijo entusiasmada aplaudiendo.

—No está mal, pero es tan típico, de bruja...

—¡Es un clásico! y mola un huevo ir por ahí lanzando hechizos. Da mucho juego.

Me miré por última vez al espejo. Mi disfraz no era tan extremado como el de Zoe. Era negro y bastante corto, aunque lo suavizaba que era de manga larga. Tenía un pelo sintético suave en el borde inferior del vestido y también al final de las mangas. Del pecho al ombligo el cierre era mediante un cordel negro que se iba entrelazando por unos agujeros remachados en plata, y como complemento, el gorro en punta y la escoba. Menos daba una piedra...

—Vale, me lo quedo. Vámonos de este almacén de los horrores, por favor.

De repente, al pensar en ir a casa me di cuenta de que no iría a mi casa, sino a la de Axel, y debí poner cara de agobio porque Zoe me ofreció cenar en su piso y arreglarnos juntas para ir después a la fiesta. Yo asentí agradecida, pero le mandé un mensaje a Axel avisándole de que nos veríamos en la fiesta porque, aunque sabía que después de que Adriana se fuera, se vestiría y se iría enseguida al Club, sentí la obligación de decírselo... ahora éramos... algo, ¿un pack?

Sobre las doce de la noche salimos de casa. Zoe me había maquillado los ojos como una maldita Drag Queen. ¿Por qué Señor, tenía que dejar que experimentara conmigo de esa forma? En realidad me encantaba. La muy tunanta me había pintado un lunar nada discreto en la cara, como toda buena bruja según dijo. También me había dejado unas botas negras de tela aterciopelada que se ajustaban a mi pierna de una forma muy elegante. Me

gustaba mucho la combinación, y por lo visto, al taxista que paramos para que nos llevara hasta la puerta de la Sala también.

Nada más entrar, localicé a Axel. El local todavía no se había llenado y el interior de su capa lanzó un centelleo rojo desde la lejanía.

—Hola —saludó cuando nos acercamos a él—. Qué guapas —dijo dándonos un beso a cada una. Se había rociado de la colonia especial que usaba siempre en los eventos. Olía increíble, y me trajo recuerdos muy agradables de nuestra primera vez juntos.

—¿Qué tal Adriana? ¿Se lo ha pasado bien pidiendo caramelos? —le pregunté—. Siento habérmelo perdido.

—No pasa nada. Sí, ha estado genial. Su madre la ha recogido con una intoxicación seria de azúcar —sonrió como lo hacía antes de que me odiara—. ¿Y tu abuela? ¿Ha cogido bien el tren?

—Sí, sí —contesté algo ansiosa. Era la mejor conversación que habíamos tenido en semanas, y de repente lo vi. Una huella de pintalabios rojo perfecto en la unión de su cuello y su clavícula. Me quedé mirando tan fijamente la marca, que se dio cuenta.

—¡Ah!, esto. Ha sido Mar, la encargada de las camareras. Antes de abrir me ha dejado la marca en broma, diciendo que ella era la que me había transformado a mí en vampiro. También va de vampira. ¡Está chiflada! —se rió.

No sé por qué, pero a mí no me hizo ni puta gracia. ¿El día de nuestra boda una mujer había posado los labios en su cuello? Sentí que me mareaba. Intenté fingir una sonrisa, pero estoy segura de que no me salió bien por la cara de susto que puso él.

—Voy al... baño. —dije a duras penas. Me fui de su lado y busqué los servicios en la oscuridad. Axel con otra. “¿Puedes calmarte, por favor?”, seguramente habrá sido una broma sin importancia... “¿Entonces por qué estás tan alterada?”. Por su reacción. Le había hecho gracia que una tía le hiciera eso. Había tonteado con otra y estaba contento... Qué rápido me había olvidado, ¿no? Por eso me había tratado normal, hasta bien podría decirse, como quien regala unas flores después de haber puesto los cuernos. Lo nuestro ya no le importaba... Mientras estaba borde conmigo tenía la convicción de que estaba dolido porque sentía algo por mí, pero ahora... Dios de mi vida... Tenía que centrarme. Después de todo lo que le había hecho pasar a Axel, el pobre se merecía olvidarme un rato y tontear con otra chica,

y lo más seguro es que fuera un pibonazo. No quería ni verla, pero sabía que tarde o temprano me la presentarían. Mar.

Zoe entró en el baño y me vio.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí.

—No te preocupes por esa marca, ¡Axel es muy tonto para estas cosas! Créeme, el muy bonachón no se da cuenta de cuando una lagarta le está tirando los trastos, pero ya le voy a dejar clarito a esa tía, que acaba de casarse hoy mismo.

—Tranquila, no hagas nada. Déjale divertirse. Está atrapado conmigo y... al menos se merece...

—Naia, ¿qué estás diciendo? —dijo incrédula—. Axel está loco por ti. Hazme caso, pronto todo se arreglará y...

—No Zoe. —Le di la espalda tragándome las lágrimas para coger fuerzas de nuevo—. De cara a la galería estamos casados, vivimos juntos, pero ahí termina la cosa. Por lo demás es libre, y si es lo suficientemente discreto puede hacer lo que quiera, seguro que a mi padre le hubiese encantado. Ya me encargaré yo de que sepa que tiene libertad para hacer lo que quiera —dije enfadada.

—Ni se te ocurra decirle eso... —dijo suplicante agarrándome de los brazos—, se lo tomaría fatal. Si le das libertad le estarás volviendo a escupir a la cara que te importa un rábano. No Naia, lo que tienes que hacer... ¿Sabes qué es?

—¿Qué? —dije con avidez, como si lo que fuera a decirme fuese a arreglarlo todo.

—¡Pillarte un pedo monumental! —gritó como una loca, y sonrió como quien tiene muy claras las misiones que debe cumplir para lograr ser feliz. De repente, me di cuenta de que yo no tenía la culpa de las circunstancias de mi vida. Había hecho las elecciones que me parecían correctas y que menos molestarían a los demás, pero era una víctima más de ese circo y no me merecía estar sufriendo en un baño por cosas que escapaban a mi control, así que sonreí y le dije:

—¡Esa es la mejor idea que has tenido nunca!

Salí del baño dispuesta a mostrarle a Axel una de las múltiples caras que él me acusaba de tener, porque últimamente, me había limitado a ser un ratón de biblioteca trabajador y callado en la oficina, y otro tembloroso y cortado

fuera de ella. ¡Se acabó! Ya estábamos casados, así que esa noche, me merecía celebrar mi sacrificio y dejar atrás las malas vibraciones de las últimas semanas. Iba a convertirme en Super Ratón, como poco.

Llegamos a la barra y en cuanto vimos a Leo, me vine arriba. Parecía que lo acabara de atropellar un camión y que luego había retrocedido para volver a pasarle por encima. Llevaba la ropa sucia y dramáticamente desgarrada por todas partes dejando entrever su cuerpazo en alguno puntos. Iba manchado de sangre y de polvo. Tenía el pelo muy despeinado y un cuchillo atravesado de lado a lado en la cabeza.

—¡Estás alucinante! —chillé acercándome a él—. ¡Yo quería disfrazarme así! pero Zoe no me ha dejado —dije poniéndole mala cara—. ¡Estás genial, Leo!

Él se sorprendió por mi efusividad y sonrió de una forma bastante natural. Solté una carcajada aún mayor al ver que se había pintado los dientes de negro. ¡Era la bomba!

—¡Es la bomba! ¡Te invito a algo, coño! ¡Te lo mereces!, a ver si la tal Mar tiene la amabilidad de ponernos unos chupitos —dije lanzada apoyándome completamente encima de la barra. Aún no había empezado a beber y ya se me estaba yendo la pinza, parecía que de repente me había entrado el síndrome de Tourette y era incontrolable.

Leo se partió de risa, porque seguramente Axel le había contado el desafortunado incidente de la marca de pintalabios. También noté que, viniera de donde viniera el Mister, llevaba ya un par de copillas encima.

—¡Aquí, por favor! ¡Ponnos dos Jagger Master! —grité decidida a una camarera—. Y de paso dos *gin-tonics* de London. ¿Tú qué quieres Zoe? —dije girándome hacia ella. Al hacerlo, pude ver las caras de perplejidad que compartían Axel y ella, y sin darle tiempo a contestar dije:

—Tranqui, ya te pido yo lo que vea.

—A Zoe pídele un gin de Brockmans —murmuró Leo. Vaya, vaya, mucho enfado, pero que la niña no pase sed.

Poco después, Axel fue requerido dentro de las dependencias del Club y regué mi psicosis de que estaba en ese instante dándose el lote con Mar con un par de chupitos más. Leo resultó ser un compañero de juerga increíble, seguramente porque los dos estábamos en el mismo punto de “me importa todo un comino”. Parecía que había dejado atrás el rencor que había demostrado hacia mí esas últimas semanas y bailamos juntos; no paró de

contarme anécdotas graciosas de Halloweens anteriores mientras nos reíamos de los disfraces de la gente. Zoe había huido hacía rato de nuestras tonterías y estaba hablando con Sergio, que era el dueño del local, según me aclaró Leo.

—No te preocupes —dijo Leo de repente—. Mar está allí —dijo señalando una de las barras—. Axel estará dentro atendiendo algún problema.

—No me preocupo —contesté con la chulería que me daba el subidón del alcohol—. Que haga lo que quiera, suficiente le he jodido ya...

—¿Por qué no le dijiste que le querías cuando él te lo dijo? Yo creo que a eso se resume todo... —dijo totalmente borracho.

—Porque no me lo creí... pero ¿qué más da?... Me odia.

—Axel no te odia, solo está enamorado, pero le has hecho daño.

“Sí, enamoradoísimo”, pensé recordando la marca de su cuello. ¿Leo me culpaba de no haber sido sincera con él?

—¿Por qué no le dijiste a Zoe que sentías algo por ella? —contraataqué.

—Porque no me lo creía ni yo, como para creérselo ella... pero ¿qué más da?... Me odia.

—Zoe no te odia, solo te tiene miedo.

Nos mantuvimos la mirada (a duras penas) y vi todo el dolor de esas tres semanas acumulado dentro de él de forma autodestructiva. Tenían que arreglarse, y decidí que lo mejor era buscar a Zoe y que se sincerase con ella. El mundo era tan simple bajo el prisma del alcohol..., además estaba segura de que no podría resistirse a esa mirada de Simba cuando muere Mufasa que tenía Leo en la carita.

—¿Dónde está Zoe? —pregunté urdidora.

Él la buscó con la mirada, pero no la encontró.

—Hace un momento estaba ahí —dijo confundido.

La localizamos en la barra hablando con un chico disfrazado de momia que no conocíamos y fuimos hacia ella.

—¿Te importaría dejarme en paz? —oímos que le decía en tono cabreado al ponernos justo detrás de ella.

—¡No puedo..., ha sido verte y convertirme al Satanismo! —le respondió el tío vacilón.

—Piérdete un rato, anda... —contestó ella cansada girándose hacia nosotros.

—Me pierdo, pero contigo si quieres... —dijo el otro invadiendo su espacio vital.

—¡Ey! ¿Pasa algo? —intervino Leo metiendo el cuerpo—. ¿Te está molestando este tío disfrazado de compresa? —dijo, aunque no estaba en condiciones de defender a nadie.

A mí se me escapó una risa de borracha. Leo podía ser único buscando similitudes.

—No, ya está —resolvió Zoe llevándose a Leo lejos de la barra para alejarse del conflicto.

Sin embargo, la momia no la dejó irse, la cogió del brazo en el último momento, y la atrajo con fuerza hacia él.

—¿Te vas ya? Quería venderte mi alma a cambio de un beso...

Ella intentó soltarse de su amarre sin lograrlo, y cuando Leo se dio la vuelta y lo vio, su cara se transformó en la de un asesino en serie. Le agarró del brazo antes de que fuera a matarlo, pero caminó igualmente hacia el tío y lo agarró de la camisa. Yo me había convertido en una rémora adherida a su cuerpo.

—¡Si vuelves a tocarla, saldrás del hospital como una momia de verdad! ¡¿Está claro?! —

—¡Sí, tranquilo tío! —dijo el otro rindiéndose para que le soltara, pero en cuanto Leo le dio la espalda cargó contra él, y yo, que aún no le había soltado, salí despedida.

Se armó un alboroto y sentí un golpe. Lo siguiente que supe es que alguien me recogía del suelo y me ponía a salvo. Era Sergio.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó amablemente.

—No ¡Avisa a Axel!

—Ya está con Leo, tranquila.

—Vale —dije aliviada—. Gracias por recogerme del suelo, me habrían pisoteado cual colilla.

Sergio se rió.

—De nada.

Le miré, y su sonrisa me hizo entender que el mar era muy grande y había muchos peces agradables en él.

—¡Naia!, ¿estás bien? —dijo Axel ansioso llegando nuestro lado.

—Más que bien, Sergio me ha salvado de morir pisoteada —dije con fuerzas renovadas. Parecía que el altercado me había despejado un poco el globo que llevaba, sería la adrenalina del momento.

—¿Cómo sabes mi nombre? No nos han presentado... ¿Tú eres...?

—Es Naia, mi mujer. —La aspereza con la que lo dijo me sorprendió.

¿Ahora era su mujer? ¿Y cuando le estaban dando un beso en el cuello quién era, la vecina del quinto?

Sergio se sorprendió.

—Sí, pero es de mentira —dije sin filtrar con voz de duende borracho.

—Naia —cortó Axel—. Hay que llevar a Leo a casa, se ha hecho un corte en el brazo y está como una maldita cuba... —dijo enfadado—. Pero alguien tiene que quedarse aquí, no podemos irnos todos.

—¡Yo puedo quedarme! —dije alegre—. Sergio me ayudará, ¿verdad, compañero?

Sergio se rió de mi comentario y dejó decidir a Axel, que se quedó pensativo y pareció analizar mil cosas a la vez en su cabeza.

—Creo que es mejor que me quede yo, tú no estás tan mal como pensaba. Entre las dos podréis arrastrar a Leo hasta la cama, después puedes irte a casa. A nuestra casa. —remarcó.

Cogimos a Leo y lo arrastramos al exterior como pudimos. Vi que tenía un corte en el brazo provocado por algún cristal que se habría clavado al caer al suelo o revolcarse en él con su atacante.

—¿A dónde vamos? —preguntó el taxista en cuanto nos subimos.

—Al barrio de Salamanca, ya le diré allí por donde es —contestó Zoe.

—Que Satán sepa dónde vives no es una buena cosa —dijo Leo arrastrando las palabras en un punto más allá de la borrachera. Yo me hubiera reído, pero me estaba empezando a encontrar mal. Me estaba mareando en ese maldito coche y tenía miedo de echar la pota si de mi boca salía cualquier onomatopeya. Mi cabeza tampoco paraba de darle vueltas al hecho de que Axel se había quedado a solas otra vez en el bar, la noche se estaba torciendo por momentos. No sabía si me había mandado a casa para que no tonteara con Sergio o para poder tontear él con Mar, o ya puestos, las dos cosas. Vaya, el plan le había salido redondo.

NOVIO POR UNA NOCHE

—Qué bonito... vomitar en el barrio de Salamanca. ¿No te da vergüenza?
—le dijo Zoe a Naia mientras cargaba con un Leo abatido cuando se bajaron del taxi. La pobre Naia había echado la minuta del menú de su boda en un árbol frente a la casa del broncas.

—Lo siento... Me he mareado en el coche. Ese tío conducía peor que el perro con risa maléfica de los autos locos.

—Sí, ya. Seguro que ha sido eso y no todo el alcohol que te has metido en vena. No entiendo por qué Axel nos ha endosado esta misión a mí, y a un engendro como tú.

—¿Puedes sola?...

—Porque aún no se ha desmayado y camina por sí mismo, pero le quedan cinco minutos de vida. Ayúdame un poco, a ver si le metemos en casa.

Con movimientos torpes, y algún que otro golpe extra, consiguieron sentarle en uno de los sofás del salón. Zoe vio como Naia tomaba posesión del otro y se tumbaba en él, desmayándose casi al momento. Vaya plan... Si dejaba a Leo en el sofá, al día siguiente estaría hecho polvo. Le debía al menos intentar arrastrarlo hasta la cama para que estuviera más cómodo como él había hecho con ella en varias ocasiones. Dejó momentáneamente a los dos figuras en el sofá y recorrió la casa. Recordaba cuánto le había gustado la primera vez que la vio. También se fijó en que el cuenco de condones que había visto aquel día había desaparecido, ¿los habría gastado ya todos?

Descubrió que había una habitación en el piso de abajo y otra arriba, y supuso que la de él era la del piso superior, puesto que la otra estaba milimétricamente ordenada y exudaba una calma de estancia inhabitada. Si

lograba que anduviera hasta esa cama, el resto sería pan comido; pero a esas alturas no sería fácil porque en ese instante parecía dormir ya profundamente. Llegó hasta él y tiró suavemente de su brazo, pero no se movió, después de varios intentos, probó a su manera, que muchos hubieran juzgado de inhumana.

—¡Vamos pedazo de cuba! ¡Despierta! —dijo doblándole el brazo de manera imposible, pero solo soltó un gruñido y farfulló algo ininteligible. El traqueteo del taxi los había dejado inservibles a ambos, porque con Naia tampoco podía contar ya para ayudarla a levantarlo. Estaba dormida con la boca abierta y la baba colgando. Tuvo grandes tentaciones de sacarle una foto.

Intentó tirar del brazo de Leo de nuevo por si le podía arrastrar por el suelo, y consiguió despertarlo un poco, de tal modo, que al distinguir una figura —sin llegar a enfocar la vista— la atrajo hacia él y Zoe cayó en su regazo como un conejo en una trampa. Sin demora, él la abrazó con los ojos cerrados, buscó su cuello y comenzó a rozarse con ella.

—Vamos nena, ponme a tope —murmuró como en otro mundo.

Por un momento, Zoe pensó en levantarse como un resorte, pero se dio cuenta de que pensando que era una chica con la que estaba enrollándose había ganado movilidad y un mínimo de conocimiento, e intentó seguirle el rollo para ver si lograba llevarlo hacia la cama.

Se giró hacia él y se puso a horcajadas.

—Oh sí nene, vamos a la cama —dijo con voz de actriz porno partiéndose de risa en silencio para ver si reaccionaba. Seguramente el pobre se lo montaría con cualquier cosa que se le pusiese a tiro en ese momento.

El se encendió un poco al oírla, y pasó de acariciarle los muslos desnudos a manosearle la parte de sus pechos que sobresalía del corpiño, mientras le besaba el cuello enajenado.

—Donde quieras... —balbuceó ido, y de repente, empezó a besarla en la boca.

Zoe prolongó el beso hasta que la sorpresa inicial desapareció. Después se rogó “solo unos segundos más”, pensaba que jamás volvería a probar esos labios, y al hacerlo, se recreo un poco más de la cuenta en ello.

—Vamos —dijo ella cortando el beso cuando notó que la cosa empezaba a descontrolarse para ambos.

Se puso de pie, y le ayudó a levantarse del sofá mientras bajaba la cabeza

para ocultarle el rostro. Ese movimiento casi les cuesta irse los dos al suelo, pero al final apoyándose en ella logró caminar con rumbo renqueante hacia la habitación. Al llegar, lo dejó caer encima de la cama y él tanteó el colchón con la mano sin abrir los ojos. Supo que si no encontraba un cuerpo femenino al alcance, tarde o temprano los abriría, y descubriría que había sido ella con la que se había estado morreando en el sofá. Y sin pensárselo mucho se tumbó en el colchón y se dejó encontrar por miedo a ser descubierta. En cuanto la palpó, él respiró aliviado y comenzó a acariciarla suavemente. Tenía que pensar rápido. Recordaba haberse quedado prácticamente dormida besándose con alguien alguna vez de borrachera. Si estabas hasta arriba y cerrabas los ojos, te entraba la modorra y era fácil quedarte sopa, así que tuvo la esperanza de que si seguía besándole un rato, se quedaría dormido. Sus bocas se encontraron y él respondió al beso tiernamente. Podía funcionar. Ya estaba en un estado de somnolencia avanzado, lo notaba por la lentitud de sus besos y su respiración. Siguió besándole y se propuso disfrutar de cada movimiento. ¡Era Leo! y esos labios la estaban poniendo a ciento veinte por lo menos. ¿Cuántos besos habrían dado? ¿Cientos? ¿Miles? Porque esa perfección aún estando etílico solo se alcanzaba con la práctica. Estaba segura de que su plan funcionaría y rezaba para que fuera rápido porque ella estaba perdiendo el norte. Había dejado de acariciarla con las manos, y apenas se movía, puede que si ella rompía el beso, se quedará dormido sin remisión.

Segundos después, lo hizo y Leo se quedó plácidamente quieto. Celebró la victoria con una sonrisa silenciosa y se quedó mirándole. Su belleza cortaba la respiración. Cuando le vio en la fiesta, su teoría de los muertos vivientes se fue al garete. Por un momento, se imaginó qué sentiría despertándose a su lado cada día, besando sus sonrisas, siendo la responsable de sacar su mejor versión, haciendo cosas tan sencillas como cocinar juntos, ducharse juntos, tumbarse en el sofá y ver una película. Demencial. Seguro que sería fantástico si pudiera llegar a confiar en él. Sería como caer en un abismo de felicidad demasiado bueno para ser cierto. Se incorporó un poco dispuesta a levantarse con el máximo cuidado, pero Leo la detuvo hablando con los ojos cerrados.

—No te vayas Zoe... por favor...

Se quedó petrificada. ¿Sabía que era ella todo ese tiempo o estaba soñando? Él se movió y la instó a tumbarse acercándose a ella. Empezó a

besarle el cuello muy lentamente poniéndole la mano al otro lado del mismo. Ella seguía en shock, no sabía qué hacer. ¿Negarlo todo? ¿Seguirle la corriente hasta que se quedara dormido de nuevo? ¿Disfrutar como una perra?

—Quédate conmigo, no me apartes... —dijo suplicante.

Esa petición prolongó su parálisis. Era cierto que ella le había apartado cuando él entró en su casa con el corazón en la mano, claro que, tampoco sabía que iba en ese plan, aunque el encuentro que tuvieron fue excesivamente bueno para ser solo un polvazo. Ahí había algo más y ella lo había sentido, pero pensaba que era sólo por su parte. ¿Por qué no reaccionaba? No quería tomar partido entre lo que quería y lo que debía. Se cansó de pensar, se cansó de huir, y girando la cabeza, le besó. Ya le había rechazado una vez y se había jurado no volver a hacerlo. Esta podría ser una buena forma de hacer borrón y cuenta nueva, sin embargo, un pensamiento cruzó su cerebro. “Está muy borracho, ¿y si luego se arrepiente?”. Seguramente no era el mejor momento, porque no era plenamente consciente de sus actos, aunque sabía con quien estaba, quizá no se acordara bien del cabreo monumental que tenía con ella...

Leo le respondió al beso con más ganas, y subió la mano a su mandíbula para acariciársela.

—No sé si esto es una buena idea, estás muy borracho...

—No, quédate... por favor, no me dejes —dijo arrastrando una mano por su corpiño y sacándole un pecho como si estuviera sediento y fuera a beber a morro. Ella soltó un gemido cuando notó sus labios en él. Lo tenía muy duro y el dolor inicial se transformó en placer al momento.

Lo chupaba con una calma y una devoción que la estaban volviendo loca. Leo hizo ademán de deshacerse del corpiño y ella se lo facilitó bajando la cremallera y deslizándolo hacia abajo. Él cogió el otro pecho con maestría, empezó a amasarlos en círculos y a pellizcarlos con suavidad.

—Quiero hacer que te corras... —dijo él jadeando. Estaba atendiendo sus pezones con dedicación experta, parecía que no tenía las prisas de la primera vez que estuvieron juntos, aunque seguramente lo que no tendría eran las fuerzas ni la misma noción del tiempo. De pronto, él bajó una mano y le deslizó la braguita por un lado apelando a su cooperación, quería que se las quitara. Ella se deshizo de ellas rápidamente rozando la desesperación por tanta caricia suave y lenta. Cuando Leo pasó las puntas de los dedos por su

monte de Venus aprendiéndose el camino, ella pensó que se moriría si no la tocaba lo antes posible. Notaba un calor en todo su cuerpo extendiéndose en todas direcciones, incluso chamuscando su cerebro. Pero él no le dio esa satisfacción. Siguió haciéndole cosquillas por la piel alrededor de su centro, por el interior de sus muslos, hasta que acarició levemente sus labios vaginales. Zoe estaba a punto de explotar, estaba muy húmeda, necesitaba sentirle dentro, no aguantaría mucho más sin entrar en acción. Él seguía con sus increíbles atenciones en sus pezones, llenándolos de saliva, absorbiéndolos, metiéndoselos en la boca todo lo que podía para luego acabar soplando sobre ellos. Era una tortura. Quizá era cierto que podía correrse así porque empezó a frotar sus piernas sin poder evitarlo, notando como su cuerpo se volvía líquido. De pronto, sintió un remolino exquisito en su pubis y su respiración empezó a cambiar. Él aceleró un poco el ritmo y la fricción en sus pechos que estaban completamente mojados y lograban movimientos resbaladizos muy sensuales. Zoe internó los dedos en su pelo e imaginó lo que sentiría si sencillamente la mano de él se aventurase en lo más profundo de su cuerpo y de repente, lo sintió, un orgasmo que nació de la nada y fue extendiéndose por sus entrañas dejándola extasiada.

—Dios mío... —jadeó incrédula.

Él trasladó su boca de su pecho a sus labios, atrapando sus jadeos en un estado semiinconsciente. Llegados a ese punto, ella sabía lo que tenía que hacer para despertarle, porque había sido de esos orgasmos que en vez de dejarte satisfecha te volvían insaciable. Se giró hacia él, y metió la mano en su bragueta para desabrocharle el pantalón mientras continuaban besándose. Después rompió el beso para bajárselos y Leo echó la cabeza hacia atrás cuando ella empezó a acariciarle los testículos. A pesar de la borrachera que tenía, encontró su apéndice más duro de lo que cabía esperar, y pareció revivir aún más cuando su lengua entró en contacto con toda su largura. Ella acababa de tener un orgasmo, pero ansiaba la plenitud que le otorgaba sentirse invadida por esa maravilla de la naturaleza. Se moría de ganas por ponérsela más dura que nunca y montarle para sentirle en su interior. Después de unos minutos, notó que él comenzaba a resoplar, y dudó entre si obligarle a perder el control corriéndose en su boca o montarle como había planeado; porque la verdad era, que la magia que había obrado en ella minutos antes bien se merecía un premio, pero no pudo resistirse a sentirle una vez más dentro de ella. Rápidamente se sentó a horcajadas sobre él, tomó su pene y se

lo introdujo dejándose caer con fuerza. Ambos gimieron en respuesta. Ella sintió al momento que su envergadura la llevaría directamente a la cima por la vía rápida. Comenzó a montarle con energía sintiendo que era el lugar correcto cegada por el placer.

—No..., para... Dios... el condón... —siseó él con la voz tomada por el deseo.

—No pasa nada, tomo la píldora...

—No, por favor, para... —rogó él, pero no pudo evitar subir las caderas y cogerla de la cintura para entrar más profundamente en ella. Le vio poner una mueca de doloroso placer y apretar los dientes.

—¡Dios, me voy a correr! —gritó ella desbordada.

—¡Joder! —gritó él rindiéndose a las contracciones que le instigaban sus paredes vaginales alrededor de su pene.

Cuando el ambiente se calmó, él colocó un brazo por encima de sus ojos y a ella le pareció un gesto extraño. Se tumbó a su lado esperando unos mimos que nunca llegaron.

—Te he dicho que pararas —dijo él fríamente.

Zoe se asustó por el tono que había empleado y le miró sorprendida.

—¿Qué?

—Te he dicho, “No, joder, para” y no lo has hecho. Yo no follo sin condón. Nunca.

—Por eso te he dicho que tomo la píldora. No pasa nada.

—No es solo eso.

—¿Qué insinúas? Estoy sana... No pasa nada.

Leo se quedó callado un momento rebozándose en su enfado.

—No pasa nada hasta que pasa —dijo de mala hostia levantándose del colchón y poniéndose unos calzoncillos.

—Me voy a mi cama, esta habitación la utilizo sólo para el folleto barato.

Y sin decir nada más, la dejó tumbada en la cama con un palmo de narices. Ahí estaba, el segundo tomo de su rabia arremetiendo con toda su fuerza contra ella. Nadie dijo que sería fácil, nadie dijo que sería bonito, pero de alguna manera, sintió que se lo merecía. No le dolieron sus palabras porque quedaron amortiguadas por las caricias que esa noche le había profesado con tanta adoración. A pesar del insulto velado, estaba empezando a creer que realmente podía haber algo entre ellos. ¿Cómo había sido capaz

de ponerse de pie y de subir esas escaleras? Porque no hubiera dado un duro a que podría con semejante trompa. Eso le hizo pensar que quizá no estaba tan borracho como les quería hacer creer. Además, cuando surgió la idea de hacerlo, también pensó que se encontraría con el típico gatillazo de borrachera ¡y para nada! Y por alguna extraña razón, volvió a ilusionarse. Sabía que estaba enfadado, pero no se creía que fuera por el tema del condón. La conocía, sabía que podía confiar en ella, el problema es que seguía sin perdonarla.

Se vistió y le mandó un mensaje a Axel diciéndole que Naia estaba desmayada en el sofá de Leo; el grescas fuera de combate; y que ella no podía ni con su alma. Su misión ahora era ir a rescatarlas.

Un par de horas después, Axel le avisó de que acababa de aparcar enfrente, y al minuto llamaba a la puerta con los nudillos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó nada más entrar.

—Pues que tu mujer ha entrado en coma después de echar doscientos pavos de menú nupcial en un árbol.

Axel sonrió, y no supo si era por decir “tu mujer” o por imaginársela vomitando.

—Ha sido un día muy largo —dijo él acercándose a Naia. Se quedó mirándola y chasqueó la lengua, pero tampoco supo muy bien a que venía ese gesto. Quizá estaba hasta la mismísima polla de que le tocara siempre el papel de rescatar a la chica en apuros. Una, que le había roto el corazón.

—Vámonos. Cierra luces, ábreme la puerta y larguémonos de aquí —dijo agachándose para coger a Naia en brazos.

—¡Sí, mi Capitán! —dijo Zoe haciendo el saludo militar.

—Payasa... —murmuró Axel negando con la cabeza mientras reprimía una sonrisa y se recolocaba a Naia en los brazos—. Andando.

DÉJÀ VU

Axel abrió la puerta de casa con Naia en brazos y tuvo un *déjà vu* atronador de hace semanas cuando la llevó a casa de Zoe el día que las rescataron en un baño. En buena hora... Esa noche empezó todo. Mentira. Eso es lo que había pensado hasta ahora, pero ese no había sido el momento en que su vida había empezado a tambalearse. Todo empezó el día que la conoció.

Después de hablar veinte minutos con ella, se sintió extraño... No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo. Tenía la sensación de que la conocía... No. Lo que de verdad pensó es que **NECESITABA** conocerla más, porque había algo en ella que le atraía más allá de toda lógica. La expresión “alma gemela” le vino a la cabeza y se rió de sí mismo, porque, poniéndose en el supuesto de que todo ese rollo existiera realmente, ¿qué podías hacer si de repente aparecía en tu vida, en tu trabajo? Solo una cosa: volver a casa con tu mujer y tu hija.

Una vez la apartó de su mente, vivió durante meses en el cómodo cinismo de que estaba todo perfectamente controlado teniéndola de ayudante. Apenas había vuelto a pensar en ella de esa manera, pero al igual que el nacimiento de Adriana abrió su chakra y redimensionó lo que era capaz de amar, conocer a Naia, destapó otra parte de él. Una visión de todo lo bueno que le deparaba el porvenir, la posibilidad de un camino alternativo con una persona equis que todavía ni siquiera conocía.

El día que le dijo a su exmujer que iba a casarse con Naia, se esperaba su acusación de que le había puesto los cuernos, o en su defecto, una frase tipo: “no me los pusiste, pero te morías por follártela a gusto, ¿verdad?” Pero lo cierto, es que la respuesta era no. No era algo desesperado, ni básicamente sexual, iba más allá. Tenía la conciencia muy tranquila, porque nunca tuvo intención de hacerlo antes, ni momentos después de dejar a su mujer. Pedirle a Naia que cenara con él fue algo inesperado, no programado, igual que lo fueron las consecuencias de haberlo hecho. Se había encoñado como un gilipollas. En pocas semanas le había dicho que la quería, ¡le había propuesto matrimonio, por el amor de Dios! ¿Y qué había recibido a cambio? Desconfianza. Y no la culpaba, porque hasta a él le parecía una puta locura.

Estaba enfadado, no tanto con ella, sino consigo mismo. Por crédulo, por ingenuo, por darse entero cuando nadie le había garantizado que podía hacerlo, más bien al contrario. Y para perdonarla a ella, primero tenía que perdonarse a sí mismo, pero no podía hacerlo cuando le cabreaba sobremanera que teniéndola tan cerca como en ese momento, su olor siguiera perturbándole como lo hacía.

Se quedó de pie en el centro del recibidor pensando a dónde dirigirse con ella en brazos. La dejaría en el sofá mientras sacaba la cama supletoria del cuarto de Adriana, pero no quería mancharlo y entre la cantidad de maquillaje que llevaba y que había estado por los suelos del Club, no le hacía mucha gracia apoyarla en él... De repente, le vino a la cabeza la vez que ella le vaciló con lo mucho que le preocupaba que se manchara su sofá nuevo con fluidos sexuales, pero maldita sea, si se manchaba por ese motivo le compensaría de sobra, igual que le había compensado joder la camisa de Hugo Boss a la que le había arrancado todos los botones en su primera vez juntos... Si fuera por ese motivo, estaría dispuesto a retozar con ella hasta partir el puto sofá por la mitad y comprarse otro. “Olvídalo, Axel”.

Finalmente, decidió dejarla en su propia cama. Tomó distancia y sintió cómo el raciocinio le volvía en oleadas. Ese inhibidor de cordura iba a instalarse en su casa durante una larga temporada y sería mejor que se hiciera a la idea, porque su atracción por ella no iba a desaparecer si no lo había hecho ya. No podía ablandarse ni convertirse en su amigo, o se abalanzaría sobre ella sin poder remediarlo. Ese era el férreo control que tenía sobre sí mismo en lo que a ella se refería, pero al menos, contaba con la ventaja de saberlo. Por lo pronto, iba a quitarle las botas y a darle un ibuprofeno, y eso

era lo máximo que estaba dispuesto a hacer por ella esa noche. ¿Por qué se agarraba semejantes ciegos? Era el día de su boda, más bien su noche de bodas. “Precisamente por eso, imbécil”. De pronto, entendió algo con claridad meridiana: cuando tu pareja espera algo al volver a casa y tú no quieres cooperar, trazas el plan de beberte hasta el agua de los floreros, como él mismo había hecho el día de la boda de Andrea cuando Bárbara fue su acompañante. Su querida esposa, para no tener que lidiar con el trago de llegar los dos a casa serenos y cohibidos después de la fiesta, había optado por la salida fácil: que él la llevara a casa en coma. No pudo evitar cabrearse por sentirse rechazado hasta cuando no había hecho nada para merecerlo. Fue a la cocina a por un vaso de agua y encontró un analgésico en un cajón. Le quitó las botas sin florituras y la despertó sin delicadeza para que bebiera agua.

—Naia, tómate esto —dijo dejándole la pastilla a un centímetro de la boca. Ella la abrió y se la introdujo, sintiendo el roce de sus labios en los dedos recordando lo suaves que eran. Cogió el vaso de agua e intentó incorporarla un poco, entonces ella le miró. Sus ojos reflejaban confusión, luego pena, y por último culpabilidad, las tres emociones estrella del momento.

—Gracias.

—No se merecen —murmuró irónicamente por lo bajo alejándose de ella.

—Soy una bruja... —informó ella.

—Sí, y yo Drácula.

—No... yo soy... soy una bruja de verdad. De las que hace daño a la gente buena —farfulló.

Él se quedó callado. No necesitaba más datos para saber por qué lo decía.

—Buenas noches, Naia —dijo cerrando la puerta de su habitación.

Y de repente, se dio cuenta: “Felicidades Axel, te toca dormir en la supletoria”. Su nueva vida comenzaba de puta madre.

Por la mañana, nada más despertarse, decidió que tiraría ese plegatín a la basura. No servía ni para una noche de apuro, ¡era una tortura! No se lo deseaba ni a su peor enemigo, que en este caso, descansaba cómodamente en su colchón viscoelástico al otro lado de la pared. Consultó el reloj, y automáticamente supo que había dormido menos de ocho horas, pero era ya la una del mediodía y no iba a poder dormir más. La puerta de su habitación

seguía cerrada, se metió en el baño y se dio cuenta de que su casa se había convertido en un hogar de puertas cerradas. Así sería a partir de ahora, insignificantes molestias que se acumulan cuando compartes casa con casi un extraño. Podría parecer una tontería, pero sabía que eso afectaría mucho a su calidad de vida. Porque un día como ese, se tiraría en chándal en el sofá a ver el canal de deportes, se abriría una cerveza, y solo necesitaría su móvil hasta las ocho de la tarde para pedir comida a domicilio y empezar a cuadrar la agenda para el día siguiente. Pero con ella en casa... para empezar tenía que vestirse adecuadamente, cosa que ya de entrada le tocaba los cojones. Abrió el agua de la ducha y sin apenas darse cuenta se llevó la mano a la entrepierna. ¡Joder! y tampoco podía cascársela en la ducha como solía hacer últimamente... ahora era un baño compartido, y precisamente con alguien que no era su pareja. ¿Dónde tendría que hacerlo a partir de ahora? Desde el momento que aceptó casarse con Naia en esas nefastas condiciones, los problemas parecían multiplicarse como una epidemia. Terminó de ducharse frustrado, y se dispuso a salir del baño con una toalla atada a la cintura. En cuanto abrió la puerta, la vio.

—¡Hola! —saludó ella un tanto alterada. Vio que inevitablemente bajaba la vista hacia su torso desnudo.

—Hola.

—Estaba esperando a que salieras... ¡No puedo más! —dijo cruzando las piernas una sobre otra y agachándose un poco. En primera instancia pensó una barbaridad, que ella le estaba rogando que se la tirase a lo bestia contra el mismísimo suelo, pero al momento relacionó la postura con la que solía hacer su hija cuando se estaba haciendo pis. Joder Axel.

—Pasa, pasa —dijo quitándose rápido del medio.

—¡Gracias! —respondió apurada.

Todavía llevaba el disfraz de bruja y los cordones se habían aflojado más de lo que a ella le gustaría... Aprovechó para ir a su armario, coger la ropa que necesitaba para vestirse, y huir otra vez a la habitación de Adriana. Cinco minutos después, salió y escuchó el sonido de la ducha. Una imagen muy concreta cruzó su mente. Los dos, en la ducha, dándose un beso de los que te hacen estar todo el día deseando meterte en ella. Se preparó un café y se sentó en el sofá. ¿Por qué de repente se sentía un extraño en su propia casa? Se puso a revisar el correo electrónico y a leer el periódico digital desde el ordenador. Cuarenta minutos después, vio cómo la puerta se abría y aparecía

una chica completamente diferente a la que había entrado envuelta en una nube de vapor. ¡Parecía el programa lluvia de estrellas!

Lo que más le llamó la atención fue su atuendo. Él se había vestido: vaqueros, camiseta y unas zapatillas de sport, pero ella había decidido otra cosa. Empezó por sus pies, vio que llevaba unos calcetines gruesos de los que tienen líneas antideslizantes, unas mallas de algodón grises que parecían ultrasuaves y se adherían perfectamente a sus torneadas piernas y una camiseta holgada de color rosa colocada hacia un lado para que le quedara un hombro al descubierto.

La virgen...

Le dieron ganas de presionarla contra la pared y clavarle la erección que estaba teniendo, meter la nariz en su pelo y... “¡Frena!”. También se había hecho algo en el pelo, estaba diferente, parecía más largo y se dio cuenta de que era porque se lo había alisado completamente dejándolo sedoso cual modelo de playboy. Trago saliva. Vestida así, aparentaba veinte años.

Por un instante, vio una duda en sus ojos, se quedó clavada en el sitio manteniéndole la mirada hasta que, con reticencia, comenzó a avanzar hacia él.

—Buenos días... —dijo juntando una mano con la otra sin saber muy bien qué hacer.

—Hola... ¿necesitas cafeína? —preguntó Axel audaz. Conocía esa mirada. Era la que tenía cuando entraba en el Staff en busca de una CocaCola Zero como una piraña en busca de un succulento trozo de carne.

—¡Sí! —respondió aliviada con una sonrisa.

—Tienes CocaColas en la nevera.

—¿En serio? ¡Me salvas la vida!

Ella dio un pequeño aplauso, y fue rauda y veloz a por su droga.

Estaba enfadado, pero siempre tendía a pensar en ese tipo de detalles. Quizá había dedicado más tiempo del necesario a preguntarse qué pasaría cuando se despertaran al día siguiente de la boda, con cuerpo discotequero, siendo festivo y estando apocados al silencio, pero, si no hubiera tenido ese detalle con ella sabiendo que lo necesitaría, se hubiera sentido mal consigo mismo.

—Mmmmm —dijo ella degustando la lata—. Me da la vida. El primer trago siempre me sabe a gloria. Te lo agradezco mucho, habría tenido que bajar a comprar a un chino.

—De nada.

—¿Tienes hambre? —preguntó aún con la nevera abierta—. Puedo cocinar algo con lo que hay aquí...

—Había pensado en pedir algo a domicilio —dijo él secamente.

—Vale... ¿Qué vas a pedir? —preguntó ella sentándose en la esquina más alejada del sofá.

—No lo sé, ¿qué te apetece?

—A mi me da igual, lo que tú quieras.

—Vale.

Se hizo un silencio. Era una situación rara. ¿Cómo había pensado que iba a ser después del trato que habían tenido las últimas tres semanas? Lo que tenía claro es que no pensaba hablar más de lo necesario con ella. Si le daba igual todo, decidiría él.

—¿Pedimos una pizza? —dijo ella de pronto.

—¿De qué la quieres?

—Me encanta la Barbacue Creme de Telepizza.

—Vale, yo pediré la Carbonara. Voy a llamar, así llegarán a las tres como mucho.

Cuando las pizzas llegaron, no habían vuelto a cruzar palabra. Llevaban cincuenta minutos evitándose. Ella había estado ventilando las habitaciones, haciendo las camas, y ordenando cosas, mientras él fingía ver la tele. Iba a ser un año muy “cómodo”... Aunque lo peor estaba por llegar. Axel dejó las pizzas en la barra americana y se sentó en uno de los taburetes. Empezó a cortar la que le pertenecía y se la sirvió en el plato. Ella le imitó y comieron en un silencio tenso.

—Oye... ¿esto va a ser siempre así? —preguntó ella de repente.

—¿Qué quieres decir?

—A esto... —dijo señalándole a él y a sí misma varias veces.

Él podía y quería haberle contestado una bordería, pero en vez de eso prefirió ir directo a la cuestión de por qué aquello iba a ser de ese modo y no de otro.

—¿Sabes algo de cuándo le podré dar el dinero a Martina?

Naia se quedó desenchajada por un momento, pero pareció entender la respuesta entre líneas.

—Ayer era un día laborable y envíe una copia acreditativa de la celebración del matrimonio al despacho de mis abogados. Me respondieron

que abonarán el dinero en tu cuenta en cinco días como máximo...

—Perfecto. Cuando ese tema esté finiquitado, podré mantener una conversación contigo sin que tengas que fingir que quieres llevarte bien conmigo por miedo a que no les dé el dinero a tus amigos.

—¿Qué? —dijo estupefacta.

—¿Es lo que piensas, no?

—¡Claro que no! Sé que les vas a dar el dinero... Nunca he creído lo contrario.

—¿Entonces por qué no me lo contaste todo desde el principio? —preguntó él herido.

—Quería evitarte todo esto... quería protegerte.

—Eso es como decir que prefieres romperle las piernas a alguien para que no salga de casa para protegerle de lo que le pueda pasar en la calle.

—No quería hacerte daño...

—Demasiado tarde —dijo levantándose y llevándose su plato al fregadero.

—Lo siento.

—No vuelvas a decirme que lo sientes, ni vuelvas a darme las gracias. Estoy harto de oírlo, lo único que me importa son los motivos, y los tengo bastante claros. Tarde o temprano se me pasará...

—Sí, seguramente Mar te ayudará a reponerte de lo terrible que fue sentirte rechazado cuando me pediste matrimonio obligado por las circunstancias en Nueva York —contraatacó dolida.

A Axel lo de Mar le pareció una soberana tontería, aunque, que una chica como esa pudiera estar interesada en su persona, le subía la moral a un perro recientemente apaleado como él. Sin embargo, Naia era el perro del Hortelano, que ni come ni deja comer. No se esperaba esa actitud de ella, pero sabía que era improbable que le dijera lo que realmente quería escuchar: “Pero Axel, tenía miedo porque estoy perdidamente enamorada de ti, por favor, vámonos al Caribe una semana y no salgamos de la habitación en siete días”, meneó la cabeza deshaciéndose de esa idea fantasiosa.

—No sé a qué viene lo de Mar, y sinceramente no sé a qué vienen esos celos. Creo que no te aclaras ni tú —dijo él yendo hacia el sofá y tumbándose para ignorarla y seguir viendo la tele.

Naia hizo lo propio con su plato, y en el trayecto hacia la habitación, dejó caer una simple frase absurda.

—Creo que estás muy ciego, Axel.

Por ahí iban mal para llegar a tener una relación mínimamente cordial. Esas palabras no tenían ningún sentido para él. Si algo había aprendido de las discusiones de “pareja”, es que cada uno escucha lo que quiere oír y contesta a lo que le interesa responder. En vez de explicar por qué tenía celos, perdía el tiempo señalándole que estaba ciego. ¿Qué era lo que no veía? Las mujeres nunca le habían parecido complicadas, hasta ahora, o igual es que se había vuelto más tonto desde que se había... desde que la conocía.

A media tarde él apareció en la habitación y le pidió de buenas maneras si le importaría trasladarse al salón para que pudiera echarse una siesta, pues había dormido fatal la noche anterior. Parecía que el piso se les estaba quedando pequeño. Era inevitable fijarse en ella. La encontró boca abajo en la cama con las piernas cruzadas y el ordenador delante. Esas malditas mallas le estaban torturando. Eran muy elásticas y prácticamente violaban su culo perfecto. Un culo, que había apretado con avidez mientras se hundía en ella una y otra vez... Se mordió los labios con fuerza y desechó esos pensamientos. Esperó a que ella recogiera sus cosas y desapareciera con todo el equipo. A la hora de cenar, le despertó un delicioso olor en el ambiente a tortilla de patata. Su estómago se quejó. Otra parte de su cuerpo que quería unirse al enemigo. ¡Pero no les dejaría! Bajó a comprar pan y comieron un bocadillo en un rígido silencio mientras hacían *zapping* en la televisión. A él le hubiera gustado ver una película, pero no estaba el horno para bollos. Estuvo a punto de sugerir compartir la cama aquella noche para que ella no tuviera que pasar por el infierno de dormir una noche en el plegatín de la muerte, pero prefirió abordar el tema cuando sintiera en sus huesos que lo de compartir su cama de uno ochenta no era un simple capricho suyo, sino algo de vital importancia hasta que buscaran una solución al respecto. Dormir con ella... ¡ja! Siempre había tenido un punto masoquista, pero eso era pasarse directamente al sadomaso.

AVATAR

Me dolía todo el cuerpo.

Quería hablar con Axel de ese maldito mueble, porque no merecía llamarse cama. Si no se deshacía de él, yo misma lo quemaría aduciendo que unas voces me lo habían ordenado. Era lo más incómodo que había probado nunca.

Después de un penoso día de Todos los Santos, me esperaba un doloroso dos de noviembre. Imaginé que iríamos juntos al trabajo, ya que estaba a cinco minutos y solíamos llegar a la misma hora, pero él me sorprendió saliendo por la puerta veinte minutos antes con una lamentable frase que sonaba a querer evitar precisamente esa situación.

—Yo suelo desayunar por ahí, nos vemos en la oficina.

Quizá, Axel tuviera razón y era mejor no remover la mierda hasta que el tema del dinero estuviera liquidado, porque en ese instante le hubiera dicho dos o tres lindezas de lo que opinaba de su actitud.

Al llegar al despacho comprobé que mi jefe no estaba en su sitio, muy propio de él cuando las aguas del río bajaban revueltas. Me senté en mi mesa y seguí desarrollando la nueva web de bodas. Tenía varios nombres anotados

de gente interesada en obtener un presupuesto para organizar su boda con CXL, e iba a ponerme en contacto con ellos después de haber dejado pasar un tiempo prudencial desde la feria. El mes de noviembre, según me había explicado César cuando repasamos los eventos anuales más destacados, era un mes bastante flojo. Se centraban en el área comercial para intentar conseguir celebraciones para el mes de diciembre, que solía haber varias fiestas de empresa y la Nochevieja, pero de vez en cuando, entraba algún acontecimiento de improvisado.

—Buenos días —dijo Axel entrando en el despacho con prisas—. Por favor, deja lo que estés haciendo y ven a la sala de reuniones, hay clientes.

—Voy —dije levantándome de la silla. Él desvió la vista hacia mi cuerpo y se quedó sin habla. Me había cambiado de ropa antes de salir de casa, en un ataque de venganza personal. Llevaba una minifalda que había comprado hacía semanas con Zoe cuando fingía que me iba la vida alegre. Era de cuadros escoceses verdes, blancos y negros, y me había puesto unas medias calcetín por encima de la rodilla y un jersey fino de pico de manga larga. Ambos eran del mismo verde oscuro. Zoe había insistido en que ese look de colegiala me favorecería, y en ese momento vi en la cara de Axel que había tenido el efecto deseado. Le ignoré saliendo del despacho contoneándome un poco y él se quedó clavado en el sitio girando únicamente la cabeza cual niño del exorcista. Sonreí malévolamente, eso le enseñaría a no salir de casa sin mí.

Axel entró en la sala poco después con una carpeta en la mano y mirando al suelo. Zoe también estaba allí, fresca como una rosa, se notaba que en Halloween no había descontrolado como otras...

—Demos comienzo a la reunión —dijo Axel mirando a los interesados y por último a mí, como si tuviera algo que decirme en la punta de la lengua y no hubiera podido hacerlo en el despacho. Qué lástima... Muajajaja.

Las clientas eran las dueñas de una nueva tienda de ropa. Tenían un acuerdo con otra empresa de eventos, pero a un día de la supuesta inauguración, el adelanto que habían abonado no había servido de nada. Miedo me daba, porque a veces los rebotados —que era como llamábamos normalmente a los clientes que venían de contratar otros servicios buscando una mejora—, solían pensar que por la mitad de lo que les habían cobrado los anteriores, nosotros les íbamos a dar el doble de alegrías.

—Íbamos a mandar hoy por WhatsApp la invitación a conocidos con el lugar y la hora, pero al ver el resultado, no nos ha gustado nada. No queremos

morir al palo de hacerlo tan mal, por eso hemos venido buscando ayuda.

Axel parecía distraído. Sabía que odiaba ese tipo de exigencias de última hora. Aborrecía las chapuzas, que es lo que solía acontecer cuando alguien encargaba algo con tan poca antelación. Normalmente, cuando yo todavía no trabajaba con ellos solía rechazar ese tipo de trabajos, pero la primera vez que se presentó una oportunidad parecida, insistí en que a mí me gustaban esos pequeños retos. Por eso me había llamado, era obvio que él no pensaba mover un dedo por gente tan descuidada con sus cosas, pero a veces, él también olvidaba que CXL era un negocio, no un hobby.

Zoe llevaba cinco minutos mareando la perdiz, contándoles todo lo que CXL era capaz de ofrecerles; al ir a comisión, hacía de poli bueno. Yo estaba en la sala para hacer de poli malo, eso es lo que significaba la mirada de Axel, lo que había intentado decirme al entrar en el despacho. Era una pena que se le hubiera comido la lengua el gato al ver mi faldita, pero en realidad, no hacía falta que me dijera nada.

—Disculpen, pero el tiempo apremia —comencé, y de repente, Axel prestó atención con interés renovado—. Cada minuto que pasa la posibilidad de hacer posible un evento decente mengua —informé—. Normalmente, solemos tantear los gustos y enseñar varios ejemplos en la misma línea de su idea, pero tampoco hay tiempo para eso. Lo realmente relevante para poder empezar a trabajar es: ¿Cuánto dinero quieren gastarse en esto?

Se hizo un silencio en la sala, vi en mi jefe un amago de sonrisa que reprimió rápidamente antes de que apareciera en su boca, pero sus ojos se habían calentado de una manera que me hacía pensar que quizá algún día pudiera perdonarme.

Una de las copropietarias de la tienda mostró una sonrisa satisfecha.

—Me gusta la gente que va al grano. No podemos pasar de mil quinientos euros.

—Por ese precio podemos apañar algo. Montar un desfile corto con ropa de la tienda, poner bebidas y algún canapé; También dará para una decoración mínimamente decente para el lugar. Sin embargo, si no quieren que se quede en una simple fiesta para enseñarle el local a sus familiares y amigos, sugiero invertir otros quinientos euros en promocionar el evento para que llegue a otros participantes que son los que realmente le interesan. Es solo un consejo.

—Está bien, dos mil. Si esto sale tan bien como suena, no duden en que

les recomendaremos a todo el mundo.

—Muy amable —sonreí falsamente ante su condescendencia—. Normalmente, la gente nos encuentra, como ustedes, pero una ayuda nunca viene mal. Axel, ¿puedes ir a redactar el contrato para ponernos a trabajar lo antes posible? Mientras, yo les tomaré los datos que necesito. Por favor, díganme: Hora prevista del evento, ubicación de la tienda, metros cuadrados de local, un email y un teléfono que esté operativo sin importar la hora. ¡Ah! Y necesito el logo corporativo de la empresa en un archivo digital.

—Bien —respondió Axel abandonando la sala.

—Tronca, te juro que a veces no te reconozco —dijo Zoe entre risas entrando en el despacho. Había ido a despedir a los clientes y yo ya tenía la cabeza en mil sitios a la vez. Axel había salido a hacer unas llamadas para tantear la disponibilidad de algunas modelos para el jueves por la noche.

—Por cierto, ¿eres la misma que quería vestirse de calabaza? Porque el conjunto que te has marcado hoy es rompedor —se rió Zoe.

Tuve que sonreír, y con ese simple gesto me dolió la espalda.

—¿Qué tal el primer día de convivencia con Axel?

—Horrible.

—¿En serio? —preguntó sorprendida pero divertida.

—Sí. Medio discutimos y luego reinó el silencio durante dieciocho horas. Esta mañana se ha ido antes de casa para no tener que venir juntos al trabajo.

Ella se río.

—¡Joder, mira que es Pikachu! Ya se le pasará.

—No lo sé Zoe, parece que no hablamos el mismo idioma... Pero ahora mismo no tengo tiempo para pensar en eso. Haz tu parte de promoción porfi, en un par de horas te pasaré el *flyer* diseñado a tu email, imprímelo y repártelo por donde creas conveniente.

—¡Vale jefa!

—La presión me convierte en una mandona, ya lo sé. Lo positivo es que el cabreo con Axel me da energías, tengo ganas de destrozarse cojines a puñaladas, así que este encargo me viene de lujo.

—A mí me parece muy simple, dile lo que sientes.

—¿Y crees que se lo va a creer? Eso no va a cambiar nada.

—Pues sigue así, vas bien. Entre tu atuendo y tu actitud de zorra dominante, seguro que a Axel se le están apelotonando los soldaditos, porque

tuvo una época muy pervertida con el manga y las colegialas. Si te haces una coleta alta a cada lado con unas cintas, estoy segura de que entrará en combustión —dijo partiéndose de risa.

—Puede que esa sea la única forma de acercarme a él, llevándole al límite...

—No lo dudes. Es lo que yo pienso hacer para recuperar a Leo. Lo tengo justo donde quiero. —Se le dibujó una sonrisa maligna en la cara.

—Anda, lárgate loca, tengo muchísimo que hacer.

—Si su cabeza racional se pone tozuda, hay que probar con la otra. Sé de buena tinta que no suele ser tan remilgada. ¿Comemos juntas?

—Imposible, hoy no tendré tiempo de comer.

—Ok, pues te subo algo sobre las dos.

—Gracias guapa —dije lanzándole un beso.

Tenía menos de treinta y seis horas para sacar adelante el evento. Con los datos que me habían facilitado, tenía más que suficiente para hablar con el almacén donde solíamos comprar la decoración al por mayor y con el técnico de montaje de luces; llevar las sillas y encargarse de la moqueta; avisar al catering y personarme a las cinco de la tarde en la tienda con todo lo que tenía, para hacer recuento de lo que faltaba, pero una idea seguía dando vueltas en mi cabeza: Axel.

¿Decirle que le quería? Zoe había soltado la frase como si fuera lo más sencillo del mundo. Sabía que él estaba dolido porque pensaba lo contrario, pero aunque se lo gritara con un altavoz en mitad de la Puerta del Sol seguiría pensando que no confiaba en él. Le conocía, el daño ya estaba hecho, la decepción sembrada y el desengaño desarrollando raíces. Unas simples palabras no iban a quitarle esa sensación de encima, como mucho, se reiría y lo achacaría a mi supuesta desesperación por el miedo de no darle el dinero a mis amigos. Lo había dejado bien claro el día anterior. Él no veía que había intentado ahorrarle problemas ocultándole el asunto de la boda, que además de ser ilegal, le traería muchos problemas por su reciente divorcio. No. Él veía que había ninguneado su amor por mí, pero sencillamente me parecía imposible que lo que sentía fuera suficiente para compensarle todo lo que estaba pasando, y seguía sin creerlo. Si hubiera cedido para poder seguir con nuestro pequeño romance, pronto se hubiera dado cuenta de que había cometido un error, pero el problema residía en que habíamos terminado en la misma situación pero sin la parte agradable de al menos poder disfrutar de

buenos momentos juntos, dentro y fuera de la cama.

No sabía cómo revivir lo nuestro, cómo recuperar su confianza. ¿Cómo consigues que un hombre deje de estar decepcionado contigo? Por muy chiflada que estuviera Zoe, quizá la única vía por la que pudiera acercarme a él fuera la provocación sutil. Me daba pánico la posibilidad de que después de un encuentro bestial en la cama, se alejara de mí dando un portazo porque continuara enfadado. Pero era un riesgo que tenía que correr, y en el fondo, tenía esperanzas de que no reaccionara así.

La primera imagen que tuve de él en cuanto me desperté en mi nueva casa, fue su cuerpo desnudo envuelto en una minúscula toalla... Y eso hacía que una frustración dentro de mí se hiciera con el control de mi genio. Al entrar en el baño, su esencia estaba por todas partes, había sido insoportable. Mil recuerdos abordaron mi mente mientras me duchaba donde, no hacía ni un mes, nos habíamos estado besando como si nada más en el mundo importase.

Volví a casa sobre las ocho de la tarde más cansada de lo que cabía esperar. Cómo decía Jorge, a veces me creía inmortal y no lo era. Al pensar en él, una punzada de pena recorrió mi sistema, y tuve que llamarle. Me preocupaba que se sintiera solo, pero me alegré cuando empezó a contarme su nueva situación con César.

Entré en el piso con mis nuevas llaves y tuve una sensación extraña. Axel estaba en el sofá con el ordenador en las piernas y me miró directamente. Llevar el teléfono en la oreja me disculpó de tener que decirle nada, pero levanté una mano en señal de saludo, él en cambio, levantó las cejas. Estaba muy *sexy* con un pantalón de cuadros azul y una camiseta de manga corta. Solo llevaba unos calcetines en los pies, íbamos avanzando, porque el día anterior casi me quedo ciega por la vergüenza que me dio que él estuviera tan vestido y yo tan en plan Pijama Party. Necesitaba que mi vida fuera lo más normal posible o me desmoronaría, y había pequeñas cosas a las que juré que nunca volvería a renunciar, como estar cómoda en el sitio al que llamo hogar.

Cuando salí de la habitación noté que me estaba esperando, no iba a ignorarme como tan bien se le daba hacer.

—¿Cómo te ha ido en la tienda? —preguntó interesado.

—Bien, parece que todo marcha y están contentas.

—Estoy asombrado por todo lo que has conseguido hoy. Haces magia.

—Bueno, a veces hago las cosas bien, y otras veces, soy humana y cometo errores... —dije dejando caer en esa frase todo el peso de multitud de cagadas desde que le conocí.

Él levantó una ceja, pero no dejó que su cara adoptase ninguna expresión de mínima empatía.

—Dime una cosa, ayer por la tarde vi que estabas haciendo algo de CXL en el ordenador, ¿qué era?

—La nueva pestaña de Bridal de la web, si alguien se mete, no quiero que la vea en construcción.

—Lo entiendo, pero si metes horas de trabajo en casa tienes que comunicarlas... luego te las devolveré en días libres.

—De acuerdo —dije mirando al suelo. Estaba un poco abrumada de que estuviera siendo amable y valorando mi trabajo, después de cómo había pasado de mí cuando monté el stand en la feria de novios...

—Hablo en serio Naia, no tienes que dar siempre el triple que los demás para que considere que eres buena en tu trabajo...

—Recibido —dije dándome la vuelta— Voy a cambiarme de ropa —expliqué para que no quedara brusca mi retirada ahora que empezábamos a hablarnos un poco mejor.

Siempre me había costado aceptar cumplidos o demostraciones de preocupación por mí, y no digamos ya declaraciones de amor. A la mínima me echaba a llorar como hice en el Empire, y no quería hacerlo en ese momento, y menos hablando de trabajo. Pero por algún motivo, Axel le tenía pillado el punto a mi baja autoestima, y seguramente, después de resumirle mi infancia, le había quedado cristalino. Odiaba que me hicieran favores, y menos que nadie el tío del que estaba enamorada, sentía que el favor se lo debía yo a él, simplemente por estar en mi vida, aunque fuera a trancas y a barrancas.

Me puse miseudopijama, y al apoyarme en la cama recordé lo mal que había dormido el día anterior. Volví al salón dispuesta a abordar ese problema, además, la solución me ayudaría en mi misión “Volvamos locos a sus soldaditos”.

—Axel —comencé—. Esta noche he dormido como el culo. Ese plegatín es inhumano.

Una sonrisa cruzó sus labios, pero se evaporó enseguida.

—¿De verdad?

—En serio, una cama de pinchos sería el paraíso a su lado.

Otra sonrisa luchó por aparecer en sus labios.

—¿Y qué propones?

—Dormiría en el sofá, pero tal y como tengo hoy la espalda, sería el fin de mi columna vertebral. Además, mañana tengo un día complicado y necesito estar bien —dije firmemente y sin asomo de vergüenza. Éramos adultos... “Si, pero con pitos grandes y tetas enormes”—. Hoy no he podido comprar otra cama, y mañana tampoco tendré tiempo de ir, así que, hasta el viernes... ¿puedo dormir contigo?

Me miró fijamente durante cinco segundos.

—Está bien. Puedes dormir en mi cama —aclaró.

No con él.

—De lujo —dije escocida fingiendo indiferencia mientras iba hacia la nevera para arrearle una Zero.

Me senté en un taburete y estuve un rato revisando *emails* de presupuestos que esperaba para la fiesta.

—¿Qué te he dicho de trabajar en casa? —susurró de repente una voz en mi oreja.

La cercanía me asustó, y le aticé automáticamente.

—¡Me has asustado! —grité.

Su risa reverberó en la cocina, pero se recompuso al momento. Era triste pensar que yo era la culpable de que se obligara a volver a estar serio.

—Me has dicho que te pasase un informe de las horas que metía en casa y lo haré, pero ahora tengo que seguir —expliqué.

—El viernes quiero que te cojas el día libre. —Abrió la nevera y se amorró al tetrabrik de zumo. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, puso una cara tan graciosa que me entró la risa. Ahí, de pie, en pijama y calcetines, bebiendo a morro del cartón... Esa sensación doméstica me hizo momentáneamente feliz.

—Lo siento... me encanta beber a morro zumo de la nevera. Es mi... adicción. Tú tienes tus CocaColas y yo mi zumo...—dijo cauteloso.

—No pasa nada —contesté divertida—, ya sé a qué saben tus babas.

Él se quedó cortado.

—¿Qué vas a querer cenar? —preguntó ignorando el comentario.

—Me da igual, no tengo tiempo de tener hambre —dije sin levantar la vista del ordenador.

—Vale... yo me voy a hacer un sandwich vegetal... —se quedó callado y al ver que no contestaba, añadió— ¿Quieres uno?

Volví a levantar la vista y nuestros ojos colisionaron. Aunque estaba enfadado, no podía dejar de ser generoso y eso me encantaba de él.

—Me salen muy buenos... —informó ante mi silencio.

Sonreí como una tonta.

—Vale, me fío de ti —dije volviendo mi atención al ordenador.

De repente, se hizo el silencio, y tuve que pensar qué acababa de decir. Cuando volví a mirarle, le encontré perdido en sus pensamientos, y en aquel instante, encajó una pieza en mi cabeza. ¿Cómo podía alguien así, pensar que la gente no confiaba en él? Destilaba seguridad, lealtad, y me di cuenta del daño que le había hecho al desestabilizar esa confianza que tenía en sí mismo.

—Axel... —comencé sacándole del trance—. ¿Sabes lo que me dijo mi abuela antes de subirse al tren?

La pregunta lo descolocó por completo y ni siquiera contestó, solo se quedó mirándome.

—Que eras un buen hombre. Y no te conoce, pero con verte un par de horas lo tuvo claro, y mi abuela nunca se equivoca con estas cosas. ¿Recuerdas lo que te dije el día que me crucé con tu exmujer en las oficinas? Yo no sabía por qué te habías divorciado, pero te dije, sin ningún género de duda, que cualquiera que te conociera sabría que no era el típico caso de un hombre que abandona a su familia, y lo decía en serio. Si vivieras en el planeta de Avatar, se te posarían encima todos esos dientes de león voladores, porque eres un alma pura... Y respecto a César, cuando lo descubrió todo, fue a casa de Jorge a pedirle explicaciones y a decirle que iba a contártelo todo porque merecías saberlo. Pero Jorge le chantajeó con algo, que impidió que te lo contara enseguida, y aún así, lo sacrificó todo por decírtelo cuando vio que la situación lo requería. ¿No te das cuenta de que te estás torturando pensando que no das una imagen fiable, cuando el problema es todo lo contrario? Si tienes algún defecto, es ser demasiado leal, hasta el punto de sacrificarte a ti mismo. Por eso no quise contarte lo de Martina...

En ese momento bajó la vista al suelo, pero no se movió. Fue una señal de que quería oír algo más, así que continué.

—Tengo la sensación, de que si no te convengo de que confío en ti antes de que le des el dinero a Martina, ya nunca lo conseguiré... Axel, eres un buen hombre, no tengo ninguna duda de eso.

Él soltó todo el aire que había estado reteniendo mientras hablaba.

—Vale... Te creo —dijo volviendo a mirarme—. Pero te equivocaste al intentar alejarme haciéndome daño...

—Lo sé. Ya te he dicho que no soy perfecta.

No respondió nada, solo asintió con la cabeza y continuó preparando los sándwiches ensimismado, mientras yo intentaba centrarme en cuadrar cifras y en intentar no ir corriendo a abrazarle. Odiaba esa distancia entre nosotros, pero esperaba eliminarla poco a poco porque esa reacción huidiza no era indiferencia, sino vulnerabilidad.

El sandwich me supo a gloria y así se lo hice saber. Me contestó algo más rancio de lo que me esperaba, pero me dio igual, tenía nuevas esperanzas. Quería haber coincidido con él al meternos en la cama, pero cuando después de cenar dieron las once de la noche y yo seguía ultimando detalles en el ordenador, decidí dejar mi plan de seducción para otro día en el que no estuviera literalmente muerta. Si mi cara tocaba la almohada me apagaría como una vela, y por la cara que puso cuando le informé de que me iba a dormir, supe que su plan maestro era quedarse en el sofá y meterse en la cama cuando yo ya estuviera roncando. Como si no se fiara de sí mismo teniéndome tan cerca, como bien me dijo una vez, y con ese pensamiento en la cabeza, me dormí esperando que la noche siguiente pudiera aclararle que de mí tampoco podía fiarse si compartíamos cama.

Leo volvió a besar sus pechos mientras los apretaba con fuerza. Estaba dándose un festín con ellos, chupándolos, mordiéndolos, mamándolos como si fueran la fuente de la eterna juventud. Sus cuerpos se rozaban humedeciendo la piel allí donde tocaban sus zonas erógenas, estaban más que listos para continuar, y bajando una mano, maniobró para entrar en ella. El tiempo se detuvo. Sintió una potente llamarada recorriéndole el cuerpo que fundió sus sentidos, sus pensamientos y sus principios. Le dejó paralizado, viviendo en bucle el momento previo a cuando estás a punto de correrte y solo puedes abandonarte ante la inminente explosión, pero esta nunca llegaba. Su cuerpo estaba soportando una tensión hasta ahora desconocida. Era un placer tan intenso que se confundía casi con dolor, y cuando pensó que se moriría al entender que tenía que sacarla cuanto antes porque no llevaba protección, ella se corrió y le estranguló de tal manera que desencadenó el orgasmo más increíble de su vida. Ya no había lugar para lamentaciones, sólo había éxtasis...

Y de repente, se despertó.

Joder... Era la tercera vez que le pasaba. Desde que se había acostado con Zoe, cada vez que se dormía soñaba con ella, y cuando estaba despierto tampoco podía concentrarse en otra cosa. Intentaba canalizar su lujuria en ira, pero ya ni eso le funcionaba. Antes todo era odio, rencor, rabia... hasta que follaron sin condón. Así de simple. ¡Se sentía como si hubiera perdido su virginidad! Sabía que muchos tíos apenas notaban la diferencia entre hacerlo con o sin, pero para él, había sido un cambio abismal. Llevaba toda la vida sin haberse permitido el lujo de probarlo ni una sola vez, ni siquiera cuando alguna novieta le insinuaba que tomaba la píldora para regular sus ciclos. A él le parecía algo demasiado personal, demasiado peligroso. No solo por las enfermedades venéreas —que no eran algo precisamente agradable—, sino porque a su primo una loca le había engañado para quedarse embarazada, y las palabras que le dijo cuando no era más que un crío, se le quedaron

marcadas para siempre.

—No te fíes de ninguna, Leo. Si consiguen que les hagas un hijo, te convertirán en un puto esclavo. Folla siempre con condón, no vale la pena, ni marcha atrás ni hostias. Hazme caso, será tu fin como lo ha sido el mío.

Sin embargo, tras probarlo, estaba peligrosamente cerca de discrepar... Él disfrutaba del sexo como el que más, pero ahora... esa diferencia le torturaría pensando que se estaba contentando con hacerlo a medio gas. ¿Qué se supone que debía hacer, echarse novia formal? ¡No estaba preparado para sentar la cabeza con nadie! Y se veía incapaz de confiar en alguien tan ciegamente. A Zoe la conocía desde hacía muchos años, le sacaba de quicio pelearse con ella, pero sabía que lo último que querría sería quedarse embarazada de él. Suponía que por eso, no dejaba de imaginar escenas de ese tipo con ella, porque era con la única que lo había hecho, y con la única con la que se atrevería a repetirlo... Pero cuando terminaron, le indignó tanto haber perdido el control otra vez con ella, que le recordó al dichoso día en el que por primera vez sintió que se estaba enamorando. ¡Qué patético!

Aquella tarde se quedó tan en shock que no recordaba ni el trayecto en moto volviendo a casa. La primera vez que tomó conciencia fue al sentir un dolor atroz en el estómago. Estaba en la ducha, intentando desprenderse de su olor, de sus caricias, de todo lo que había sentido... nunca había estado tanto tiempo bajo la alcachofa él solo, casi dos horas de reloj bajo el agua simplemente respirando profundamente, sin poder pensar, sin poder analizar, sin querer sentir nada más que el agua cayendo sobre él, rezando para que lo arrastrara todo. Horas después, se descubrió mirando la tele, que no viéndola, y decidió irse a dormir. Quería dejar de vivir ese día. Esa noche se fue a la cama sin cenar por primera vez en su vida. No podía tragar nada, la bola de decepción que tenía en las tripas lo ocupaba todo.

El desengaño fue tremendo. Decepción con ella, con él mismo, con la vida, pero lo peor fue al día siguiente... Porque se dio cuenta, de que la procesión va por dentro hasta que se lo cuentas a alguien. El corazón no le latía, y sus amigos lo notaron enseguida. Sabía que cuanto antes lo supieran, mejor, y en cuanto pronunció —con trágicos silencios lacerantes— lo que había sucedido, algo dentro de él se desgarró. Una agonía lenta y dolorosa fue vertiéndose desde su corazón inundando todo desde las uñas de los pies hasta las puntas de su pelo. Tuvo que convertirse en un autómatas cuando entendió hasta qué punto estaba jodido. Se abrió la compuerta de la autocompasión y

los siguientes siete días estuvo más borracho que sereno, apenas vio la luz solar, e intentó follarse a más gente de la que su grado de alcoholismo le permitía.

Cuando Axel le llamó la atención en el trabajo, su rabia se centró en él sin razón aparente. ¿Acaso no le entendía? ¿Habría hablado con Zoe? ¿Le habría regañado en plan papá Axel como solía hacer, defendiéndole, o por el contrario, su mejor amiga se había ido de rositas? La duda le desquició y le hizo echar a su mejor amigo del círculo de confianza quedando solo un mísero redondel con un punto dentro que llevaba su propio nombre. Estaba solo. César estaba ausente, su hermana en Nueva York, y su “hermano” se había unido al enemigo. Y tal y como sospechaba, su teoría se confirmó cuando el lunes siguiente, Zoe abrió la puerta de la sala de reuniones y Axel la saludó, dándole además, las gracias por venir. La traición que sintió fue tan grande, que sin haberlo ordenado, su cuerpo se levantó de la silla y se fue sin mirar atrás. Y menos mal que no lo hizo, porque esos jodidos leggins imitación cuero negro que llevaba la niña, seguro que le hacían un culo magnífico. Sus miradas habían coincidido por un momento, y no había visto ni pizca de arrepentimiento en esos ojos verde bosque. En ese momento, decidió que necesitaba ayuda profesional, y no se refería a un psiquiatra, sino a la de la profesión más antigua del mundo.

Un par de días después, Zoe apareció por sorpresa en la Sala Oasis cuando estaba a punto de firmar un acuerdo con el dueño, y tras la impresión inicial, saber que estaba allí por él, le dio fuerzas para vacilarla un poco, incluso delante de un buen amigo suyo. Pero había algo en sus ojos... Se olió que venía a pedirle perdón por haber sido tan cruel, y apenas pudo fingir la indiferencia que pretendía cuando ella se disculpó por la absurda idea de que estuviera ofendido porque pensara que era mediocre en la cama. Eso se la sudaba hasta un punto inimaginable. Él sabía que era bueno, igual que también sabía que con ella, en esa ocasión, había sido penoso. Se sintió como un primerizo. Los nervios, los temblores, el corazón a mil, las ganas de correrse enseguida cuando él era un experto en posponerlo... No había sido especialmente original, ni salvaje, pero sí muy especial, porque para él, había sido una primera vez. Y la fría reacción de Zoe ante ese momento tan esperado no podría haberle hecho más daño.

El día que realmente tocó fondo fue la tarde que apareció en su casa. Cuando la vio en la puerta, supuso que Axel la había obligado a ir para

hacerle reaccionar, y recordó abochornado haberle preguntado si venía a follar o si quería ser su putita esa noche. Quiso revelar un dato a Axel, que por la cara que puso, desconocía. Poco después, tuvieron la despedida de soltero y se fue con los chicos un fin de semana a Logroño, donde pudo por fin hablar con su mejor amigo y tomar la decisión de pasar página de una jodida vez, antes de que acabara destruyéndose como bien le había dicho Zoe. Le había quedado claro lo que pensaba de él apoyada en la puerta de su casa, “por una vez que no consigues lo que quieres, te pones a patalear rompiéndolo todo”. Y era cierto. Alguien tenía que decírselo, y tuvo que ser ella, a pesar de que las canciones ya se lo habían advertido. En ese momento, se dio cuenta de que era verdad, siempre conseguía lo que quería, pero esta vez, no había conseguido lo que necesitaba, y eso dolía muchísimo más.

En la boda de Axel y Naia le extrañó ver en su archienemiga una actitud demasiado alegre para su gusto. Otra cosa que no entendía era cómo Zoe podía ser amiga de Naia después de haberle destrozado el corazón a su mejor amigo, pero claro, eran rompecorazones profesionales, entre ellas se reconocían, formaban parte del mismo club de arpías. No había podido evitar tratar mal a Naia durante las últimas semanas porque, ¿quién, en su sano juicio, rechazaría a Axel? ¡Era imposible no quererle!, y ella además se estaba acostando con él. No entendía nada... Sin embargo, esa misma noche en la fiesta de Halloween, conectó con ella con una simple mirada a niveles que no sabía explicar. Nada más saludarle se puso como loca, percibió un extraño deje de histeria en su voz que le llamó mucho la atención. Cuando brindaron con un chupito y la miró a los ojos, distinguió un sentimiento muy familiar que últimamente veía todos los días en el espejo: desesperanza. Un último grito antes de rendirse a algo que le rompería por dentro, una llamada de socorro que ni pudo, ni quiso ignorar. Y aunque es cierto que se agarraron una buena melopea, él llevaba semanas mejorando su resistencia al etanol, y no estaba tan borracho como los demás suponían. Dejó que le separaran dócilmente de la pelea que inició la jodida momia, no iba a machacarlo en el nuevo local, y obedeció a Axel cuando lo mandó a casa. El viaje en taxi le sentó como una patada en la cabeza, pero cuando vio al mismísimo diablo intentando arrancarle un brazo para arrastrarlo hasta la cama, no dudo en atraerla hacia él, como venía haciendo con cualquiera que llevara una falda de esa medida tan cerca del sofá más vicioso del mundo. En principio, lo hizo para reírse un rato al ver cómo se levantaba corriendo, pero para su sorpresa,

no sólo no se apartó, sino que se le subió a horcajadas apretándole con esos muslos de ensueño. Las manos se movieron solas y en cuanto la tocó, supo que la quería en su cama. Empezó a besarla como creyó que nunca más lo haría, y se despertó de golpe, como quien tiene un pedo considerable y de repente ocurre algo serio que te crea una sensación de lucidez superior. Era adrenalina. La impresión de tenerla entre sus brazos de nuevo devolviéndole un beso. Ella le instó a ir hacia la cama, y él se levantó y se dio cuenta de que efectivamente estaba perjudicado, pero no lo suficiente como para no poder hacer algo de provecho en posición horizontal. No daba un duro por que ella se tumbara con él, y mucho menos porque pudiera volver a besarla, pero Zoe lo aceptó y se perdió en sus besos. Al ver que se iba, sin saber de dónde había salido esa voz, le suplicó que se quedara, que no le dejara, y en cuanto sus labios volvieron a rozarle, decidió pasar a la acción. Quería impresionarla, y se propuso hacer que se corriera solo comiéndole las tetas. Todo un reto puesto que sabía que solo el treinta por ciento de las mujeres lo conseguía, pero finalmente, el más sorprendido fue él, cuando la pequeña amazona, comenzó a montarle introduciéndose su polla sin protección llevándolo directamente a la locura.

Miró hacia abajo y vio que había vuelto a manchar las sábanas. “¡Me cago en todo lo que se menea!”, eran sus últimas sábanas... Esa maldita perra le había convertido en alguien que tenía poluciones nocturnas. Si le quedase algo de vergüenza en su interior, la habría sentido, pero cuando le sucedió por segunda vez se quedó totalmente sin reservas. Consultó la hora, eran las diez de la mañana. Calculó que le quedaba poco para reunirse con un cliente y después pasaría por la agencia para hablar con las chicas que iban a desfilas en la fiesta de inauguración de esa misma noche.

Nada más entrar en CXL, puso rumbo a las pasarelas bajando las escaleras sin pasar antes por su despacho. Entre el barullo de chicas, localizó a Zoe como si la estuvieran alumbrando con varios focos, pero al haber varias personas por el medio, hizo como si no la hubiera visto y se puso a trabajar.

De repente, alguien le cogió del brazo.

—¡Hola! —saludó Zoe—. ¿Cómo estás? Ya he hablado yo con ellas, tengo los diseños que se van a exhibir esta noche, están en el almacén, ¿quieres verlos?

A Leo no le salieron las palabras. ¿Así que él mojaba sus sábanas y ella

podía permitirse el lujo de acariciarle el brazo sin ningún problema?

—¿Vienes? —volvió a preguntar ella con una sonrisa que le dejó medio loco. Sus ojos se centraron en sus labios, esos labios que habían hecho maravillas instantes antes de que se metiera su polla en...

—¿Leo?

—¡Sí! Sí... Hola, vamos a verlos. —Se mordió el interior de la mejilla y comenzó a andar—. Ahora venimos, chicas.

Abrió la puerta de *Atrezzo* y buscó el burro en el que estaría colgada la colección.

—Son esas —dijo ella señalando uno de ellos.

Leo los ojeó un momento y se dio cuenta al instante de que favorecerían a chicas altas de piel morena.

—Llama a Virginia, Paula H., Marta C. y Sofía.

—Sí, mi amo —dijo Zoe fingiendo sumisión.

“No me jodas, no me jodas...”, eso era lo último que le faltaba por imaginar.

Cuando las chicas llegaron, les fue dando a cada una, cuatro modelos por el mismo orden que estaban colgados. Las propias chicas sabían que tenían que ir a vestuario, cambiarse, y hacer un ensayo en pasarela.

Cuando volvieron a quedarse solos, Zoe cerró la puerta y se quedó apoyada en ella. A él comenzó a palparle rápido el corazón.

—¿Cómo estás? —preguntó coqueta.

Leo tragó saliva, no sabía lo que pretendía. ¿Quería tener una conversación? ¿Hablar del tiempo, quizá?

—Bien. ¿Y tú?... —dijo con rigidez.

—Yo genial —dijo acercándose a él—. Me preguntaba si ya me habías perdonado que te “violara” el otro día.

—¿Cómo? —preguntó descolocado.

—Sí, ya sabes, eso de: “No, por favor, para, Dios...”, ¿me has perdonado ya? —preguntó quedándose frente a él.

Leo notaba un extraño campo magnético que lindaba en la diferencia de que sus cuerpos se acercaran cinco centímetros más o menos. Como cuando pruebas a acercar unos imanes poco a poco... y sabes que si sigues acercándolos, llegará un momento en que se te escapará de los dedos para pegarse casi automáticamente al otro. Sin verlo venir, sin preverlo aún sabiendo que va a pasar. Hay que tener cuidado, no traspasar ese límite, y

sentía que Zoe estaba en el mismísimo borde.

—No deberías haberlo hecho. ¿Sabes con cuánta gente he follado en las últimas tres semanas? —contestó Leo cortante.

—¿Te refieres a desde que dejaste mi cama? —sonrió ladina—. Dudo que hayas hecho nada que lo haya superado.

Maldita.

—Según tú, eso no era muy difícil...

—Tranquilo Superman, ya dejaste claro el otro día que eres el puto amo cuando me hiciste llegar solo tocándome las peras. Mis amigas no se lo han creído.

Leo sonrió perverso.

—Y eso que estaba borrachísimo... Mis reflejos no estaban al cien por cien —murmuró mirándole los labios.

—Ya me di cuenta, ya que estabas tan desvalido que no pudiste sacarla de mí en cuanto me la metí. Parecías un perro en celo que se había quedado enganchado lloriqueando. Me diste penita.

—¿Qué estás haciendo, Zoe? ¿Quieres provocar una pelea o un incendio? —dijo Leo teniendo dificultades para respirar normalmente.

—Quiero provocar a secas... —dijo ronroneado—. Todo lo que pueda...

—Dirás todo lo que te deje, estás jugando con fuego.

—Hemos estado juntos dos veces —dijo subiendo las manos por su pecho. Él resopló cerrando los ojos al sentir el contacto, porque sintió esa caricia en todas partes—. Pero aún no hemos provocado fuego, puede que a la tercera vaya la vencida...

Si había un encuentro que superase los dos anteriores, solo podría ser uno en el que él seguramente saldría ardiendo de verdad.

—¿Sabes lo que haces? —le advirtió Leo.

—Yo siempre hago lo que quiero —contestó Zoe empujándole contra la pared. Él se dejó arrastrar hasta que su espalda chocó contra la superficie. Sabía que estaba mal, que estaba en la oficina, que era una norma básica primordial: “No profanarás el lugar de trabajo”. Y siempre la había cumplido, pero estaba muy cerca de perder la cabeza. Le sonaba que había alguna razón por la que debía castigarla, pero en ese momento, no se le ocurría ninguna. “Deja de pensar con la polla y verás cómo las recuerdas todas”, le dijo indignado su cerebro, pero era demasiado tarde para eso.

—¿Y qué quieres? —preguntó Leo pendiendo de un hilo. Sus caras

estaban cerca, ella se mordió el labio antes de contestar y él se humedeció el suyo.

—Aclararte que no te preocupes —dijo de repente ella con voz normal quitándole las manos de las clavículas donde las tenía apoyadas—. Que estoy completamente sana, que nunca se me olvida tomarme una de esas pastillitas, y que podemos repetirlo cuando quieras... —dijo dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta.

Leo se quedó pasmado. Un segundo, ¿a dónde coño iba?

—¿A dónde vas?! —consiguió decir alterado.

—¡A trabajar! Hay mucho que hacer, ¡tic, tac, tic, tac! ¡Vamos! —dijo abriendo la puerta y saliendo.

Si le pinchaban, no sangraba. Era la primera vez en su vida que una chica le dejaba así: ¡Hala, hasta luego! ¿Qué iba a hacer ahora con la Black and Decker que tenía entre las piernas? “¡Hay que joderse!”. Sin embargo, se descubrió sonriendo. Maldita bruja satánica. ¡Quería matarle!

En ese momento, el Leo juguetón renació. Pobre duende, no sabía con quién estaba tratando. Había empezado una guerra que no iba a ganar, y esa pequeña y retorcida bromita, se la iba a devolver con creces de una forma sucia, cruel y sudorosa. Una ola de bienestar, adrenalina y fuerza recorrió su sistema reseteándolo. Era el fin de una era... y el inicio de otra. La más divertida, salvaje y excitante de las que había vivido hasta la fecha. “Prepárate Zoe, espero que hayas desayunado bien, porque esta noche, cenaremos en el infierno”, pensó con la convicción de un espartano.

HOMBRES DE HONOR

Sinceramente, Jorge no se lo esperaba.

Después de tres semanas intentando hacerse a la idea de que César pasaba totalmente de él, llegó el día de la boda de Naia y volvió a sorprenderle.

Había asumido que no querría hablar con él, que se limitaría a contestarle con monosílabos, y que huiría de su compañía. Lo que haría imposible pedirle perdón de una jodida vez por los últimos cinco minutos que estuvieron juntos; pero en cuanto le vio, no apartó la mirada, al contrario, se la mantuvo como si no quisiera dejarle ir nunca más, y todas sus premisas se

vinieron abajo.

Esa misma noche, cuando se fue a la cama, no pudo evitar recordar las risas que habían compartido durante el banquete, o la complicidad que se respiraba entre ellos más tarde en el café. Había sido irreal. El contraste entre la felicidad de ese día y la triste dinámica de las últimas semanas, le había llevado a tomar una decisión en el último momento. Quería tenerlo en su vida. Y como quien se agarra a un clavo ardiendo, se ofreció a guiarle no sólo en la oposición, sino en su iniciación a la homosexualidad. “Perdona, ¿sabes que ese clavo quema?”, pero no le importaba. César reapareció en su vida en un momento crucial, el día que perdía a Naia. Y aterrado por saber que le aguardaba una inminente soledad, la propuesta se le había ido completamente de las manos... y ahora, como diría *Shakespeare*, era un juguete del destino. Había renunciado a todo por un único deseo, pero ¿a qué precio?

Jorge sabía muy bien el coste a pagar por ese impulso, de hecho, llevaba sufriendo los últimos dos días. Cuarenta y ocho horas habían sido suficientes para darse cuenta de que se había metido en la mismísima boca del lobo, porque César estaba consiguiendo volverle loco a niveles subatómicos.

Primer y más aterrador nivel, comprobar que César tenía pérdidas de memoria selectiva. Su mente era tan rígida que cuando aparcaba un tema, lo encerraba bajo siete candados, con posibilidad de recordación cero. ¡El tío actuaba como si entre ellos no hubiera sucedido nada! Hasta tal punto, que incluso se comportaba de una manera que incitaba directamente a volver a caer en la tentación... Estaba tan contento, tan alegre, que no medía lo que hacía. Le parecía increíble que no se diera cuenta de que muchas veces, podía malinterpretarse como un flirteo. ¡Y él no era de piedra! ¿No se daba cuenta de que el roce hace el cariño? A veces le entraban ganas de estamparle contra una pared y aclararle que había ciertas cosas que ya no podía hacer porque tenían consecuencias, pero sabía que César no tenía término medio con las emociones, si hiciera eso, pasaría de cero a cien en un segundo, y su atrofiado corazón se abrumaría y volvería a cerrarse por completo. Así era César, todo iba bien hasta que algo se volvía personal.

Se asustó bastante al comprender hasta qué punto se estaba mintiendo a sí mismo. Le había sorprendido mucho cuando le dijo que tenía asimilada su homosexualidad, la gente tardaba años en hacerlo, y más descubriéndolo tan de repente. Por un momento le había creído, pero ahora veía que era una

máscara. No tenía asimilado nada. Había decidido ser gay, igual que antes era heterosexual, es decir, como si fuera una ecuación matemática, dejando a un lado los sentimientos. Pretendía follarse a tíos de la misma forma que antes se follaba a tías. Ejecución perfecta, emoción muerta. Sabía que tenía un arduo trabajo por delante. Tenía que enseñarle a sentir y aprender a aceptarse a sí mismo, y por último, enfrentarse al mundo, que solía ser lo más difícil.

La segunda cosa que le estaba perturbando bastante era su pérdida de visión objetiva porque, aunque él no se diera cuenta, había cambiado mucho. En cuanto le vio sin camiseta notó una diferencia sustancial en su físico. Estaba mucho más tonificado, en un cuerpo como el suyo, hacer un poco de deporte se apreciaba enseguida, pero el tío llevaba algo más de tres semanas machacándose cuatro horas al día y el resultado era... demencial. Si antes le gustaba, ahora... Además, ya habían traspasado la línea física, si no le hubiera tocado ni un pelo de la cabeza, sería más fácil, pero recordaba su sabor, había tenido su polla dura en la mano y cada día se masturbaba pensando en él. ¿Eso no era un problema? “Yo diría que sí”, pensó. Tendría que andar con pies de plomo si no quería que su nueva imagen le provocara más de lo que pudiera controlar.

El último nivel que le tenía en vilo era que, aunque su pérdida de memoria le concernía solo a él, tenía tan presente que ahora era gay, que lo había enfocado como un nuevo mundo de conocimientos que debía descubrir. Cometió el error garrafal de decirle que podía preguntar libremente cualquier duda que tuviera al respecto, y el cabrón había desplegado toda su magia de detective sin cortarse un pelo, formulándole cuestiones subidas de tono capaces de avergonzar a un *Fucker* como él.

—¿Hasta qué punto es necesario el lubricante? —le preguntó César un día mientras hacían pesas.

—¿Qué? —dijo espantado.

—El lubricante, ¿siempre es necesario?

—Em... depende. Las parejas heteros también lo usan, ¿no? Esto es lo mismo, lo usas si lo necesitas.

—¿Tú lo necesitas?

Jorge se aclaró la garganta. No era una conversación para tener en una sala de musculación. No le estaba preguntando la hora, eran cosas muy personales.

—A veces —respondió escueto.

—¿En qué ocasiones? —dijo César con la voz forzada mientras realizaba las últimas repeticiones que eran las que más le costaban.

Estaba casi jadeando, sudado, con esos nuevos y prominentes músculos hinchados... Jorge no sabía donde meterse. Al principio lo de las preguntas había sido gracioso, pero ahora estaba empezando a obsesionarse un poco, y lo que más le molestaba era el enfoque impersonal y técnico que le estaba dando al tema, como si hubiera una táctica perfecta que él tuviera que estudiar antes de probarlo. Estaba ávido de información, aunque a veces, visto bajo ese prisma, algunas preguntas que le hacía le parecían extrañas. Como cuando le preguntó cuál era su postura favorita, pues no creía que eso tuviera relevancia para sus cuadriculados apuntes anatómicos.

—¿Me estás preguntando en serio en qué ocasiones lo uso? —repitió sonriendo sonrojado—. ¡En las que lo requieren, ¿vale?! Deja de hacer ese tipo de preguntas, así no vas a sacar nada en claro. Lo mejor es experimentarlo por ti mismo, para cada uno es diferente.

—¿Diferente en qué?

Jorge resopló. A cabezón no le ganaba nadie.

—César, ¿quieres ir esta noche a un bar? Seguramente en una noche obtendrás más respuestas de las que yo soy capaz de darte.

—¡Qué! —dijo de repente nervioso—. ¡Si estoy perdidísimo, no sé lo que tengo que hacer!

—No es un examen, sólo déjate llevar.

—No creo que pueda... Seguramente entre, me quede en shock, señale cuando vea a dos chicos besarse, o bailando agarrados, o metiéndose mano y no quiero dar la nota, ni ser irrespetuoso, ya sabes cómo soy, primero tengo que asimilar ese mundo en mi cabeza...

—¿Y por qué no ves una porno? Igual te ayuda...

—¿Tú ves porno gay?

—No mucho, no tengo tiempo. Y prefiero vivirlo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste?

Jorge se volvió a preguntar cuán relevante era eso para su gran estudio sexual.

—La semana pasada.

—¿Con Jaime?

—No.

César se quedó mirándole sin decir nada, pero con una pregunta en los

labios. No podía leer en él, ¿Qué estaba pensando? ¿Le molestaba? ¿Le admiraba? Era un misterio.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo de repente.

A Jorge le entró la risa. ¿Ahora una pregunta? ¡No había parado de hacerle preguntas desde el día anterior por la mañana!

—Dime.

—¿En qué momento supiste que yo era gay? ¿Fue por algo que dije? ¿Algo que hice?

Oh, oh. Jorge cerró los ojos para ganar tiempo y plantearse si mentirle, pero no quería.

—Antes de conocerte ya lo sabía.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por Naia, ella lo dedujo.

—¡¿Qué?!

—También me dijo que creía que tú no lo sabías.

—Joder... —dijo César mirando a la nada.

De repente se levantó y buscó la salida.

—Tengo que verla —dijo antes de salir corriendo.

—¡Espera! —exclamó Jorge alcanzándole—. Voy contigo.

Se fueron del gimnasio sin ducharse, César dijo que no había tiempo para eso. Mejor, porque era lo que le faltaba, verle en paños menores. Nada más salir al exterior, César hizo una llamada, y al colgar sonrió maquiavélico.

—A las ocho estarán en una inauguración en la calle Emperador, ha dicho que hasta ese momento no podría atenderme, así que iré luego por allí.

—Vale —dijo Jorge haciéndose a la idea de que esa noche cenaría solo.

—¿Por qué no te vienes?

—¿A dónde? —preguntó perplejo. ¿Le estaba invitando a su casa? ¿A su cama? “Calma, tigre”.

—A la inauguración. Habrá canapés y luego podemos tomarnos algo, es jueves. También podrás ver a Naia, ¿no la echas de menos? —preguntó tunante.

—No te haces idea...

—¡Perfecto! —dijo César sin atisbar su tristeza—. ¿Nos vemos allí en un par de horas? —dijo mirando el reloj.

—Vale.

Jorge se fue a casa y curiosamente disfrutó del silencio. Necesitaba

relajarse. Estaba cansado de tener reacciones adversas en su cuerpo por ver a César bombeando sus músculos mientras hablaban de posturas y lubricantes. ¿Dónde estaba su férrea fuerza de voluntad? Lo tenía bien jodido... Tenía que hacer algo antes de que le volviera loco. Quizá esa noche podrían ir a tomar algo a un sitio concreto sin que César reparara en ello. Un bar que era discreto donde los haya, pero muy eficiente buscando lo que necesitabas encontrar.

César vio a Jorge en la acera fuera de la tienda donde se organizaba el evento. Había una alfombra verde y un par de mesas altas donde la gente apoyaba su bebida y fumaba.

Iba en vaqueros, camisa azul y chaqueta negra de cuero. El piercing de su ceja brillaba bajo la luz de un foco rojo. Era un hecho, estaba bastante bueno, y había un par de chicas a su derecha que opinaban lo mismo. Tenía un estilo único y muy personal que lo hacía especial a los ojos de cualquiera que le mirara, fuera gay o hetero. Y en cuanto le vio, le lanzó una sonrisa que escondía un montón de secretos oscuros que no pudo negar que quería descubrir.

—¿No están dentro? —preguntó César.

—Sí, pero están liados, van a hacer un pequeño desfile —explicó Jorge.

—Te has arreglado bastante, ¿no?

—No sabía con qué ropa tenía que venir... —explicó el poli apurado.

—Estás genial.

—Gracias, tú también —carraspeó Jorge.

—¿Vamos a por algo de beber?

—Claro.

Le notaba raro.

Desde el día de la boda, Jorge tenía una actitud mucho más retraída de lo que recordaba. Sentía una distancia extraña por su parte que hacía que él tuviera que esforzarse mucho más para intentar conseguir una intimidad en la que antes estaban cómodos.

Empezó el desfile y lo vieron desde un rincón. Jorge estaba extrañamente callado buceando en su copa de vino blanco cada dos por tres.

—¿Te pasa algo? —preguntó César.

—No.

—Te noto raro.

—Y yo a ti.

—Yo soy raro.

—Lo sé —sonrió Jorge de medio lado.

—¿Te gustan las cosas raras?

Jorge pareció deconcertado.

—¿Cómo?

—¿Qué si te gustan las cosas raras en la cama?

—Ah... Em... no mucho, soy bastante clásico.

—¿Y qué te gusta?

Jorge se tensó y tosió un poco.

—¿Por qué te pones así cuando te hago preguntas de sexo? —preguntó César sorprendido.

—Porque siempre me las haces en los sitios más inoportunos.

—¿Por qué este sitio es inoportuno?

—Estamos rodeados de gente, y es un tema que... —dijo manteniendo el contacto visual. César se le quedó mirando como si no le entendiera.

—El sexo es excitante, ¿sabes? Es pasional, no es un jodido logaritmo —explicó Jorge—. Si pienso en lo que me gusta que me hagan, puede que me ponga nervioso y me excite. ¿Qué te gustaría que te hicieran a ti?

—No lo sé...

—¿Alguna vez has practicado sexo anal con una chica?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me lo han pedido.

—¿Y te gustaría?

César no había pensado en eso... Él quería aprender cosas, estaba concentrado en obtener información y recopilar datos, no había pensado que el tema práctico pudiera volverse contra él.

De repente tuvo un flash de la mínima intrusión de Jorge en esa zona prohibida, y una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo. No pudo contestar, se acercó la copa a los labios y miró al suelo.

—Vaya, así que no soy el único que se ruboriza cuando le preguntan sobre sexo —dijo Jorge socarrón.

—Yo no me ruborizo.

—¿Ah no? ¿Cada cuánto te masturbas? ¿Te has imaginado masturbando a otro hombre? —empezó Jorge—. Te lo pregunto solo como estudio de

probabilidad —le vaciló.

—Vale, lo pillo. Déjalo ya.

—Hablar de ello es mucho más violento que simplemente lanzarte a la acción con alguien...

—¿Con quién? —preguntó César.

—Con...

—¡Hola chicos! —exclamó Naia acercándose a ambos. Los abrazó a la vez y en ese gesto, tuvo a Jorge lo suficientemente cerca como para oler su aftershave. Cuando se separaron, no pudo evitar mirarle. Sentía la necesidad de decirle que olía muy bien, pero Jorge estaba idiotizado con Naia, sonriéndole como un padre orgulloso.

—¿Esto es lo que estabas montando estos días tú solita?

—¡Sí! ¿Te gusta? —dijo ella mirando alrededor mientras se colgaba del brazo de Jorge.

—¡Me encanta!

Ella sonrió como hacía tiempo que no la veía. ¿Se habrían arreglado las cosas con Axel en la noche de bodas? No le extrañaría, porque eran como dos ardillas en primavera.

—¿Qué tal te va con Axel? —preguntó César.

La sonrisa de Naia menguó visiblemente.

—Bueno... vamos, que no es poco.

—¿En qué punto estáis? —preguntó con interés.

Naia sonrió como si le hiciera gracia la pregunta, y Jorge puso los ojos en blanco. ¿Acaso no era lo que se estaba preguntando todo el mundo?

—Pues anoche me hizo un sandwich, pero cuando le dije que estaba buenísimo, no me contestó, ni me sonrió, ni me miró. Solo soltó un ruido extraño afirmativo.

—Entiendo. Naia ¿puedo hablar contigo en privado? —dijo de repente César—. ¿Nos dejas un momento? —le preguntó a Jorge.

—Claro —dijo este luchando para no echarse a reír—. Voy a por otra copa. Suerte amiga mía.

Naia parecía sorprendida, pero al momento puso cara comprensiva.

—Dime.

—¿Cómo supiste que era gay? —preguntó sin anestesia.

—¡Dios, César! —dijo ella poniéndose la mano en el pecho y mirando alrededor—. Lo siento, no me esperaba esa pregunta...

Axel apareció de pronto cortando la conversación.

—Hola César, ¿Qué tal vas?

—Bien. ¿Nos disculpas?

Axel se quedó perplejo, pero al momento se fue por donde había venido. Sabía que estaba acostumbrado a sus locuras, y que no se molestaría por ello.

—Eso ha sido grosero —dijo Naia regañándole.

—Lo siento mucho, me interesa tu respuesta. Necesito saberlo...

—No sé, César. Fue un cúmulo de matices...

—¿Como cuál?

—Pff —resopló Naia—. No sé explicarlo... y aunque pudiera, lo más seguro es que no me entendieras —dijo con cariño.

—Inténtalo, por favor —dijo cogiéndole la mano. Ella se la apretó con afecto.

—Te va a sonar raro, pero una de las cosas fue tu... sensibilidad.

—¿Qué? —preguntó César desconcertado—. ¡Si la tengo en el culo! —exclamó—. Joder ¡Espera! ¿Fuiste tú quién le dijo a Jorge que yo tenía la sensibilidad en el culo?

Naia se echó a reír.

—Puede ser, pero lo dije en el mejor sentido —sonrió.

—No importa, pero ¿cómo puedes decir que supiste que era gay por eso?

—Precisamente. La tuya es una sensibilidad diferente, puede que con los demás seas directo, grosero e inoportuno, pero para otras cosas la tienes muy desarrollada. Sabes ver la belleza donde otros no ven nada... Te gusta comprobar las cosas empíricamente, pero muchas veces también las juzgas por cómo las sientes en el corazón, y eso es un don.

—¿A todos los que les gusta comer rabos tienen ese don?

Ella se echó a reír con fuerza y él sonrió.

—No lo sé, creo que no. Tampoco sé mucho de gays, pero supongo que la respuesta que buscas es... que lo supe porque me recordabas a Jorge. Tiene una extraña capacidad de emocionarme, y tú lo consigues de la misma forma, a veces con cosas muy simples...

—Gracias... Una cosa más, ¿se lo has mencionado a alguien? A Axel, a Zoe...

—¡No, claro que no! —dijo seria.

—Vale —dijo él poniendo punto y final—. No lo hagas, por favor. Y ahora en serio, ¿cómo te va con Axel? ¿Le quieres?

Ella sonrió de medio lado.

—¿Ves? Que me lo preguntes tan directamente es brutal, pero a la vez, me parece tan entrañable... No le digas nada, y no te hagas el tonto conmigo, sabes que le quiero.

—Pues tienes que derrumbar sus murallas. Está muy cabreado y no va a ser fácil, pero tienes un comodín en la manga, Adriana. Es su kriptonita.

—¡La adoro! Y no voy a utilizarla para acercarme a Axel. Yo había pensado más bien en esperarle en la cama desnuda y abrirme de piernas... — dijo preocupada.

César se ríe.

—Olvida a la niña. Eso funcionará fijo.

Ambos se rieron con ganas. De repente, miró alrededor y vio a Axel ojo avizor, celoso como un perro sin dueño, y supo que si la entretenía cinco minutos más, volvería a aparecer por allí reclamando sus propiedades y no quería hacerle sufrir demasiado.

—Bueno, guapísima, me voy a buscar más bebida antes de que Axel me arranque los ojos. —Le dio un beso en la mano e hizo una reverencia.

Ella se ríe y vio cómo sus ojos buscaban los de su amado. Menudo par...

Caminó hacia Jorge que estaba en la mesa de los canapés. Había tomado una decisión. Tenía una idea en mente y necesitaba comprobar una cosa.

—¿Nos vamos de aquí? —le propuso a Jorge.

—¿A dónde? —preguntó este con el nerviosismo que últimamente le caracterizaba.

—A tomar algo, al bar que tú quieras —dijo dejando abiertas las opciones.

—De acuerdo —contestó Jorge como si supiera exactamente lo que acababa de proponerle.

Antes de abandonar la tienda, miró atrás y vio a Leo. Ni siquiera le había dado tiempo a saludarle, estaba mirando a Zoe que hablaba a su vez con otra chica igual de guapa. Conocía esa mirada. No sabía cual de las dos era su presa, pero fuera quien fuera, esa noche una de ellas no escaparía.

SI FUERA FÁCIL

—Creo que ya está todo recogido —le dijo Axel a Naia tras encontrarla en el almacén de la trastienda.

—Genial —respondió ella cansada.

Consultó el reloj, eran casi las diez de la noche y estaba hambriento, pues no acostumbraba a comerse los canapés que los clientes habían pagado para sus invitados.

—Tengo la furgo hasta arriba, voy a ir a descargar todo ahora a CXL —le informó.

No sabía por qué... Estaba a punto de salir por la puerta, cuando un pensamiento le había detenido. No podía irse sin avisar a su... compañera de piso. Nada le gustaría más, pero algo le decía que estaba mal no informarle de que se marchaba a las oficinas y no sabía a qué hora volvería a casa. La había buscado por la sala para hacerle al menos un gesto e indicarle que se iba, pero al no verla, tuvo que ir en su búsqueda.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó ella de repente.

Se quedó mirándola sin decir nada. Esa clase de reacciones espontáneas de bondad le hacían pensar que quizá estaba siendo demasiado duro con ella.

—No —dijo sin poder evitar una débil sonrisa agradecida—, ya has hecho mucho por hoy, debes estar agotada... Vete a casa, y recuerda que mañana tienes el día libre.

—Gracias —suspiró.

—Hasta luego —se despidió dándose media vuelta.

Desde luego tardaría mucho menos si en vez de dos manos descargaban cuatro, así que buscó a Leo entre el barullo de gente. Aún quedaban demasiadas personas dentro de la tienda después de apagar la música y

recoger la barra de bebidas, pero le encontró de espaldas, con un brazo apoyado en un pilar mientras asediaba a lo que sospechaba sería su próxima víctima. Estaba claramente invadiendo el espacio vital de la elegida, dejando claro que quería invadir mucho más de ella. El atractivo de la escena residía en la poca sutileza de la misma. ¿Sería alguna de las dueñas de la tienda? ¿Una de las amigas, tal vez? Se acercó a él para rogarle que le ayudara a descargar, podía pedirle el teléfono y quedar con esa chica más tarde, tenían toda la noche.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, sus pies se detuvieron por el impacto de ver a quién tenía acorralada. Ella le miró.

—¡Axel!... —dijo Zoe vergonzosa—. ¿Ya te vas?

—Sí... —contestó él desplazando los ojos de uno a otro. Leo corrigió la postura algo cortado.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Leo sin ser consciente de que su mirada suplicaba una negativa.

—¡No, no! —dijo Axel retrocediendo y levantando las manos—. Pasadlo bien, ¡adiós! —sonrió y desapareció deprisa sin dejar que dijeran nada más.

Tras pasó la puerta con las llaves en la mano y pensó que prefería estar una hora más descargando él solo, que volver a ser el impedimento de que Leo y Zoe empezaran por fin a comportarse como siempre había deseado. Sería un sueño hecho realidad que estuvieran juntos, porque en su opinión estaban hechos el uno para el otro.

Aparcó el coche en el acceso peatonal que llegaba hasta los bajos de la oficina, pero antes de ponerse manos a la obra, se tomó un par de pinchos en un bar cercano. Mientras descargaba focos, sillas, y otros materiales, se preguntó vagamente qué estaría haciendo Naia, ¿estaría ya en la cama? Esperaba que sí, quería que estuviese dormida para deslizarse sigilosamente a su lado como el día anterior. Puede que estuviese poniéndose el pijama... ese pijama tipo chándal más apropiado para otra actividad que no era precisamente dormir... una vez se metiera en la cama. “Joder, Axel...”, le riñó su cerebro, pero era una realidad. Se sentía descontrolado y tenía miedo. Si compartían colchón estando los dos despiertos, ella le clavaría sus ojos de fuego y seguro que él acabaría respirando como un perro o a saber qué más... No. No podía tropezar en esa piedra otra vez, pero a medida que su enfado se reblandecía, otra parte de su cuerpo se iba endureciendo cada vez más en su presencia. Esa misma mañana cuando ella intentó coger una taza del armario

superior, un culo perfecto se marcó en unas mallas suaves haciéndole señales, y después de atragantarse con su propia saliva decidió salir a desayunar fuera. ¿Por qué se sentía así? Llevaba tres semanas manteniendo a raya su deseo, pero lo había logrado gracias al enfado. Ella le había pedido perdón mil veces y su coraza seguía fuerte, pero no pudo evitar que las palabras que le dijo la noche anterior hicieran mella en él. Le había aliviado un poco el disgusto que llevaba, la había creído, pero aunque la perdonara no quería volver a liarse con ella. No soportaría esa vulnerabilidad de nuevo, pero viviendo juntos, empezaba a sospechar que se le iba a hacer difícil controlar no caer de nuevo.

Cuando se quiso dar cuenta había terminado de colocar todo el material, cerró la oficina y miró el móvil. Eran las doce menos cuarto de la noche. ¿Y si Naia aún no estaba dormida? ¿A dónde podía ir? Solo sería una noche más, al día siguiente sin falta compraría otro colchón, otra cama, o lo necesario para alejarla de su lecho. También compraría sábanas nuevas porque esa esencia de Afrodita no se iría ni con cinco lavados seguidos.

De repente, recordó que tenía que hablar con Sergio. Podía pasarse por la Sala Oasis, siendo jueves seguro que lo encontraba allí. Poco después estaba entrando en el local, y a pesar de que aún era pronto, estaba más lleno de lo que se esperaba. Se acercó a la barra y Mar le vio.

—¡Axel! —sonrió contenta—. ¿Qué haces aquí? ¡No es que me moleste! Quiero decir, ¡me alegro de verte!

—He venido a tomar algo —le sonrió él. Esa chica además de preciosa, era muy graciosa—. ¿Está Sergio por aquí?

—Sí, está en su despacho. ¿Qué quieres tomar? Te lo pongo y te acompaño a buscarlo —ofreció animada.

—Un *gin-tonic* de Tanqueray, por favor.

—¡Marchando! —dijo guiñándole un ojo.

Recordó brevemente la marca de pintalabios que le había dejado cuando le vio vestido de vampiro, e inevitablemente también recordó la reacción de Naia al verla. Le pareció exagerada, al fin y al cabo, solo había sido una broma... ¿Es que ahora le consideraba de su propiedad? No quería ahondar en ese ataque de personalidad múltiple, pero la idea daba vueltas en su cabeza junto con la frase “estás muy ciego, Axel” que le había lanzado el primer día de convivencia.

—¡Aquí tienes! —dijo Mar ofreciéndole la copa—. Sígueme guapo —dijo ella girándose y caminando hasta el final de la barra. Al hacerlo pudo

apreciar, gracias a su camiseta extremadamente corta, que tenía un tatuaje tribal en la parte baja de la espalda. ¿Le gustaban los tatuajes? Quizá era hora de que empezaran a gustarle...

Al encontrarse con ella se dio cuenta de que dentro de la barra había un significativo escalón, porque al verla a su misma altura, pudo comprobar entre otras cosas que era bastante más baja que él. Desde esa perspectiva, el escote que llevaba tenía una apreciación muy distinta, mostrando a la perfección un par de cualidades separadas por un profundo hueco que parecía llegar al centro de la Tierra.

Ella disimuló una sonrisa al percatarse de su mirada y le cogió la mano para llevarle hacia una puerta entre la gente, como si él no supiera el camino de sobra... El tacto de su mano le recordó a Naia y a Nueva York, y cómo a pesar de todo, lo arrastró por toda la feria de novios con la emoción en la cara. Chasqueó la lengua al recordar lo tonto que había sido al pensar que podían tener algo serio.

Al llegar a la puerta de acceso, Mar no le soltó la mano, sino que se la acarició y le pareció extraño. Tragó saliva temiéndose cualquier cosa. ¿Qué haría si ella le entraba? Lo peor de todo es que no lo tenía nada claro, ni para bien, ni para mal. La suerte quiso que nada más entrar en el pasillo oscuro de acceso encontraran a Sergio andando hacia ellos, y al verles, se quedó estupefacto.

—Axel... Hola —saludó perplejo.

—¡Ahí está! —exclamó ella parando en seco haciendo que sus cuerpos rebotaran y se quedaran a una distancia precaria—. Te estaba buscando, jefe —informó a Sergio sin apenas mirarle—. ¡Nos vemos guapo! —dijo ella cogiéndole la cara a Axel con una mano y plantándole un sonoro beso en la mejilla, a continuación emprendió la marcha, no sin que su mano perdiera el contacto con su cara mediante una caricia.

Los dos hombres se quedaron quietos hasta que ella desapareció por la puerta.

—¿Qué tal te va? —preguntó Sergio rompiendo el hielo—. ¿Has venido con tu mujer?

A Axel le pareció una pregunta extraña en medio de una situación rara.

—Eh... no, estaba cansada y se ha ido a casa después de un evento que hemos organizado esta tarde. Venía a hablarte de algo que tengo en mente para el último fin de semana de noviembre.

—Acompáñame a mi despacho —dijo Sergio. Había una tirantez extraña entre ellos, pero no supo discernir por qué.

Cincuenta minutos más tarde, entraba en casa rezando para que Naia estuviera dormida. Todo parecía estar en calma y a oscuras, pero al acercarse a su habitación vio la tenue luz que arrojaba la lámpara de la mesilla de noche y se asomó.

—Hola —dijo Naia cuando vio aparecer su cabeza.

—Hola —respondió Axel maldiciendo en silencio.

—Estaba leyendo un rato, no podía dormir.

—Ah... —dijo él entrando en la habitación. Se acercó a la cama y ella se le quedó mirando, por un momento pensó que si fueran un matrimonio de verdad ahora mismo la besaría fugazmente a modo de saludo, pero no era el caso, él quería coger su pijama de debajo de la almohada para ponérselo en el baño y cuando ella se dio cuenta al seguir su mirada, lo cogió y se lo pasó.

—Gracias.

—¿Todo bien? Has tardado...

Se fijó en que llevaba una camiseta de tirantes rosa clara de algodón, y un sujetador rosa flúor que se transparentaba bastante con esa luz sombría, desde su altura sus atributos parecían descansar juntos, apretados y turgentes en los límites del mismo como si tuvieran unas ganas tremendas de salir de su aprisionamiento. Joder... se dio media vuelta antes de que ella notase nada raro en su pantalón y huyó hacia el baño temiendo que empezaba a tener un serio problema con las mujeres y sus delanteras. Después de cambiarse pasó por la nevera y disfrutó de beber zumo a morro. Pensó en encender la tele y esperar a que se durmiera, pero estaba agotado.

Al volver a la habitación ella seguía exactamente en la misma postura. Se sentó en la cama dándole la espalda y se quitó los calcetines. Era una situación extraña. Abrió la cama y se metió en ella soltando un suspiro de rendición. Misma cama, despiertos, problemas.

—Voy al baño y apago ya la luz —informó ella levantándose.

Él no pudo evitar girarse para observarla de refilón, lo cual fue la peor idea del mundo. Al bajarse de la cama el pantalón de pijama de Naia se resbaló un poco de su posición habitual, y las tiras de un tanga color rosa flúor sobresalieron por encima del mismo. “La madre que me parió...”, pensó Axel notando cómo ciertas partes de su cuerpo reaccionaban a esa prenda. Volvió a girarse de espaldas y cerró los ojos con fuerza. “Duérmete Axel,

basta”.

De repente, se oyó un grito seguido de un “¡Dios mío!” y no lo dudó, se levantó corriendo y fue hacia el baño. Descubrió a Naia mirándose al espejo horrorizada.

—¿Qué pasa?!

—¡Me ha salido una cana! —dijo tapándose la boca con las manos—. Dios, está aquí ¡mira!

—¿Qué? —dijo él acercándose a ella.

—¡Y aún no he cumplido los treinta! —chilló ella intentando localizar el dichoso pelo blanco acercándose lo máximo posible al espejo y a la luz del mismo.

—¿Cómo? —dijo Axel obnubilado. Piel canela, tiras rosas, más piel, pelo suave, esencia narcótica. Por un instante no podía ver nada más. Ella había tejido su tela de araña, y él era una mosca atrapada sin opciones de soltarse.

—Lo siento, te he asustado... —dijo ella disculpándose al darse cuenta de que había venido alertado—. Estoy bien, perdona, es que...

Pero Axel ya no le estaba atendiendo, no podía despegar la mirada de su cuerpo. Al ponerse de puntillas y acercarse al espejo la camiseta se le había subido mostrando una franja de piel que parecía de melocotón, su pantalón seguía bajo mostrando la pertinente terminación de su tanga, y su culo estaba completamente en pompa al inclinarse hacia el espejo. Por no hablar de que nunca le había visto los pechos tan... grandes y desesperados por ser liberados de su sujeción.

—¿Axel?

Él se frotó la cara intentando salir de su embrujo. Al buscar sus ojos, vio que ella tenía la vista puesta en el testigo principal de esa postura digna del mejor club de alterne. Estaba claramente empalmado. “Tierra, trágame”, pensó irritado, pero al momento, un enfado tomó el control de la situación ayudándole a salir del embrollo.

—Esto no significa nada —dijo sin hacer nada por taparlo—. No puedo evitarlo, y no quiero preocuparme de estar todo el día escondiéndolo, y menos si vamos a dormir juntos, lo hemos pasado muy bien en esa cama... Te vestes así, me obligas a acercarme a ti. Sabes muy bien cómo hacerlo.... —escupió él.

Ella se ruborizó y se quedó horrorizada. Axel dudó de cuales eran realmente sus intenciones, pero aprovechó para lanzarle un aviso por si acaso.

—¿Esto es una especie de juego? ¿Querías verme así? —dijo acercándose a ella y aprisionándole un poco contra el lavabo mientras le hablaba cerca de su cara desde atrás.

Ella se quedó muda.

—No hace falta que montes estos numeritos, estoy así todo el puto día, tanto me da que intentes coger un tazón de desayuno, como que vayas con tus falditas de colegiala, o que salgas de la ducha como si fueras Hanna Montana. Aunque mi mente no quiera, mi cuerpo se excita. Menos mal que no soy de esos tíos que no tienen control, sino estaríamos apañados —dijo indiferente dando media vuelta y volviendo a la cama.

Se acababa de marcar el papelón de “De profesión: duro”, como si de verdad pudiera controlarlo, y lo cierto es que siempre había podido hacerlo, pero con ella todo era diferente, y sería mejor que nunca lo supiera o estaría perdido. Le picaban las manos de las ganas que había tenido de hacer algo más que pegarse a su espalda. Quería estrecharla entre sus brazos y hacerla suya contra el lavabo en esa jodida postura.

Se tumbó en la cama y se giró hacia el lado contrario cerrando los ojos.

Adriana, Adriana, Adriana, ¡tenía que relajar la mente! y otras cosas... Pensaba comentarle a Naia que el sábado quería que Adriana se quedara a dormir en casa, pero lo haría mañana cuando los ánimos no estuvieran tan... calientes. Joder... ese maldito tanga casi lo había vuelto loco. Era de esos de encaje de hilo... ¡Adriana! Quería comprarle un juguete bonito a su hija para que tuviera en su casa de forma permanente. Ese sujetador... ¿Sería un push up de esos? Dios... le juntaba y elevaba las tetas hasta el cielo. Adriana...

De repente su móvil se iluminó. Era un SMS automático del banco comunicándole que al día siguiente le sería ingresada una transferencia de una cantidad correspondiente a más de cuatro millones y medio de euros. El dinero. Ahí estaba, justo a tiempo. Notó que Naia volvía a la cama y no le dio importancia. Él ya estaba elucubrando en su cabeza la cantidad de planes que tenía que llevar a cabo sin falta al día siguiente.

—Axel... —dijo Naia de repente.

Él cerró los ojos con fuerza. Su nombre en su boca, con esa cadencia... irrumpiendo en sus asuntos económicos. Joder...

—Qué...

—Límpiate la cara si no quieres manchar la almohada.

—¿Cómo?

—Llevas los labios de Mar marcados en la cara.

Axel recordó el beso que ella le había dado al despedirse, y al momento entendió lo que estaría pensando Naia.

—No es lo que piensas.

—¿No la has visto?

—He ido a ver a Sergio, y ella me ha acompañado hasta su despacho. No te pongas así...

—Solo he dicho que vas a manchar las sábanas, nada más. Respecto a Mar, lo único que te pido es que seas discreto.

—Joder, ¿otra vez acusándome de lo que no soy?

—No te estoy acusando de nada, sólo es una petición, aunque no tenga derecho a pedirte nada... suficiente has aguantado ya como para... tener que soportar estar empalmado en mi presencia. Tú tendrás tus necesidades... no quiero... molestarte más.

—¿Mis necesidades? —dijo Axel girándose molesto hacia ella—. No soy un animal.

—Yo... Ya lo sé, pero no pretendo que estés un año... a pan y agua. Suficiente castigo es ya tener que dejarme vivir en tu casa cuando no me soportas.

—Eso es muy injusto Naia, sabes que te tengo aprecio. El problema es que ahora soy yo el que no confía en ti... y no creo que se me caiga por estar un año sin tener sexo, aunque Leo piense lo contrario, no soy de los de follar por follar, tiene que haber algo más.

—Vale, solo digo que no tendría derecho a quejarme si quisieras hacer algo con alguien...

“¿Y si ese alguien fueras tú?”, pensó Axel abatido. Mierda.

—Buenas noches, Axel —dijo ella ante su silencio girándose hacia el otro lado para dormir.

—Hasta mañana —susurró.

Era oficial. Iban de mal en peor si acababa de darle permiso para tirarse a Mar.

ROMEO Y JULIETA

Zoe se despertó y se sintió aprisionada. Unos brazos grandes y fuertes la estaban envolviendo. Aún no se podía creer lo que había sucedido, aunque ella lo había provocado, no se había preparado psicológicamente para lo que suponía tener éxito. Se lo había pasado en grande dejándose seducir por Leo

fingiendo hacerse la difícil, cuando en realidad lo estaba deseando, después disfrutó del maratón de sexo más increíble de su vida, nunca se había corrido tantas veces en una sola noche, y por último, lo que le dijo antes de quedarse dormidos le había hecho ilusionarse como siempre supo que sucedería si se rendía a su magia.

Estaba deshidratada por la reciente actividad física, se moría de sed y necesitaba llegar lo antes posible a la nevera para beberse media botella de agua sin despertar al hombre más insaciable de la Tierra. Se deslizó lentamente de sus brazos y consiguió escapar de él. Estaba en pelota picada, y pensó en vestirse. Abrió un cajón y buscó un *culotte* y un top deportivo que solía ponerse debajo de camisetas holgadas. Aprovechó para pasar por el baño e intentar cepillar la maraña que tenía por pelo después de haber dado cien vueltas en la cama como animales. Cuando por fin llegó a la cocina, parecía que el oxígeno le llegaba de nuevo al cerebro, y recordó el primer movimiento de ajedrez de Leo una vez empezó la inauguración. Antes de ir a buscar unas pegatinas al almacén, ella le buscó por la sala y sonrió ufana al descubrir que él tenía sus ojos ya puestos en ella, cuando emprendió la marcha y notó que la seguía, el corazón casi le estalla en el pecho. Sus ardientes miraditas no le habían pasado inadvertidas en toda la tarde. Había algo en sus ojos que la atraía, como si tuvieran la certeza de que iba a conseguir su objetivo hiciera lo que hiciera, y es que, ¿a quién quería engañar? Se lo había puesto en bandeja. Era un gato al que le gustaba jugar con el ratón antes de comérselo, provocándole y creándole falsas esperanzas haciéndole creer que tiene la posibilidad de escapar cuando nunca tuvo la más mínima opción. Y curiosamente, esa dulce crueldad la ponía muy cachonda.

—¿Necesitas ayuda? —ronroneó en su oído pegándose a su espalda cuando enfiló el pasillo del almacén.

—¿Para coger unas pegatinas? No gracias, todavía hay cosas que puedo hacer yo solita —contestó provocadora.

—¿Y para cuáles necesitas ayuda? Quizá un chico grande y fuerte como yo pueda servirte...

—Si necesito algo, te lo pediré, descuida —respondió altanera— De momento estoy servida.

—Me consta.

Zoe localizó una carpeta roja en la que había traído los *flyers* impresos que habían sobrado y algunas pegatinas que había guardado a mayores.

Cuando se dirigió de nuevo a la puerta, Leo la estaba bloqueando con la sonrisa del gato que se comió al canario.

—¿Me dejas pasar?, tengo que volver —dijo ella firmemente disfrutando de la electricidad que se respiraba entre ellos. Era emocionante pensar que en cualquier momento podían comenzar a besarse con desesperación contra una pared, prácticamente notaba cómo esa anticipación la estaba haciendo rejuvenecer por momentos.

—Hay que pagar un peaje para salir de aquí... —informó ladino.

—¿Cuál?

—El que tu quieras... —apuntó dejando la elección en sus manos—, pero tiene que merecer la pena.

Se miraron a los ojos y el sonido de un choque de espadas sonó en su cabeza. Le encantaban las damitas en apuros que caían desmayadas ante sus encantos, pero con ella había tocado hueso. No iba a rendirse a la evidencia tan fácilmente, además le encantaban los juegos, y sabía que una vez el dragón calentara motores, tenía las de ganar en cuanto a resistencia se trataba, pues llevaba años y años de perfeccionamiento.

—Está bien —aceptó ella más chula que un ocho—. ¿Un beso le serviría al señor?

—Depende del beso, uno en la mejilla te costará estar aquí diez minutos más por rebeldía.

—Descuide coronel. No pensaba dárselo en la cara...

A Leo se le congeló la sonrisa en los labios, y su mente comenzó a ir por su cuenta en cuanto ella le apoyó las manos en la cinturilla del pantalón.

—Permítame darme prisa, me están esperando —dijo con voz monótona sacándole la camisa de Burberry de los vaqueros y desabrochando los dos últimos botones para abrísela. Su cara de desconcierto no tenía desperdicio, sobre todo cuando ella se agachó y le dio un beso en el nacimiento del músculo oblicuo. Puede que se recreara peligrosamente respirando por un instante sobre la piel que había algo más abajo... Siempre le habían encantado esos músculos simétricos en los hombres, sobresalían a ambos lados señalando prácticamente hacia su siguiente zona favorita. Sabía que sólo si un chico estaba muy en forma se le marcaban esos músculos tan sexys.

Leo no daba crédito, supongo que el muy tontorrón se habría esperado un morreo en toda regla, y aunque se moría por dárselo, tendría que esperar,

pedírselo como un caballero o simplemente lanzarse él como el canalla que era.

Cuando se incorporó, estuvo a punto de soltar una carcajada al notar su respiración acelerada, no parecía poder apartarse de la puerta aunque lo intentara.

—¿Puedo pasar ahora? —preguntó con voz coqueta.

—Adelante —soltó con la voz ronca de deseo desplazándose hacia un lado.

Se dio cuenta de que no la seguía, “supongo que necesitaré un momentito”, pensó sonriendo para sus adentros. Hombres...

Cuando volvió a verle por el salón fingió estar demasiado ocupada para notar que le estaba atravesando con la mirada a cada paso que daba. Ella era una experta en fingir no estar pendiente de él, diez años de experiencia la avalaban. Habló con todas las personas de la fiesta menos con él, pero de vez en cuando le echaba alguna miradita que prometía placeres incalculables y en esos momentos, aguantaba la respiración sin darse cuenta.

En un momento dado, fue a hablar con Axel cuando vio que miraba receloso hacia la conversación que mantenían Naia y César, que estaban extrañamente cogidos de la mano.

—¿Qué te pasa tigre?

—¿Qué? Nada —respondió sin apartar la vista de ellos.

—Estoy mirando cosas para hacer una escapada en el puente de la Inmaculada... ¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer? Como soltaste aquel comentario a tu tía en la boda...

—Em... ¿el puente?... pues, ni idea la verdad. Eso lo dije por decir, obviamente no vamos a irnos ella y yo de viaje solitos a ninguna parte... —dijo angustiado—, pero ya sabes que a mí me gusta hacer algo en esas fechas antes de la locura de trabajo de diciembre. Adriana se va con su madre, así que estoy libre, pero ahora mismo no tengo ni idea de qué haré... Me gustaría hacer un viaje con los chicos, como siempre, quizá Naia vaya a visitar a su abuela... no lo sé, la verdad —dijo agobiado frotándose la cara.

—Axel, tómatelo con calma. Va a ser tu mujer durante un año, si la perdonaras y estuvierais normal... podríais...

—¿Qué? Termina la frase, ¿podríamos qué? Porque te recuerdo que eras tú la que hace poco decía que ni loca querías caer en las garras de algo en lo que tú acabaras hasta la médula y la otra persona no estuviera interesada en

absoluto. Está claro que si me dejo llevar echaremos unos cuantos polvos, pero no puedo arriesgarme a caer en eso, acabaré coladito como un imbécil mientras para ella es solo un pasatiempo.

—Pues yo creo que sí le interesas, y que todo lo que hizo, lo hizo por tu bien. Un amigo me dijo una vez que no echara por la borda lo mejor que podría pasarme en la vida solo por miedo, y creo que es un error poner impedimentos a los sentimientos.

—Puede que sea un error, pero a veces también es un acierto —murmuró él mientras hacía contacto visual con Naia que se acababa de despedir de César—. Te dejo. Voy a hablar con César.

Zoe sonrió al imaginar cómo Axel iba a apretarle las tuercas a César por cogerle la mano a una mujer, la misma que él se había prohibido tocar ni en sus mejores sueños.

Un rato después empezaron a recoger. Axel y Leo estuvieron desmontando material mientras Naia organizaba las partidas. Pudo relajarse un poco porque Leo había dejado de acosarla con miradas penetrantes. La ropa que había elegido para volverlo loco parecía haber funcionado a la perfección, ahora que le había dicho que “cuando quisiera podían repetir”, lo último que tenía que hacer era mostrar el armamento, al revés, cuanto más escondido estuviera todo, más ganas tendría de encontrarlo. Llevaba sus botas altas de tacón de terciopelo beis que le llegaban por encima de la rodilla y un vestido de punto gordo *shoulder* de escote Bardot en color blanco suelto que no era demasiado corto, solo quedaba una inocente franja de piel expuesta entre la terminación de la bota y el mismo. La parte de arriba se superponía sobre sí misma dejando el inicio de los hombros al descubierto y además, era de manga larga.

De repente, notó una presencia detrás de ella, un calor inusual que hasta hacía poco no estaba allí. Se dio la vuelta y se encontró con el pecho de Leo. Miró hacia arriba y vio su sonrisa de libertino.

—¿Cómo estás? —preguntó él, aunque por el modo en que lo hizo parecía más una afirmación, lo cual le hizo tragar saliva ante el piropo.

—Bien... esto ya termina eh...

—Sí —dijo sin dejar de mirarle fijamente.

Ella miró alrededor y volvió a fijar sus ojos en él. El silencio siempre le había incomodado, parecía que le obligaba a decir algo, pero no tenía ni idea de qué, parecía que cualquier cosa que dijera la condenaría. Sin darse cuenta,

había retrocedido un poco cuando él avanzó con su cuerpo imponente arrinconándola contra una columna. Al apoyar una mano en el pilar quedó claro que la tenía acorralada y sin escapatoria de nuevo. Tenía la garganta seca, se había quedado sin palabras, y él cada vez estaba más cerca. ¿Iba a besarla? ¿Allí, delante de todo el mundo? Le temblaron las piernas.

—¿Qué quieres? —preguntó ella asombrada con la voz temblorosa sin dejar de mantener contacto visual.

—Quiero.

—¿Qué? —preguntó alarmada. ¿Se le había olvidado el pronombre “te”?

—Que quiero. —Sonrió seductor.

—¿Qué quieres? —preguntó confundida.

—Quiero repetir. Dijiste: “cuando quieras repetimos”, y quiero repetir.

Puede que ella le hubiera dado una lección en el almacén por pasarse de listo, pero él acababa de ganar el juego siendo directo, usando las mismas palabras que ella tan valientemente le había lanzado esa misma mañana en *atrezzo*, dejándola sin una réplica mordaz que hacer.

—¿Quieres venir a mi casa a tomar una copa? —preguntó él en voz baja casi en su oreja como si de un secreto se tratase.

—¡Axel...! ¿Te vas ya? —dijo ella de repente al verle a un metro de ellos con la chaqueta puesta.

—Sí... —contestó el aludido mirándoles sorprendido mientras evaluaba la situación.

Vio que Leo retrocedía como si su padre acabara de pillarles con quince años.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció intuyendo que seguramente lo estaba buscando a él.

—No, no... —dijo Axel retrocediendo—. Pasadlo bien, ¡adiós! —dijo con una sonrisa culpable que emanaba aprobación.

Se fue rápidamente y volvió a dejarla sola con el enemigo.

La intromisión de Axel, hizo que el valiente impulso de Leo no solo se enfriara, sino que los apetitosos planes se quedaran congelados; pero si Zoe tenía claro algo en esos momentos, era que no iba a permitir que empezara a elucubrar cosas raras sobre la complejidad de compartir amigo íntimo, de cómo lidiar con ello, o de a qué olían las putas nubes... ¡era tarde para echarse atrás!

Así que dio el paso definitivo, uno de los dos tenía que ser valiente.

Acercó una mano a la suya mientras él seguía sumido en sus pensamientos, y entrecruzó los dedos. A Leo le sorprendió el gesto cariñoso y la miró con lo que le pareció miedo, y lo entendía, porque su reacción a ese momento marcaría un antes y un después.

—¿Vamos mejor a mi casa? —preguntó ella vergonzosa, una actitud que hasta ahora nunca había mostrado ante él.

Tras quedarse un segundo pensativo, Leo tomó una decisión. Deslizó sus dedos largos por los de ella y los entrelazó mientras algo parecido a la confianza comenzaba a rodearlos.

—Sí —dijo con seguridad—, coge tus cosas, tengo la moto en la calle de atrás —informó mientras acariciaba sus dedos con los suyos.

Zoe sintió mariposas como en las películas, y fue rauda y veloz a por su abrigo y su bolso al almacén. Al minuto estaban saliendo por la puerta y buscando la moto. Leo sacó un casco adicional del maletero y se lo colocó a ella con una sonrisa. A ella no le importó estar muriéndose de vergüenza porque notaba que él estaba igual, pero sabía que en cuanto sus labios se tocasen toda esa sensación quedaría atrás.

En el trayecto hasta su casa guardaron silencio incluso en los semáforos. Ella le agarraba de la cintura con fuerza, y él estaba sumido en sus pensamientos mientras le acariciaba el brazo distraídamente. Al quitarse el casco, le preguntó si estaba bien, y ella asintió con la anticipación a flor de piel. Él desvió la vista hacia su boca indicando que también tenía la cabeza puesta en lo que ocurriría en cuanto cruzaran el umbral de su casa. Subieron en el ascensor retándose con la mirada. Leo respiró profundamente agarrándose a una barra que había a su espalda, intentando de algún modo no empezar algo en un sitio tan público. Ella salió disparada hacia el rellano en cuanto llegaron a su planta. Porque un macho de esa magnitud expuesto en un cubículo tan pequeño, casi logra hacerle una herida al morderse los labios por intentar controlar el impulso de saltarle encima. En cuanto llegó a su puerta, notó como un depredador se cernía sobre ella. Antes de que pudiera abrirla, tenía un Leo pegado a su espalda cogiéndola de la cintura y oliendo su pelo.

—Date prisa... —jadeó en su oreja.

Las llaves le temblaban en las manos, no acertaba con ninguna, algo tan simple como meter una llave en una cerradura se le estaba haciendo imposible al notar su aliento en el cuello y sus manos ascendiendo por las

costillas. Él comenzó a besarle la clavícula justo cuando ella consiguió meter la llave en su sitio, y en ese instante, cerró los ojos rindiéndose a sus caricias. Abrió la puerta sin mirar, y Leo la empujó dentro arrinconándola contra la primera pared que encontró.

Empezó a besarla con desesperación y ella le correspondió. Estaba sucediendo, y esta vez, no había excusa. Vio la puerta abierta, las llaves puestas y no le importó en absoluto. Se quitaron las chaquetas sin apenas romper el contacto.

—Un jersey muy bonito, pero la próxima vez no te olvides de ponerte pantalones para que pueda concentrarme en una puta cosa en toda la tarde... —dijo Leo sacándoselo por la cabeza. La dejó en botas altas y un conjunto de lencería en un tono marrón chocolate brillante que había elegido especialmente para esa noche.

—Joder... llevo imaginándote así toda la tarde... —gruño él al verlo. Resopló y le acarició las curvas de la cintura atrayéndola hacia él. Miró fijamente el *piercing* y de repente, se puso de rodillas y empezó a besarlo, a lamerlo, a chuparlo. Ella gimió y él le acarició las piernas colando los pulgares por los costados de sus braguitas. Cuando sintió que iba a bajárselas mientras besaba el camino entre su ombligo a su pubis, abrió los ojos.

—La puerta... —acertó a decir. Una cosa era que les vieran besándose y otra muy distinta haciendo lo que él estaba a punto de hacer.

Leo maldijo y se levantó a cerrarla extrayendo las llaves. Cuando se giró y la miró, vio en sus ojos un deseo crudo que la hizo sentirse viva. Él se empezó a desabrochar la camisa sin romper el contacto visual mientras avanzaba hacia ella. Zoe sabía que esa calma fingida era solo la que precede a un huracán. Cuando se quitó la prenda, la dejó caer al suelo, y ella fijó la vista en sus oblicuos. Ahí estaban, bien acompañados de unos abdominales marcados y unos pectorales de revista. Comenzó a respirar aceleradamente, notaba los pechos doloridos y los labios hinchados. Él se quitó las zapatillas con un ligero toque de pies, y cuando llegó junto a ella sus manos la envolvieron y la besó durante un instante, como si necesitara hacerlo antes de continuar. Después se desabrochó el primer botón de los vaqueros y con un fuerte tirón el resto saltaron. Ese sonido hizo que su centro se humedeciera al oír lo que le esperaba. Se pegó a ella y se enterró en su pelo.

—Hueles jodidamente bien... —susurró ensimismado—, pero sé que sabes mejor, y llevo demasiado tiempo deseando volver a probarte... —dijo sumergiendo una mano por el borde de sus braguitas para comprobar su humedad. Gruñó al encontrarlo listo para recibirle e hizo amago de agacharse para continuar con lo que estaba haciendo.

—No... —dijo ella cogiéndole la cara y subiéndola de nuevo a su nivel—. Luego. Ahora necesito sentirte dentro... Ya.

Él se puso nervioso, notó que temblaba, y ella aprovechó su estado para

deslizarle un poco el pantalón y los calzoncillos hacia abajo. Su miembro salió disparado como un resorte y empezó a acariciárselo. Él cerró los ojos y gimió. Empezaron a compartir jadeos sin llegar a besarse y notó que se humedecía al entender lo que iba a suceder inminentemente. Ella juntó las piernas e hizo lo necesario para que sus bragas cayeran al suelo. Levantó el pie para salir de ellas y Leo se arrimó más a su cuerpo hasta que sus zonas más sensibles se tocaron. Empezaron a besarse mientras se rozaban con fruición. Dios qué besos: obscenos, húmedos, decadentes, como si hubiesen empezado ya a follarse con la boca.

—Métemela —suplicó ella.

Él juntó sus frentes resollando en su boca, y con una lentitud pasmosa la cogió por la parte posterior de los muslos y la levantó a peso. Al abrir las piernas, él se encajó en su centro de un solo empujón. Ambos gritaron sintiendo que la unión no era solo física. Retrocedió y volvió a hundirse con fuerza hasta el fondo. Ella le notaba concentrado, parecía estar disfrutando del momento como nunca, y se permitió sentirse cursi y pensar que era un momento importante para él.

—Es increíble —musitó Leo—. No podía dejar de pensar en esto —murmuró comenzando a coger un ritmo más rápido.

—¿Volver a hacerlo sin preservativo?

—En volver a hacerlo contigo... meterme en ti, sentirte así... —dijo besándola con ternura.

Y con algo tan sencillo, su corazón se rindió. Bajó todas las barreras y se desbordó. No tenía ni idea de que era tan fácil, aunque seguramente sólo lo fuera con Leo, por eso siempre había sido reacia a abrirse a él. Tenía hasta ganas de llorar. Comprobar cómo conseguía afectarle era una carta de suicidio, aunque de momento iba a recrearse en esa dulce muerte porque no pensaba huir más.

Rompieron el beso y él empezó a embestir con fuerza mientras apoyaba la cabeza en su hombro. A pesar de la postura, de la prisa, de las ganas que casi les tenían a punto del orgasmo, sintió que estaban haciendo el amor a su manera. Se había acostado con hombres que habían puesto velas, música y le habían murmurado mil palabras bonitas al oído que nunca se creyó, pero Leo había conseguido que lo hiciera sencillamente diciendo que se moría por volver a hacerlo con ella. No era el típico tío que repetía con una chica, y esas palabras habían sido como un sueño hecho realidad. Uno que no sabía cuánto

duraría, pero que pensaba disfrutar al máximo.

A lo largo de la noche volvieron a hacerlo en el sofá, en la encimera de la cocina, en la ducha, y por último, otra vez en la cama. Al terminar, él susurró entre besos “¿puedo quedarme?”, y se quedó muy quieto esperando la respuesta. Estaba vulnerable, mordiéndose los labios, como con miedo a que ella le echara de allí otra vez. Zoe se sorprendió contestando unas palabras que dejaban la puerta abierta: “Si quieres...”, y Leo tan solo respondió :“Sí, quiero”, y se durmieron abrazados.

Era el nuevo mundo.

Ser o no ser. ¿No es esa la cuestión? Pues por lo visto, no. César se acababa de dar cuenta al sentarse en la mesa de aquel bar pijo, que había muchas más cuestiones que resolver más allá de tomar la decisión de ser o no ser homosexual. La primera y más importante: ¿Te atraen los hombres? La respuesta perfecta sería decir: más que las mujeres.

Su mente trabajaba de una manera muy concreta: ¿cuántas mujeres te atraen o te han atraído? cero, ¿cuántos hombres te atraen o te han atraído? uno. Cero frente a uno, ya son más hombres lo que le han atraído que mujeres.

También era consciente de que él no era muy normal, al margen de su orientación sexual, la gente en general no le gustaba. Tenía diagnosticado un principio de autismo, quizá fuera un poco Asperger, o un simple superdotado insociable —no lo sabía porque no aguantó llegar al final de sus sesiones con los psiquiatras—, pero había conseguido una cosa que la mayoría de ese tipo de personas no consiguen muy a menudo: encontrar un foco de felicidad, de calma, de sentido; algo que lo sacaba de la frustración, de la apatía, de la soledad, del aburrimiento, algo que no quería perder por nada del mundo. Algo no, a alguien. Porque aunque quería —a su manera— a su familia, a sus amigos y a algunas personas contadas más, no sentía con nadie lo que sentía estando con Jorge. Ganas de ser divertido cuando era sabido que su humor era terrible, ganas de ser admirado cuando normalmente impresionar a la gente le parecía pueril, ganas de tocarle, y aquí es cuando la cosa se ponía interesante. Él le había preguntado —por tocar las narices— si se había imaginado tocando a otro hombre, y lo cierto era que no, pero sí se había imaginado tocándole a él; más que nada, porque después de analizar la secuencia vivida en su casa, se dio cuenta de que él solo formó parte activa en el beso, y esa parte le gustó bastante... al menos eso creía, porque en cuanto sus labios tocaron los suyos su cerebro se desconectó, de repente no podía pensar, solo sentía y eso para él era muy peligroso y extraño. La esperanza estaba en pensar que eso sólo le ocurriera con él, por la

profundidad de sus sentimientos inciertos, tal vez con otro sólo se dedicara a disfrutar mientras resolvía mentalmente raíces cuadradas de números de más de cinco cifras... Oh sí...

—Esto te va a gustar, ya verás —comenzó Jorge animado con su copa en la mano—. Tú, que eres medio de la CIA, te darás cuenta de todas las miradas que recaen sobre ti, y no te va a costar leer las intenciones porque te aseguro que solo hay una y siempre es la misma.

—De momento, solo me he percatado de que tanto el tío de la puerta como el camarero querían comerte entero... —contestó César tranquilamente.

Jorge se echó a reír.

—No, seguramente solo estaban recordando buenos momentos... —sonrió macarra.

—¿Qué? Te los has...

—Hace años, no pienses en eso. Este sitio está muy bien, es discreto y se toma muy en serio los derechos de admisión. Un hetero podría entrar aquí y ni se daría cuenta del tipo de bar que es.

—¿No dejan entrar a cualquiera? No me gustan ese tipo de sitios.

—No es eso, sencillamente nadie sabe que es un bar gay, solo lo sabes si formas parte del club.

—¿Qué club?

—El de que por mucho que quieras no puedes salir del armario frente a la sociedad, en mi caso, por mi trabajo.

—A mí en la infancia me machacaron bastante con el tema.

—¿En serio? No tienes pinta de gay, y Naia no cuenta —se adelantó a su réplica—, tiene poderes extrasensoriales... A esas edades, simplemente ser maduro y no comportarte como un capullo ya es un buen motivo para llamarte gay.

—Hay un tío a las tres que nos está mirando, pero no sé a quién de los dos... —dijo César sin girar la cabeza para nada.

—¿Qué harías si viniera hasta aquí y te dijera algo? —preguntó Jorge divertido.

—Contestarle.

Le vio poner los ojos en blanco.

—Me refiero a qué estarías dispuesto a hacer... para probar algo por ejemplo...

—No lo sé... ¿Cómo funciona? ¿Va a pedirme que me vaya a casa con él? Porque no me gustan los desconocidos... ¿Cómo fue tu primera vez?

—Lo mío fue una locura. Al principio pensaba que me había vuelto loco, no que era gay.

—¿Loco? ¿Por?

—Porque estuve hablando con un tío toda la noche y me recordó a mi hermano. Murió cuando yo era pequeño, éramos uña y carne. Sólo le tenía a él... —dijo Jorge angustiado quedándose callado.

—Lo siento, no sabía que tuvieras un hermano.

—Sí, mi vida hubiera sido muy distinta si no hubiera muerto. Ahora tendría una familia. Le tendría a él...

César pensó un instante en cómo se sentiría si media vida le hubiera faltado Erick y quiso abrazar a Jorge, pero sabía que no estaba bien visto hacer eso de repente, aunque quizá en aquel bar no quedara tan extraño...

—Tu vida me parece emocionante —objetó César.

—¿Por ser policía? ¿Por eso quieres serlo tú?

—¿Por qué te hiciste tú policía?

—¿Sabes que eso es lo primero que te preguntan al entrar a la entrevista personal? Por qué...

—¿Qué contestaste?

—Para que otros sobrevivan.

Un silencio reinó entre ellos mientras Jorge daba un trago a su copa. Hasta ese instante, César no habría sabido decir por qué se sentía tan cómodo con él, pero en ese momento lo vio claro. Su cuerpo expedía un campo magnético de protección en el que te incluía si estabas con él. Te sentías a salvo de cualquier cosa, como los protagonistas de las películas de antes, que sabías que era imposible que murieran.

—Buena respuesta...

—Cuando ayudo voluntariamente a los demás me siento invencible. Me siento capaz de todo para salvar a una persona, quizá sea porque... no pude salvarle a él... a mi hermano —dijo melancólico, pero pareció recobrase y reconducir la conversación a donde la habían dejado—. De repente, ese chico me empezó a hablar y me recordó a él, no se por qué, y cuando salimos del bar me besó. Me quedé alucinado, pero no lo sentí mal, así que continué y después me fui con él a su casa.

—¿Así de primeras? —dijo César alucinado.

—Sí. Yo había estado con muchas chicas, pero nunca fue nada especial, aunque al igual que a ti, no me gusta mucho la gente en general. Fuimos a su casa y me gustó lo que me hizo... y lo que le hice. Me di cuenta de que si estás verdaderamente excitado dejan de importarte los prejuicios, después cuando todo termina solo queda asimilarlo...

—No creo que pueda hacer eso con un desconocido...

—Sin embargo con Leo no te importaba compartir a una desconocida...

—Eso era diferente, le tenía a él.

—Seguro que Leo ha participado en orgías, ¿por qué nunca has ido con él?

—Demasiada gente.

—¿Y si le pides que te acompañe? Está acostumbrado a verlo... Lo de Jaime en su sofá... ya viste que se lo tomó muy bien.

—No podría. No estoy listo para que ellos lo sepan. Tengo el *bullying* metido en las entrañas, y aunque sé que no van a meterse conmigo, me aterroriza la idea de que puedan juzgarme y se alejen de mí.

—Date tiempo... —le tranquilizó Jorge.

—¡Hola! —saludó de repente un chico salido de la nada—. ¿Puedo sentarme con vosotros?

—¡Claro! —contestó Jorge sonriente. César le miró y puso los ojos como platos. Por suerte, pudo tragar el líquido que acababa de meterse en la boca en vez de escupirlo.

—¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Jorge, y él es César.

—Yo soy Óscar, tengo veintisiete años, y trabajo en un banco. ¿Vosotros a qué os dedicáis? —preguntó interesado.

—Tenemos una funeraria, por eso nos gusta disfrutar de la vida a tope en nuestros momentos libres —dijo César serio.

Jorge soltó una risita y sus ojos conectaron haciendo que su polla diera una pequeña sacudida. Cosa que consideró alta traición por su parte, pues tenían un acuerdo tácito sobre el tema.

—¿Vais en *pack*? —preguntó Óscar de repente.

—Sí, exacto. Somos un *pack*. —A César le sorprendió que su boca fuera más rápida que su mente, pero ese chico había tenido la idea perfecta. A falta de Leo, su nuevo apoyo podría ser Jorge, siempre y cuando ellos dos mantuvieran las distancias, como hacía con Leo, y ese tal Óscar fuera como

una universitaria guapa. Jorge le miró con preocupación, y comenzó una conversación solo con miradas, que resultó mucho más interesante que las simples palabras:

“¿De verdad quieres hacerlo?”, parecían preguntar los ojos de Jorge.

“Sí, ¡es perfecto!, creo que funcionará”

“¿Y qué hay de nosotros?”

“Todo irá bien, podemos controlarlo”, parecía responder César, “Hazlo por mí” continuó.

Jorge pareció cerrar los ojos un instante y rendirse a sus súplicas. Al volver a abrirlos lo hizo con una sonrisa en la boca que le dirigió a Óscar.

—¿Te parece bien?

—Sí claro, me gusta compartir... —respondió Óscar con una mirada lasciva.

—Ya sabes lo que dicen, compartir es vivir. Si compartes luego te viene el doble por ambos lados... —respondió Jorge.

César se quedó anonadado con esa frase. ¿Le estaba diciendo al pobre hombre que ellos daban y el recibiría? Así sería el juego. Tuvo que tragar saliva. Se estaba excitando, todo era nuevo para él, solo esperaba no pifiarla.

—Me parece bien —dijo Óscar desabrochándose un botón de la camisa por las ardientes miradas de Jorge, y no podía culparle. Cuando el poli se metía en ese extraño papel no podías resistirte. César apuró su copa, necesitaría otras dos para soportar la presión.

—¿Os apetecen unos chupitos? —propuso levantándose de la mesa—. Voy a por ellos —dijo sin esperar respuesta. Cuando regresó con cuatro chupitos nadie dijo nada, brindaron y a continuación él se tomó el otro. Jorge disimuló una sonrisa al verlo. Charlaron distendidamente un rato más, Óscar era original de Pamplona, tenía tres hermanas y había sido un estudiante ejemplar. Él escuchaba mientras Jorge le hacía preguntas, hasta que el poli dijo:

—¿Queréis tomar la siguiente en mi casa? Tengo un whisky de importación increíble.

Óscar aceptó enseguida con una sonrisa, y a César le cayó una gota fría por la espalda en respuesta. Se levantaron y salieron del establecimiento. Cuando se subieron al taxi Jorge sujetó la puerta y César entró, a continuación se subió Óscar, y el poli terminó subiéndose en el asiento delantero. La situación fue normal hasta que notó que algo le rozaba la mano.

Era Óscar. No le estaba mirando, pero había empezado a hacerle cosquillas en la mano. Él se quedó quieto, no por nada, sino por bloqueo. ¡Un desconocido le estaba tocando! Quiso apartarse, pero no quería ni estropear los planes ni que se enfadara, como había sucedido otras veces cuando informaba de que no le gustaba que le tocaran. Le miró y este le sonrió. Era un chico agradable de ver..., y olía a colonia. Sus dedos pronto saltaron de su mano a su pierna, aunque debía reconocer que era muy discreto y lo hacía con mucha lentitud. Empezó a subirla y cuando estaba a punto de apartársela con el cuerpo en tensión, llegaron a su destino.

Al bajarse del coche, Jorge le miró comprobando su estado y encontrándolo turbado. Otra conversación sin palabras. Al entrar en el piso del poli, miles de recuerdos y sensaciones afloraron en su mente, y no pudo evitar ponerse duro. Joder, era de vergüenza, a sus treinta y tantos y sin tener control sobre su cuerpo, claro que todo eso era completamente nuevo para él.

—Poneos cómodos —dijo Jorge desapareciendo en la cocina.

César se sentó en el sofá de uno para no compartir el de dos plazas con Óscar. Ya había aprendido lo que sucedía cuando te sentabas a su lado. Jorge apareció con tres vasos, una cubitera y una botella de whisky con casi más edad que ellos. Sirvió las copas, pero no se sentó, se quedó de pie mirándole como si estuviera recordando algo. Parecía un poco acalorado de repente, se quitó el jersey, y tanto Óscar como él se quedaron mirándole embobados cuando lució una camiseta blanca ceñida de pico. Sus brazos hicieron acto de presencia, él estaba acostumbrado por todos esos días en el gimnasio, pero notó que Óscar se ponía ligeramente nervioso.

—¿Os gusta este whisky? —preguntó Jorge.

Ambos bebieron, más por necesidad que por gusto, asintiendo en respuesta. Óscar se levantó acto seguido sin poder disimular una erección y se acercó a Jorge por detrás. Sus manos se posaron en su cuerpo, en sus brazos, en su abdomen, mientras parecía comprobar la mercancía. Jorge se dejó acariciar mientras le mantenía la mirada a César, hasta que Óscar le giró la cara y le besó. Lo que sintió en ese momento fue algo extraño. Por un lado, un enfado irracional, por otro, ansiedad y envidia, y cuando pudo procesar que los labios que le besaron a él en ese mismo salón estaban besando a otro, distinguió entre toda la vorágine de sensaciones una que sobresalía del resto. Le costó distinguirla porque era la primera vez que la sentía, pero sin duda eran celos.

Jorge decidió devolverle el beso a Óscar mientras pensaba qué efecto estaría teniendo en César. En realidad, esperaba que en cualquier momento se levantara y se largara. No le extrañaría nada, y tendría un efecto déjà vu de la hostia por estar en ese mismo salón. Notaba a Óscar muy lanzado, a pesar de que le había advertido cuando César fue a por los chupitos que fuera despacio, ya que era bastante novato en el tema. Rompió el beso y buscó la mirada de César. Seguía mirándole con una expresión extraña, parecía enfadado. Caminó hasta él con Óscar cogido de su camiseta. Cuando estuvo delante, lo levantó del sofá y le empujó hacia el de dos plazas, donde cabrían los tres. Óscar, como un animal que ve caer la pieza que su progenitor le provee, centró la atención en César y se acercó a él. Le acarició el pelo, se miraron un instante a los ojos y atrapó sus labios con suavidad. César se tensó, pero continuó torpemente el beso, aunque lo rompió enseguida. A Óscar no pareció importarle y se puso a besarle el cuello mientras metía su mano por debajo de la camisa. César fijó sus ojos en Jorge, parecía que eso le relajaba, y fue lo que le dio la pista. ¿Qué haría Leo cuando estaban los tres y una chica se ponía cariñosa con él? Supongo que cooperar. Tocaría a esa chica mientras ella le hacía sexo oral a César, incluso la masturbaría y la prepararía para que después él la penetrara. Empezó a acariciar a Óscar, le quitó la camiseta desde atrás, y cuando vio que se arrodillaba ante César para empezar a desabrocharle el pantalón, vio en los ojos de este que estaba a punto de salir corriendo. Antes de que eso sucediera, se sentó a su lado y se acercó a él cogiéndole la cara. Cuando sus ojos se encontraron, vio que estaba aterrado, apoyó la mano en su pecho y notó que el corazón le iba a mil. Óscar deslizó sus pantalones como seguro lo habrían hecho cien chicas antes y le acarició la polla con suavidad en cuanto se deshizo de los calzoncillos. Jorge no miró hacia allí directamente, aunque lo estuviera deseando, estaba más preocupado por ver cómo César soltaba todo el aire que estaba reteniendo y se ponía a jadear débilmente ante la anticipación de una inminente mamada. En cualquier momento la boca de Óscar caería sobre su miembro, y no quiso que se echara atrás, así que decidió besarle para distraerle de ese hecho. En cuanto sus labios rozaron los suyos César se puso frenético, le devolvió el beso con una intensidad que hizo que Óscar detuviera lo que estaba a punto de hacer. Jorge, sin prever esa reacción, sintió que despertaba algo en su interior, algo que estaba debidamente atado con cadenas, porque si lo dejaba

suelto, perdería el juicio con alguien que ni siquiera sabía todavía si era gay o quería serlo. De repente, César se llevó una mano a su dureza y comenzó a masturbarse con fuerza mientras le besaba. Óscar quiso continuar con su cometido y fue cuando se produjo el impacto. César pareció despertar de un trance, y al percatarse de la situación se levantó de un salto del sofá, huyendo hacia el cuarto de baño mientras se subía el pantalón. Ahí estaba, la reacción que esperaba. No estaba listo para todo eso.

Óscar le miró sin entender.

—Es su primera vez, supongo que no está listo todavía.

Pareció entenderlo, pero aún así preguntó:

—¿Quieres que me quede? Puedo darme una vuelta y subir después...

Jorge dudó, en ese momento necesitaba calmarse. Tenía el cerebro nublado por ese beso, pero imaginó que César se iría a casa enseguida y él... no sabía que ánimos tendría después de esa conversación. Supuso que no estaría mal tener su teléfono por si acaso..., lo anotó asegurándole que le avisaría, aunque quizá le escribiera que sería mejor dejarlo para otro día, porque en ese momento, lo único que quería era hablar con César. Lo acompañó a la puerta y antes de irse, Óscar le cogió la cara y le dio un morreo que prometía cosas interesantes, para qué negarlo. Cuando volvió al salón, César estaba sentado en el sofá de uno con las manos apoyadas en el reposabrazos. Al parecer, había oído la puerta y deducido que Óscar se había largado.

—¿Estás bien? —preguntó Jorge cauteloso.

—No.

—Cuéntame exactamente por qué has parado.

—Pues verás, Leo no me besaba durante nuestras colaboraciones.

—¿Ha sido culpa mía? —preguntó Jorge descolocado con una mano en el pecho.

No se había apartado por la inmediata boca de Óscar en su miembro, sino por sus labios en los suyos... ¿Qué significaba aquello?

—Para mí un beso es algo mucho más personal que una mamada... —explicó César.

—¿Y qué has sentido cuando te ha besado él?

—He sentido lo mismo que cuando me besaba una chica, o sea nada.

—¿Y cuándo lo he hecho yo?

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó enfadado apartando la mirada.

—¿Por qué no contestas?

—¿Por qué lo has hecho? —insistió César angustiado.

—Podemos pegarnos así años tío, yo he preguntado primero. No alteres el orden. ¿Qué has sentido cuando lo he hecho yo?

César se quedó callado. Era un tío obsesionado con la numeración, el orden, la lógica, y con la última frase había desafiado sus principios.

—No sé qué he sentido.

—¿Pero no era nada?

—Era algo —dijo a regañadientes.

—Bien, vamos bien. ¿Por qué has parado?

—Tenía que hacerlo o me perdía...

—¿Dónde?

—En ti.

MILLION DOLAR BABY

Me desperté igual que me dormí: con dolor.

La noche anterior, el ver una leve marca de pintalabios en la cara de Axel había machacado mi autoestima hasta un punto sin retorno. Era irónico que en el momento en que me disponía a seducirle, él había ido a seducir a otra. Seguramente el dolor de ovarios que sentía era la patada a mi libido por querer lucir un conjunto de ropa interior que ni Miley Cyrus se dignaría a ponerse.

Eran las once de la mañana y yo ya necesitaba drogas. Una potente que me quitara el dolor que tenía. Me levanté y me di cuenta de que apenas podía andar. Fui a por una pastilla y una CocaCola Zero y volví a meterme en la cama con el ordenador y el móvil, pero ni eso podía hacer, me encogí y estuve un rato en posición fetal.

Cuando volví a abrir el ojo, el teléfono marcaba las dos y media de la

tarde, y únicamente tenía un WhatsApp de Isa que ordenaba: “Llámame”. El dolor había desaparecido un poco, pero todavía estaba ahí, fui al baño y descubrí la razón de todo aquel despropósito: ¿otra vez la regla? ¿A santo de qué? No me tocaba... Por un momento me asusté, ¿y si era otra cosa?

La paranoia empezó a carcomerme de una manera que me llevó a visitar urgencias. Nunca había tenido ningún problema de salud, “hasta que te pusiste a follar como una loca”, me recordó mi cerebro. Aceleré el paso y me planté en un centro de sanitario donde atendían de urgencia a pacientes con seguro privado. Mientras esperaba, llamé a Isa.

—Hola bicho...

—¡Hey, hola! ¿Qué horas son estas de llamarme?

—No preguntes, casi me muero esta mañana. Me ha entrado un dolor insoportable de ovarios, y luego sin venir a cuento, la prima de Andrés se ha presentado y aún no me tocaba, me he acojonado y estoy en urgencias.

—Uf, así empecé yo. Un buen día, dolor, desarreglos y comencé a tomar la píldora porque no podía hacer vida normal. Diles que te la receten, si es tu primer día puedes empezar a tomarla hoy mismo.

—Gracias Wikipedia. ¿Para qué me has llamado?

—Esta mañana he estado con Axel.

—¿Qué? —pregunté descolocada. ¿El hombre que anoche no ocultó su erección y demostró el poco poder que tenía ya sobre él como mujer mientras se escudaba en su reciente marca de pintalabios? Ah, ese Axel.

—Sí, nos ha llamado y hemos quedado a las once a tomar algo en un bar. Nos ha dicho que ya tenía el dinero, hemos llamado a la clínica en Londres para concertar la operación, y tras previo pago en ese mismo instante mediante transferencia... ¡nos han dado cita para operar a Martina dentro de dos semanas! —gritó entusiasmada.

—¡Eso es fantástico!

—¡Sí! El que es fantástico es él, tía... Joder, además de estar buenísimo, es un amor. Nos ha tratado genial, y nos ha invitado esta noche a cenar a vuestra casa para celebrarlo.

—¿En serio? —dije sorprendida.

—Sí, ha dicho que Adriana también estaría, así puede jugar con Martina, en la boda se lo pasaron fenomenal juntas —dijo Isa contenta.

—Ajá... Miraré la agenda a ver si me viene bien, sino a vuestra bola, pasado muy bien...

—No seas mongola. Es su manera de decirte que puedes confiar en él.

—No, es su manera de decirme que yo aquí sobro. Anoche intenté seducirle y cuando se empalmó me suelta que por mucho que a su cuerpo le guste, ya no confía en mí.

—¿Qué? Hostia..., jugáis duro.

—Hice el ridículo...

—Seguramente, ni se daría cuenta de que le estabas seduciendo a propósito... Es molesto que tu cuerpo reaccione a cosas que no quieres cuando crees que no te las están ofreciendo, si no supongo que habría reaccionado fingiendo algo más de cortesía.

—Te equivocas, se dio cuenta de todo. Creo que es el único hombre en la Tierra que cuando está empalmado es capaz de pensar a la vez. ¡Ya es mala suerte!

—Creo que exageras.

—Hemos dormido en la misma cama... Es inmune a mí.

—Eso ya lo veremos, esta noche déjame a mí.

—Ni se te ocurra hacer nada. Te temo. —Vi que me llamaban y me despedí rápidamente—. Te dejo, nos vemos luego traidora, aunque me alegro mil de lo de la cita, ¡ciao!

Colgué el teléfono y entré en la consulta. Me despacharon rápido con una receta de anticonceptivas y me dio la sensación de que pensaban que estaba fingiendo. A mis casi treinta no tenía necesidad de montar semejante paripé para conseguir pastillas para follar a pelo, ¡ni siquiera iba a utilizarlas para ese fin! Mi destino era revirginizarme.

Antes de volver a casa, se me ocurrió pasar por el supermercado, pensé que lo mejor sería llamar a Axel para comentar lo de la cena, decidir qué íbamos a cocinar y darle las gracias por lo del dinero, pero mi orgullo se impuso. Eran más de las tres de la tarde de un viernes, tenía dolor y en un par de horas él estaría en casa. Axel había pasado olímpicamente de mí, ¡dos veces seguidas! y yo iba a hacer lo mismo. Volví a casa no sin antes pillarme un menú BigMac en el McDonalds con un helado con ración doble de sirope de chocolate —estaba malita—, y en cuanto me lo zampé, me volví a meter en la cama tras tomarme otro calmante.

A las cinco y media oí las llaves en la puerta. Sentí que me encontraba algo mejor, pero en ese momento, todo el peso de nuestra historia cayó sobre mis hombros haciéndome sentir fatigada. No quería discutir más, no podía, lo

que necesitaba eran mimos, así que puede que dramatizara un poco más de la cuenta... Vi que se asomaba a la puerta entreabierto y murmuré su nombre como si estuviera medio moribunda.

—Axel...

—Naia... ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No, llevo todo el día fatal, tengo mucho dolor.

—¿Dónde te duele? —se acercó preocupado.

La habitación estaba en penumbra con la persiana bajada a ras, pero se veía bien por la luz arrojada a través de las rendijas y la parte de abajo de la misma.

—Son problemas de mujeres, nunca me había dado tan fuerte, he estado en urgencias y me han mandado a casa con unos calmantes.

—Vaya... —dijo algo cortado—. ¿Necesitas algo? ¿Has comido?

—Sí, no te preocupes. Me recuperaré... —dije como si tuviera una herida de guerra y no diera un duro por salir de aquella.

Él se quedó parado, no sabía qué hacer. Podía ver perfectamente como su alma buena quería ayudarme y su mente precavida quería alejarse por si acaso, pero como le conocía, sabía que su instinto le podría. Isa tenía razón, era un amor de hombre, y yo le había perdido. Axel se sentó en la cama y se inclinó un poco hacia mí, olía tan bien...

—¿Puedo hacer algo por ti? Ir a comprar chocolate, una manta eléctrica o... no sé... ¿más chocolate?

Sonreí ligeramente. Si él supiera lo que necesitaba de él...

—Estoy bien gracias... Creo que sobreviviré.

—Iba a decirte que esta noche había invitado a Isa y a Fernando a cenar a casa, pero quizá no sea buena idea...

—No, está bien... ¿Les has invitado?

—Sí, hay mucho que celebrar. El dinero ha llegado, y ya tienen cita para la operación de Martina. Pensé que te lo habrían dicho...

—No he podido hablar con ellos, estaba fatal —mentí. No sé por qué lo hice, supongo que para que no supiera que yo sabía que había sido un héroe y no le había llamado para darle las gracias. Me estaba convirtiendo en una persona horrible, pero después del numerito de anoche no me quedaba dignidad.

—Adriana pasará el fin de semana aquí, y se lleva muy bien con Martina.

—Ah, bien... Axel, ya sé que no quieres que te dé más las gracias pero...

Gracias por salvar a mi pequeña —dije sinceramente.

—De nada —contestó manteniéndome la mirada.

Quería agradecerse más, mucho más, de mil formas distintas, y de repente, necesité urgentemente abrazarle. Quizá fueran las hormonas...

—Axel... —dije cogiéndole la mano. Él se tensó un poco inicialmente pero no la apartó.

—Necesito abrazarte... ¿Es mucho pedir? —dije al borde de las lágrimas.

Él parecía un poco superado por el momento, no dijo nada, tampoco se movió, y yo aproveché para acercarme a él rodeándole con mis brazos y apoyando mi cabeza en su pecho mientras cerraba los ojos.

—Gracias, gracias, gracias, gracias... Eres increíble.

Él se había quedado inerte, como un muñeco con los brazos colgando a los lados. Los levantó muy lentamente, como si en cualquier momento pudiera romperme, y colocó las manos en mi espalda. Automáticamente recogí los brazos en su pecho y me acurruqué contra él, lo que le instó a apretarme más contra él. Me sequé una lágrima furtiva y se dio cuenta.

—Ahora solo espero que todo salga bien... —expliqué.

—Saldrá bien, seguro. —El movimiento de sus manos en mi espalda era tranquilizador, pero pronto me cogió de los brazos y me separó de él con cuidado.

No pude evitar pensar que era un gesto de rechazo, sin embargo en sus ojos vi ternura. Había una vulnerabilidad flotando en ellos que enseguida echó mano de imponer distancia al recordar que éramos enemigos. Otra lágrima surgió de mis ojos, pero esta vez no llevaba el nombre de Martina, sino el suyo.

Sus pulgares recorrieron mi piel secándomela y dejó las manos apoyadas en mi cara. Hubiera dado cualquier cosa por que me besara en ese momento, y durante un segundo posó su mirada en mis labios, pero cerrando los ojos apartó las manos y se levantó de la cama.

—No te preocupes por nada, yo me encargo de la cena. Saldré a comprar dentro de un rato, tú descansa —dijo cerrando la puerta de la habitación tras de sí.

Estuve tonteando con el ordenador, llamé a mi abuela y le mandé un mensaje a Jorge para contarle las buenas noticias, cuando quise darme cuenta eran casi las ocho de la tarde. Me metí en la ducha y estuve dentro bastante rato. El agua caliente me terminó de curar, y después me vestí con unos

vaqueros pitillo, unos botines negros de tacón y un jersey de Desigual. Me puse el pelo como siempre, suelto con ondas grandes en las puntas, y me maquillé mínimamente. Después de haber pasado el día con pinta de *Chewbacca*, me gustó el resultado.

Al salir del baño, vi que en la cocina había un despliegue importante, pero no había nadie al frente de los fogones. En el salón tampoco estaba, así que fui directa a la habitación de Adriana. Cuando abrí la puerta mi cara debió de decirlo todo. Había una cama nueva a un lado. Era más grande que la otra y el armazón tenía cajones en la parte inferior para guardar cosas. El plan era comprarla claro, pero no pude evitar sentir el latigazo de que lo hubiera hecho con tanta prisa. “¿Qué más señales necesitas para entender que se acabó?” me gritó mi cerebro. Algo dentro de mí se negaba a creerlo, pero era una realidad. Había trenes que no pasaban dos veces, y Axel, era uno de ellos.

—Vaya, qué grande... Gracias por comprarla, no te molestes en hacerla, ya la haré yo luego. —dije al ver que ya había empezado a poner la bajera.

—Sí, bueno... tenía tiempo esta mañana, la tenían en Stock y... la han traído hace un rato —explicó sin poder evitar repasarme de arriba a abajo. Su gesto era apreciativo, se notaba que le gustaba lo que veía, “pero no lo suficiente”, recordé.

—Voy a poner la mesa —dije huyendo de la habitación.

A las ocho y media en punto llamaron a la puerta. Supongo que deberíamos haber hablado del tema antes de que esa escena tuviera lugar, pero Axel se estaba arreglando en la habitación y fui inocentemente a abrir la puerta. Al otro lado, una feliz Adriana me sonreía y una exmujer me atravesaba con la mirada.

—¡Hola Naia! —saludó la niña efusiva.

—Hola cielo —dije agachándome para recibir su beso. La pequeña se fue corriendo hacia el sofá y cogió el mando de la tele para poner los dibujos. Yo también hubiera querido hacer eso, pero como era una adulta, me tocaba aguantar la mirada pernicioso de su madre.

—Vaya, vaya... ¿Así que tú eres la famosa Naia? Recuerdo haberte visto en la oficina.

—Sí, hola.

—¿Dónde esta Axel? —dijo entrando en el piso.

—Cambiándose de ropa, enseguida sale.

—No te imaginaba viviendo en este cuchitril...

No entendí ese comentario en absoluto, porque implicaba que me conocía, o que sabía algo de mí y no era el caso.

Axel salió en ese instante de la habitación a toda prisa. Litros de saliva extra se juntaron en mi boca y tuve que tragar. Iba con una camiseta deportiva negra de manga larga con letras blancas de Billabong, unos vaqueros azul oscuro y estaba descalzo. Su pelo mojado me recordó a la primera noche que pasamos en su sofá nuevo.

—Son cosas que se hacen por amor, no lo entenderías —le contestó Axel sonriente—. ¿Cómo estás? —dijo mientras se acercaba a nosotras, le daba un beso a ella y me cogía de la cintura posicionándose detrás de mí.

Ella nos miró de arriba abajo evaluándonos, decidiendo si creerse o no lo nuestro, y en ese momento, me di cuenta de que Axel estaba intentando a toda costa que así fuera.

—Nena, ¿puedes ir a ver si las patatas están listas? Si están, apaga el horno por favor. —me dijo Axel cariñosamente al oído.

Por fuera mostraba indiferencia a su gesto, pero por dentro, estaba patidifusa. Ese hombre sufría de un grave caso de personalidad múltiple.

Cuando reaccioné, en mi mejor interpretación jamás pensada, le sonreí y le cogí la carita para decirle con voz ñoña:

—Sí, pero no tardes mi vida... —y le planté un beso corto pero esponjoso en sus suaves labios.

Vi cruzar algo en sus ojos e impulsivamente me dio una palmadita en el culo cuando me iba. Seguramente a modo de castigo.

—Qué ricos... —murmuró Bea con aspereza, aunque se notaba a leguas que lo tenía más que superado.

—Ya te llegará el amor, y cuando lo haga, me lo agradecerás —oí que le decía Axel.

Apenas asimilé sonidos, seguía inmersa en el sabor de sus labios, llevaba demasiado tiempo deseando probarlos de nuevo, y puedo jurar que eran como una jodida droga de diseño.

Su mujer se fue gritando un “¡hasta el domingo, nenita!” con un tono al más puro estilo Cruela de Vil. Lo grave es que no sé si me lo decía a mí o a la niña, y por si acaso le dije: ¡nos vemos!

La puerta se cerró y Axel se pasó una mano por el pelo, al girarse me miró como un león miraría a una cebra, sin embargo, se sentó en el sofá junto a su hija y la hizo botar en sus rodillas mientras la acusaba de que le debía diez

besos de vaca. Es lo que me faltaba para que mis hormonas se agruparan y me hicieran levitar, ver a un surfero jugando con una niña de tres años. Cinco minutos después llegó la familia *Fontrap*. Las niñas estaban encantadas y se pusieron a jugar con una muñeca que había traído Martina. Fui testigo de cómo mis amigos saludaban a mi marido como si fuera un Dios, y bueno, puede que para ellos lo fuera de algún modo, la vida de su hija había estado en sus manos, y él muy gentilmente había decidido salvarla.

La idea de la cena me pareció brillante. Un menú con el que quedabas de lujo sin tener que cocinar nada. Había un aparato enorme en el centro de la mesa, era una plancha con *fondue* incorporada. Había bandejas de carne cruda perfectamente ordenadas alrededor y listas para hacer al momento con sal gorda del Himalaya, y una fuente con varios tipos de queso que haría babear a cualquiera que tuviera un alma de ratón como la mía. Adoraba el queso, en todas sus texturas y curaciones. Una ensalada y pan a raudales completaban la estampa, sólo faltaba regarlo con un buen reserva para pasarme bizqueando media noche.

—Vaya cena ¿qué se celebra? —bromeó Fernando mientras me abrazaba con fuerza.

Tras saludarnos, Isa y yo fuimos a la cocina cogidas de la cintura.

—Madre mía, ¿cómo puedes dormir con ese espécimen y no hacer nada? ¿Es de esos tíos que está mejor con ropa que sin ella?

—Ojalá... —murmuré.

—A mí no me duraría ni cinco minutos.

—Te creo, pero yo soy una pringada, ya lo sabes.

—Te ayudaré.

—Estate quieta que te conozco.

—Ajá.

—Hablo en serio. Mucho ojito...

Se fue de mi lado con una sonrisa peligrosa.

—¿Falta algo? —preguntó Axel apareciendo a mi lado, la última vez que habíamos estado tan cerca había saboreado sus labios.

—No. Creo que ya está todo —balbuceé.

—¡Ay! El vino, fundamental.

Puse los ojos en blanco y le maldije por ser asquerosamente perfecto.

Comenzamos a cenar, todo estaba espectacular y era de una calidad

increíble, el vino le daba a la carne y al queso un toque celestial elevando sus sabores a la décima potencia. Entraba solo, y en la tercera copa noté que estaba empezando a achisparme. Me había propuesto dejar de pasarme con la bebida, y aunque esa noche beber no era el plan, sabía que con la menstruación el alcohol te afectaba el doble. Vi a Axel relajado y sonriente, se partía de risa con las historias de Isa y Fernando —con ellos era imposible aburrirte—, habían encajado muy bien. Sobre las diez, las niñas cayeron rendidas en el sofá frente a la tele, con el visionado a medias de la película de Frozen. Axel les había regalado las muñecas y la película, y loquearon hasta el punto de quedarse dormidas abrazadas a ellas. Cuantas más botellas de vino se abrían, más alto nos reíamos, y decidimos meter a las niñas a dormir en la habitación de Adriana.

—Fernando ¿quieres una copa? Yo me voy a poner un *gin-tonic* —preguntó Axel.

—Claro, ponme uno.

—¿Naia?

—No, no, yo no. Si bebo más, no llego a la cama.

—Naia, ¡no jodas! ¿No vas a dignarte a brindar conmigo? ¡Necesito agradecértelo mucho! —me dijo Fer—. No creas que no me he dado cuenta de todo lo que esto ha supuesto para ti...

Estaba claramente pasado de vueltas. Ese vino era letal si había conseguido afectarle a él.

—Tienes razón, ponme uno, mi vida se ha ido a la mierda... —dije entrando en el baño.

No es que me sintiera mareada, que también, es que parecía que la inhibición a la que estaba llegando era preocupante, pronto no tendría filtro... Tenía la intuición de que la iba a cagar hasta el fondo otra vez, aunque esperaba desmayarme antes de que eso sucediera. Qué más daba, esa noche dormiría sola en mi nueva camita, e inconscientemente busqué bronca con Axel por haber metido ese mueble en casa.

15

PSICOSIS

Cuando salí del baño, había tres copas de balón transparentes sobre la mesita del sofá. Se habían sentado alrededor y parecía lo suficientemente grande para todos, ya que Fernando estaba medio recostado encima de Isa y su gran barriga.

—Mm... —murmuré al coger mi copa y probarla—. Muy rico, cariñito. —Acto seguido me recosté contra los cojines. A Isa le entró la risa al verme. Al rato, no sé de que manera acabamos hablando de la boda de Isa y Fer. Creo recordar que Axel les preguntó cómo se conocieron y cuánto tiempo llevaban casados. La cuestión es que acabaron poniendo un video en Youtube que habían grabado especialmente para poner durante el banquete de boda, y nos partimos de risa viéndolo.

—Joder cariño, —dijo Fernando acercándose a Isa seductoramente—, en cuanto tengas al bebe vuélvete a quedar embarazada, tienes las tetas el doble de grandes que el día que nos casamos...

—¡Si anda! Antes me opero que vérmelas otra vez en una de estas...

Axel y yo nos reíamos, eran supercómicos juntos.

—Pero si el embarazo es maravilloso... —alegó Axel arrastrando las palabras.

—Síííí —contestó Isa irónica—, es maravilloso estornudar a las nueve de la mañana, y estar con las bragas empapadas hasta las cinco de la tarde.

Axel se carcajeó.

—Cuando analizaron mi última infección de orina, los seres que supuestamente deberían ser microscópicos, se veían perfectamente a simple vista haciendo un perfecto baile de natación sincronizada en mi pis.

Mala idea beber en ese momento, porque me atraganté y Axel tuvo que darme unos golpes en la espalda mientras luchaba por respirar.

—¿Cuándo nacerá? —preguntó mi maridito.

—El quince de diciembre, se supone... esperemos que todo lo de Martina esté para entonces solucionado.

—Seguro que sí, cariño. —La besó Fernando.

—Os lo agradecemos mucho... a los dos... —dijo Isa con verdadera devoción.

—Sí... sois la hostia. —Añadió Fernando con una voz de borracho inconfundible—. Naia, lo siento mucho... estabas tan contenta el día que pasó lo de Martina en el parque... parecías tan feliz... y ahora estas triste, por nuestra culpa has perdido a Axel.

Quise morirme, pero recordé que estaba borracha.

—No fue culpa vuestra —respondí envalentonada defendiendo una causa perdida—. La cagué yo solita.

—Sí. No necesita la ayuda de nadie —le dijo Axel a Fernando—, no te sientas mal, ella tomó sus decisiones. Podía habérmelo contado, podía haber aceptado casarse conmigo cuando se lo propuse sin saberlo, podía no haberme acusado de ir a quedarme con el dinero... —soltó Axel. Estaba más ebrio de lo que pensaba si había sido capaz de decir eso.

Isa, que era la única que por su estado estaba sobria, intentó poner orden haciendo callar a Fernando que ya estaba a punto de replicar otra burrada, pero no llegó a tiempo a detenerme a mí.

—Te he pedido perdón siete mil veces por insinuar lo del dinero... Lo dije sin pensar, joder.

—¿Por qué le rechazaste cuando te pidió matrimonio, Naia? No lo entiendo... —farfulló Fernando.

—¿No es evidente? —contestó Axel pernicioso reclinado en el sofá con los ojos cerrados.

—Para mí no. Lo que es evidente es que está completamente...

—¡Vale ya! —grité poniéndome de pie y tambaleándome.

—Uy, qué tarde es... —dijo Isa mirando la hora—. Es mejor que nos vayamos...

—Pero tienen que arreglarlo... —dijo Fernando mientras intentaba acertar a meter el brazo en la chaqueta que le ofrecía Isa—. Ah... vale, vamos a dejarlos solos y borrachos, comprendo... —dijo con secretismo en voz demasiado alta.

—Tranquilo Fer, aquí el Capitán América tiene una fuerza de voluntad de hierro. No pasaría nada ni aunque fuera desnuda por la casa —repliqué dolida.

—Adiós chicos —dijo Isa sonriendo forzosamente mientras salía del cuarto de las niñas con Martina dormida en su sillita—. A pesar de todo, ha sido una cena cojonuda —le dijo a Axel cuando se acercó a darle un beso.

—Os llamaré. —tuvo la osadía de responder él.

—Yo también os llamaré, ¡si no os viene mal!—dije irónicamente desde la cocina.

—¡Ciao! —dijo Fernando sonriente—. ¡Feliz polvo!

Isa le empujó hacia el ascensor y él trastabilló.

Axel cerró la puerta y el silencio reinó.

Empecé a recoger cosas en la cocina, pero pronto me di cuenta de que no estaba en condiciones.

—Deja eso, mañana lo recogemos.

—Lo que tú digas, jefe.

Axel chasqueó la lengua.

—Me voy a la cama —murmuré.

—Naia —me llamó Axel logrando detenerme—. Tienes que dormir conmigo. No quiero que Adriana se levante y vea que estás en su habitación en vez de en la mía.

—Perfecto —contesté enseñándole el pulgar mientras reiniciaba la marcha hacia la habitación principal.

Me quité el jersey y me desabroche los vaqueros. Ni siquiera lo pensé, solo quería ponerme el pijama y meterme en la cama.

De repente, Axel entró en la habitación.

—Naia... yo...

No me molesté en taparme. El cabreo, la borrachera, lo frustrada que estaba tras escucharle decir todas esas cosas a mis mejores amigos... además, me había visto mucho más desnuda que eso.

—Déjalo Axel, es lo que piensas, no era nada nuevo.

Me senté en la cama. Mis vaqueros ya descansaban en el suelo, y me puse el pantalón de pijama.

—No debí decirles eso a ellos... —dijo procurando mirarme a la cara sin conseguirlo. Su vista estaba en otras partes de mi cuerpo.

—No importa, ellos lo saben todo, saben la verdad. —Me puse la camiseta de tirantes que encontré debajo de mi almohada.

—¿Qué verdad?

—No importa —dije esquivándole para llegar a la cómoda—. Ya te la he dicho mil veces.

Axel me cogió del brazo para que no huyera de él.

—Dímela otra vez —dijo arrimándose a mí desafiante.

—La verdad es que eres implacable con las decisiones que tomas, y todos los demás no tenemos derecho a discrepar. Eres un puto obseso del control.

Axel frunció el ceño y renovó su agarré con más ímpetu.

—No dirías eso si supieras lo cerca que estoy de perderlo ahora mismo... —dijo enfadado mirando mis labios.

Empecé a respirar deprisa.

—Sí, ya. Acabas de verme sin ropa, has bebido bastante y aún así sigues sin hacer lo que deseas —le reté.

—Eso es porque para mí hay más en juego que un polvo rápido —dijo mirando hacia mi escote.

—¿Sería rápido? —dije maliciosamente mientras acercaba mi mano a su dureza y comenzaba a acariciarla—, parece que sí.

Axel cerró los ojos y soltó todo el aire que estaba reteniendo. Respiración acelerando.

“¡Quién me ha visto y quién me ve!”, pensé con nerviosismo. Joder... ¡lo que hace el alcohol!, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Él subió una mano a mi mandíbula y acercó nuestras caras, yo me arqueé en sus brazos y por fin dejó caer su boca en la mía. Fue un beso invasivo, belicoso y cabreado, como si siguiéramos discutiendo. Yo subí las manos a su cuello y junté nuestros cuerpos. Dios, cómo había echado de menos su calor. Me llevó hacia la cama y no sé cómo acabamos en posición horizontal. Me subió la camiseta y se zambulló en mis pechos. Hizo un sonido gutural mientras se rozaba contra ellos, apartó el sujetador hacia arriba y los presionó con fuerza mientras me besaba.

—¡Ah! Con cuidado —le dije. Eso había dolido. Él se quitó la camiseta, y comenzó a rozar su pecho contra el mío, eso me puso como una moto, pero los pezones me seguían molestando y de repente, me acordé, estaba con la regla.

¡Mierda!

No, no, no, no, no. ¿Y ahora qué?

—Axel...

Él no parecía escucharme, para ser inmune a mí estaba totalmente enajenado.

—Axel para...

—¿Qué? —respondió horrorizado.

—Acabo de recordar que estoy con la regla...

—No importa —contestó sin pensar, y continuó besándome los pechos apretándolos lentamente mientras cerraba los ojos en una plegaria silenciosa.

—Axel... no puedo...

De repente, paró en seco y respiró profundamente.

—¿No puedes o no quieres?

Parecía que toda la felicidad del mundo dependía de la respuesta a esa pregunta. Me daba vergüenza. Mucha. Pero esta vez no pensaba equivocarme de respuesta.

—Quiero, pero no puedo... —contesté vergonzosa—. De verdad, no puedo.

Vi algo en sus ojos, ¿esperanza?, pero fuera lo que fuera desapareció dando paso al arrepentimiento.

Se levantó de la cama y se puso la camiseta, después me devolvió la mía.

—Lo siento... Esto tenía que pasar, somos jóvenes, alcohol, hormonas, vivimos juntos... pero ya está —dijo saliendo de la habitación y encerrándose en el baño.

Me sentí mal por haberle frenado, pero yo también me había quedado sin sus labios, sin su piel, sin la invasión de su cuerpo que me hacía suya. Pero no había sido en vano, había descubierto algo: había esperanza. La había visto en sus ojos, solo había que rescatarla porque estaba prisionera dentro de él.

Apagué la luz e intenté dormirme, pero sabía que iba a ser misión imposible. Oí el ruido de la ducha y me torturé pensando en nuestros cuerpos juntos bajo el agua. ¿Por qué habría dicho que no le importaba que estuviera con la regla? Si era... un desmadre hacerlo así, ¿no? ¡Maldita ignorante! Estaba a oscuras con los ojos abiertos, ¡ni siquiera los tenía cerrados! Era una sensación demasiado rara. Cogí el móvil y escribí un mensaje a Isa.

—*¿Pasa algo si lo hacemos con la regla?*

—*Jajaja joder qué rápidos, ¡ni siquiera hemos llegado a casa, salidos! No pasa nada.*

—*Pero es... pringoso y asqueroso...*

—*¿Pensaste lo mismo cuando tenías su semen en tu boca? Ahórrate disimular... ¿crees que te va a salir a presión o algo parecido? Hacedlo en la ducha, ahí ni se nota.*

Ya no le contesté. Era el jodido destino. Salí de la cama y me desnudé

entera. Mañana por la mañana volveríamos a ser enemigos, la diferencia es que estaría el doble de frustrada y él el doble de irritado si no seguía mi instinto ahora mismo.

Me deshice del tampón y entré en el baño. No se había dado cuenta de mi presencia. Cuando me vio atravesando la mampara de cristal se quedó petrificado, ni siquiera bajó la vista hacia mi cuerpo, me giré de espaldas y me pegué a él robándole el chorro de la ducha dejando que el agua cayera por mi cuerpo, por mi pelo. Le sentí respirar hondo detrás de mí, y cuando me sentí limpia me giré. Apenas hubo tiempo para mirarnos un instante a los ojos, me acerqué a él y le besé tímidamente. Nada que ver con el beso anterior. Rocé sus labios y él simplemente los abrió. Volví a besarle lentamente pidiendo permiso e introduciendo mi lengua en su boca. La acarició suavemente con la suya y sentí sus manos en mis brazos, solo la punta de los dedos. Yo subí una mano hasta su nuca para profundizar el beso, la otra se deslizó por su trasero suave y mojado. Eso pareció activarle. Comenzó a dominar el beso mientras juntaba sus manos al final de mi espalda y me presionaba contra él. Gemí en su boca y giramos ciento ochenta grados hasta apoyar mi espalda en la pared. Se pegó a mí y me subió las manos hacia arriba sosteniéndomelas con una de las suyas. Siguió besándome con lentitud mientras su otra mano viajaba hacia el sur de mi cuerpo, rozándome los pechos, hurgando en mi ombligo y por último hundiéndose en mi centro. Me tensé, pero él siguió estimulándome hasta que me relajé. Sus besos hacían que me olvidara de todo, ¡había pasado tanto tiempo desde la última vez que le había saboreado en condiciones! Notaba mi cuerpo más sensible que de costumbre. De repente, me dio la vuelta y me quedé con los codos apoyados en la pared. No pude evitar arquearme en un movimiento instintivo para ofrecerme a él. Se pegó a mi espalda, abrí un poco las piernas, y su gruñido de satisfacción me dijo todo lo que necesitaba saber. Tanteó mi entrada y avanzó muy despacio deslizándose fácilmente hasta la empuñadura. Lanzó un grito sordo, y yo me sentí colmada y suya. Era justo la sensación que había añorado. Empecé a sentir la urgencia de que me follara con fuerza, de sentirle en todas partes, y leyéndome la mente, empezó a moverse cada vez con más ritmo. Sus manos acariciaron mis pechos, que basculaban con el movimiento, y los apretó con cuidado pero con vehemencia. A medida que iba incrementando el ritmo resbaló las manos hasta mis caderas. Yo gemía sin cesar, el ruido de nuestros cuerpos era inusualmente hosco. Estaba

excitada, pero algo no encajaba en todo aquello y no sabía lo que era. Él dejó escapar el aire, como siempre hacía cuando luchaba contra su orgasmo. Yo me correría en el momento en que él me tocara en el punto exacto, sentía una tensión acumulada lista para avanzar en todas direcciones, y de repente me acorde, la píldora.

—Me han recetado la píldora, puedes terminar dentro —le dije girando la cabeza sin mirarle.

Supe que me había oído porque perdió un poco el ritmo, pero enseguida lo recuperó con vigor. Avanzó una mano hacia mi clítoris y me corrí con fuerza y en soledad. Instantes después, él salió de mí y noté cómo se corría en mi espalda con un gemido ronco. Había sido increíble, pero aún así, me sentí triste. Para empezar, me pareció el polvo más silencioso del mundo. A mí me gustaba que me dijera cosas, que exclamara “¡joder!”, que me avisara de cuando estaba al límite, y esta vez, nada. Y para terminar, la culminación resultó solitaria, no como otras veces. Le había dicho que podía correrse dentro, y no lo había hecho. ¿Por qué?

Cualquier respuesta a esa pregunta no me gustaría. Y lo peor de todo, es que lo más desagradable estaba por llegar. El temido momento: yo por mi camino, tú por el tuyo. Pero tenía una ligera esperanza de que todo se arreglara mágicamente por lo que habíamos compartido. Me di la vuelta y le miré, estaba cogiendo jabón y echándose en la mano. Me miró un instante de forma impersonal y sin decir nada, comenzó a lavarme suavemente la espalda, limpiando las zonas que había mancillado con su simiente. Me dejé hacer y después comenzó a lavarse él con la cabeza gacha. En cuanto se aclaró, cogió una toalla, se secó, y se fue dejándome helada bajo el grifo de la ducha. Axel 1, Naia 0.

En ese momento, me di cuenta de que para mí el sexo nunca podría ser solo sexo, sino que verdaderamente significaba algo cuando compartías un sentimiento con alguien. En este caso, lo que yo sentía por él, distaba mucho de lo que él sentía por mí. Me lo había advertido... No confiaba en mí, por eso no había terminado dentro. Me dolió el corazón, y juré que no repetiría nunca más algo como eso. Un polvo con rencor, con cabreo, sin perdón, sin palabras... No me sentía sucia, era peor... Por primera vez en muchos años, volví a sentirme abandonada, y mi corazón soltó su último aliento de calor quedándose completamente congelado.

16

LA VIDA ES BELLA

Leo no recordaba haber entrado en la oficina un lunes de tan buen humor, ni siquiera cuando inauguraron despacho en el centro, pero sabía que era la estela de felicidad que había en el aire después de uno de los mejores fines de semana de su vida.

Curiosamente, el ranking de los favoritos habían sucedido en algún lugar fuera de España, y en todos ellos apenas había pisado la cama para dormir un par de horas, por eso le chocaba que se hubiera colado en primer lugar, uno en el que prácticamente no había salido de un piso y literalmente apenas de una cama.

El sexo solo era sexo... ¡Los cojones! Para él había adquirido una nueva dimensión con Zoe. Y no era solo por el hecho de follar a pelo, que hostiaputa... Había algo más. Algo muy grande y denso, que le afectaba directamente al órgano más importante de todos provocando inesperadas sonrisas en su boca. Suponía que era amor. Se estaba enamorando y no lentamente, sino a un ritmo vertiginoso. Puede que Axel tuviera razón y su obsesión por ella fuera porque le gustaba su lado bueno, porque que esas sonrisas que tanto anhelaba, esas caricias que tanto envidiaba y esas bromas que tanta gracia le hacían fueran destinadas por fin a él, le calentaba por dentro de una manera que nunca había sentido con ninguna chica. Había estado encoñado otras veces, pero esto era distinto, porque con las otras ese calor no lo sentía en su pecho, sino en otro lugar.

De la noche a la mañana, se había convertido en un experto en las fases del amor, y había comprobado que estar enamorado no siempre es divertido. Muchas veces es doloroso, desgarrador, desesperante, un peso que no te puedes quitar de encima e intentas ignorar con alcohol; bien lo había vivido él durante semanas agonizando cada noche solo en su cama, pero este nuevo nivel era demasiado bueno. El nivel de estar enamorándote y ser correspondido. Su vitalidad era desmedida, su felicidad: rebosante. Todo le parecía maravilloso.

Tecleó en su ordenador una canción que le vino a la mente: “El roce de tu piel” de Revólver, y empezó a sonar mientras revisaba su agenda.

Y es que no hay droga más dura, que el amor sin medida, es que no hay droga más dura, que el roce de tu piel, es que no hay nada mejor que tener tu

sabor corriendo por mis venas...

Oh sí, ese sabor que lo volvía loco...

Y me siento desnudo en frente del espejo esperando que tú me digas el precio, no tengo muy claro si lo puedo pagar...

En ese momento no le importaba cómo pudiera terminar aquello, habría merecido la pena.

Nuestros corazones laten a la vez, ¿quién soy yo sin ti? ¿quién eres tú, quién? Mejor cojo mis cosas nena, mejor me voy...

Pero él no había querido irse. Cuando se despertó en su cama a la mañana siguiente, por primera vez en su vida, había querido quedarse, y sintió que la cicatriz del día que le echó de su casa con un “gracias por venir”, se había curado.

Ese viernes tenía un par de reuniones alrededor de las once, estaba solo en el colchón, pero oyó ruidos extraños procedentes de la cocina; también distinguió en el ambiente un olor a café, lo que le hizo saltar de la cama, y ponerse el pantalón sin calzoncillos, sabedor de que muy pronto se lo volvería a quitar. Se dirigió a la cocina y la encontró preparando una bandeja con tazas, un plato de tostadas de mantequilla con mermelada y zumo. Llevaba un top deportivo que dejaba su estómago al aire y un pantalón bajo, aparentemente suave, y de pernera ancha. Ese *piercing*... más le valdría taparlo, si no querían llegar tarde a sus citas o directamente darles plantón.

—Buenos días —dijo sonriente—, ¿eso es para mí? —preguntó señalando la bandeja.

—¡Hola! Sí, iba a llevártela a la cama —dijo ella alegremente con una sonrisa que le pareció encantadora.

Él cogió el vaso con zumo de naranja y se lo bebió de varios tragos, después rodeó la encimera y al cogerla de la cintura, los brazos de ella se acoplaron a él con cariño.

—Gracias —dijo besándola dulcemente.

—¡Tengo hambre! —dijo ella rompiendo el beso con lo que parecía algo de vergüenza. Esa chica no tenía nada que ver con la Zoe dura de rictus cabreado que solía encontrarse por las mañanas en la oficina. Esa le ponía como una moto, pero esta nueva Zoe le daba una ternura peligrosa que conseguía que bajara completamente sus defensas.

—¿Hambre, de qué? —musitó él contra su boca.

—¡De tostadas! —contestó ella con una risita.

—Yo también —dijo él cediendo a la insistencia de su estómago. Con el ejercicio físico que habían hecho y que apenas cenaron el día anterior, se comería un trailer de tostadas. Ella se sentó en uno de los taburetes y él la imitó. No se oía nada, pero no era el típico silencio incómodo de no saber qué decir, sino el que surge cuando hay hambre.

—¿Tienes visitas hoy? —preguntó ella en un espacio entre bocado y bocado.

—Sí, un par, a las once y a la una y media, ¿y tú?

—Yo también. A las once y media, y otra a la una.

—Hoy es viernes... —comenzó él—. ¿Qué planes tienes para este fin de semana? —preguntó con cautela.

—No lo sé... dímelo tú —respondió pizpireta.

Él sonrió y sintió cómo esa sonrisa se extendía por todo su cuerpo iluminando rincones que solían estar a oscuras hasta las doce de la noche.

—Pues... para empezar hoy tienes una cita. Cena en un Estrella Michelin y luego un *gin-tonic* que te va a hacer llorar.

—Ah, ¿sí? —respondió ella coqueta—. ¿Tratas de seducirme?

—Sí. ¿Funciona?

—Lo comprobarás cuando termine la noche... —respondió ella sensualmente.

Él inspiró con lentitud, si no lo hacía ganarían las ganas de tirar al suelo la bandeja, subirla a la barra y terminar de desayunar en su ombligo.

Poco después, ella recogió el menaje y él esperó para agarrarla cuando volvió a pasar por su lado. Comenzaron a besarse lánguidamente mientras le acariciaba la piel de la cintura, era tan suave... Coló un dedo por debajo del top, estaba seriamente obsesionado con sus tetas desde que en su casa le hizo llegar al orgasmo solo chupándolas.

—Me encantaría continuar esto —dijo ella mirando el reloj—, pero no nos sobra el tiempo, sobre todo a ti, tienes una reunión en media hora.

—Que esperen... —contestó él cogiéndole del culo y apretándola contra él.

Ella se ríó y le besó con más fuerza. Al notarlo, él sonrió. Era una sensación extraña sonreír mientras besabas a alguien, otra novedad, para él el sexo era algo serio, pero con ella no podía evitarlo. Sonrisas desconocidas, pero ¿cómo no iban a nacerle? Muchas chicas habrían cortado ese beso con la excusa de la hora, pero ella no, la solución que había adaptado era

sencillamente hacerlo más deprisa, y solo el hecho de saber que era así, le ahorraría un par de minutos hasta el orgasmo. Le tenía como loco... Ella misma le arrastró rápidamente hasta los pies de la cama, se desnudó de cintura para abajo, le bajó el pantalón a él, y un segundo después estaba hundiéndose en ella. Sin preliminares, sin complicaciones, sin más... solo sentimientos grandes y placer intenso llenándolo todo. En menos de cinco minutos habían terminado. Demencial. Quince minutos después, salían por la puerta y se daban un último beso en el ascensor.

—Entonces... ¿nos vemos esta noche? —preguntó ella mimosa.

Él estaba alucinado. Normalmente ese tono en las despedidas le ponía enfermo, pero esta vez le estaba derritiendo. *WTF...*

—Si quieres, sí —respondió él algo vergonzoso—, ¿te recojo a las nueve?

—Vale —sonrió ella.

Volvieron a besarse lentamente entremezclando sonrisas, y se despidieron en la calle.

Antes de que pudiera recordar esa cita perfecta, la puerta de su despacho se abrió, y entró Axel.

—Buenos días —saludó su amigo resignado con la vida.

—Muy buenos —contestó Leo con una sonrisa radiante.

Axel no pudo evitar contagiarse de ella.

—¿Qué tal? Te veo bien.

—Estoy más que bien —dijo sin dejar de sonreír.

—¿Has dormido con una percha en la boca?

Leo se carcajeó.

—No, he pasado todo el fin de semana con Zoe...

—Lo sé, maldito. ¿Habéis destrozado la casa? —replicó Axel sonriente.

—¿Te lo ha contado ella? —indagó cortado.

—No. Quería llamarte, pero Naia me dijo que Zoe y tú habíais hecho planes el viernes y me imaginé lo ocupados que estaríais.

—Pensaba que tenías a Adriana este fin de semana.

—Sí, estuvo conmigo, pero aún así, necesitaba hablar con alguien... Al final llamé a César.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—El viernes me acosté con Naia.

—¿En serio? ¿Y? —preguntó Leo interesado.

—Fue todo muy extraño. Fue horrible... es decir, estuvo bien claro, pero fue... diferente. Yo estaba enfadado, ella estaba cabreada, los dos estábamos un poco bebidos... Empezamos a liarnos en medio de una discusión, pero después paramos... Me metí en la ducha porque me iban a explotar los huevos y de repente apareció... Nos pusimos a follar sin mediar palabra. Fue todo muy frío...

—Bueno, no suena tan mal... —contestó Leo confundido.

—Me dijo que había empezado a tomar la píldora y que podía terminar dentro, pero no lo hice...

—¿Y qué pasó después?

—Nada, nos lavamos, salí de la ducha y me metí en la cama.

—¿La dejaste en la ducha y te fuiste sin decir nada? —preguntó Leo con las cejas arqueadas.

—Sí...

—Axel... De normal eso es muy *heavy*, pero en ti es preocupante. Pensaba que la querías...

—Yo también... pero ya no sé qué pensar.

—¿Por qué la tratas tan mal?

—Porque estoy dolido.

—Joder tío, ¿aún estás en ese punto?

—¡Pues sí! Porque fui con el corazón en la mano y me lo aplastó por una mierda de motivos. No voy a volver a hacerlo para que termine de pisotearlo.

—Quizá ella no pensaba que le estabas dando tu corazón, sino tu caridad. Axel, tu eres muy así... Y siempre me ha parecido lógico que no quisiera involucrar en esa movida a alguien que apenas conoce, mira cómo estáis ahora... Eso demuestra que ella tenía razón al rechazarte, puede que no quisiera llegar a este punto contigo, trabajáis juntos. ¿No lo has pensado?

—No lo sé, estoy hecho un puto lío... —dijo Axel frotándose la cara.

—Date tiempo, intenta concentrarte en otra cosa.

—No es fácil, la tengo en casa, tío. ¿Sabes lo que es eso? Una puta tortura a todos los niveles.

—Pues pon tierra de por medio. ¿No habías mirado un curso para hacer en Londres por esta época?

—Sí. No había vuelto a pensar en él.

—Pues ahí lo tienes, es del catorce al dieciocho de Noviembre. Yo iba a ir, pero ahora mismo ni me planteo alejarme de Zoe más de veinticuatro horas

—sonrió vergonzoso.

—¿Así que esas tenemos? —dijo Axel recuperando la sonrisa.

—Sí... De momento va genial.

—¿Genial? —se rió Axel—. Voy a ir mirando cómo organizar una despedida de soltero, porque pienso vengarme por lo que me hiciste en la mía.

Leo se carcajeó.

—Mira que eres vengativo, ¡si fue una bromita de nada!

—Te vas a cagar...

—No creo que tengas oportunidad, porque no voy a casarme nunca, así que...

—Ya veremos... Sé de buena tinta que Zoe quiere casarse —dijo abriendo la puerta de su despacho—. Tan tan tatan, tan tan tatan —tarareó la marcha nupcial mientras desaparecía.

Leo se rió y negó con la cabeza. Le encantaban las bodas, y las despedidas aún más, pero siempre había pensado que la institución del matrimonio en sí no servía para nada, al contrario, solo traía problemas. Era como un mal presagio firmar un documento que constatará que amas a otra persona, una maldición. ¿Cuántas veces había visto que tras quince años de noviazgo, pasar por vicaría había conseguido que la pareja rompiera tan solo un par de años después? El último ejemplo más sonado la unión Pitt-Jolie. En buena hora, pero no tenía que irse tan lejos para comprobarlo, justamente Axel, tras firmar esos malditos documentos, vivía en un infierno. Se rió de sus propias conjeturas convenientes, pero al fin y al cabo, coincidía, y él no creía en las casualidades.

De repente le sonó el móvil, era un WhatsApp de Zoe, y al momento una descarga de endorfinas golpeó su sistema tatuando una sonrisa en su boca.

—*Las gemelas te echan de menos, me han rogado que te enviara una foto para que no te olvides de ellas...*

A continuación apareció una foto de su escote vista desde un ángulo muy interesante, estaban perfectamente colocadas y apetecibles. Su miembro reaccionó al momento dando una sacudida, y sus dedos teclearon rápidamente mientras se mordía los labios.

—*Sería imposible olvidarlas. Diles que esta noche el pequeño Leo quiere jugar con ellas, con las dos a la vez... Está deseándolo.*

—*Les diré que sean pacientes, aunque se han hinchado en señal de*

protesta.

—*Para él también va ser un día MUY “duro” ...*

—*Un besazo guapo (labios rojos), hasta la noche.*

—*Otro para ti preciosa, que tengas un buen día (gato con ojos de corazones).*

Suspiró, y de repente, fue consciente de que lo había hecho. Esa chica le parecía algo fuera de lo normal, diferente a lo que él estaba acostumbrado. Llevaba cuatro días surrealistas, dejándose llevar por su hechizo, y en ese momento, le parecía la mejor idea del mundo, si hubiera sabido las consecuencias que traería... Zoe le tenía hipnotizado, y no solo físicamente, había descubierto una parte de ella que le resultaba irresistible. Siempre la había tenido por una chica dura, fuerte, decidida, que se comía el mundo en su presencia, y esa fuerza le atraía, pero desde que habían pisado su casa, se había vuelto dócil, tierna, tímida, vergonzosa y de alguna manera, le gustaba ser él quién provocara esa actitud. Sin duda, significaba algo importante, porque después del viaje a Nueva York quiso acostarse con él en plan *Femme Fatale* y fingiendo que solo había sido sexo, pero estas últimas veces la sentía vulnerable en sus brazos, temblorosa, sus ojos le hablaban, le daba vergüenza pero a la vez notaba confianza y cariño. La primera vez que vio esa nueva faceta suya fue al cogerle la mano en la inauguración, después de que Axel interrumpiera su acoso y derribo contra el pilar. Que entrelazara sus dedos le dio confianza para dar el paso y para dejar de fingir que se trataba solo de otro “aquí te pillo aquí te mato”, porque ambos sabían que era algo más, lo había visto en esos ojos que se estaban jugando la humillación de ser rechazados por su máximo enemigo. Cuanto más cohibida la veía a ella, más seguro se sentía él. Llevaba tres fatídicas semanas pensando que no le importaba nada, y no podía estar más feliz de descubrir lo contrario.

La prueba definitiva de que ella estaba en la misma onda que él fue el sábado por la tarde. El viernes por la noche la llevó al restaurante Lúa pues conocía al dueño, y sabía que si se lo pedía, les harían hueco para dos sin tener cita previa. Ella estaba impresionada, y le encantó verla tan contenta. Se tomaron un par de *gin-tonics* de los que hacen afición en un gastrobar que había descubierto hacía muy poco, y disfrutó viéndola paladear los distintos sabores de las mejores ginebras, porque se le había quedado grabado a fuego el sacrilegio de que le parecían todas iguales. El sitio era muy apropiado, tenía reservados muy íntimos en los que pudieron darse el lote a gusto

intercalando historias y comentando la gracia que les habían hecho ciertas bromas gastadas mutuamente en el pasado.

Cuando volvieron a casa, tuvieron un maratón magistral de sexo comprobando hasta dónde el cuerpo de un hombre y una mujer pueden encajar en una simbiosis perfecta. Durmieron a ratos, cocinaron de madrugada, e incluso fingieron relajarse viendo la tele para acabar a los cinco minutos como dos adolescentes en el sofá de casa de sus padres. El sábado fueron al mercado por la mañana, Zoe se había ofrecido a cocinar su plato estrella, arroz de marisco, en compensación por la cena en el Michelin, y compraron todo lo necesario para llevarlo a cabo. La comida fue un éxito, y la tarde redonda, sellada con una buena siesta el uno sobre el otro. Sobre las cinco y media, decidieron salir a dar una vuelta por el parque, ella le contó que salía a pasear muchas veces dedicándose a acariciar a todos los perros que veía. Le encantaban los animales, pero no quería tener uno porque no podía hacerle todo el caso que querría, al vivir sola, el pobre pasaría demasiado tiempo sin compañía. Esa explicación le pareció entrañable y le dieron ganas de regalarle un gatito pequeño de ojos verdes a juego con los de ella. Cuando volvían a casa se puso a llover, y el frío se les metió en los huesos. Decidieron darse una ducha con el agua lo más caliente posible justo antes de abrasarte la piel, y allí, bajo un apacible chorro cayendo sobre ellos, estuvieron veinte minutos besándose sin necesidad de hacer nada más, solo disfrutando de los labios del otro, algo que él no había hecho con ninguna otra chica desde que tenía dieciséis años y porque por aquel entonces no le quedaba otro remedio. Cuando se dio cuenta de que no tenía prisa por salir de aquella ducha, por irse de aquel piso, por perderla de vista unas horas, supo que estaba condenado. Ella rompió el beso y abrazándole le habló al oído.

—Nunca había estado así con nadie.

—Yo tampoco —admitió él.

—Estoy muy a gusto pero, es sábado... son las ocho, si tienes planes... lo entiendo, yo...

—Tengo planes —la cortó serio.

Ella intentó disimular la desilusión que le produjo esa noticia.

—Pero son contigo.

La sonrisa que surgió de sus labios le tocó la fibra. Volvieron a besarse y ella pareció recordar algo.

—Pues te advierto de que mi plan es pedir una pizza y ver una peli

envuelta en una manta en el sofá. No tenía pensado salir, necesito descansar.

—¿Y hay un sitio para mí en esa manta? —preguntó Leo vacilante.

Ella le miró con ternura.

—Claro —dijo sellando el acuerdo con otro beso—, pero la pizza no va a llevar ni *pepperoni* ni piña.

Leo chasqueó la lengua.

—¿Bromeas? El *pepperoni* es mi vida...

Ella se ríe.

—Lo sé, pero te doy a elegir... —dijo pillina—, a mí solo me gusta un pepperoni —susurró alargando la mano hacia su miembro, él se tensó al notarlo—. Y uno de los dos se va a quedar sin comerlo.

—¡Renuncio al mío! —gritó rápidamente.

Ella se ríe y empezaron a besarse con intención de algo más.

El domingo a mediodía él volvió a su casa. Llevaba sin pisarla desde el viernes por la tarde, cuando se cambió de ropa para la cita, e hizo una pequeña mochila que había dejado en su coche con todo lo necesario para no separarse de ella hasta que le echara de su lado. Ese momento llegó cuando Zoe le informó de que los domingos comía en casa de sus padres. Leo también necesitaba separarse de ella para probar que había vida más allá de su boca, de su cuello, de sus pechos... Y se pasó el resto del día pensando en ella. Por la noche, le envió un WhatsApp y a punto estuvo de proponerle volver a su lado, pero le pareció excesivo. Sin embargo, se aseguró de quedar al día siguiente para cenar en su casa con la excusa de que él todavía no había cocinado para ella.

Volvió a releer la conversación que acababan de tener, y volvió a fijarse en la foto sonriendo. No por la foto en sí, sino por el hecho de que tuviera la confianza de enviársela. Era graciosa, lista y preciosa, estaba perdido, pero decidió que por algunas personas merece la pena perderse.

IN & OUT

Ese lunes Jorge entró en el gimnasio a las diez de la mañana. Venía cambiado de casa, así que solo tuvo que dejar la bolsa en la taquilla e ir a la sala en busca de César. No sabía si vendría. Quedaban siete días para el examen y si se lo tomaba en serio, aprobaría, pero después de cómo terminó la conversación el jueves por la noche... se esperaba cualquier cosa.

Le había comentado que el fin de semana volvería a la finca de sus padres. Quería hacer un repaso intensivo de los temas de estudio y regresar el lunes con más energía, pero de momento, no había aparecido. La última noche que estuvieron juntos había intentado ir con pies de plomo, pero quizá no hubiera sido suficiente.

Cuando Jorge oyó “sentía que me perdía en ti”, se quedó bloqueado. No es que esa frase significase nada en sí misma, pero para él, lo significaba todo. Todo lo bueno y todo lo malo, porque hacerle perder el control a alguien está muy bien, siempre y cuando esa persona esté dispuesto a perderlo, de lo contrario, la cosa se complica. Se quedó pensativo unos

segundos sin saber qué contestarle a César, pero después, decidió dejar al margen una parte de su anatomía que trataba de imponerse y usar el cerebro para discutir el tema con lógica. Que se perdía había dicho, hay que joderse... Solo podía contestarle una cosa:

—¿Y eso es un problema porque...?

—¿Lo dices en serio? —saltó César.

—No quieres acostarte con tías —dijo Jorge alzando un primer dedo—, no sientes nada con otros tíos, —levantó el segundo—, decides que hagamos un trío, ¿y pretendes que me quede mirando?

—No, me gusta verte tocar a los demás...

—Pero no quieres que te toque a ti.

—No...

—¿Por qué? ¿Porque entonces empiezas a sentir algo de verdad? ¡¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?! —dijo Jorge cabreado alejándose de él.

—Es complicado para mí, no soy una persona corriente, ¿no te has dado cuenta?

—De lo que me doy cuenta es de que eres un hipócrita contigo mismo. ¿A qué estás jugando, César?

—¿A qué te refieres?

—¡¿Qué quieres César?! —gritó Jorge.

Se levantó del sofá y antes de esquivarle buscando la salida dijo:

—Que no me grites, lo primero.

Jorge le cogió del brazo para detenerle.

—Y que no me toques, lo segundo.

—Si somos amigos, voy a tocarte, es lo normal. Lo que puedo es no besarte...

—Sería lo mejor.

—Bien, y ahora dime ¿qué es lo que quieres conseguir realmente de las relaciones sociales? Porque si vas a hacer con los chicos lo mismo que con las chicas, no tiene mucho sentido cambiarte de acera. Ahora bien, si quieres investigar, intentar controlar, o experimentar con algo que por primera vez en tu vida has sentido de verdad, cuenta conmigo.

—Lo que siento me desborda... No estoy acostumbrado, es demasiado, no puedo...

—Puedo ayudarte a controlarlo, podemos ir despacio, déjame enseñarte a sentir... —le dijo deslizando la mano por su brazo con una caricia.

César miró hacia donde Jorge le tenía agarrado y se quedó pensativo.

—Me gustaría aprender, pero no a cualquier precio.

—Me he perdido. —resopló Jorge—. A veces es difícil seguirte, ¿sabes?, ¿Qué precio?

—No quiero perderte —le dijo mirándole a los ojos—. Si me enseñas a sentir no quiero que nuestra amistad se vaya a la mierda, es lo más importante para mí en estos momentos, nada está por encima de eso, ni mi orientación sexual, ni la oposición, nada, prefiero renunciar a todo antes que perderte.

Jorge se quedó sin aire. No podía respirar, literalmente. Fue hacia el sofá para sentarse porque se estaba mareando. Era un error. Todo era un puto error. Él, una persona que no tenía familia o una a la que poder regresar, que no tenía a nadie, a excepción de Naia, que acababa de emprender su propia vida, ¿le importaba a alguien “por encima de todo”? Maldijo mentalmente mil veces, ¿por qué tenía que sentirse así? ¿No podía ser un amigo más, enseñarle su mundo, compartirlo y luego hacer como si nada? No. No podía, era César y se había convertido en una persona que quería en su vida a toda costa, aunque tuviera que ignorar todo lo que sentía por él. Si se adentraba en ese camino no sabía a dónde les llevaría, pero lo que era seguro es que con sentimientos de por medio se llevaría su amistad por delante. Ojalá lo hubiese pensado mejor antes de tomar esa decisión, pero lo cierto es que ya habían traspasado la línea. Él estaba dispuesto a soportar la tensión sexual si César no la sentía, habría luchado por esconderla, pero ahora... Ahora que sabía que no le era indiferente, estaban condenados de todos modos. La primera vez que le pidió que le besara, realmente creyó que era un experimento para él, uno en el que, lo reconocía, se le había ido un poco la mano... y del que César había salido corriendo escandalizado, pero ahora entendía que no había sido eso, sino que estaba desbordado. Y volvería a suceder, solo era cuestión de tiempo, pero tenía clara una cosa: César se equivocaba. Su situación no estaba por encima de todo, eso era una utopía... Habían traspasado una vez la línea y lo habían superado, ahora habían vuelto a besarse y la cosa se había descontrolado, no eran amigos, ya no podían serlo, no estaba en juego una amistad, la cosa terminaría pasara lo que pasara, solo quedaba decidir el cómo, y bajo su punto de vista había dos opciones: si seguían fingiendo que no pasaba nada, el día menos pensado se colmaría el vaso y acabarían en plan bestia en una cama, en una pared o en el suelo teniendo sexo duro y violento, lo que haría huir a César para jamás volver. O... podrían hacerlo así, poco a

poco, César aprendería a controlar sus emociones y sería él el que se perdería en el abismo de los sentimientos, después todo acabaría mal, pero al menos habrían sacado algo en limpio del golpe contra el iceberg de ese futuro barco hundido que era su relación.

—No me perderás —dijo de repente Jorge—. Vamos a hacerlo bien. Iremos al ritmo que tú necesites, hasta donde tú quieras. Y seremos ante todo, amigos. Amigos que investigan juntos, amigos que aprenden a controlar tus emociones juntos —mintió.

—De acuerdo —dijo César acercándose a él y sentándose a su lado—. ¿Por dónde empezamos?

Joder con el niño prodigio.

Jorge cerró los ojos y se pasó una mano por el pelo. Don matrícula de honor había cambiado el chip, y ahora quería ser el alumno más aventajado de la clase, menudo marrón.

—¿Quieres empezar ahora mismo? —preguntó Jorge nervioso.

—¿Prefieres que me vaya y hacernos una paja cada uno en su casa?

Maldito arrogante. Qué ganas tenía de bajarle los humos con un pollazo en la cara.

—Vale. Creo que lo mejor será empezar por lo básico: Desnúdate.

—¿Qué? —contestó César con pánico.

—Desnúdate. Yo también lo haré, tienes que aprender a soportarlo, a verlo, no voy a tocarte si no me lo pides.

César dudó un instante.

—¿Y si nos desnudamos mutuamente?...

Jorge tragó saliva. “Joder, este es de los que vapulean al profesor dándole a entender que él lo haría cien veces mejor...”, pensó.

—Vale. Empezaré yo —respondió cortante.

César entró en el vestuario y vio el candado de Jorge, le estaría esperando. Le daba terror volver a verle después de estar todo el fin de semana recordando lo que sucedió en su casa, cuando le dijo que iba a desnudarle casi se le sale el corazón por la boca, palpitaba como loco, estaba en su límite desde el momento en que le puso las manos encima. Se había acercado a él y había cogido el bajo de su camiseta, al hacerlo le rozó un poco la piel de la tripa transmitiéndole un escalofrío por todo el cuerpo. Cuando se la sacó por la cabeza, vio que los ojos de Jorge se desviaban momentáneamente hacia su

pecho haciendo un gesto apreciativo inconsciente. Después empezó a desabrocharle el pantalón mirándole de vez en cuando para comprobar que todo iba bien. Notar sus manos tan cerca de su polla le puso histérico, empezó a respirar entrecortadamente y Jorge, que estaba a punto de deslizarle el pantalón, se detuvo.

—Sigue —le instó.

Deslizó la prenda hasta sus tobillos y antes de proceder con los calzoncillos volvió a mirarle.

—Sigue.

Jorge se los bajó y se incorporó enseguida sin apenas prestarle atención a la tremenda erección que mostraba. Él, por su parte, estaba jadeando como una hiena en el desierto, quizá por eso le dio un poco de espacio. Se sentó a su derecha y se quedó mirando al frente.

—Te toca —le dijo Jorge.

César imitó a Jorge en todo lo que había hecho, pero no mantuvo contacto visual. Con ver el espléndido cuerpo del poli ya tenía más que suficiente, no necesitaba que sus ojos le pusieran más nervioso de lo que ya estaba. Cuando le bajó los calzoncillos, no pudo evitar mirar hacia su polla. Era la primera vez que la veía y le impresionó como todo lo demás en él. Era algo más grande que la suya, y tuvo un *flash* de la cara de Jaime en el sofá de Leo, ¿cómo coño podía haber albergado todo eso en su interior? Después recordó su cara de profundo placer, y su polla dio un respingo que le hizo volver a su sitio lo antes posible. Los dos estaban rígidos como dos ancianas tomando el té de las cinco.

—¿Y ahora qué? —preguntó César como si la respuesta le fuera a dar la solución a su ansiedad.

—Ahora lo que quieras, tú mandas, ¿qué te apetece hacer?

—No lo sé.

—Yo juraría que sí...

—¿Qué te apetece hacer a ti?

—Esto no va de mí, mejor no quieras saber esa respuesta. ¿Qué te pide el cuerpo hacer a ti?

—Tocarme.

—Pues hazlo —dijo Jorge empezando a tocarse a sí mismo despacio.

César no podía apartar la vista de él, vio que Jorge cerraba los ojos, y cuando quiso darse cuenta había empezado a acariciarse.

—A veces he pensado en ti mientras hacía esto, ¿y tú en mí? —preguntó Jorge de repente.

Ese sería un buen momento para mentir si tuviera la capacidad de hacerlo.

—También..., muchas veces —contestó César.

—Si ahora mismo alargara la mano y te tocara, no sería muy distinto a cuando te lo hace una chica, lo que realmente sería nuevo es que tú me lo hicieras a mí, ¿quieres hacerlo?

—No lo sé —resopló César que por un momento se sintió cercano a correrse cuando escuchó que Jorge había estado pensando en él.

—¿Quieres averiguar si quieres hacerlo? —preguntó Jorge con la voz llena de deseo.

César no contestó, estaba al borde del bloqueo. De repente, Jorge alzó la mano y le cogió la suya, al hacerlo rozó ligeramente su miembro y sintió una descarga en ese punto. Le llevó la mano hasta su polla y la cogió al momento sin dudar, empezó a moverla como haría con la suya, era una sensación extraña pero conocida, se sorprendió de no notar repulsión en ningún momento, sino al contrario, era suave, brillante y limpia, le gustaba notarla en la mano y cuando se fijó en la expresión de Jorge, sintió que su polla se endurecía por ver el placer que le estaba dando. De repente notó la mano de Jorge en su entrepierna y se desconcentró un momento de lo que estaba haciendo, comenzó a notar bastante presión en la zona, como si en cualquier momento fuera a explotar. Empezó a jadear y a coger un ritmo más rápido en la mano que estaba bombeando.

—Joder... —soltó Jorge y se miraron a los ojos, vio que bajaba la vista a sus labios y César tuvo el impulso de besarle, pero no lo hizo, aún tenía su sabor en la boca y sabía que sería demasiado para él en aquel momento. Cerró los ojos y continuó con su cometido, Jorge también había acelerado el ritmo y sentía que estaba a punto de correrse.

—Me voy a correr... —advirtió César.

—Hazlo, vamos... —le ordenó Jorge.

En cuanto obtuvo su aprobación se dejó llevar y Jorge le siguió manchando su propio estómago. Ambos se soltaron al finalizar, y Jorge se levantó y fue hacia el baño para coger un rollo de papel higiénico y lanzárselo.

Cuando terminaron de asearse, ambos se encontraron en el salón. César se vistió completamente, y Jorge se puso el pantalón.

—¿Cómo estás? —preguntó Jorge.

—Bien.

—¿Seguro? ¿Te ha parecido raro o...?

—No, ha estado bien.

—Vale —respondió sin estar del todo convencido.

Se puso la camiseta y se quedaron mirándose en silencio.

—Mañana me iré a casa de mis padres, pero volveré el lunes para entrenar las dominadas y la carrera —informó César.

—Vale, ¿quedamos el lunes, a las diez en el gimnasio?

—Sí, allí estaré.

Otro silencio reinó en el ambiente, cruce de miradas, César desvió la vista hacia su cuerpo sin darse cuenta.

—¿Te ha gustado lo que hemos hecho? —preguntó Jorge inseguro.

—Sí.

—¿Te ha gustado verme desnudo?

—Sí.

—¿Te ha gustado cómo te he tocado?

—Sí... —dijo con la voz ronca chupándose los labios.

Jorge se acercó a él y César se tensó automáticamente, por un lado quería irse cuanto antes, por otro quedarse y disfrutar de cualquier cosa que quisiera decirle o hacerle otra vez.

—Ahora dime la verdad, es importante, ¿te has quedado con ganas de más? —preguntó Jorge sondeando sus ojos.

—Sí —respondió manteniéndole la mirada.

—¿Por qué? ¿Qué más querías que sucediera?—preguntó acercándose más a él.

—Hubiera estado bien que me besaras...

Al instante el espacio que había entre ellos desapareció. Jorge le estaba besando como si fuera él quien se estuviera muriendo de ganas. Colocó las manos en su cara y César le devolvió el beso al momento. Esos labios... cada vez se adaptaba mejor a ellos, empezaban a ser una adicción. Le había gustado correrse en su mano, pero ese beso estaba siendo diez veces mejor. A menudo sus labios se expresaban mejor con hechos que con palabras, y le estaban contando lo mucho que le había excitado masturbarle. César le cogió de la cintura y Jorge se pegó más a él, pero de repente, paró y se echó hacia atrás.

—Nos vemos el lunes —dijo cogiéndose los brazos como si tratara de sujetarse a sí mismo.

—Adiós, poli —respondió antes de darse media vuelta y salir por la puerta de su casa.

Cuando entró en la sala de musculación vio que Jorge estaba en una de las máquinas, sus ojos le localizaron y mostraron sorpresa.

—Hola, ¿empezamos? —le saludó como si nada. Estaba ansioso por aprender la siguiente lección.

EN TIERRA HOSTIL

Axel volvió a comprobar su tarjeta de embarque, y deseó volver a vivir los dos últimos días para poder cambiar un montón de cosas. Era domingo, su destino: Heathrow, su intención: alejarse de casa, y su obligación: acudir a un curso de marketing eventual que ofrecían una vez al año con plazas limitadas.

Quería borrar todo lo que había sucedido desde el viernes, recordó irónicamente que ese día pensó que ya hacía una semana desde el fatídico encuentro en la ducha. A la mañana siguiente, Naia estuvo jugando con Adriana poniendo continuamente escenas de la película en las que las protagonistas cantaban. Una hacía de Elsa y la otra de Ana, y con mantas atadas al cuello cantaban las canciones preferidas de su hija. La niña estaba encantada, cada vez que trataba de acercarse le echaba fuera, y en la cara de Naia se vislumbraba que estaba totalmente a favor de esa moción. No le había mirado a los ojos ni una sola vez, mucho menos se había dignado a hablarle.

Cuando sobre la una del mediodía le preguntó qué le apetecía comer, ella contestó de espaldas que comería en casa de Jorge. Cuando él y su hija iban a sentarse a la mesa, Naia salió de la habitación con el abrigo puesto, se acercó a la pequeña para despedirse, y Adriana le dio un abrazo. Le preguntó si jugarían por la tarde, a lo que ella respondió con una negativa apuntando que esa tarde le tocaba jugar con su padre. Él no dejaba de clavarle la mirada, quería ver sus ojos, leer cualquier cosa en ellos, pero no le miró, ni siquiera le dijo adiós al irse. Y cuando la puerta se cerró, su hija le sonrió y dijo sabiamente: “A mí me quiere mucho”. Un modo amable del destino de

aclararle que a él no. ¿Se había pasado tres pueblos al dejarla en la ducha sin decirle ni media palabra? No, se había pasado tres capitales de provincia. Cerró los ojos e intentó olvidar el tema, centrándose en su hija.

A las diez de la noche, estaba a punto de llamarla cuando recibió un mensaje suyo: “No iré a dormir”, rezaba. Por supuesto que no. No pensaba compartir cama con él a no ser que estuviera borracha como la noche anterior. El domingo se lo puso fácil, y a la una él le escribió diciendo que iba a comer fuera de casa con Adriana, casualmente al volver al piso ella estaba allí. La niña corrió a sus brazos y ella la recibió como el bonito escudo que era. Le sorprendió con una caja que contenía todos los muñecos de la nueva película con la que estaba obsesionada, y Adriana chilló al recibirla. Cuando llevaban una hora jugando, él se metió para comprobar si era bien recibido, pero Naia miró la hora y le informó a Adriana que tenía que ponerse a trabajar un poco, y que podía jugar con él porque se moría por tener un rato los muñecos. Qué equivocada estaba, por lo que se moría era por obtener de ella cualquier muestra de que su relación no iba a ser así lo que restaba de año. Sobre las once de la noche, cuando Adriana hacía horas que se había ido a casa de su madre, le quedó claro que sí, que sería así si dependía de ella. Decidió esperar al lunes, a estar en la oficina, allí tendría que mirarle, que hablarle, podía esperar unas horas más. No se había atrevido a decirle nada delante de la niña, y tampoco cuando ya no estaba, ya no se molestaba en engañarse, un cobarde lo era siempre, pero le daba la sensación de que si mencionaba algo del tema, ella respondería con toda la fuerza de su enfado, o con llanto, y no estaba preparado para ninguna de las dos cosas. Esa noche durmieron cada uno en su habitación. Se sentía mal, muy mal, y todavía se sintió peor cuando el lunes lo primero que hizo fue entrar en el despacho de Leo y escandalizarle con los hechos. En ese momento, la mala sensación que había albergado todo el fin de semana se multiplicó por dos. La estaba tratando mal y eso no era propio de él. Cuando llegó a su despacho vio que tenía un email de Naia en su bandeja de entrada, lo abrió con miedo, y cuando lo leyó se le cayó el alma a los pies:

Estoy en la planta de abajo, en la sala de fotografía. Cualquier cosa de trabajo que surja envíame un email por favor, si tengo dudas te preguntaré. Como estos días hay poco que hacer estoy haciendo llamadas para quedar con clientes que me dieron su teléfono en la feria de novios, y diseñando los dossiers de bodas. Avísame si necesitas que haga algo.

Te ruego que te abstengas de comentarme cualquier otra cosa de índole personal, necesito tiempo, te agradezco de antemano que lo respetes.

El mensaje era muy claro. “Déjame tranquila, no quiero verte. Si quieres algo, mándame un email”. Se quedó frío y comenzó a buscar vuelos a Londres en ese mismo momento. Iba a ser una solitaria y dura semana. Esa noche regresó a casa sobre las ocho, ella estaba encerrada en su habitación, y sobre las nueve la vio pasar hacia la cocina, pero no la miró directamente para no molestarla. Ella hizo ruidos durante diez minutos y se volvió a meter en su cuarto, más tarde descubrió por pequeñas pistas que se había hecho un sandwich. Tuvo tentaciones de llamar a su puerta y hablar con ella, pero sus últimas palabras “te agradezco de antemano que lo respetes”, le frenaron. Debía darle tiempo, eso mismo había dicho Leo. Tiempo y tierra de por medio, y eso es justo lo que estaba haciendo ella, poner una puerta de por medio, pero Axel se sentía mal, de repente, no quería molestarla. No quería que se sintiera encerrada en su propia casa con tal de huir de él. El plan de irse a Londres cada vez cobraba más sentido.

El miércoles por la mañana, Zoe entró en su despacho con una sonrisa reluciente.

—¡Hola tigre!

—Hola...

—Guau, qué alegre —dijo irónica—, ¿te pasa algo?

—No, nada. ¿Qué tal estás? Te veo muy contenta.

—Eso es porque lo estoy —volvió a sonreír.

—Creo que nunca te había visto tan feliz en esta oficina.

—Eso es porque antes le odiaba y ahora le... adoro —se rió.

—Ya veo que Leo y tú estáis viviendo una eterna primavera... ¿sabe él que estás coladita por sus huesos?

—Si no lo sabe es que es más tonto de lo que creía. ¡Estamos superbién!

—Me alegro por vosotros —respondió Axel intentando fingir alegría.

Estaba feliz por ellos, pero estaba demasiado angustiado para expresarlo como se merecían.

—Axel, ¿qué te pasa? Esa mueca de sonrisa terrorífica en tu cara me preocupa. ¿Es por Naia?

—¿Leo te lo ha contado?

—Más o menos...

—Desde el viernes por la noche no nos hablamos, bueno no me habla. Y

ahora se ha puesto a trabajar en la sala de fotografía porque no quiere estar conmigo en la misma habitación... En casa se encierra en su cuarto —explicó Axel ausente.

—¿Por qué no vas a hablar con ella?

—¿Y qué le digo?

Ella se quedó callada. Cuando Zoe no tenía respuestas para él solía significar que no estaba de su parte.

—Podrías empezar por pedirle perdón.

—Y lo haré, pero ¿qué pasa? ¿qué ahora soy el malo de la película porque ella se metió en la ducha y comenzó a besarme? Los dos estábamos allí.

—Sí, pero seguro que no esperaba que te comportaras así después...

—¿Y qué esperaba? ¿Que por volver a follar la perdonara después de cómo me ha tratado?

—Axel, ya ha pasado tiempo. Te pidió perdón, podía haber sido un principio... ¿por qué no puedes perdonarla y olvidarlo?

—Porque me enamoré como un imbécil y ni siquiera recibí indiferencia a cambio, sino una coz. Soy un despechado...

—¿Insinúas que lo estás haciendo por venganza? —preguntó Zoe alarmada.

—¡No! No sé ni lo que estoy haciendo... —respondió Axel con las manos en la cabeza.

—¿Puedo darte mi opinión libremente?

—Hazlo, Leo me puso en la guillotina, tú puedes hacer bajar la cuchilla...

Ella dio la vuelta a su mesa y le giró la silla hacia ella, después se apoyó en los reposabrazos y le miró a los ojos. Axel puso toda su atención.

—No creo que seas un despechado, ni vengativo, lo que creo, porque te conozco, es que sigues enamorado de ella y sigues creyendo que ella no te quiere.

Axel se quedó callado. Esa era una posibilidad brutal, pero bastante probable y humillante.

—Voy a decirte una cosa faltando a mi palabra de amiga con Naia, pero es que necesito abrirle los ojos al gilipollas de mi mejor amigo —pareció justificarse a sí misma—. Naia acudió a mí el día que se enteró de tu divorcio, me dijo que siempre le habías gustado, que quería intentar estar contigo antes de soportar tener que verte con otra, me pidió ayuda y lo hice. Me siento un poco culpable de haberte puesto trampas para que cayeras en

eso... ponerle unas mechitas, disfrazarla de la sirenita... no sé, la verdad que poco más tuve que hacer, caíste enseguida, pero lo siento, lo que quiero decirte con todo esto es que a Naia ya le gustabas desde hace tiempo, me dijo que, y como se lo digas te mato, no pensaba que había nada mejor que un Big Mac recién hecho hasta que se acostó contigo —sonrió Zoe—. Cuando en la boda de Andrea descubrí que estaba con Jorge, estuvo llorando en el baño diciéndome que te había dejado por una buena razón, que no quiso decirme, pero que era por tu bien. Y si se equivocó, fue con la intención de ahorrarte problemas, cabezón. Cuando quieres puedes ser la hostia de insistente ¿sabes?, y puede que cuando le pediste matrimonio por segunda vez tuvo que alejarte haciéndote pensar que en realidad no te quería, pero hay que estar ciego para no verlo... Lo del dinero fue un golpe bajo, pero al fin y al cabo ella en ese momento pensaba que la odiabas y solo quería asegurarse de que la niña tuviera la operación que necesitaba, lo dijo pensando en otras cosas, no en quien eres. Dicho esto, por favor ¿¿puedes dejar de hacer el capullo?!

Después de esa conversación se sintió aún peor si eso era posible. ¿Por qué no le había aliviado que Zoe le contara eso? Sencillamente porque no podía ir hacia ella y abrazarla que es lo que quería, todas las cosas que había hecho desde el momento en que salió de su despacho herido por la insinuación del dinero le pesaron como una mochila que le impedía moverse, empezando por el mensaje de “avisame cuando te venga la regla para quitarme problemas de encima” y terminando por el silencio insultante de la ducha. Ella necesitaba tiempo, se lo había pedido, no iba a abalanzarse sobre ella, pero tenía que hacer algo para pedirle perdón. ¿Dejarle una nota? Demasiado impersonal. Se puso a pensar y de repente, le sonó el móvil, era un número que no conocía.

—¿Sí?

—¡Axel! Buenos días, ¡soy Mar!, ¿te pillo ocupado?

—¡Hola! No, dime... —respondió Axel sorprendido.

—Mi clase de la universidad quiere montar una fiesta este viernes, vamos a hacerla en la Sala Oasis, pero queremos moverla un poco y que tenga alguna sorpresa especial, he pensado que CXL puede ayudarnos...

—Claro, voy a mandarte un email con los datos que necesitamos, presupuestos e ideas que solemos hacer en este tipo de fiestas.

—¡Gracias! Cuando lo vea y comente con la gente, te vuelvo a llamar, ¡un beso!

Axel colgó el teléfono. Qué energía tenían las universitarias... Mar debía tener unos veintitrés o veinticuatro años, con ella todo eran sonrisas, marcas de pintalabios y diversión, pero ella no había estado horas jugando con su hija con una manta atada al cuello fingiendo ser un dibujo animado. Al margen de enfados y arrepentimientos, no podía evitar sentirse atraído por alguien que se prestaba a poner voz a un muñeco de nieve que adoraba el verano por ver partirse de risa a su hija. Mar tenía un cuerpazo, no era ciego, pero las curvas imperfectas de Naia le dejaban en un estado animal que no había sentido nunca, su olor corporal era narcótico, la suavidad de su cuerpo adictiva, cómo se humedecía por él... “Axel, no pienses en eso”, se riñó. Siempre había presumido de tener un control férreo sobre los instintos masculinos, Mar tenía un buen par de tetas y un tatuaje muy *sexy*, pero no era de esos hombres que perdían el juicio y se les apagaba el cerebro por una chica, hasta que conoció a Naia. En cuanto la agarró del brazo en su habitación para frenarla supo que aunque estaban en medio de una discusión, ya no podría soltarla. Que ella le empezara a meter mano fue una sorpresa agradable, pero él ya no iba a dejarla escapar. No podía, intentaba resistirse provocando una pelea, pero fue imposible, y eso era algo que todavía le asustaba más. Ahora mismo, ese problema no existía, su amiguito iba a estar una larga temporada tranquilo, y sabía que los impulsos que había tenido Naia como subirse encima de él a horcajadas en su sofá mientras se comía un McFlurry, empezar el beso en el Empire, meterle mano sin dilación la otra noche y después presentarse en la ducha, se habían terminado. ¿Cómo había estado tan ciego ante esas señales? Sin embargo, seguía pensando que lo de Londres era buena idea, ya no podía echarse atrás y ella le había pedido tiempo, ¿tiempo para qué? ¿Para olvidarle del todo? ¿Para borrarle de su corazón? Se lamentó profundamente y decidió que tenía que hacer algo especial para que durante esa semana separados su corazón no pudiera decirle adiós. De repente pensó en la fiesta del viernes, se le había ocurrido una idea, lo que no sabía es que montaría un circo y le crecerían los enanos.

Mar aceptó el presupuesto y las ideas con gran efusividad, esa misma noche, a las nueve Naia todavía no había llegado a casa, y diez minutos después le llegó un WhatsApp de que cenaría con Isa y llegaría tarde a casa. ¿Por qué se tomaba la molestia de avisarle? Eso le daba esperanzas. ¿Sabría que estaba pensando en ella, preguntándose dónde estaba? Se conocían, e igual que él no pudo dejar de comprar CocaColas Zero para que ella las

tuviera al despertar el primer día tras la boda, ella no podía hacer algo que sabía que iba a preocupar a un jodido controlador como él, igual que el día de su boda, cuando le avisó de que iba a cenar con Zoe y no pasaría por casa. Eran detalles, pero para él denotaban cosas.

El viernes por la noche llegó, no sabía si Naia iría a la fiesta porque realmente no estaba obligada a acudir por trabajo. Cuando la vio aparecer con Jorge, supo que le sería difícil acercarse a ella con su perro guardián al lado, pero al menos había aparecido. Sus miradas coincidieron por primera vez en una semana, y tal y como esperaba se la encontró vacía para él. El hecho de que César les acompañara les juntó. Jorge le saludó a regañadientes, su mirada no había cambiado desde que hacía el papel de prometido de Naia, seguía perdonándole la vida, aunque esta vez con motivo, porque la primera vez no entendía por qué, y de repente, se acordó: Bárbara. Cerró los ojos con fuerza, había cometido más cagadas de las que pensaba y ella las había soportado estoicamente. Joder...

A nadie le pareció extraño que Naia y él no se saludaran. Habló con César y le preguntó por su examen mientras Naia hablaba con Jorge. De repente, apareció Mar y se lanzó a sus brazos.

—¡Axel! ¡Gracias por todo, está genial! Te debo una, tengo una cosa para ti, recuérdame que te la de luego.

—Hola —dijo Axel un poco sorprendido.

Seis ojos puestos sobre él, cada uno pensando peor sobre la cosita que Mar quería darle en privado. Madre mía.

—Pásalo bien —dijo con una sonrisa paternal.

Ella se fue saltando contenta.

Miró hacia Naia y vio que estaba en la barra intentando pedir, cosa que parecía misión imposible.

—¿Qué queréis beber? Iré por detrás o tardarán horas —preguntó Axel a todos, pero en especial dirigiéndose a Naia.

—Whisky cola —dijo César.

—Dos Whiskys cola y un *gin-tonic* —respondió Jorge por ella, aunque había conseguido que le mirara.

—¿Qué ginebra quieres? —le preguntó ignorando a Jorge.

—A Naia le gusta la Bombay —atajó Jorge—. Todo el mundo lo sabe... —murmuró por lo bajo.

Axel le mantuvo la mirada y ella dijo:

—Bombay, gracias. —Apartó la mirada y él pudo apreciar lo guapa que estaba con un peinado nuevo. Era una coleta alta tipo pony, le recordó a una Ariana Grande cabreada pero muy sexy.

En ese momento, ella le sonrió a alguien y casi se queda ciego por el cambio que mostró su cara, era impresionante y muy injusto que esa sonrisa tuviera otro dueño que no fuera él.

—¡Hola chicos! —exclamó Sergio contento de verlos a todos.

—¡Sergio! —gritó ella. Se le acercó y le dio dos besos, prácticamente dándole la espalda a él.

—¿Cómo estás Naia? Aparte de guapísima —sonrió.— Me alegra que hayas venido.

—Sí, necesitaba ver gente.

Bofetada moral. Claro, llevaba días encerrada en su cuarto y en el estudio de fotografía de la agencia. Tragó saliva. Decidió que lo mejor era ir a pedir las copas, hacer algo bien, para variar.

Cuando volvió con ellos, Leo y Zoe se habían unido al grupo, y por cómo se miraban podía dilucidar que su relación iba viento en popa. Daba gusto verles y también un poco de envidia, esperaba que a uno de sus hijos le pusieran Axel.

Horas después, todo el mundo parecía pasarlo bien, ¿por qué él no? La respuesta estaba cristalina, ayudado por los tres gin-tonics que llevaba, se acercó a Naia en un momento en que Jorge estaba centrado en hablarle al oído a César.

—Naia...

Ella se quedó parada y le miró expectante. En ese momento fue consciente de lo mucho que necesitaba oír su voz, pero parecía dispuesta a no decir nada, y esperar a que él volviera a hablar.

—Sólo quería decirte que lo siento.

—¿Por qué? —preguntó ella en tono desafiante.

Buena pregunta.

—Por no entenderte. Por ponerme cabezón, por ser el culpable de que tengas esa cara.

Pareció que su rictus duro se agrietaba un poco, pero se recuperó enseguida.

—A mí no me quedan más "lo siento" que ofrecerte... se me han acabado.

—Ya... soy consciente de lo cabezota que he sido. Y lo siento.

—Vale.

—Con respecto a lo de la ducha...

—Axel no. —Se cerró ella—. Déjalo por favor, no quiero hablar de eso.

—Pero necesito decirte que...

—No. Por favor. Ya no más.

En ese momento Mar interrumpió inoportunamente.

—Axel, ven a la parte de atrás y te doy lo que te he comentado antes.

Naia intentó disimular una cara de dolor que él pudo discernir sin problemas, pero lejos de incomodarle, le hizo tener esperanzas de que todavía le quisiera. Axel se acercó a Naia y le dijo.

—Espérame aquí por favor, ahora vuelvo... —le rogó.

—Me he cansado de esperarte.

Él se quedó tan impactado por esa respuesta, que no notó como Mar le arrastraba hacia atrás hasta que Naia fue una figura pequeña en la lejanía, buscando sus cosas para marcharse.

A la mañana siguiente, cuando vio a Naia saliendo de su habitación en dirección al baño, vio en su cara que todo acababa de irse a la mierda por telegrama urgente. Naia paró en seco y les miró de hito en hito. Mar estaba sentada en el sofá y él en la cocina poniendo un par de cafés. El silencio fue crítico. Se hizo cargo de lo que ella estaría pensando, y antes de poder decir nada se metió en el baño dando un portazo. Estuvo esperando a que saliera para hablar con ella, pero casi fue peor.

Axel volvió a mirar su tarjeta de embarque y deseó que ese billete fuera solo de ida.

LA ROCA

Escuché el timbre y me levanté del sofá. Me arrastré hasta la puerta enfundada en un pijama de cuerpo entero. Lo había comprado en Primark por si nos sorprendía una tormenta de hielo y nieve el próximo invierno, pero en ese momento, quise ponérmelo porque me sentía como si estuviera en medio de una.

Abrí la puerta y me encontré con la mirada compasiva de Jorge. Y me quedé de pie, abrazada a él como una lapa, con intención de no soltarle jamás.

—No sabes lo mucho que te echo de menos —dije contra su chaqueta.

—¿Qué pasa, peque? —dijo frotándome la espalda—. ¿Ha sucedido algo? En el mensaje decías que viniera en cuanto pudiera.

—Sí. He estado esperando hasta que Axel se ha ido al aeropuerto para avisarte, ayer discutimos. No quise llamarte porque era sábado... —dije empezando a trabarme por intentar reprimir el llanto.

—Puedes llamarme cuando quieras —aclaró preocupado—. No vuelvas a esperar nunca más. ¿Qué ha pasado?

—Cuando me desperté Mar estaba aquí. Con él. Desayunando tranquilamente.

—¿Cómo? —dijo Jorge alucinado—. No me lo puedo creer...

—Me metí corriendo en el baño al verles. Casi me caigo redonda ahí mismo. Estábamos hablando en el bar y ella le dijo de ir al almacén para darle... algo, el resto puedes imaginártelo, y por la mañana me la encuentro aquí.

—¿Te dio alguna explicación?

—Sí... Muchas, demasiadas —dije tapándome la cara y luchando para no echarme a llorar.

Jorge reaccionó llevándome hasta el sofá y quitándose la chaqueta para volver a acunarme entre sus brazos y sentarnos juntos.

—Cuéntame todo.

Rebobiné en mi cabeza al momento en que Axel comenzó a pedirme perdón en el bar. “Perdón por no entenderte”, me había dicho. ¿Significaba eso que ahora entendía mis razones para no decirle nada de Martina o que entendía por qué no había querido casarme con él cuando me lo pidió? Sea como sea, un bello unicornio le arrastró hasta un bosque oscuro para terminar amaneciendo en su casa. No podía culparle, tenía cien motivos distintos para hacerlo, pero la mejor razón sin duda se la había dado yo al decirle que me había cansado de esperarle. Vi la esperanza morir en sus ojos, y alguien en ese estado, se prestaría a cualquier cosa, y más con un pibón como Mar. A pesar de todo, no esperaba encontrármela en casa el sábado por la mañana. Eso era muy gore incluso para nosotros. Le pedí que fuera discreto, y caía de cajón que conmigo la primera, ¿no?

Cuando salí del baño la susodicha ya no estaba. Una espantada en toda regla... “¡¿Estás casado?! ¡Cerdo!” me imaginé la escena con sonido de bofetada incluida, pero lo más probable es que le hubiera dicho: “llámame

nene”, antes de despedirse con un morreo premonitorio de su próximo encuentro.

Antes de que pudiera llegar al dormitorio, Axel ya me había interceptado.

—No me he acostado con ella —aclaró rápidamente.

—No quiero oír ni una palabra. No me debes ni media explicación, pero esto no es lo que yo llamaría ser discreto... —dije irónicamente.

—No ha dormido aquí, ha venido por la mañana.

—Me parece fantástico. Ahora si no te importa, voy a vestirme —dije intentando cerrar la puerta.

No esperaba que Axel estuviera despierto. Ni siquiera le había oído llegar. Supuse que dormiría hasta el mediodía y no me había llevado la ropa al baño para vestirme como hacía otras veces, lo que explicaba por qué solo estaba envuelta en una toalla tamaño estándar.

—Ha venido a traerme el móvil, me lo dejé en el almacén —insistió aguantando la puerta para que no pudiera cerrarla.

—Me da igual. Haz lo que quieras —dije indiferente.

—Pues la cara que has puesto no era la de alguien a quién no le importa. Y el portazo tampoco.

—Y menos mal que no me importa, ¡porque no me creo ni una puta palabra! —grité de mala hostia.

Esa era yo, la reina de la coherencia.

—¿Otra vez desconfiando de mí?

—No confío en quién no confía en mí —apuñalé.

En ese momento, Axel se quedó callado otorgando con el silencio. Dejé de presionar la puerta y fui a por mi ropa: bragas, calcetines y un chándal rancio que me había comprado esa misma semana para quitarme esas mallitas tan divinas que según él llevaba para provocarle.

—No ha pasado nada —dijo Axel al ver que me ponía a hacer mis cosas ignorándole con un cabreo de campeonato.

—¿Y pretendes que me lo crea? —sonreí duramente—. Júrame por tu hija que no os habéis besado.

Otro silencio. Más largo, doloroso y lacerante que el anterior.

—Si no te vas en tres segundos, me quito la toalla y empiezo a vestirme —amenacé sin mirarle.

Más silencio, ningún movimiento.

—Tres, dos, uno... —y solté la toalla. Caminé hasta la cama

tranquilamente y me senté para empezar a ponerme las braguitas. Axel se fue de la habitación.

Se habían besado. Eso como poco... ¡Qué hijo de puta! Me sorprendí a mi misma de la ira que destilaba mi cuerpo. Pura autodefensa, pero instantes después, el dolor reventó en mis entrañas. En ese momento decidí que en cuanto operaran a Martina, desaparecería de allí. Si nos inspeccionaban, la niña ya estaría salvada, y yo seguro que viviría mejor en la cárcel que compartiendo piso con un hombre que me destrozaba por dentro.

Por él llevaba sumida más de una semana en una funesta soledad. En el despacho, en casa... Había intentado ver a mis amigos, pero tampoco quería molestarles con mis neuras, cada uno tenía su vida y sus problemas.

Me quedé en mi cuarto toda la mañana hasta que mi estómago me obligó a salir en busca de algo de comida y una CocaCola Zero. Axel no tardó en acudir a mi encuentro arrinconándome en la cocina.

—No es lo que crees —empezó.

—Basta Axel, no me interesa.

—Te debo una explicación.

—No me debes una mierda, y tampoco serviría para nada —dije con dureza.

—¿Por qué me lo pones tan difícil? ¡Quiero hablar contigo! Llevas días esquivándome... pareces una cría, y sí que te debo cosas, tres millones y medio de euros para empezar y una explicación de por qué el otro día me acosté contigo y esta mañana estaba aquí Mar.

Empecé a reírme como una loca. Éramos pocos y parió la abuela sacando el tema del dinero. Axel se sorprendió por mi carcajada psicótica, pero le dio pie para continuar con sus explicaciones.

—Estoy colaborando con Mar en un proyecto y me lo estaba enseñando, cuando terminamos me pidió ayuda con un tema personal.

Volví a reírme con angustia. ¡Menudo ingenuo estaba hecho!

—Y sin querer se te metió la lengua en su boca, ¿no? —dije con inquina sin poder evitarlo.

—No, más bien ella me besó a mí, pero no por los motivos que crees.

—¡Me la sudan sus motivos! —grité furiosa—, fuiste tú el que le continuó el beso.

—No durante mucho tiempo.

Le esquivé para volver a mi habitación con una bolsa de cereales que

había mangado de un armario, porque ni siquiera eran míos.

—Naia —dijo bloqueando mi huida—. Por favor, te suplico que me escuches, no puedo seguir así.

Por un momento tuve un *flash* del Axel de antes de que me invitara a cenar al restaurante indio. Un chico del que vivía prácticamente enamorada en secreto y que ahora se estaba liando con otras después de abordarle en la ducha y que huyera de mí sin decir palabra y sin terminar dentro teniendo la posibilidad de hacerlo. Tenía que tener claro a quién tenía delante: el dolor personificado. Y fuera lo que fuera lo que quería decirme, seguro que acababa de destrozarme, por eso no quería oírlo, pero cerré los ojos y me rendí.

—Te escucho, suéltalo ya.

Él pareció sorprendido pero no perdió el tiempo.

—Creo que deberíamos terminar aquí y ahora este retorcido sistema de convivencia que llevamos. Creo que deberíamos dar un par de pasos atrás, intentar llevarnos bien, puede que no lleguemos a ser amigos, pero yo no soy un mal chico y tú no eres una mala chica, deberíamos poder convivir en relativa cordialidad. A no ser que...

—¿Qué?

—Que sientas algo por mí... ¿Sientes... algo? —preguntó con ansiedad.

—Muchas cosas. Y ninguna buena —contesté cabreada.

—Si no sintieras ninguna buena no estarías tan enfadada.

—Si te digo que siento algo por ti, pensarás que es para que me devuelvas los tres millones —ataqué—, y déjame decirte que no quiero para nada ese puto dinero, no quiero saber nada de él ni de ti.

—Esa no es la pregunta que te he hecho, pero ya veo que eres incapaz de responder con sinceridad. Te estás comportando como tus padres, quieres aplacarme con dinero, ¿quieres que me lo quede para tener derecho a que te deje en paz?

Un silencio maligno se hizo en toda la ciudad. Él cerró los ojos maldiciendo.

—¿Qué acabas de decir? —dije con los ojos saliéndose de sus órbitas.

Me miró con la culpabilidad asaltándole la cara. Yo hui de él dispuesta a hacer las maletas aunque sabía que aún no podía irme, él me siguió llamándome consternado, y me tiré encima de la cama apoyando la cara en la almohada. Comencé a llorar en silencio, algo que requiere muchísimo

esfuerzo, debería añadir. No podía más, y en el fondo el motivo era lo peor de todo, aún me afectaba. Después de todo, ese agujón en mi pecho con su nombre aún seguía supurando, no estaba cicatrizando como yo me creía. Él se sentó en la cama y acarició mi espalda.

—Naia no quería decir eso... Todo esto me supera, me parece un situación muy injusta. Solo quería... empezar de nuevo. Perdóname, por favor...

—Vete —musité entre sollozos silenciosos.

Él intentó levantarme y me dejé, porque en esos momento yo era peso muerto. Me abrazó, y me sujetó fuertemente contra él, pero yo no reaccioné.

—No llores por favor, me rompes el alma —se lamentó.

Pero yo no podía parar. Era todo. El haber besado a Mar, demostrarme que conmigo nada era lo mismo cuando lo hicimos en la ducha... No había venido a hablar conmigo en toda la semana, dando a entender que no le importaba lo suficiente... pero en ese momento, contra todo pronóstico, se separó de mí, acunó mi cara entre sus manos y me besó.

Un beso que me pilló completamente desprevenida, pero que al momento sentí balsámico. El sabor de sus labios, los movimientos de su boca, esa cadencia que hacía que me perdiera en una realidad paralela aunque estuviera en medio de una ventisca mental. El beso fue tierno, melancólico y parecía intentar calmarme sin palabras.

—No puedo soportarlo más —me susurró en los labios volviendo a besarme—. Si quieres dime que pare, porque yo ya no tengo fuerzas —dijo continuando el beso mientras acariciaba mi mejilla. Sus palabras me devolvieron a la realidad, a nuestro presente, a Mar, a calarse hasta los huesos la sensación de que todo estaba roto.

—Para. —Mi voz arañando el aire.

Él se detuvo abatido, pero no se alejó de mí.

—No puedo volver a hacerlo —susurré muy cerca de él—. No sé que tipo de historial sexual crees que tengo, pero desde que me besaste por primera vez has besado a tres mujeres, y eso para mí significa algo... Yo sólo he estado con dos tíos en mi vida, y fue menos de una hora hace ya cinco años, así que haz cuentas... Yo no puedo hacer estas cosas con cualquiera, y tampoco con alguien con el que el rencor, las discusiones, los celos y la desconfianza son la tónica diaria. Lo del otro día en la ducha fue horrible. Superfrío. Me sentí fatal después, y creo que tú también. No quiero vivir en

un infierno sostenido por un disfrute momentáneo, solo nos estamos haciendo daño. Yo tampoco puedo más...

Axel me miró a los ojos e intentó leer en ellos. Y como ya era costumbre, su carácter resolutivo se hizo cargo de la situación.

—Está bien... —dijo levantándose lentamente—. Pero ¿te parece al menos intentar llevar una convivencia normal? ¿Es mucho pedir? —dijo dándose cuenta al momento de que había usado “nuestra frase”. No intentamos disimular lo que a ambos nos escoció en las heridas.

—Bien, aunque no sé cuánto tiempo más soportaré estar aquí —murmuré.

—¿Qué quieres decir? —preguntó alarmado.

—En cuanto a Martina la operen... no sé, puede que poco después deje de molestarte y ya no viva aquí.

—¿Qué dices? ¿Y si nos pillan?

—Asumiré la culpa.

—¡Eso es una locura! —dijo preocupado— Podemos intentar llevarnos bien, podemos lograr estar juntos en la misma habitación sin que sea desagradable.

—Para mí nunca va a ser agradable ser testigo de cómo te follas a otras...

—¡Joder! ¡Te he dicho que no me la he tirado! —exclamó enfadado—. Aquí hay un problema de base. ¡No me crees! ¡No confías en mí! Hace dos días me dijiste que los dientes de león de Avatar se posarían en mí ¡y me lo creí como un imbécil!

—Hace dos días, no te habías enrollado con Mar una semana después de follarme en la ducha —dije con una calma ofensiva.

—¡No tienes ni puta idea! Lo natural en ti es pensar mal de mí, ahora lo entiendo. ¡Joder, no sabes confiar en nadie! —dijo saliendo airado de la habitación.

Jorge mantenía la vista perdida mientras me acariciaba el pelo escuchando mi historia.

—¿Qué opinas? —pregunté.

—Que voy a sacarle el hígado y me lo voy a comer a la plancha encima de un solomillo...

Sonreí por lo mucho que echaba de menos su macarrismo.

—Tienes que asimilar que es el fin. Porque estás segura de que eso es lo que quieres, ¿no?

—Hemos metido demasiado la pata el uno con el otro, y el amor significa no tener que decir nunca lo siento...

—Eso es una mierda de frase de una película... ¿Lo sabes, no? No es un puto mandamiento.

—Esta todo demasiado destruido.

—El amor lo puede todo. El amor es querer a alguien a pesar de todos sus defectos, o quizá debido a ellos. El amor es solo amor, no es perfecto.

—Joder, ¿de dónde sacas esas frases? —le miré perpleja.

—De las galletas de la fortuna del chino de enfrente de mi casa.

Me entró la risa. Jorge siempre conseguía hacerme sentir mejor. Mi vida había perdido mucho sin él a diario en ella.

—¿Qué voy a hacer con él?...

—No sé, pero yo sí tengo claro lo que quiero hacerle... —dijo con voz de asesino.

—Creo que en cuanto operen a Martina, volveré a casa. Me da igual lo que pase.

Jorge puso una cara extraña.

—¿Puedo volver? —pregunté de repente con una sonrisa cotilla recordando la conversación que tuvimos el fin de semana pasado, cuando me contó lo que había sucedido con César al final de la noche del jueves tras la inauguración.

—Em... bueno, ahora mismo es el centro base de operaciones de la oposición de César, el martes tiene el examen físico.

—Y... ¿ese examen es igual de exhaustivo que el que le has hecho tú a él esta semana?

Jorge sonrió.

—No se te puede contar nada... —negó con la cabeza muerto de vergüenza.

—¿Pero tengo razón? —le vacilé.

—Digamos que el chico progresa adecuadamente.

—¿Cómo de adecuadamente?

—Bastante adecuadamente, pero no del todo... no sé si me entiendes —contestó discreto.

Me fijé en su cara y vi que estaba feliz, aunque tenía una ligera ansiedad en los ojos.

—¿Qué te pasa?

—Nada, pero supongo que pronto terminará todo. Dentro de dos días no me necesitará más, y entonces... Lo más seguro es que desaparezca del mapa para centrarse en estudiar el examen que tiene el día cuatro de diciembre.

—Oh... ¿Te vas a quedar sin tu juguetito?

Jorge volvió a sonreír. Estaba adorable en los breves instantes que se permitía poner esa carita de tonto. Era una gozada verle así, aunque rápidamente ponía los pies sobre la tierra y trataba de quitarle importancia a las cosas buenas que le pasaban.

—Qué graciosa, te prefiero cuando lloras...

—Lo mío es un drama... Necesito huir de aquí.

—¿Y qué pasará cuando le veas en el trabajo?

—Por lo pronto, se va esta semana a Londres a hacer un curso, así que estaré tranquila. En el trabajo puedo evitarle, pero en casa... demasiada intimidad. Es muy difícil —dije pensativa.

Recordé brevemente cuando horas después de nuestra discusión, el timbre de la puerta sonó, y oí que un chico le estaba entregando una pizza. Ya pensaba que era Mar que volvía a por un segundo asalto. Olía muy bien, si no me hubiera comportado como Glen Close en “Atracción fatal”, quizá me hubiera ofrecido un trozo o advertido de que iba a pedir comida a domicilio. Le vi colocar la pizza en la mesita del sofá y comenzar a rebuscar una película por título entre mi colección. Parecía que tenía clara la elección, pero desde esa distancia se me hacía imposible distinguir cuál había cogido.

La puerta de mi habitación estaba entornada. Yo quedaba ligeramente fuera de su campo de visión, y cada pocos minutos me acercaba a espiarle. Me sentía como un niño observando a sus padres detrás de la puerta cuando le han mandado a dormir, así que salí de la habitación y fui hacia la cocina. Él no me dijo nada, ni siquiera hizo amago de levantarse. Cogí una CocaCola y me acerqué al sofá por detrás para fijarme en la pantalla.

—¿La Roca? —dije en voz alta sin darme cuenta.

—Sí, me apetece verla... La necesito.

A mí me gustaba mucho, sino, no la tendría en mi colección. Sean Connery y Nicolas Cage estaban alucinantes en esa peli, pero me surgió la duda de por qué a él le gustaba tanto, y sobre todo, por qué exactamente necesitaba verla otra vez. Me senté en una esquinita del sofá, quedaba tan lejos de él que no parecía que estuviéramos en el mismo piso. Cinco minutos después, Axel no pudo contener más su gran espíritu de labor humanitaria

contra mis ojos de hambre.

—Come si quieres, me va a sobrar —dijo señalando la pizza. Era una Barbacoa Creme, la que yo solía pedirme, y no supe si la había elegido por mí o porque el otro día al probarla le había gustado. Fuera como fuera, algo dentro de mí me incitó a coger un trozo.

—Gracias —musité.

Veinte minutos después se levantó y fue hasta la nevera a por helado de chocolate con trocitos de galleta. Trajo dos cucharas grandes y las dejó encima de la mesita. Volvió a sentarse y me ofreció una, pero decliné la oferta. Era lo que nos faltaba, recordar tiempos mejores en ese maldito sofá. Supongo que le salía natural ser así, y no se daba cuenta de que esos pequeños detalles me hacían polvo.

Cuando terminó la película, se levantó del sofá y comenzó a recoger las cosas.

—Mañana me voy a Londres... Me apunté a un curso después del verano, y me interesa ir —informó con voz neutra.

—Ah —respondí sorprendida sin saber qué decir—. ¿A qué hora te vas?

—A mediodía —dijo ordenando las cosas en la cocina.

Cinco días y medio para campar a mis anchas por casa y por la oficina, pero aún así, sin verle... Si fuera carnaval me disfrazaría de contradicción. Al final, el lado de la tristeza pesó más. Cinco días sin vernos después de la discusión que habíamos tenido... parecía un punto y final en toda regla.

—Llámame si necesitas algo, tanto en casa como en el trabajo —dijo Axel serio, cansado, doblegado a la única opción que nos quedaba: tratarnos como extraños—. Pero seguro que esta semana sin mi presencia te vendrá bien si estás pensado en irte de aquí. Espero que recapacites un poco.

Su tono de voz me destrozó por dentro, ahora cobraba sentido la frase: “nada está perdido hasta que te rindes”, porque noté una decisión irrevocable en su voz. Un antes y un después de ese último beso. Noté que se había rendido conmigo de verdad.

Volví a abrazarme a Jorge. Con él todo era tan fácil... Él notó mi desolación y buscó mis ojos.

—No te preocupes enana, todo se solucionará.

—No. Ha terminado, y esta vez para siempre.

Él me abrazó e intenté soltar amarras. Podía hacerlo... tenía a mi ancla.

Podía ser un barco que fondeara en cualquier parte, siempre que pudiera contar con Jorge para estar agarrada a suelo firme cuando lo necesitara. Pero me era tan difícil decirle adiós a ese puerto que en su día sentí en mi corazón que era mi casa...

César presionó el botón del piso de Jorge esperando que estuviera en casa.

—¿Sí?

—Soy César.

La puerta se abrió sin hacer más preguntas. Al salir del ascensor en su rellano, lo encontró en la puerta.

—Hola —dijo Jorge gratamente sorprendido.

—Hola, acabo de llegar de la finca de mis padres, iba a ir a mi casa pero... estoy nervioso por el examen de mañana. No me pasaba esto desde octavo curso. Si el examen fuera sobre el papel, no habría problema, pero al ser un examen físico...

—Pasa —respondió cortando su diatriba. Y menos mal, porque su intención era continuar hablando hasta que le dejara entrar.

—¿Quieres quedarte a cenar?

César se quedó callado. ¿Quería? ¿A qué había ido a casa de Jorge exactamente?

—¿Quieres ir al gimnasio y repetir las pruebas?

—¡Eso sería genial! —respondió César aliviando un poco su angustia.

Jorge sonrió.

—Dame cinco minutos.

Eran las nueve de la noche, y el gimnasio no cerraba hasta las once. César cogió la bolsa de deporte que tenía en el coche y entraron en el vestuario para cambiarse de ropa.

Realizaron la prueba de las dominadas, había conseguido hacer trece, y pedían como mínimo diez para aprobar. En el circuito de agilidad era donde menos problemas tenía, lograba superarlo en nueve segundos, pero tenía que concentrarse para no derribar ningún obstáculo; y por último, salieron a correr el kilómetro que exigían en tres minutos y veinticuatro segundos, consiguiéndolo en tan solo tres minutos.

—¿Lo ves? —dijo Jorge al salir de nuevo del gimnasio—. No vas a tener

ningún problema para aprobar.

Ambos se habían duchado y se sentía algo mejor, pero a pesar de todo, no se había quitado el desasosiego de encima.

—Gracias por repetirlas conmigo.

—De nada.

Se quedaron parados delante de la puerta. Solo quedaba despedirse e irse sin mirar atrás, pero una sensación horrible le perseguía desde el viernes pasado, y necesitaba deshacerse de ella.

A principios de la semana anterior había aparecido en el gimnasio muy seguro de sí mismo, después del episodio en el que se habían masturbado mutuamente. Se sentía relajado y con fuerza para continuar con las lecciones, pero a medida que pasaban los días y la interacción entre ellos se limitaba a la sala de musculación, algo dentro de él iba creciendo sin remisión. Un día, al despedirse, Jorge le ofreció cenar en su casa, pero al decirlo, deslizó la vista hacia sus labios inconscientemente y le entró pánico. Esos labios suaves, ese sabor característico, el calor que desprendía su cuerpo cuando se acercaba lo suficiente a él... Estaba deseando besarle, pero si sucedía, querría más, y ese sentimiento de necesidad era completamente nuevo y aterrador. Deseo. Sentía deseos de... seguir adelante con el tema, y eso le asustaba. Él nunca había necesitado nada de los demás. Normalmente, al llegar a casa, pasaba unos diez minutos con ansiedad por volver a su lado, ¡le echaba de menos!, pero lo más preocupante de todo eran los sueños. Tenía toda clase de sueños subidos de todo en los que él perseguía a Jorge hasta hacerlo suyo. Algo que se le antojaba imposible. ¿Quería dominarle? ¿Quería... follarle? ¿Desde cuándo quería follarse a alguien? ¡Él sencillamente se prestaba a ello y ya está! Su cuerpo respondía a las caricias, pero para él era completamente prescindible. Sin embargo, en esos sueños, se moría por hacerlo, y si no lo conseguía, un sufrimiento desconocido se adueñaba de él. Al despertar, su miembro reclamaba atenciones ondeando banderas con el nombre del poli. Había decidido centrarse en el examen de momento, y más adelante pasar a mayores con Jorge como profesor, pero estaba comprobando que no iba a ser fácil imponerse a su cuerpo, y eso era algo perturbador para él.

El viernes se le acabaron las excusas. Cuando decidieron acudir a la fiesta para desconectar un poco y servir de apoyo moral a una Naia que necesitaba socializar con personas, todo se descontroló. Llevaban toda la semana observándose sin tocarse, y el alcohol puso de manifiesto apetitos que

salieron a la luz en cuanto se deshinibió un poco.

—Hay un tío a las cinco que te quiere hacer un regalo —dijo César como quien comenta el tiempo.

Jorge sonrió.

—Sí, está bueno. Le he echado un par de miraditas insinuantes y se ha puesto como loco. Lo más gracioso es que creo que tiene novia, antes le he visto besando a una chica.

—¿No me digas?

—Sí, hay de todo en la viña del señor.

César se rió.

—Dímelo a mí, de todos los seres de la Tierra, solo me pones cachondo tú...

Ambos se miraron, y pudo ver cómo la cara de Jorge se transformaba. Pasó de estar relajado y chistoso, a tener pinta de un zorro ideando cómo colarse en un gallinero.

—Si te pongo tan cachondo, ¿por qué no has querido probar nada nuevo en toda la semana? ¿o incluso repetir? —preguntó discretamente cerca de su oído.

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Repetir? Llevaba matándose a pajas toda la semana, con la diferencia de que no era su mano la que se lo hacía.

—¿Quién dice que no he querido? —respondió cortado mojándose los labios. Jorge supervisó ese movimiento y resopló.

—No me has hecho ninguna señal...

—¿Señal? ¿Tengo pinta de lanzar señales discretas?

—No, la verdad es que no —sonrió el poli.

—¿Por qué tú no me has dicho nada?

—Porque... no quiero forzarte. Tomar la iniciativa es peligroso para mí... Ya lo hice una vez, y te recuerdo que saliste corriendo.

—A mí me gustó... —murmuró César desviando la vista de su cara.

Jorge hizo un movimiento extraño aplacando alguna especie de impulso repentino, a continuación miró la hora y su vista fue inconscientemente a posarse en su cuerpo, dándole un repaso exhaustivo que le hizo tener una erección al momento. Joder.

—¿Quieres invitar a ese tío a una copa? —propuso Jorge—, seguramente meterá a su novia en un taxi y luego volverá si le dejamos claro que nos interesa...

—Prefiero no hacer nada con nadie hasta que haya cogido algo de soltura...

—¿Y cómo piensas coger soltura? —preguntó Jorge en su oído apoyándose por un segundo en la pared cerca de él.

—Contigo.

Jorge cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos se oscurecieron de deseo. Empezaron a sudarle las manos.

—¿Vamos a tomar la última a un bar cercano? —preguntó Jorge con la voz ronca.

—Vale —aceptó César surfeando la falsa seguridad que le dieron las tres copas de Whisky.

Se fueron de allí sin despedirse de nadie. No tenían que dar explicaciones banales. En un último vistazo, César vio a Leo y Zoe bailando muy acarameladitos, y a Axel hablando con Naia. Parecía que el mundo volvía a girar, solo le faltaba a él aprender a rodar por él.

Caminaron por la calle buscando un bar, pero cuando pasaron al lado de un portal profundo y oscuro, Jorge arrastró del abrigo a César hasta sumirlo en la oscuridad. Sus labios se encontraron, sus cuerpos se juntaron y su espalda tocó la pared. César le cogió del cuello de la chaqueta y lo acercó a él con fuerza. Su sabor, su tacto, su olor. Cómo los necesitaba.

—Me has hecho esperar —le acusó Jorge antes de continuar besándole.

—No sabía qué hacer.

—Y yo no quería asustarte...

Continuaron besándose hasta que ambos empezaron a jadear por la intensidad de sus ganas.

—No quiero presionarte, ni quiero descontrolarme... —explicó Jorge jadeando.

—¿Vamos a tu casa? —sugirió César.

El poli resopló en su boca.

—Si te llevo allí, voy a querer hacerte ciertas cosas, y se acerca el examen... No quiero que tengas la cabeza en otro lado. Estaríamos más seguros rodeados de gente, en un bar...

—Vamos a tu casa... —volvió a repetir César.

—Joder —soltó Jorge antes de besarle profundamente por última vez—. Vamos.

Emprendieron de nuevo la marcha y cogieron un taxi hasta su casa. César

no era muy consciente de hacia dónde le estaban llevando sus andrógenos.

Jorge abrió la puerta de su casa y fue directo a la nevera a por un trago de agua helada. La necesitaba, y haría bien en echársela por encima para enfriar otras partes de su cuerpo. En el taxi, a medio camino, se le había ido un poco la mano por encima del pantalón de César, “sólo quería comprobar la mercancía”, intentó excusarse consigo mismo, y joder, la mercancía estaba lista y dispuesta. Tenía muy claro que no podía follárselo en plan bárbaro tal y como quería. Su reto estaba en intentar conseguir frenarse antes de llegar a eso, pero no había previsto cómo se sentiría después. La semana había sido dura, en el amplio sentido de la palabra. Había estado a punto de proponerle cosas, de tocarle, de lanzarse a su boca, pero ese no era el plan, César debía dar el siguiente paso y abrazar sus deseos, pero no se había decidido, lo que indicaba que todavía no estaba listo. Sin embargo, cuando en el bar le había dicho un par de frases picantes, él había saltado como un resorte. Eso no era precisamente estar controlado. Estaba nervioso. César era de ideas fijas y quería ir a su casa, donde siempre habían sucedido las interacciones más interesantes entre ellos, pero en ese momento, se sentía demasiado excitado como para frenar nada. Después de una semana viéndole entrenar, deseando que diera un paso, le había acabado arrinconando en un portal para robarle unos besos que le habían afectado más de lo que quería.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó a César cuando entró en la cocina buscándole.

—No.

Jorge volvió a beber agua para bajar su temperatura.

—¿Me enseñas el piso? Solo he estado en el salón —dijo César—, bueno y ahora también en la cocina. Muy bonita.

—Claro, ven. No es muy grande —dijo cruzando el recibidor para dirigirse al pasillo que conectaba con las habitaciones.

—Esta era la habitación de Naia —dijo abriendo una puerta a la derecha—. El baño lo compartíamos, y esta es mi habitación.

César entró en el espacio y observó todo con ojo clínico.

—Qué limpia —comentó.

—Gracias —respondió Jorge con una sonrisa en la voz. Sólo él podía usar un adjetivo tan literal de su espacio más íntimo.

Siguió mirando a su alrededor, libros, música, el interior de su armario...

ya que las puertas correderas estaban superpuestas mostrando su ropa colgada y sus zapatillas de deporte organizadas en compartimentos de Ikea. En ese momento, se dio cuenta de que seguramente César estaría acostumbrado a un estilo mucho más glamuroso. A detalles tan esenciales como la diferencia de calidad de unas sábanas de Ikea a unas de algodón egipcio de El Corte Inglés. César destacaba en su habitación como una perla en el barro. Su ropa de marca, su cuerpo sin vulnerar en ningún sentido —tomando una forma cada vez más perfecta—, sus ojos haciendo juicios sobre lo único positivo que tenía una decoración espartana, la limpieza. De repente, se sintió insuficiente a todos los niveles. Mental por lo obvio, pero también físico y económico. Además César tenía una familia que le quería, tenía más amigos que él, tenía un hermano... No hizo falta más para enfriarle al momento, y César pareció notar que algo había cambiado en el ambiente.

—¿Te pasa algo?

—Nada.

—¿No te gusta que esté en tu habitación?

—No hay mucho que ver —murmuró.

—Te equivocas, este eres tú.

—Vale —contestó Jorge molesto.

—Me encanta, sobre todo esto de aquí —dijo señalando un dibujo plasmado en un cuadro de cristal—. Es el dragón que llevas tatuado, ¿no?

—Sí.

—¿Cuándo te lo hiciste?

—Hace cuatro años.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y cuatro, ¿y tú?

—Treinta y uno —contestó sin mirarle observando detalladamente el dibujo—. ¿Tiene algún significado especial? ¿Por qué un dragón?

—Porque es perfecto para mí. —dijo Jorge tajante—. Los dragones son criaturas mitológicas llenas de simbolismo. No todos significan lo mismo, hay dos tipos: el oriental y el occidental. Los dragones orientales son vistos como criaturas benévolas, defensores de la vida, mientras que los occidentales son justo lo contrario, destruyen pueblos enteros y solo causan dolor. Dos caras de una misma moneda, según se mire.

—¿Puedo verlo? —preguntó César.

—Lo estás mirando —indicó Jorge señalando el cuadro.

—Ya, pero en tu piel parece que está vivo, respira contigo...

Se hizo un silencio y Jorge empezó a desabrocharse la camisa sin perder contacto visual. César se acercó a él cuando se deshizo de la prenda y lo observó atentamente.

—Joder, es enorme.

—Cuando te tatúas un dragón, lo mejor es que sea grande para mostrar todos los detalles y así transmitir mucho mejor el simbolismo que se espera tener con el diseño.

—¿Qué simboliza este?

—Es un guardián. Un protector. Los cuernos significan ser fuerte y consecuente en tus acciones. Simboliza independencia, fuerza, coraje.

—Tienes razón, es perfecto para ti —dijo alzando una mano y siguiendo el contorno del dibujo.

—Mucha gente me teme por mi apariencia, aunque yo quiera protegerlos.

—Yo no te tengo miedo —dijo mirándole a los ojos. Cosa extraña en él, ya que solía desviar la vista a menudo de casi todo el mundo sin poder mantenerla mucho tiempo.

—Pues deberías —contestó Jorge empezando a respirar con dificultad por el roce de sus dedos que no habían dejado de moverse por su piel—. Tengo mi manera de hacer las cosas, ya lo sabes, y a veces no es la más adecuada...

César se acercó más a él, colocándose estratégicamente en busca de un asalto, pero tenía que resistirse. Quería que fuera él quien buscara ese beso, aunque le costara horrores soportar cómo sus dedos habían dejado el tatuaje atrás y estaban recorriendo otras partes como la zona inferior de su ombligo. Jorge miró hacia su boca y esperó mordiéndose el labio inferior. Para su sorpresa, César lo atrapó con los suyos, y su iniciativa supuso un nuevo punto de vista para él. Ahora, él era el deseado, el seducido en ese encuentro. De repente, imaginó su boca en su polla y su miembro reaccionó tensándose, echándole en cara que necesitaba echar un buen polvo después de una semana pésima. Reaccionó poniendo las manos en su espalda y acercándolo aún más a él, quería que la notase. Después cogió su camiseta y la arrugó hacia arriba quitándosela por la cabeza. Ambos respiraban aceleradamente al separarse. Se desabrocharon mutuamente los pantalones, y Jorge, sin poder reprimirse, le bajó los calzoncillos e hizo lo mismo con los suyos cuando César se quedó paralizado. Le besó para que no pensara, y de un tirón le dejó tumbado en la cama cerniéndose sobre él y abriéndole las piernas para

encajarse hasta que sus pollas se encontraron. Los dos gimieron sintiendo un latigazo de placer atravesar sus cuerpos.

—¡Joder! —exhaló Jorge. La fricción de sus caderas le estaba volviendo loco. Había demasiada piel por todas partes y se desenfrenó totalmente, bombeando con su cuerpo sin saber lo que estaba haciendo. De repente, una preocupación asaltó su cerebro. Si para él sentirle así había sido un shock, no quería ni pensar cómo estaría César. Al verle la cara, supo que tenía que parar. Tenía los ojos fuertemente cerrados y respiraba aceleradamente. Se quedó quieto, mirándole sin separar sus cuerpos.

—¿Estás bien? —jadeó Jorge.

—No...

—¿Qué te pasa? ¿Qué sientes?

—Creo que me voy a correr... —dijo César sin abrir los ojos y sin moverse.

Entonces Jorge tomó una decisión. Si solo con eso iba a llegar, que así fuera. Poco a poco, tenía que acostumbrarse.

—Pues hazlo.

Empezó a moverse a la vez que se abalanzaba sobre su pecho. Esos músculos habían cambiado mucho. Estaban duros, entrenados, marcados y no pudo evitar morderlos con un gruñido. El roce de sus pollas duras y húmedas era demencial. Se clavó una vez más contra él engañando a sus ansias, y después metió la mano entre sus cuerpos para masturbarle mientras jadeaba en su oído. César se corrió con violencia con un grito sordo y Jorge disfrutó de ese sonido momentáneamente, pero cuando César recuperó la respiración, él se levantó de la cama y se puso los vaqueros. Fue al baño a por papel y lo lanzó encima de la cama sentándose en ella.

—¿Cómo estás?

—Bien, muy bien...

—Me alegro.

—¿Y tú? ¿No... has llegado, no?

—No, pero no pasa nada.

—Sí que pasa. No quiero que por mi culpa salgas mañana a sodomizar a un Jaime o a un Óscar.

—¿Qué? —dijo Jorge con sorpresa.

—Mientras me estés enseñando a... sentir, no quiero que estés con nadie más... —pidió César.

Jorge pensó en la poca lógica de esa reclamación. Él era una persona muy sexual, pero quería satisfacer sus deseos y que estuviera lo más cómodo posible con la situación.

—Pues no estaré con nadie, no te preocupes. Seré paciente. No tienes que hacerme nada.

—Pero quiero hacerlo... —dijo acercándose a él con miedo.

—Hoy no. —Jorge se levantó de la cama. Él también tenía que ir paso a paso, además no pensaba que César estuviera listo para hacerle una mamada o perder su virginidad que eran las dos cosas que le apetecían hacer en ese momento, cualquier otra acción sería más bien una tortura. César se vistió completamente en un silencio extraño, mientras Jorge permanecía apoyado en el marco de la puerta con las manos en la jamba superior.

—¿Irás mañana sábado a casa de tus padres?

—Sí —respondió César escueto.

—No dejes de entrenar, haz los ejercicios que te dije.

—Vale —concluyó César. Caminó hacia él, y Jorge se apartó de la puerta para dejarle pasar. Le acompañó hasta la salida, eran las dos de la mañana.

Jorge no sabía por qué César se había quedado quieto delante de la puerta del gimnasio sin decidirse a despedirse de él. Parecía querer decirle algo más respecto a lo que había sucedido la noche que salieron con Naia.

—¿Puedo cenar en tu casa? —preguntó de repente.

—Claro —reaccionó Jorge al momento.

Sabía que no subía solo a cenar. Se preguntó si sería buena idea estando el examen tan próximo, pero algo le decía que César había ido a pagar deudas, a resolver un asunto pendiente. Uno que ya había resuelto él muy a su pesar sodomizando a alguien como bien había predicho en el momento en que le pidió exclusividad. Se sintió culpable e incapaz de poder mantener su palabra, pero por otro lado, dio gracias a Dios porque si no lo hubiera hecho, esa noche en su casa no habría podido aguantar más y se lo habría follado contra la puerta de entrada sin más dilación.

SIN COMPROMISO

Zoe llegó a la terminal de llegadas de Barajas, sabía que Axel aparecería en cualquier momento. Había estado una semana fuera, su vuelta era abierta, y finalmente, le había avisado de que regresaba a Madrid el domingo siguiente.

Él le suplicó que fuera a recogerle y le llevara a casa. Sabía que odiaba llegar de un viaje y que nadie le recibiera, era como una manía suya, pero esta vez había algo más, y no tardó en adivinar lo que era cuando el martes pudo hablar con Naia en la oficina. Se había acercado allí a pesar de no tener trabajo a la vista a petición de Leo, porque según él, sus labios se habían amotinado y se negaban a hacer cualquier otra cosa que no fuera besarla. ¡Maldito embaucador! ¿Por qué los hombres de su vida ponían una excusa para pedir una cosa cuando en realidad querían conseguir otra? Estaba claro que ambos estaban cortados por el mismo patrón.

Cuando entró en CXL se encontró con Naia en el hall.

—Hola guapa —saludó Zoe sonriente.

—Hola ¿qué tal? ¿Aún no has muerto de felicidad?

Zoe se ríó.

—Todavía no.

—Me alegro mucho por ti, es genial que estéis tan bien —dijo con aire romántico—. ¿Vienes a verle?

—Sí, a darle besitos. ¿Tú cómo estás? —preguntó recordando que el viernes se había despedido en la fiesta con mala cara mientras ella bailaba con Leo.

—Tirando... —respondió Naia con la boca pequeña.

—¿Qué tal el fin de semana? —insistió.

—Mal. Axel y yo tuvimos una discusión de órdago, y el domingo por la mañana se fue a Londres.

—¿Por qué discutisteis tan fuerte? —preguntó curiosa sin poder evitarlo.

Naia se quedó pensativa, seguramente decidiendo si debía contárselo, pero al momento vio como se cabreaba de nuevo y supo que iba a cascarlo todo.

—Porque el sábado por la mañana cuando me desperté, Mar estaba en casa, desayunando felizmente con él.

—¡¿Qué?! —exclamó Zoe sorprendida.

—Sí, se liaron en la fiesta. Aunque según él ni se acostaron ni durmió allí —dijo incrédula.

—No lo entiendo —dijo ensimismada. Y era cierto ¿por qué Axel en vez de reaccionar a la conversación que tuvieron había decidido tomar ese camino y ser todavía más capullo?—. Eso no me cuadra, hablé con él la semana pasada y me dijo que...

—¿Qué? qué te dijo... —preguntó Naia expectante.

Esta vez fue ella la que se tomó su tiempo para pensar una respuesta que no fuera muy comprometida.

—Básicamente le hice ver que te castiga porque sigue enamorado de ti.

—¡Joder Zoe! ¡¿No tienes un teléfono para contarme ese tipo de cosas?! —

Pensaba que no haría falta, que intentaría recuperarte.

—¡Intentó hablar conmigo y lo mandé a la mierda! Dos segundos después se fue corriendo a liarse con Mar —dijo dolida—. O sea que eso de que está enamorado... me da la risa.

—¿Cómo sabes que se liaron?

—Porque lo admitió, pero según él no por los motivos que yo creo —dijo imitándole con voz ronca—. ¡Encima se cree que soy tonta! Pero da igual, discutimos bastante y es definitivo, el tema está cerrado, archivado. Todo está destruido —dijo zanjando el asunto.

—Ya veo —dijo Zoe pensativa. Pensó que tenía que investigarlo, quería saber la versión de Axel, le interrogaría cuando fuera a recogerle.

—La tensión en su casa es irrespirable, no sé que pasará cuando vuelva... Tú disfruta del amor, tengo que seguir trabajando. Hasta luego nena.

Naia se alejó de ella. Y Zoe se quedó momentáneamente chafada, una sensación que no tenía desde hacía días, porque había estado viviendo sumida en una bola de felicidad absoluta. Cuando su vista se desvió hacia el despacho de su... chico favorito, se lo encontró observándola. Una sonrisa apareció en su cara, y a ella se le derritió un poco el cerebro mientras sus pies avanzaban sin orden previa hacia él.

—Hola —dijo ella al entrar en el despacho y cerrar la puerta. Se quitó el abrigo bajo su atenta mirada, fue hacia su silla y se agachó para darle un beso.

Él tiró de ella y se la sentó encima dando la espalda a la cristalera.

—Hola mi niña —contestó justo antes de continuar besándola.

Ella aspiró su olor y le frió las neuronas, últimamente le obsesionaba su fragancia.

—Te eché de menos ayer —musitó ella contra su boca.

—Anda que yo... —dijo él mimoso besando su cuello y acariciando su tripa por debajo del jersey fino que llevaba.

El domingo por la mañana, se separaron para la puntual comida de Zoe con sus padres. Y el lunes, no pudieron verse porque ella había quedado con unas amigas para celebrar el cumpleaños de una de ellas y cenar juntas en un japonés. Por lo tanto, llevaban casi todo el domingo y el lunes sin verse, y sus ganas de estar juntos se habían colado en sus agendas de trabajo. Por suerte, tenían más huecos de lo habitual en ellas puesto que el mes de noviembre solía ser tranquilo. Con sus otras parejas, siempre se veía el fin de semana, esperaba las citas con ilusión pero no con desesperación. Que su fin de semana terminara el domingo por la mañana era una aberración, quizá algún día se atreviese a invitarle a comer con sus padres... No. Era demasiado pronto, y tenía miedo de llevarse una negativa que le escociera en alguna parte de su alma. Le conocía, no quería que pensara que ella necesitaba más

de lo que tenían, porque lo cierto es que así era muy feliz, pero también sabía que pronto llegaría el día en que tuviesen que definir los límites de lo que estaban viviendo, y sabía exactamente cuando sería, el día que él la invitara a pasar la noche en su casa.

En la fiesta del viernes en la Sala Oasis, había surgido el primer tropiezo contra la realidad. A medida que avanzaba la noche, muchos ojos femeninos acechaban a Leo sin disimulo, y no podía culparlas, era una molestia que venía con el lote. Ella quería darle libertad, no quería estar pegada a él toda la noche, intentó quitarle hierro y se puso a hablar con Jorge y César, y más tarde a bailar con Naia y con otros conocidos que se encontró en el bar. Leo habló con varias chicas, no podía impedirle que regalara sus sonrisas de Casanova a cualquiera que se le acercara, él era así, tenía que aceptar con quién se estaba acostando. Ella prácticamente ignoraba a los chicos que le pretendían, como el que le habló en la barra cuando fue a pedir su segunda copa, o los dos que no dejaban de mirarla y cuchichear cuando fue al baño con Naia. Intentó estar relajada y no fijarse mucho en lo que estaba haciendo Leo, ni con quién. No era una persona celosa, y no quería empezar a serlo. Sin embargo, él le sorprendió haciendo algo que no esperaba para nada. Había comenzado a sonar la canción del verano de Alejandro Sanz, “Deja que te bese” y de pronto alguien le agarró de la cintura y la separó del resto buscando su boca. No tenía nada en contra de que la besara en público, al contrario, pero fue inesperado. Leo no le dio importancia a que Axel estuviera delante, parecía que a esas horas de la noche ya estaba todo permitido.

Deja que se enteren... Como yo te quiero y como tú me quieres... Deja que nos miren, cuando te enamores no te quejes, deja que mi alma brille...

Susurraba las palabras contra su sien mientras bailaban lentamente contoneándose de lado a lado. Ella se olvidó de todo lo que había alrededor, la música estaba hablando por ellos de cosas que solo se atrevían a cantar, pero sus roces, sus caricias y sus besos, confirmaban la letra.

Tu eres una necesidad, y solo con un par de besos, tú puedes derretir mi fuego, puedes incendiar mi mar...

La maldita canción daba en el clavo perfectamente, al menos en cómo se sentía ella. Leo le afectaba de maneras imposibles pero lo más impactante fue cuando llegó su parte favorita de la canción, pensó que se moría cuando él se la susurró al oído grabando las palabras a fuego en su piel:

Me he enamorado, nunca lo olvides... No ha sido fácil porque muero en tus perfiles... Me has atrapado, no te confíes... Deja que te bese, te prometa y deja que te olvide...

Cuando la besó, se dio cuenta de que el borde del abismo que siempre temió volver a ver estaba muy cerca. Era un miedo irracional a perderle. Esas manos en su espalda dándole calor, esa boca que le sacaba sonrisas a todas horas, ese brillo en sus ojos al mirarla... Una sensación extraña le oprimió el estómago de forma desagradable. Sabía que él estaba encoñado, pero puede que esa fase fuera efímera, ¿hasta cuándo duraría todo aquello? Porque ella acababa de firmar su “para siempre” con esa declaración escondida en ese baile. Menudo papelón... pero no iba a hacer nada, solo dejarse llevar, disfrutarlo y juntar los trozos el día que su corazón se rompiera en mil pedazos. Estaba preparada para decirle que le quería, y puede que fuera pronto, pero tenía muy claro que su caso era el típico de “Te quiero hasta cuando te odio”. Fuera como fuera, ya le amaba, y no podía hacer nada por evitarlo.

Esa misma noche llegó la hora de la verdad. Él le ofreció ir a su casa y no quiso rechazarle. Ella estaba más cómoda en la suya por una razón muy simple: Cuando se acostaron el día de Halloween, él le dijo que la habitación de abajo era para el “folleteo barato”, y sabía que era cierto. Conociéndole, estaba segura de que jamás subía a ninguna chica a la habitación de arriba, que era donde él dormía. Esos eran sus dominios, y cuando le negara la entrada, una fea mancha aparecería en su historia de amor perfecta hasta la fecha. No quería entristecerse. Otra posibilidad era que fueran a su casa y evitaran las habitaciones, montándose en el sofá, pero ese también era un sitio en el que sabía que había estado con mil chicas por sus descaradas habladurías a lo largo de los años... Sin embargo, en su casa todo era especial, no había comparaciones. Decidió que tarde o temprano tendría que enfrentarse a ese hecho y asumir el veredicto de lo que ella significaba realmente para él. Esa noche, su cerebro intentaba convencerle de que era buena idea ir allí amparándose en que le había cantado ese trozo de canción al oído. Su maldito romanticismo no veía que puede que simplemente le gustara esa canción. Por eso cuando él se lo propuso, aceptó con algo de miedo, pero sin poder resistirse.

Se fueron de la fiesta sobre las cuatro de la mañana, él le ofreció una copa al entrar en su piso, y notó al momento que era un modus operandi

automatizado, aún no habían comenzado a besarse y ya se sentía como una más de sus conquistas.

—No, gracias —dijo ella rechazando el trago. Tampoco tenía intención de sentarse en el sofá y empezar a magrearse.

Él se quedó parado sin saber qué hacer. Parecía un robot averiado en una cadena de mando, iba cambiando el peso de un pie a otro intentando decidir hacia dónde ir.

—Voy al baño —anunció Zoe para ganar tiempo y dejarle pensar. Estaba nerviosa, habían pasado ocho días desde la inauguración, debería bastarle con enrollarse con él en cualquier parte, pero ella ya estaba más allá de ese punto.

Cuando salió del servicio él la estaba esperando en la cocina.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó vacilante—, suelo comer un poco cuando llego a estas horas a casa.

Era un buen comienzo que él actuara con ella como lo haría si estuviera solo. Con comodidad, en confianza, nada de poner más copas.

—¿Comida? Sí, me apetece —aceptó sonriente.

Él preparó rápidamente un par de sándwiches mixtos y los metió en una sandwichera retro; Sirvió dos vasos de agua y se acercó a ella para dárselo. Cuando la cogió de la cintura, un beso lento y apacible surgió entre ellos, después apoyó su frente en ella.

—Estoy agotado.

—¿Si? —respondió ella acariciándole los lados de la cara. Él asintió rozándose contra su mano.

—Hoy he madrugado, he tenido que hacer mil cosas —dijo con los ojos cerrados.

La luz del aparato se apagó y él sacó los sándwiches para depositarlos en un plato. Se sentó en un taburete de la isla de la cocina y arrastró a Zoe poniéndola de espaldas a él mientras le besaba el cuello y la abrazaba con las piernas, ella se recostó contra él.

—Todavía queman —dijo advirtiéndole sobre el tentempié de medianoche—. ¿Te has fijado en Jorge y César esta noche? —preguntó de repente Leo.

—Sí, he hablado con ellos. Jorge le está ayudando a preparar las pruebas físicas, las tiene este martes.

—¿No notas algo extraño entre ellos?

—¿Estás celoso porque te ha robado a tu novio? —sonrió Zoe girando la

cabeza.

Leo dibujó una sonrisa triste en su boquita de piñón.

—No es eso... Es cierto que antes estábamos mucho juntos, pero yo ahora te tengo a ti, y él tiene a Jorge —explicó.

“Te tengo a ti”, esas palabras casi le cuestan un grito de júbilo, pero consiguió permanecer callada.

—Jorge es gay... —sentenció Leo dejando la frase de lo que realmente pensaba en el aire.

—¿Y piensas que quizá César también lo sea?

—No, no creo que César lo sea —dijo Leo muy seguro de sí mismo. Ella se sorprendió. Se habría jugado el brazo a que se atraían. Lo pensó desde el primer momento en que los vio juntos, y no solía equivocarse con ese tipo de instintos. Cuando salió a la luz que era el prometido de Naia, se quedó desconcertada y descartó esa teoría, pero las miradas y los gestos que había visto esa noche estaban muy claros para ella: Estaban liados y bien liados.

—Yo pensaba que César era asexual —expuso Leo.

Ella se alteró por el término utilizado, sabía que César había estado con muchas mujeres.

—¿Asexual? Pero si ha estado con chicas...

—Eso no tiene nada que ver —empezó a explicarle él—, muchos asexuales practican sexo, bien por presiones sociales, o por su pareja, pueden masturbarse, no es que no sean capaces de hacerlo, simplemente no tienen la necesidad de hacerlo, de buscarlo, no sienten atracción hacia nadie, ni deseo de tener relaciones sexuales. Hay más gente de la que crees en esa situación, pero no saben por qué. Es una orientación sexual más, son así, no es algo que se escoja. Conozco a César desde los veinte y jamás ha iniciado una caza de chicas o ha insinuado que le gustara alguna, que le apeteciera alguna, o sencillamente que tuviera la necesidad de tener sexo con alguien de cualquier sexo en algún momento. Puede prescindir totalmente de él, y se nota que no le interesa el tema en absoluto. Eso no significa que no pueda follarse a una tía si se lo propone, pero no siente las mismas cosas que yo al hacerlo, lo sé. Sin embargo esta noche... todo era diferente. He notado algo extraño en él, un nerviosismo que no le es propio, unas sonrisas de prelude... no sé cómo explicarlo —dijo pasando la mano por el pelo—. Tenían un juego que suele fingir sin mucha ceremonia con las chicas con las que ligábamos, pero esta vez era real.

—¿Por qué no le preguntas sobre ello?

—César es muy especial —dijo chasqueando la lengua—, al margen de este tema, está su forma de ser. La primera vez que me llevó a su casa, sus padres y su hermano alucinaron. Estoy seguro de que pensaron que éramos pareja. Cuando quedó aclarado que no, parecían todavía más sorprendidos de que solo fuéramos amigos. Un año después, volví por allí, y su hermano me dio el teléfono de una psicoterapeuta a la que César había visitado alguna vez, solo por si acaso me dijo, y me mandó un email con su diagnóstico. En resumen, es una persona con bastantes problemas emocionales. Estoy preocupado por él... Está cambiando, desde que conoció a Jorge es muy diferente.

—Jorge me cae bien, me parece una buena persona.

—Tú también lo pareces, y no quita para que puedas destrozarme con esa lengua viperina que tienes —dijo medio en broma.

—¿Ah sí? —dijo ella dándose la vuelta ufana.

—Sí. Ahora mismo podrías hacer conmigo lo que quisieras... y lo sabes —dijo él acercándose a sus labios.

Ella sonrió esquivándole.

—¿Y si te digo que quiero dormir en tu cama? Que no soportaría que decidieras dormir conmigo en la habitación de abajo, la del “folleteo barato”... —dijo con la boquita pequeña.

Él ofreció una sonrisa culpable al recordar esas palabras.

—Te diría que serías la primera chica que sube al piso de arriba y logra conquistar mis aposentos —musitó buscando sus labios.

Su respuesta ambigua le hizo recular, y cortar pronto ese beso.

—Ya están fríos —dijo ella girándose y cogiendo el plato de los sándwiches. Comenzó a comerse uno mientras se sentaba en el otro taburete.

Él la miró fijamente a la vez que le daba un mordisco al suyo. Un silencio dominó la estancia, y esta vez no era hambre, sino sentimientos y miedo rebotando en el espacio. Leo terminó en pocos bocados y se dispuso a ordenar las cosas en la cocina. Ella quiso hacerle creer a su sistema nervioso que estaba concentrada dándole vueltas al tema de César y su sexualidad, pero cuando Leo se acercó por detrás y le cogió de la mano, su corazón empezó a palpitar frenético.

—Vamos —dijo nervioso rumbo a las escaleras. Las subieron en silencio, y al llegar a su habitación se fijó en los detalles. Estaba ordenada, toda la

cama era impecablemente blanca, y sonrió al pensar que era muy apropiado porque la pobre era condenadamente virgen. Había un equipo de música con bastantes CDs antiguos alrededor y una estantería enorme llena de libros.

—¿Aquí es dónde escondes que te gusta leer? —le vaciló.

—Exacto. Ahora sabes mi secreto, no se lo digas a nadie —respondió acercándose a ella con una sonrisa especial.

Se miraron a los ojos, y lo que vino después fue totalmente nuevo para los dos. Mientras se desnudaban, todo eran caricias suaves, roces húmedos de labios y respiraciones profundas. Cuando se metieron en la cama, los preliminares fueron para volverse literalmente loca. Ella estaba asombrada por la ternura con la que él le estaba tratando, pero no tenía ninguna intención de quejarse. Cuando él decidió que era el momento adecuado, se colocó entre sus piernas.

—En esta cama no se folla, aquí solo se hace el amor —dijo justo antes de hundirse en ella. Su cuerpo, su corazón y su alma se abrieron a él como nunca lo habían hecho con nadie. No le había escuchado decir que la quería, pero ella lo había oído en sus besos, en sus caricias, en sus palabras...

De repente la puerta del coche se abrió y Axel asomó la cabeza.

—¡Hola Zoe! Gracias por venir a recogerme.

—¡Hola Tigretón! ¿Qué tal te ha ido en la Gran Bretaña?

—Bien...

—¿Te llevo a casa y me invitas a cenar?

—¡Eso sería genial! —exclamó él con más énfasis de lo normal.

Estaba nervioso, se le notaba, necesitaba un escudo y ella se prestaría a ello porque sabía que Naia y Axel estaban sufriendo. Necesitaban un buen empujón, y ahora que su vida amorosa iba a toda vela, tenía tiempo para intentar resolver la de los demás.

UNA CUESTIÓN DE TIEMPO

Axel se subió en el coche de Zoe después de meter la maleta en el maletero. personajes

—¿Qué tal todo por aquí? —le preguntó cuando se incorporaron al tráfico.

—Bien, estuve en las oficinas esta semana, hablé con Naia.

No pudo evitar tensarse, ¿qué le habría contado Naia de su reciente discusión?

—¿Qué te dijo?

—Hablamos de fútbol, no te jode... ¡¿Tú qué crees?! ¡Axel, ¿qué coño has hecho?! —preguntó Zoe enfadada.

—¿Quieres saberlo o ya me has juzgado tú también sin saber nada?

—Empieza a contarme. Sé que te liaste con Mar, no intentes negarlo.

—No iba a hacerlo.

—¡¿Por qué Axel?! —exclamó ella maldiciendo.

—¡Porque quería ayudarla!

—¿Qué? —dijo Zoe anonadada.

—Le pedí un favor a Mar para darle una sorpresa en la fiesta a Naia, quería pedirle perdón de una manera original. Me ayudó, y me dijo que qué bonito era el amor, acto seguido se echó a llorar y me contó sus penas. Sergio y ella tienen un turbio tira y afloja desde hace tiempo, y me confesó que se puso bastante celoso cuando tonteó conmigo la otra noche y el día de Halloween. Me suplicó que la ayudara, pero no tuve tiempo ni de contestarle, lo tenía todo planeado para que Sergio nos pillara en el almacén, y lanzarse a mis brazos en el momento clave. Al notar la presencia de Sergio detrás mío decidí seguirle el juego y ayudarla, y como siempre, ninguna buena acción

queda sin castigo —resopló enfadado—, Mar consiguió su cometido, Sergio tenía un cabreo de mil pares, y no dudó en decirme lo que opinaba de mí, teniendo a una mujer como Naia esperándome en casa... ¡Manda huevos! Me dejé el móvil en el almacén y Mar me lo trajo a casa el sábado por la mañana, para pedirme perdón por la encerrona y darme las gracias.

—Joder...

—¡Sí, exacto!

—¿Pero por qué no se lo explicaste a Naia?!

—¡No quería escucharme! y tampoco me hubiera creído, estaba muy irascible. Le pregunté si sentía algo por mí y después salió a colación el tema del dinero. Le solté una burrada sobre que quería que me lo quedara para que la dejara en paz... —dijo afectado.

—Mierda Axel, ¿te has vuelto loco?

—Creo que sí —se lamentó hundiendo las manos en su pelo—. Me dijo que no quería saber nada del dinero ni de mi y me pareció que era una cosa por otra... Todo se fue a la mierda —dijo rendido.

—¡Tienes que arreglarlo!

—No puedo, se echó a llorar, la besé y me dijo que parase. Me echó en cara que desde que empezamos había besado a tres chicas a parte de a ella y que no era su forma de hacer las cosas. Puede que tenga razón, puede que me esté volviendo loco, sea como sea, se ha terminado.

Zoe se quedó callada, si ella no encontraba una solución nadie lo haría. Llevaba una semana haciéndose a la idea de que Naia iba a abandonar su casa, nada más llegar a Londres se dio cuenta de que esa semana, el viernes, era la operación de Martina. Llamó a Isabel para avisarla de que casualmente estaba allí y para que contaran con él para lo que necesitaran. No había cogido hotel, se hospedaba en casa de Erick, el hermano de César, y finalmente decidió quedarse el fin de semana para ayudar con Martina. Lo más probable es que no hubiera llamado a Naia para decírselo, pero se sintió en la obligación de hacerlo cuando el miércoles recibió una llamada del colegio de Adriana diciendo que nadie había ido a recogerla a las cinco. Se volvió loco, empezó a hacer llamadas, primero a su ex que no le contestó, después a sus suegros. Éstos le dijeron que estaban de crucero por Los Fiordos Noruegos, y que Bea estaba invitada a una inauguración de una nueva bodega en La Rioja, y que contaba con que él recogiera a la niña como todos los miércoles.

—¡Si le dije que esta semana estaba en Londres haciendo un curso!

—No sé hijo, se le habrá olvidado a la pobre... tiene tantas cosas en la cabeza ahora que es madre soltera —dijo su suegra, que era una de esas personas a las que le gusta lanzar la pullita a la mínima ocasión.

—¡Joder, es increíble!

—Dile a tu nueva mujercita que vaya a buscarla, ahora también es su hija.

Era lo que le faltaba por oír. Colgó el teléfono y pensó rápido. Era un tema peliagudo, pero no le quedaba otra opción. Llamó a Naia por teléfono y no contestó, finalmente llamó a la agencia y la voz que estaba buscando respondió.

—¿CXL, buenas tardes?

—¡Naia! ¡Gracias a Dios! Hay un problema, necesito que vayas a recoger a Adriana al colegio, Bea no ha ido, no está en la ciudad, no se ha acordado de que esta semana estaba en Londres, y sus padres están de vacaciones. ¿Puedes ir a recogerla, por favor? —dijo de carrerilla con aprensión en la voz.

—¡Pobrecilla! —exclamó ella, que era como debería haber reaccionado su suegra—. Estoy en la oficina, estaba a punto de irme... ¿Qué colegio es? ¿Me la van a dar así sin más?

—Colegio San Patricio, está en el Paseo de Alcobendas, número nueve. Te la darán... ve con el DNI, te apunté hace semanas como autorizada.

Ella se quedó callada procesando la información.

—Vale... Cuando la tenga conmigo, te escribo un WhatsApp, ¡hasta luego! —dijo colgando con prisa.

—Muchas gracias... —dijo él a la nada.

Cuando colgó el teléfono cerró los ojos y lamentó profundamente haber acabado tan mal con una chica como esa. ¿Cuál había sido el error? ¿Enamorarse, tal vez? Puede que sí...

Media hora después le llegó un WhatsApp.

—*La tengo. Estamos comiéndonos un gofre de chocolate, y pronto iremos a casa a ver "Frozen". Le acabo de comprar el disfraz de Ana, está contenta, no te preocupes.*

La tranquilidad que le invadió fue directamente proporcional al arrepentimiento que sintió por tratarla como lo había hecho, por no gritarle que la quería cuando le dijo que había querido protegerle de un matrimonio forzado, por no abrazarla cuando todo se estaba deshaciendo ante sus propios

ojos, por no besarla y decirle en esa ducha que no quería volver a separarse de ella nunca más. El dolor que sentía en el pecho era muy distinto al dolor que notó cuando se sintió traicionado. Era un dolor de pérdida, sin vuelta atrás, el que queda cuando ya no hay nada que hacer ni qué decir, pero aún así, ella respondía así a una llamada de socorro, y eso calentaba peligrosamente los restos de esa hoguera que, a día de hoy, notaba seca y disponible para volver a arder.

El viernes, cuando los médicos les comunicaron que la operación de Martina había salido perfectamente, llamó a Naia. Se lo debía, aunque primero le mandó un WhatsApp para que supiera que iba a llamarla por ese motivo y le cogiera el teléfono.

—Acaba de terminar la operación de Martina, en principio todo ha salido muy bien, estoy con Isabel y Fernando en el hospital, voy a quedarme en Londres hasta el domingo, te llamaré en cuanto la niña se despierte. Espero que estés bien...

Le respondió con un “Gracias por estar ahí”, y horas después, aunque eran las once y media de la noche, le cogió el teléfono.

—¡Hola! ¡¿Cómo está?! —preguntó Naia expectante.

—La princesita se ha despertado y tiene hambre —dijo él sonriendo.

—¡Menos mal! —respiró ella aliviada.

—Isabel está hablando con sus padres y hermanos, le he dicho que te iba a llamar, pero te llamará ella más tarde.

—Gracias, gracias, gracias, gracias... —dijo ella emocionada—. Gracias por llamarme y por haberles acompañado, te lo agradezco ¡de verdad!

—No ha sido nada, estaba aquí... —dijo él queriendo decirle cien cosas más.

—Gracias por hacerlo posible... solo por eso tendríamos que estar contentos en vez de... —se le rompió la voz y él quiso estar en Madrid para abrazarla, el problema es que no sabría si después podría soltarla.

—Tienes razón... —dijo Axel arrepentido—. Puedes estar tranquila, Martina está bien, pronto estará en casa.

—Gracias...

—Buenas noches, Naia.

—Buenas noches, Axel.

Zoe y él llegaron a su casa. La necesitaba, no podría soportar entrar a su

piso y que Naia le ignorase. Después de las dos conversaciones telefónicas estaban en una situación cordial que no quería perder por vivir una situación extraña al aparecer él solo en casa. Si Zoe le acompañaba, no se escondería en su habitación, lo que no esperaba es la encerrona que le hizo su querida mejor amiga.

—Naiaaaa —gritó Zoe nada más abrir la puerta. Axel puso los ojos como platos, miedo le daba cuando empezaba así.

—Ni se te ocurra —susurró Axel.

Naia salió de su habitación con su nuevo look, un chandal rosa que se había comprado y que, sinceramente, seguía haciéndole un culo estupendo.

—Hola —dijo Naia sorprendida pero contenta de ver a Zoe.

—He ido a buscar al muñeco al aeropuerto —saludó su amiga—. ¿Cómo te va?

—Bien... ¿Te quedas a cenar?

—¡Claro! Enséñame la alcoba donde te pasas día y noche encerrada, por favor.

Axel puso los ojos en blanco. Madre mía.

—Hola —le dijo Naia de pronto.

Él reaccionó a su tono como cuando una cría responde a la llamada de su madre. Se irguió y estuvo atento a cualquier mensaje corporal.

—Hola... —respondió.

—¿Qué tal el curso? —preguntó ella cortada.

—Bien... ha sido... muy interesante —dijo intentando que sus ojos no resbalaran por su cuerpo—. ¿Tú qué tal por aquí? Ya he visto los informes que me has mandado al email...

—Sí... pues eso... poco más que contar.

—Eo... estoy aquí. ¿Queréis que os deje solos? —preguntó Zoe con guasa.

Le entraron ganas de cortarle el cuello.

—¿Qué queréis cenar? —preguntó Axel llevando la maleta a su habitación. Eran las ocho y media de la tarde y tardarían mínimo una hora en traer cualquier cosa.— ¿Pedimos algo a domicilio?

—¡Sí! —exclamó Zoe—. ¡Tengo hambre! ¿Os apetece chino?

—¿Te gusta la comida china? —le preguntó a Naia en un tono que quería ser amable.

—Sí. Los rollitos y el arroz tres delicias —contestó ella con timidez.

—Vale, voy a pedir.

Naia y Zoe se sentaron en el sofá y se pusieron a cuchichear. Axel cogió una cerveza de la nevera y se puso a revisar emails en el ordenador.

Llevaba semanas intentando conseguir un evento importante para el sábado siguiente, y cuando estaba en Londres habían dado luz verde a la contratación del mismo, había muchas cosas por hacer. Se trataba de una gala benéfica de la *jet set*, unos amigos de sus padres la organizaban cada año coincidiendo con Acción de Gracias en Estados Unidos. De repente, vio un email de sus padres informándole que acudirían a la gala y que estaban deseando conocer a su nueva esposa. “¡Hay que joderse!”, resopló. Decidió alejarse momentáneamente del ordenador para ver si a su vuelta ese maldito email había desaparecido, pero no hubo suerte.

—Axel cielo —le llamó Zoe.

—Qué —respondió distraídamente.

—¿Qué vas a hacer en el puente de la Inmaculada?

—No lo sé... —dijo titubeante. Y era cierto, su vida no estaba para programar nada.

—¡Pingüi y yo queremos ir a esquiar!

—¿Quién es pingüi? —preguntó Axel desconcertado.

—Leo.

—Joder... —resopló divertido apretándose los ojos. Naia empezó a reírse y el sonido le pareció lo más maravilloso que había oído en ese piso desde hacía muchísimo tiempo. Tenía una sonrisa preciosa en la cara y no podía dejar de mirarla.

—Tierra llamando a Axel... —dijo Zoe.

—¿Qué? —reaccionó.

—Que si podemos ir al apartamento de tus padres en Baqueira en el puente de diciembre para ir a esquiar. Podríamos ir del cinco al once.

—Claro, id si queréis —aceptó él.

—¡Podríamos ir todos! —gritó Zoe de repente.

Axel se asustó del grito que pegó. ¿Qué pretendía esa loca?

Naia se quedó callada.

—¿Tienes a Adriana? —preguntó Zoe.

—No, se va con su madre de viaje.

—Pues ya está, ¡es perfecto!

Axel miró a Naia y esta rehuyó su mirada.

—Naia ¿sabes esquiar? —le preguntó para tantearla.

—Sí, bueno, no voy desde que era pequeña, pero sí... —dijo cohibida.

—¿Te gustaría ir?

—Yo... ya he hecho planes con Isa para ir a su pueblo. Solemos ir todos los años y... hace tiempo me comentaste que ibas a hacer un viaje con tus amigos, así que...

—Sí, todos los años solemos irnos a algún lado, pero este año César tiene el examen el día cuatro de diciembre y Leo tiene a una Zoe pegada a la espalda —sonrió Axel.

—Más bien yo lo tengo pegado al culo.

—Prefiero no saber detalles —adujo Axel.

—Bueno, seguro que lo pasáis muy bien... —dijo Naia.

Zoe se fue poco después de terminar de cenar, pero consiguió que Naia y él hablaran más en un par de horas de lo que habían hablado en las últimas dos semanas. Él le debía a ella el favor de recoger a Adriana y cuidar de ella hasta que al día siguiente volvió a llevarla al colegio para que la recogiera su madre a las cinco, y ella estaba en deuda con él por haber acompañado a sus amigos durante la operación de Martina. Se había instaurado una especie de tregua entre ellos capaz de mantener el frágil equilibrio que tanto necesitaban últimamente.

Se desearon buenas noches y a la mañana siguiente desayunaron apaciblemente en la cocina en un silencio cómodo.

—Tengo que ir a hablar con un cliente ahora, ¿nos vemos luego en el despacho? —preguntó Axel con cautela. No sabía si iba a continuar escondiéndose en la sala de fotografía.

Ella le observó con sus ojos ámbar, parecían haber recuperado un brillo esencial para él. La tristeza, el enfado y la angustia habían quedado atrás, ahora había templanza, conformidad y una lenta y resignada sanación.

—Sí, hasta luego —dijo despidiéndole antes de salir por la puerta.

Esa semana fue de locos, como casi siempre que tenían un evento importante, habían trabajado a destajo negociando con los patrocinadores cómo organizar la gala benéfica. Era un evento que les daría caché y todo debía salir más que perfecto. Repartir pronto las invitaciones era crucial, el diseño, el estilo, todo debía respirar glamour, y una vez más, Naia logró sorprenderle, dándose cuenta de que ese tipo de fiestas eran precisamente su

especialidad.

En casa habían conseguido que reinara la corrección durante las cenas, que es cuando realmente coincidían. Él se sentaba en el sofá con el ordenador después de cenar, y ella veía la tele o leía un libro. Todo era sencillo, fácil, hasta agradable, pero de algún modo, impersonal. Había un nuevo respeto en el aire, como el que se tiene cuando compartes espacio con un desconocido y tratas de ser cortés y educado. El jueves por la noche, se decidió a comentarle a Naia dos temas que había intentando retrasar lo máximo posible. El email de sus padres le taladraba el cerebro, y también otro de Sergio alegando que lo que quisiera hablar con él lo hiciera mediante Naia. Por lo visto estaba más cabreado de lo que pensaba, puede que Mar le gustara de verdad.

—Naia por favor, mañana asegúrate de que Sergio haya hecho el pedido de bebidas que le encargamos —solicitó Axel.

—Tranquilo, esta tarde hemos quedado y me ha dicho que lo tiene todo listo.

—¿Habéis... quedado? —preguntó sorprendido.

—Sí, el sábado fui a la Sala Oasis. Me pidió que fuera para hablar de unos asuntos.

—¿Qué asuntos?

Ella le miró desafiante.

—Perdona... ¿eran de trabajo?

—No.

Un silencio cayó entre ellos. Axel no sabía qué pensar. ¿Qué significaba aquello?

—Es muy buen tío, muy leal. Nos hemos hecho algo así como amigos.

Blanco y en botella. ¡La leche! Seguro que le había ido con el cuento de Mar, sin saber que ella ya lo había descubierto por sí misma de buena mañana.

—Le he contado la verdad sobre nosotros, el pobre estaba sufriendo por mí, y le expliqué que eras libre para hacer lo que te apeteciese.

Le hubiera gustado entrar al trapo en plan bruto aclarando diversas cuestiones, pero lo único que oyó es que a Sergio le había quedado claro que por esa regla de tres, ella también lo era. Celos. Celos revolviendo sus entrañas, pero no le convenía tener una pelea, aún quedaba la otra cuestión.

—Quiero pedirte algo... —comenzó Axel.

Ella puso cara de espanto, quizá pensó que iba a decirle algo relacionado

con Mar, pero nada más lejos de su intención que seguir aireando secretos ajenos.

—Ya sabes que el organizador de la gala es íntimo amigo de mis padres...

—Sí... —contestó confusa.

—Me han avisado por email que van a venir en calidad de invitados — dijo reticente.

Ella tragó saliva visiblemente asustada.

—Quieren conocerte... —dijo él en tono culpable.

—Pff —resopló ella.

No era la respuesta que esperaba.

—Huelga decir que no saben que todo esto es una farsa. No lo entenderían, y no me gustaría que lo descubrieran y pasarme el resto de mi vida dando cientos de explicaciones que jamás aprobarían.

—Claro, fingiremos, no hay problema.

—Gracias. Eh... una cosa más, ¿tienes algún vestido de fiesta? Algo que sea... muy elegante.

—Me las apañaré —respondió ella.

—Gracias por hacerme este favor... y... el de recoger a Adriana.

—No fue nada. Estuvo bien pertenecer al club “me han hecho un hijo” por un día.

—¿Qué? —sonrió Axel confuso.

—Sí, ya sabes. Iba con Adriana de la mano saliendo del colegio y todas las madres me miraban como si perteneciera a un club secreto. El de “me han hecho un hijo y estoy orgullosa”.

Axel empezó a reírse. De repente, no podía parar. Naia se contagió y por primera vez desde hacía infinidad de tiempo le pareció que el mundo volvía a girar en el sentido correcto.

Llegó la noche de la gala y fue un día de preparativos durísimo. La fiesta era en la vivienda de los promotores del evento, es decir, una casa en La Moraleja de extensiones considerables. Hubo que adaptar tanto el espacio exterior como el interior, la decoración, la ambientación, la música, calefactores para estar en el jardín, un follón de puta madre, pero una vez más, todos estuvieron a la altura. Sobre las siete de la tarde, volvieron a casa para cambiarse de ropa, aunque estaban agotados, la adrenalina mandaba. En ese evento facturarían una cantidad nada desdeñable y todo tenía que estar

impecable. Dejó que Naia se duchara en primer lugar puesto que tenía más trabajo para arreglarse y tenían poco tiempo. A él le gustaba ir de negro cuando estaba al mando de un evento, se puso un traje de Armani que tenía hace años y una camisa negra de Ermenegildo Zegna con una pajarita a juego. Estaba nervioso por ver a sus padres, y en cuanto fue la hora de irse, Naia salió de su habitación como si fuera la jodida cieniente. Se quedó boquiabierto. El corazón comenzó a latirle deprisa sin permiso, y tuvo que tragar saliva porque no le salían las palabras.

—Estoy lista, ¿nos vamos?

Él tardó en contestar, el vestido que llevaba era difícil de describir: impactante, sofisticado, sensual, romántico, inalcanzable... Era un complejo armado de pedrería, transparencias y encaje que te dejaba completamente alucinado. En azul noche, el cuerpo del vestido era un tul que dejaba entrever su piel en algunos puntos. Tenía manga a dos tercios del brazo y un escote elegante. El encaje fino y la perdería ocultaban zonas concretas de su cuerpo no dejando ver nada, en contrapunto con las que su piel se intuía a través del tul. El vestido subía por su cuello tapando la zona de las clavículas y la parte de abajo era de corte sirena, la gasa se ondulaba un poco y arrastraba una parte por el suelo. Era verdaderamente impresionante. Llevaba el pelo recogido en un moño alto completamente redondo y perfecto, y tenía los labios pintados en uno de los cinco mil tonos que existen entre el rojo y el rosa. Estaba espectacular. Caminó hacia la puerta y pulsó el botón del ascensor, habían estado usando el coche de ella, y volverían a la gala en él.

Meterse en el ascensor con ella no hizo que su corazón ralentizara el ritmo, al contrario. Ella observó su ropa y se reservó un comentario, pero ya había aprendido que él no era tan fuerte cuando se trataba de ella.

—Si no lo digo, reviento: Estás espectacular... —dijo Axel abrumado.

—Gracias —respondió ella con media sonrisa—. Tú tampoco estás mal.

Se montaron en el coche sin decir nada más. Ella le había tendido las llaves justo antes de llegar al Range Rover, y al agarrarlas había rozado su mano levemente. Su sentido del tacto pareció despertar de un trance instándole a tocarla otra vez, y tuvo que luchar contra él para no volver a hacerlo. Sin embargo, se dio cuenta de que tendría que tocarla muchas veces más a lo largo de esa noche, iba a ser una tortura, y se preparó para hacer frente a tres rivales en las próximas horas: sus padres, la gala y el vestido de Naia.

LA DELGADA LÍNEA ROJA

César atravesó las puertas de la mansión cinco minutos antes de las doce de la noche, en dirección a la salida. Su huida no estaba relacionada con convertirse en calabaza, sino con el fin de su paciencia por estar rodeado de gente tan esnob. Ese tipo de fiestas no eran para él, y no podía creerse que hubiera discutido con Jorge por su negativa de acompañarle como invitado. En momentos así, saltaba a la vista quién era realmente el más inteligente de los dos, pero él no podía dejar de ir porque sus padres habían sido invitados y esperaban verle allí. No le apetecía que pensaran que era más raro de lo que ya creían.

Había sido un puto error, ahora lo veía. A duras penas había mantenido la calma cuando su madre le presentó a una jovencita con fines románticos. Un buen partido, le susurró al oído, hija de médicos, guapa y con unas caderas prominentes para darle muchos nietos. ¡Ya tenía edad de echarse novia! le dijo, y en ese momento le dieron ganas de gritarle que él ya tenía novio. Aunque no oficialmente, sino un sucedáneo. Un novio que no dudaría en esposarle si volvía a soltar una gilipollez parecida. Era la primera vez que se mordía la lengua en su vida, otra novedad, pero su instinto le advirtió que no

estaba listo para soltar semejante perla. Sin embargo, le instó a abandonar la fiesta e ir en busca de Jorge para reivindicar con fuerza sus verdaderas apetencias.

El domingo antes del examen, cuando le propuso subir a cenar a su casa fue el principio de todos los nuevos cambios que se habían sucedido hasta entonces. Jorge se puso a cocinar arroz con pollo, la comida de los deportistas, mientras él andaba como Pedro por su casa de una habitación a otra para acabar tumbándose en su cama con un libro de criminología en la mano.

—¿Qué haces? —preguntó Jorge desde la puerta de su habitación.

—Leer, he encontrado un libro interesante.

—Cuando entres en la academia de Ávila te harán leer varios libros de ese estilo, estudiareis casos y perfiles conocidos de criminales, mi asignatura favorita era la psicología criminal.

—Para el examen teórico no tengo problema, pero puede que para el tercer examen de caso práctico de enero sí necesite tu ayuda.

—Claro, lo que necesites —dijo Jorge sonriente. Entró en la habitación y se sentó en un lateral de la cama. Se tumbó de forma ortogonal a César dejando los pies en el suelo—. Joder —resopló—, mañana es mi primer día de curro después de dos semanas, solo pensar en la de papeleo que tendré acumulado encima de la mesa me entra el agobio —dijo pasándose las manos por el pelo y cruzándolas detrás de su cabeza.

César se incorporó y se acercó a él. Se fijó en que la camiseta se le había subido un poco por la nueva postura adquirida, y había una franja de piel mostrando el inicio de sus abdominales. Su mano fue sola hacia ellos y se coló por debajo acariciándolos. Jorge se tensó al momento.

—Tú tienes tus agobios y tus necesidades... —comenzó César con voz tranquila—. Y yo los míos...

No tardó en marcarse en el suave pantalón de chandal de Jorge la reacción a sus dedos siguiendo las líneas de sus músculos. No había dejado de pensar en todo el fin de semana que la última vez que estuvieron juntos, el poli no se corrió. Sabía que estaba teniendo paciencia con él, mucha, él estaba acostumbrado a follarse a todo lo que se le ponía a tiro y de alguna forma, quería corresponderle. Sus ganas de verle disfrutar bajo sus acciones eran más poderosas que el bloqueo por los sentimientos que le surgían al compartir con él su cuerpo. Poco a poco, iba asimilando lo que sentía al estar con él, y a pesar de ser aterrador que el placer pudiera llevarle a ese grado de delirio, era una sensación completamente adictiva. Jorge le había repetido muchas veces que no iba a presionarle, y un clic en su cabeza le había indicado que tenía que ser él el que iniciara las cosas para que el poli se prestara a enseñarle el camino.

—¿Qué haces? —jadeó Jorge cuando comenzó a desabrocharle el pantalón.

—No lo sé... —dijo tirando de sus pantalones hacia abajo. Jorge no se movió, se quedó quieto esperando su siguiente movimiento, lo que le dio la pista de que quería que siguiera adelante. Seguro que lo estaría deseando desde el viernes, y eso le dio ánimos para continuar. Le quitó los calzoncillos y su miembro apareció grande, pesado y suave al tacto. Comenzó a acariciarle lentamente y Jorge gruñó de gusto. Sin dejar de mover la mano se acercó hasta su cara y empezó a besarle. Le encantó que se dejara hacer, tener el control, los labios de Jorge le respondían ávidamente hasta que rompieron el beso y se miraron a los ojos. Había una duda en ellos. No sabía si continuaría con la mano o haría algo más, Jorge no se había movido de su posición inicial exponiendo su cuerpo a su merced y no lo dudó ni un segundo más. Quería saborearle, solo a él, quería ver el efecto que tendría y ver si era capaz de llevarle al límite, así que se agachó y Jorge gimió ansioso

al notar el aliento de su boca tan cerca de un lugar tan deseado. Ese sonido reverberó en su propia polla y se lanzó al ataque. Dejó que su miembro penetrara en su boca y lo engulló hasta la base. Era increíble, las caderas de Jorge respondieron levantándose un poco y un jadeo cruzó el aire. Era suave y dura a la vez, una combinación imposible, estaba recién duchado y el olor del gel mezclado con su esencia aumentó sus ganas y la fuerza con que le estaba succionando. Jorge llevó las manos hasta su cabeza y las hundió en su pelo, instándole a ir más despacio, pero él no quería. La sensación de poder era abrumadora, se acomodó mejor y uso una mano para ayudarse mientras deslizaba la otra en su trasero para acercar más su pelvis a él. Continuó a un ritmo brusco forzando los músculos de su cuello, y pronto notó cómo Jorge se tensaba por completo.

Cuando se recuperó, Jorge le encontró en el baño. No sabía cómo se sentía, pero tenía claro que lo que quería hacer con su boca no se reducía solo a eso, tenía ganas de besarle y lamerle todo el cuerpo y eso también era nuevo. ¿Desde cuándo quería pasarse horas besando la espalda de alguien? Sus hombros, sus brazos, su abdomen, tenía una erección del quince, y sin mediar palabra, Jorge le besó y le dio el alivio que tanto necesitaba, y no solo por los nervios del examen, sino por el hecho de que ahora, sí quería perderse en él.

Le giró contra el espejo, y él se apoyó en un antepecho de obra donde descansaba el lavabo. Sintió que podría desmayarse cuando las manos de Jorge se multiplicaron por cuatro y le acarició con fuerza todo el cuerpo mientras le besaba el cuello y la boca desde atrás. Ambos jadearon, Jorge estaba gloriosamente desnudo, y cuando le bajó el pantalón tuvo miedo de no saber hasta dónde iban a llegar. No estaba preparado para eso, pero notaba que por momentos estaba perdiendo la cabeza y la capacidad para pensar en lo que realmente quería y lo que no, con las rudas atenciones que Jorge le estaba prodigando. Finalmente empezó a masturbarle, y cuando con una mano se acercó a su zona prohibida le habló al oído.

—Hoy no voy a follarte —dijo mientras notaba unos dedos húmedos en la zona—. Pero pronto... muy pronto —jadeó Jorge.

Eso le tranquilizó y le excitó a partes iguales, el poli terminó haciéndole algo parecido a lo que le hizo la primera vez que se besaron, las sensaciones eran alucinantes, la estimulación de esa zona en concreto muy intensa, y estuvo a punto de suplicarle que le tomara segundos antes de correrse. Pero

Jorge, que listo era un rato, sabía que debía ir poco a poco con él, sabía que incluso la novedad de una simple mamada le habría supuesto tener que asimilar demasiado aquella noche, esa era otra de las cosas que no dejaban de sorprenderle, era como si le conociese.

Llegó el día del examen y superó las pruebas sin problemas. Estaba orgulloso de sí mismo, y hacía mucho tiempo que una emoción como esa no tenía lugar. Los exámenes que había realizado a lo largo de su vida universitaria no le habían incitado ni un mínimo de nerviosismo. Veía a su alrededor a la gente muy alterada antes de un examen y él estaba tan tranquilo como si fueran a preguntarle su edad o sus apellidos. Pero aquel examen había sido diferente, un reto para un cerebrín como él, y sintió la necesidad de compartir su felicidad con Jorge. Le mandó un WhatsApp informándole de las buenas noticias y le invitó a celebrarlo esa misma noche con una cena por todo lo alto en su casa. Cuando confirmó la asistencia, un escalofrío subió por su pecho. “Pronto”, había dicho. Joder... estaba sorprendido de las emociones que estaba teniendo. Euforia, anticipación, deseo. Deseo puro, duro y brutal. Llamó a sus padres para quitarse su polla grande y gruesa de la cabeza, si lo pensaba se le oprimía el culo como si tuviera vida propia, y su tentáculo se sacudía inquieto advirtiéndole que él también quería jugar. Dios santo... Ese apéndice nunca había tenido quejas a ese respecto, y ahora le avisaba de que su predisposición había cambiado. Mientras esperaba los tonos de llamada, una idea cruzó su cerebro: ¿debería hablar con Bego, su psicoterapeuta? Hacía años que no respondía a sus llamadas, pero estaba seguro de que tendría muchas cosas que decir sobre el peligro de todos aquellos cambios. Desechó ese pensamiento y le comunicó a sus padres la noticia de que había superado el examen.

Esa misma noche, Jorge acudió a la cita en su piso. Cuando abrió la puerta, le sorprendió encontrarle insultantemente guapo. Se había cortado el pelo y eso le llamó tremendamente la atención. Le saludó con una sonrisa tímida y el piercing de su ceja brilló dejando claro que era un chico malo poniendo carita de niño bueno. La combinación le pareció tan irresistible, que al cerrar la puerta fue directo a él y le besó sin poder evitarlo. Jorge se sorprendió un poco, pero enseguida le tomó entre sus brazos.

—Ven, te enseño la casa —dijo César separándose de él. Jorge parecía asombrado por lo que veía y no entendió por qué. Terminaron el recorrido en

la cocina, un lugar seguro en apariencia.

—Qué bien huele, ¿sabes cocinar? —preguntó Jorge al entrar.

—Sí, y además se me da bastante bien.

—Vaya, eres una caja de sorpresas.

César se quedó pensativo, no entendía qué significaba eso exactamente.

—¿Gracias? —dijo para ver si acertaba. Jorge le sonrió como si hubiera dicho algo gracioso y le picaron las manos. ¿A todo el mundo le pasaban cosas tan extrañas en las relaciones amorosas? ¿Era eso el amor? Si era así, no estaba tan mal... Podía soportarlo: un poco de nervios, un poco de contención, reacciones físicas adversas, placer desbordante...

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo Jorge cuando él le ofreció una copa de vino blanco. Brindaron y bebieron sin dejar de mirarse.

Si en ese momento le atacaba, la cena se echaría a perder, y decidió servirla antes de que a Jorge le cambiara la cara y adoptara una expresión de la que ni la madre Teresa de Calcuta podría escapar.

La cena fue distendida, Jorge le contó un par de casos que estaba investigando y le parecieron altamente interesantes. Hablaron de Naia y Axel, pero notó una cierta aprensión de Jorge hacia su amigo, así que cambió de tema rápidamente. Al terminar, se sirvieron dos whiskys con hielo y se sentaron en el sofá. Por un lado, sabía que Jorge quería que empezara él con la acción, que odiaría pensar que se sentía presionado al respecto, pero por otro, él también quería ser seducido, era la mejor sensación de todas en su opinión, y recordó lo que le había dicho el poli el día de la fiesta: “No me mandaste las señales”. ¿Si lo hubiera hecho habría empezado él? No sabía a qué tipo de señales podría referirse, pero tenía que intentar lanzárselas porque por algún extraño motivo, aquella noche necesitaba que Jorge llevara la voz cantante. Era él quien le había invitado, era él quien había cocinado, y quería sentir su agradecimiento y su orgullo a partes iguales sobre su cuerpo.

—Esta noche he soñado que me follabas —soltó César de repente. Sí. Tenía que esforzarse más si quería mejorar en el arte de mandar señales sutiles.

Jorge se atragantó con el Whisky y le miró consternado, después sonrió, pero pronto la preocupación ocupó sus ojos.

—¿Crees que estás listo? —preguntó con cautela.

—No lo sé...

Quería reconducir la conversación, volver a ser la pobre damisela en

apuros seducida por el intrépido gañán. Necesitaba controlar lo que salía por su boca si quería lograr lo que se proponía.

—¿Ponemos algo de música? —dijo César de repente— ¿Cuál es tu canción favorita?

Jorge sonrió ante su patente nerviosismo. Era consciente de que no era algo muy habitual en él, pero notaba que su cuerpo estaba maquinando algo a sus espaldas.

—¿Recuerdas la película que te comenté? La de Pulp Fiction.

—Sí.

—Sale una canción que siempre me ha encantado —dijo Jorge.

—¿Cómo se llama? —preguntó César colocando su móvil en un dispositivo con altavoces que descansaba en la mesilla del sofá.

—Busca Urge Overkill, se llama “girl, you’ll be a woman, soon”.

Le extrañó la petición.

—¿Una chica que pronto será una mujer?

—No es eso, es una canto al instinto que todos llevamos dentro. Es un “decide por ti mismo lo que quieres”, no dejes que los demás o la sociedad lo decidan por ti, pronto serás mayorcito, haz caso a tu instinto.

—Interesante.

La canción empezó a sonar y César la reconoció, era muy conocida, sin embargo nunca se había parado a analizar su letra más allá del estribillo.

—Es una petición de alguien que siempre fue un incomprendido y que por fin ha encontrado lo que andaba buscando..., le dice que él ha hecho todo lo que ha podido, y que ahora le toca a ella decidir, recordándole que pronto necesitará un hombre...

César regresó a su sitio, quedándose mucho más cerca de Jorge. Esas palabras le estaban calentando, ¿“crees que estás listo”?, le había preguntado. No lo sabía, pero tenía que confiar en su instinto.

—¿Cómo sabré si estoy listo? —preguntó nervioso.

—Solo hay una forma de averiguarlo, pero pensaba que querías ir paso a paso... —dijo Jorge con timidez.

—¿Y qué paso toca ahora? —preguntó César confundido.

—¿No lo supones por descarte? —sonrió Jorge lobuno—. Va a ser verdad que a medida que experimentas sensaciones, una parte de tu intelecto se funde —se burló.

—Eso no lo digas ni en broma —dijo César alarmado.

Jorge se echó a reír.

—El sexo oral es un paso primordial, tú me lo has hecho a mí, pero yo aún no he tenido el placer... —dijo el poli con esa mirada de la que hablaba antes. Joder, parecía capaz de hacerle cualquier cosa si no respondía correctamente a la pregunta implícita.

César tragó saliva y se puso tenso. Imaginó su polla en esa boca húmeda y tibia, y una pequeña actividad sísmica se inició en su entrepierna. Calor, tenía calor. Y un dolor de huevos terrible. Jorge se acercó a él y notó cómo su cuerpo se bloqueaba al momento. El puto volvía a tener razón, era mucho mejor pasar a la acción que hablar del tema, había menos sordidez en lo que le decían sus caricias que en la cadencia de esa voz.

Su corazón se desbocó cuando la lengua de Jorge lamió sus labios pidiendo permiso para entrar en ellos a la vez que una mano traviesa bajaba por su pecho hasta su cinturón. Le respondió al beso, y la cabeza empezó a darle vueltas cuando esa mano se coló por debajo de su pantalón.

—Yo esta noche he soñado que por fin averiguaba cómo sabías... —susurró Jorge en su boca—. ¿Puedo?

César no contestó, solo podía soltar sonidos inconexos. El poli desabrochó su pantalón con mano hábil e hizo el gesto de bajárselo todo.

—Quítatelos —ordenó con voz ronca mientras se levantaba del sofá y se quitaba la camiseta. Tenía un cuerpo imponente y sin darse cuenta vio que tomaba posición entre sus piernas abriéndoselas sin lindezas y quitando de en medio la ropa.

Ay madre...

Jorge le cogió del culo y le acercó a él separando su espalda del sofá. Le quitó la camiseta que llevaba de un tirón fiero, y comenzó a besarle desafortunadamente. La canción sonaba y el cantante intentaba convencerle de que se dejara llevar. César empezó a marearse, la rudeza con la que le trataba le estaba poniendo a cien. Recordaba haber visto a Leo en un estado casi agresivo al realizar algunos movimientos en momentos puntuales de excitación máxima, pero era algo que él nunca había sentido hasta ese momento. Tenía una tensión acumulada en brazos, piernas, y en la punta de su polla y quería darle rienda suelta por primera vez en su vida. Sin embargo, Jorge le empujó de nuevo contra el sofá y cerró los ojos al notar un par de manos avanzando suavemente por el interior de sus muslos. Joder...

Cuando sintió un lametazo aislado, su mundo se detuvo. Se la habían

mamado mil veces, pero nunca había deseado que lo hicieran. Jorge la sujetaba con una mano y él ansiaba el calor que le otorgaría su boca, pero no estaba preparado para sentir cómo algo animal la engullía entera. Su cuerpo se arqueó, y soltó lo que le pareció un rugido. El poli impuso un ritmo condenadamente erótico que fue incrementando transmitiéndole lo mucho que disfrutaba lo que le estaba haciendo. Se forzó a abrir los ojos y mirar hacia abajo y lo que vio le dejó sin palabras. La cabeza de Jorge subía y bajaba con contundencia mientras le acariciaba los testículos, vio brillar su piercing y sintió el impulso de correrse al momento.

—¡Me cago en la puta! —dijo antes de explotar. Se le fue la cabeza, solo sintió el éxtasis poseyendo todas las extremidades de su cuerpo, aunque hubiera querido no habría podido hacer una división simple entre números de cuatro cifras, pero el orgasmo no fue solo físico, emocionalmente superó cotas nunca vistas, y cuando todo terminó, se quedó exhausto a pesar de que no había movido ni un solo músculo. Cerró los ojos y sintió un mareo extraño, como si volara, y cuando quiso darse cuenta, había cambiado de posición, su pecho estaba sobre el sofá y sintió a Jorge pegándose a su espalda. Oyó una hebilla de cinturón que se abría, un botón que se desabrochaba, una ropa que se arrugaba piernas abajo y supo lo que iba a suceder a continuación.

Jorge le incorporó un poco y se acopló contra él resoplando acaloradamente. Sentía su pecho desnudo frotándose en su espalda, sus manos abrazándole con fuerza y su boca implorándole en su cuello.

—Estoy a punto de perder el control —advirtió Jorge.

Notó unos dedos mojados hurgar en su trasero que estaba extrañamente más dilatado y elástico de lo normal. El placer que sintió al profundizar en la zona le pareció irreal. Jorge no paraba de frotárselo, de susurrarle palabras sin sentido, “quiero”, “necesito”, “solo tú” y tomó una decisión con la poca cordura que le quedaba. Iba a traspasar la línea. Tenía una imperiosa necesidad física en esa zona que anhelaba que llegara cada vez más lejos, y echó la mano hacia atrás atrapando su miembro. Cuando lo tuvo en la mano se dio cuenta de que estaba muy duro y desprendía muchísima humedad. Jorge gimió en voz baja.

Soon... You'll need a man...

—Hazlo... —dijo César—. Quiero hacerlo. Ahora.

Jorge se accionó automáticamente y buscó su entrada. Todo estaba muy

resbaladizo, notaba su polla tanteando su abertura y las ganas de sentirle dentro aumentaron. Con un suave empujón introdujo la punta. César se agarró al sofá e intentó asimilar una sensación de invasión desconocida pero bienvenida.

—Relájate —susurró Jorge con la respiración acelerada. Él, como buen alumno, obedeció y poco a poco fue sintiendo solo una presión agradable. Notó que Jorge se movía ondeante y avanzaba un poco más, era una tortura... no podía permanecer más tiempo esperando, así que se echó con fuerza hacia atrás consiguiendo que entrara hasta el fondo.

—¡Dios...! —exclamó el poli resoplando—. Espera un momento... —le pidió apretando los dientes.

César disfrutó de la sensación de plenitud, pero necesitaba urgentemente más movimiento.

Jorge empezó a moverse lentamente con una serie de embestidas y retiradas fluidas, y de repente comenzó a aumentar el ritmo de manera exponencial. César se perdió en el abismo de un placer crudo y sin normas. El sofá se estaba desplazando por el movimiento salvaje al que le estaba sometiendo, pero... ¿a quién coño le importaba?

No había posibilidad alguna de pensar en otra cosa en ese momento de absoluta dicha, la intensidad que estaba adquiriendo el asunto había dejado atrás todo tipo de preguntas, de inseguridades, de dudas, no podía hacer otra cosa que disfrutar. Jorge alargó la mano y cogió su miembro que volvía a estar duro, la estimulación en ambas partes comenzó a volverle loco y saber que estaban completamente unidos físicamente desencadenó otro orgasmo aún más potente que el anterior. Se corrieron a la vez con un alarido que seguramente habrían oído los vecinos, pero no podía pensar en ellos. Estaba completamente ido, se dejó caer hacia adelante en el sofá y un segundo después perdió el conocimiento.

César se subió al coche. Recordó ese desmayo y le entró un escalofrío. ¿Era algo malo? Bego. Bego tendría respuestas. El problema es que lo más seguro, no le gustara escucharlas. Sacó el móvil y buscó el nombre de Jorge en el WhatsApp. Quería verle, necesitaba verle, y él odiaba necesitar cosas. Rezó para que le contestara, ya que llevaban días sin hablarse por una estúpida discusión.

24

LA CENICIENTA

Acababa de ver a César huir de la fiesta, ojalá yo pudiera hacer lo mismo. Toda la noche se había convertido en un jodido despropósito. Al verme rodeada de ese tipo de gente, había sentido que volvía a mi niñez y de pronto, afloraron recuerdos muy desagradables.

Para aliñar todavía más mis neurias, estaban los padres de Axel. ¿Por qué no me había advertido más a fondo de cómo eran? En el coche habíamos hablado del tema, pero se había callado un montón de cosas.

—Les vas a encantar... —dijo Axel poniendo rumbo a La Moraleja—. Con lo guapa que estás, vas a tener a mi padre a tus pies, y en cuanto mi madre te oiga hablar, se deshará en halagos —explicó con un punto histérico en la voz.

—¿Estás seguro?... ¿Entonces por qué estás tan nervioso?

—¡Yo?! ¡No lo estoy...!

Pero no le creyó.

Quizá tuviera razón y tenía una extraña fijación con no creer una palabra de lo que salía de su boca. Puede que fuera una nueva enfermedad, pero no era eso, le conocía, y estaba nervioso, preocupado incluso.

—¿Qué clase de personas son?

—Del tipo en el que tú sabes desenvolverte perfectamente...

—¿Estás llamando a tus padres gilipollas?

Axel se rió relajándose un poco.

—Lo has dicho tú, no yo. —Sonrió travieso. Era un lujo verle así.

—El problema es que son unos esnobs, como todos sus amiguitos. Verás qué bien lo vamos a pasar... —dijo irónico.

—Joder... todo sea por el negocio.

—Esa es mi chica... —susurró inconscientemente—, ¡quiero decir! Me gusta que seas una trabajadora tan leal...

—¿Hay algo más que deba saber? ¿Algo en lo que nos puedan pillar? —pregunté.

—Creo que no, tenemos clara la historia: Te contraté, nos enamoramos, dejé a Bea, te pedí matrimonio y estamos felizmente casados desde entonces...

Un silencio gritó en el ambiente evidenciando la mentira.

—No les hagas mucho caso —indicó Axel—, sonríe y listo. Espero que después de la presentación, estén entretenidos con sus amigos.

—De acuerdo.

—En cuanto lleguemos, busca a los del catering, yo iré a hablar con los músicos, quiero que todo salga redondo.

—Recibido.

Él me miró y se mordió los labios, pero no dijo una palabra.

—¿Qué opinan tus padres de tu trabajo? —pregunté.

Axel chasqueó la lengua.

—No lo entienden.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no entienden por qué alguien que no necesita ganarse la vida se somete a trabajar en un sector de servicios.

Sabía lo que significaban esas palabras. Axel obtenía un dinero extra al margen de los beneficios de CXL. Recordé que su mujer quería hablar de repartir ciertas propiedades.

—Si sacan ese tema... ignóralos.

—Espero que no lo hagan.

—No apuestes por ello —musitó resignado.

Cuando llegamos a la fiesta, me enorgulleció que desde fuera, las luces que contraté para enfocar la entrada quedaran espectaculares. Nos separamos para ir a hablar con los distintos proveedores y organizar los tiempos de actuación. La gente iba muy elegante, y me llamó la atención ver a un par de actores conocidos entre los invitados. Los asistentes empezaron a llegar en manada, y llamé a mantenimiento para que subieran el calor de las lámparas exteriores, por suerte, hacía buena noche. Los camareros repartían bebidas por doquier, y poco después comenzaron a repartir unos aperitivos que costaban mi sueldo de un mes, ni qué decir, el precio del cubierto era tres veces más. Todo fuera por una buena causa. Una hora después, la gente degustaba la comida y charlaba animadamente, la música sonaba, y yo estaba pendiente de que los camareros rellenaran copas, y no se atoraran todos en la cocina acumulando basura donde no debían. En un momento dado, sonó mi teléfono, lo llevaba en la mano todo el rato por si ocurría cualquier cosa. Era un mensaje de Axel.

—*Ha llegado la hora, ven al borde de la piscina, por favor.*

Dios..., era el momento de la verdad.

Salí al jardín y le vi de espaldas hablando con dos personas. Me acerqué a él, y sonreí lo más naturalmente que pude.

—¡Naia...! —dijo Axel al verme—, Papá, mamá, os presento a mi esposa.

—¡Por fin! —dijo su madre—, mira que tenerte trabajando... ¡qué vergüenza! y llevando un *Uzuri* puesto nada menos. —Visualizó mi vestido mientras me daba dos besos en la mejilla sin llegar a tocarme—. Estás radiante, querida.

—¡Gracias! —dije afable—, y no estoy trabajando, estoy supervisando. Cuando quieres que algo salga bien, tienes que hacerlo tú mismo, y una gala de esta categoría requiere destilar perfección.

—Bien dicho —dijo Axel acercándose más a mí. Sus ojos se perdieron por un momento en mis atributos superiores. ¡Disimula un poco chico, al menos delante de tus padres!

—Encantado —dijo su padre besándome la mano. ¡Un gentleman!—. Ahora entiendo por qué Axel se ha vuelto a casar. Yo tampoco hubiera tenido más remedio si te hubieses cruzado conmigo hace treinta años.

—Papá... —se quejó Axel abochornado.

—Hombres... —resolvió su madre.

Yo intenté bajar mis cejas porque habían subido hasta el inicio de mi pelo.

—Y dime, encanto... ¿querréis tener hijos pronto? —me preguntó su madre.

—Sí mamá, esta misma noche vamos a intentarlo —le respondió Axel tratándola de loca.

—No me extraña... —soltó su padre.

Estuve a punto de reírme por lo surrealista de la situación.

—*Darling*, deja de beber vino, *please* —advirtió su madre distraídamente.

Axel rodeó mi cintura con un brazo y buscó mis ojos pidiendo un permiso tácito para tocarme.

—Hacéis una pareja maravillosa... —dijo su madre juntando las manos—. ¿Y tus padres querida? Queremos conocerlos.

—Mis padres murieron en un accidente de coche.

—¡Dios bendito! ¡Lo siento mucho! —exclamó su madre.

—No se preocupe, fue hace muchos años.

—¿Y dónde te criaste entonces, cariño?

Esa era una pregunta complicada. Miré a Axel sin saber qué decir.

—Naia es natural de Barcelona mamá, pero estudió hasta la mayoría de edad en Ampleforth college.

—¡Caramba! —dijo su padre—. ¿Cómo dices que se apellidaban tus padres? —preguntó con renovado interés.

Fingí que me vibraba el móvil y lo miré.

—¡Vaya! Tengo que atender un asunto urgente, cielo —le dije a Axel con ansiedad. Él pareció darse cuenta de que quería huir.

—Pues ve, mi amor.

—Disculpen —dije con una sonrisa forzada, y salí de allí por patas. ¿Qué quiénes eran mis padres? ¡Ja!

Había olvidado que en ese mundo lo único que interesa es cómo te apellidas y lo que tienes, y lo más importante, si tienes hermanos o tú solito has heredado todo lo que tus difuntos padres te dejaron. Por ahí iban mal.

Como abandonar la fiesta no era una posibilidad, me escondí en la cocina, allí seguro que no me buscarían.

—¡Naia! —exclamó una voz cruzando el aire.

Levanté la vista y vi a Sergio al otro lado de la cocina. Estaba descargando cajas por la puerta trasera. Sonreí y me acerqué a él.

—¡Hola! Qué alegría verte.

—¿Por qué lo dices? —sonrió sorprendido.

—Porque en esta fiesta solo hay alimañas. Eres el primer ser humano que encuentro.

Sergio se echó a reír, y más cuando uno de los camareros me miró mal. Me mordí el labio cuando sentí que el pobre se había dado por aludido.

—¡Me refería a los invitados! —le grité.

Sergio seguía partiéndose de risa.

—Estás guapísima, ¿quién te ha dejado salir así de casa? ¿Quieres que te secuestren?

—No estaría mal... ¿te estás ofreciendo?

Sergio abrió mucho los ojos.

—Perdona... —dije apretándome la nariz—, es que los padres de Axel están aquí y estoy a punto de pegarme un tiro —dije buscando sus ojos de nuevo.

En su cara había una sonrisa de compasión.

—¿Cómo vas? —le pregunté.

—Estoy terminando de descargar todo el alcohol que las alimañas van a beberse —respondió con guasa. Sergio podría llegar a atraerme, tenía algo especial, pero eso sería en un mundo ideal en el que yo no estuviera colada por un subnormal que no me había advertido de que sus padres eran... ¡unas alimañas como todos los demás!

Y es que, por raro que parezca, las cosas con Axel habían dado un giro durante su estancia en Londres. La primera vez que me llamó, no quise cogerle el teléfono, seguía enfadada, y pensé que fuera lo que fuera lo que tuviera que decirme, ya sabía que debía hacerlo por email. Pero cuando oí su voz alterada al otro lado del teléfono fijo, me sentí muy culpable. ¡Se trataba de Adriana! Y me quedé a cuadros cuando me confesó que me había incluido como persona autorizada. ¿Significaba eso que confiaba en mí?

Había estado hablando con Isa de la operación que se llevaría a cabo en Londres, pero en ningún momento había pensado en que Axel estaba allí, y mi amiga tampoco me había mencionado nada. Cuando me llegó el WhatsApp avisando de que todo había salido bien, aluciné al comprender que él estaba con ellos. Que alguien se tomara la molestia de acompañarles, de ayudarles en lo que necesitaran, de informarme a mí... quizá fuera su forma de pedirme perdón por su escarceo con Mar... porque ¿quién hacía eso? Me pareció un gesto increíble, y cuando esa misma noche me llamó por teléfono, estuve a punto de echarme a llorar cuando llamó princesa a Martina con cariño. Todo el odio que albergaba en mi interior se estaba diluyendo. Tras analizar y repasar cien veces la discusión que tuvimos el día que encontré a Mar en casa, me di cuenta de un detalle: La afligida y la cornuda era yo, pero él... ¿por qué hostias estaba tan enfadado? ¿Con qué derecho? Ahí es cuando vislumbré la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad, cabía la posibilidad de que no se hubiera acostado con ella... de que ella le entrara y poco después dejaran de besarse por decisión de Axel... ¿Eso justificaría su enfado? Sí. Si era así, toda la mierda que le eché encima era de vergüenza. Sin embargo, el sábado recibí un mensaje de Sergio instándome a pasar por el Club para hablar de un asunto urgente. Me sorprendió mucho que contactara conmigo, así que acudí a la Sala Oasis. Cuando me di cuenta de que el pobre llevaba una semana soportando el secreto de que había pillado a Axel con Mar en el almacén, le sonreí y pareció desconcertado.

—Ya lo sabía —le contesté.

—¡¿Qué?!

Le conté la situación real entre Axel y yo, superficialmente, y también cómo los había descubierto desayunando juntos el sábado por la mañana, aún así, él pareció desolado al creer que se habían acostado y supe al instante que sentía algo por ella.

—Axel no podía haber llegado en peor momento. La conozco, sé que ha tratado de ponerme celoso tonteando con él porque yo no quería dar un paso más en nuestra relación. Pero Joder, ¡es una cría! Le saco más de diez años... No estamos en el mismo punto. Yo quiero estabilidad, una familia, y ella acaba de empezar a vivir —dijo frotándose la cara—, le dije que disfrutara de la vida, y no ha dejado de restregármelo descaradamente desde entonces. Cuando les vi besándose... no sé... no creí que fuera capaz de liarse con otro tan pronto, pensaba que... lo que sentía por mí era... —no quiso continuar hablando.

—Lo siento mucho... —dije con pena—, si no insiste por ti es que no te merece.

—Eres un encanto. Eres... un poco lo que yo estaba buscando... antes de que... se me cruzara una animadora universitaria para volverme loco —sonrió.

A mí me entró la risa. No sin antes sentirme con respecto a él de la misma manera. Sergio me gustaba, tenía algo especial, pero... Axel, era Axel. Y me quedó más claro todavía cuando apareció en casa con Zoe a la vuelta de su viaje. Me moría por verle. Estábamos en tablas en aquel momento, y el encuentro fue mucho más fácil con ella delante. Cuando a la mañana siguiente me preguntó si nos veríamos en la oficina, no pude seguir adelante con mi plan de huida. Ya no tenía sentido. ¿Le había perdonado? ¿Había algo que perdonar? Qué más daba... La cuestión es que nos sentó de maravilla tener a la vista la proyección de la gala. Trabajamos codo con codo en una calma relativa por fuera, porque por dentro yo tenía reminiscencias de lo que un día fuimos en pequeños gestos... Su fragancia cuando se acercaba para señalarme algo concreto en una hoja de papel, sus conversaciones telefónicas con patrocinadores: tan coherentes, emotivas y educadas a la vez; su sonrisa satisfecha cuando un punto del evento quedaba bien atado... pero eran eso, recuerdos. Tenía claro que lo nuestro no podía ser. Estaba cristalino desde la última vez que me besó y le pedí que se detuviera, aunque cuando lo vi vestido de negro antes de la gala con el pelo aún mojado de la ducha, tuve que salir corriendo del piso para no reproducir la locura incoherente que mi

cabeza estaba recreando.

—Naia... —me llamó una voz desde el otro lado de la cocina.

Era Axel.

Se acercó a nosotros con cara de pocos amigos.

—Hola Sergio.

—Hola —respondió este seco.

—Te estaba buscando —me dijo Axel—, me han dicho que te habían visto entrar aquí, ¿ocurre algo?

—No, nada —contesté cortante. Teniéndolos a los dos delante, tuve claro con la presencia de quién mis feromonas se revolucionaban. No hacía falta nada más que su colonia de los eventos para licuarme el cerebro. Ahora sabía que era *Sauvage* de Dior, porque la había visto en nuestro pequeño baño compartido. Vale, y había rociado una camiseta suya que tenía guardada en una maleta para las noches solitarias de invierno cuando fuera una vieja solterona rodeada de gatos. Sin embargo, quizá cuando Axel saliera de mi vida, habría un tipo de existencia más allá de esa atracción imposible. Tal vez encontrara una felicidad cómoda al lado de alguien como Sergio.

—¿Podemos hablar en privado? —preguntó Axel acercándose más a mí.

—Claro —dije mirando a Sergio.

—Aún estaré un rato por aquí, pásate si quieres luego —me dijo mi nuevo amigo guiñándome un ojo.

—Vale —le sonreí.

Axel le echó una mirada amenazante. Y me instó a salir de la cocina poniendo una mano en la parte baja de mi espalda.

Una vez fuera, no sé por qué, pensaba que iba gritarme, pero me sorprendió su reacción. Me cogió de la mano y me llevó aparte.

—¿Estás bien? Lo siento muchísimo, mis padres son... —dijo con arrepentimiento—. Lo siento.

—No te preocupes —me obligué a decir.

—Les he dicho que ahora mismo estábamos muy liados, y nos han invitado a comer el lunes en su casa —se lamentó—. Lo siento mucho. No puedo decirles que no, les veo dos veces al año —dijo suplicante.

—Está bien —acepté.

—Gracias —dijo apretándome la mano. Por un momento, pareció que no iba a soltármela nunca, y una fugaz mirada hacia mis labios me hizo desear que los codiciara. ¿Axel tenía razón desde el principio? ¿Mi problema era que

no me aclaraba ni yo misma?

Soportamos la noche como pudimos. Nos quedamos hasta tarde organizando la recogida de la mayor parte de las cosas. Pude esquivar a sus padres porque ya iban bastante pasaditos de copas, y no creo que me hubieran visto aunque me hubiera puesto delante y les hubiera hecho señales con luces. Aproveché para despedirme de Sergio en una de las veces que volví a la cocina, y no me pasó por alto que Axel me miraba ansioso cuando pisaba esa parte de la casa. Él podía acostarse y besarse con otras, pero yo no podía hablar con un amigo. Qué topicazo, y qué injusto, así que me pasé por el forro su carita de angustia.

El domingo estuvimos durmiendo o tirados la mayor parte del día, había sido una semana muy dura, pedimos comida a domicilio para comer y para cenar, una dieta super sana y nutritiva, y a la una de la madrugada, Axel me avisó de que nos habíamos quedado dormidos en el sofá viendo Avatar, ¡imperdonable! pero es que es larga de cojones...

El lunes al entrar en la oficina me encontré con Zoe.

—Hola... —me dijo con mala cara.

—¿Qué te pasa? —le pregunté divertida.

—Que tengo una resaca astronómica.

—No me extraña hija, te vi bastante perjudicada en la fiesta. ¿De qué os reíais tanto Leo y tú? —pregunté curiosa, porque la verdad, era para grabarles.

—Cosas nuestras. —Sonríó traviesa—. Pero sí, buen chuzo nos pillamos, y ahora lo estoy pagando. ¡Qué se le va a hacer! En cuanto cumplas los treinta, es así.

—¿En serio?

—Matemático. Las resacas duran tres días —dijo alzando tres dedos y poniendo una cara extraña—. ¡Perdona! —dijo esquivándose y metiéndose en el baño mientras se tapaba la boca. Sonreí y pensé que lo tenía bien merecido. Más que ayudarnos, nos habían obstaculizado en la gala con su amorío adolescente. Me los encontré tres veces metiéndose mano en distintas estancias de acceso restringido.

Axel entró en el despacho con un café en la mano y musitó un agradable, “buenos días”. Me preguntó cómo iba CXL Bridal, y yo, que llevaba demasiado tiempo esperando a que me hiciera esa pregunta, le expliqué con todo detalle lo que había hecho hasta la fecha. Últimamente no supervisaba

mi trabajo, y quería que supiera que me había estado partiendo el culo con el tema y que ya había cerrado dos bodas para el año siguiente.

—¡Eso es estupendo! ¿Por qué no me lo has dicho antes? —preguntó cayendo en la cuenta sobre la marcha del porqué. Para variar, recurrió a uno de sus cambios de tema—. ¿Estás lista para la cena de esta noche? Durará poco, y Adriana vendrá con nosotros, así será el foco de atención, mis padres la adoran.

—Estupendo —respondí desganada.

Después me arrepentí de no poner ninguna otra objeción, porque lo que aconteció en casa de mis suegros postizos, fue de traca.

Ese hecho nos tuvo todo el martes apenas sin hablarnos, no quería ni mirarle, y él parecía pensar lo mismo. Esa noche, en la cama, deseé que pasara el tiempo rápido para que se fuera de puente a Baqueira mientras yo pasaba unos apacibles días con Isa, Fer y Martina en la sierra de Madrid.

Sin embargo, el destino cambiaba por momentos, y el miércoles a media mañana, cuando ya estaba a punto de huir a la sala de fotografía porque mi cerebro no paraba de mandarme señales contradictorias de lo que había entre Axel y yo, recibí una llamada de Isa para ir a comer juntas.

—¡Hola guapetona!

—Hola nena.

—¿No eres la persona más feliz del mundo? ¡Yo sí!

Tuve que reírme.

—¿Qué te pasa?

—¡Venimos del médico con Martina y está perfecta!

—¡Qué bien! Me alegro tanto... —dije emocionada—. ¡Quiero verla!

—¡Sí! ¡Es increíble! Si quieres podemos quedar esta noche para celebrarlo en... ¡Hostias!

—¿Qué es? ¿Un nuevo restaurante? —pregunté curiosa.

—¡No! ¡Hostia que he roto aguas!

—¿Cómo?!

—¡Sí, joder! ¡Soy una puta regadera!

—¿Dónde estás?!

—¡Ay madre... ay madre!

—¡Isa! ¿Dónde estás?

—¡En medio del puto Corte Inglés! Lo siento mucho... en serio —oí que le decía a alguien.

—¡Joder! —grité y vi que Axel me miraba desde el despacho porque había salido al Hall a hablar por teléfono con ella.

—¡Te dejo, voy a llamar a Fernando! ¡En cuanto me enchufen la epidural te llamo!

—¡Vale! Ay ¡Qué guay! —exclamé.

—¡Sí, cojonudo! Te dejo, voy a necesitar una canoa para salir de aquí, ¡Te quiero!

—Te quiero... —murmuré a sabiendas de que ya había colgado.

La vida se abría camino, aunque no fuera el momento. Me giré y encontré los ojos de Axel fijos en mí. El amor intentaba hacer lo mismo, abrirse camino como fuera por muchos obstáculos que le pusiéramos, pero tenía que impedirlo. Después de todo lo que había sucedido, volvía a ser la misma tonta coladita por su jefe. Necesitaba una buena hostia con la mano abierta, o quizá fuera el momento de distraerme con otro tío. ¿Podría funcionar? Puede que fuera lo único que mantuviera la frágil paz que habíamos logrado por fin, porque estaba a un pelo de volver a caer, y siempre había creído que una tercera oportunidad es solo un tercer fracaso.

EL PLAN B

Zoe pensó que no podía ser cierto.

“No, no, no, no, no. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?, No por favor...”, suplicó a un ente divino. Pero nada podía cambiar el positivo de esa prueba de embarazo.

Cuando el miércoles volvió a vomitar, se temió lo peor. El viernes había empezado su periodo de descanso, y tenía que haberle bajado la regla como tarde el lunes o el martes. Eso, sumado al tremendo dolor de pecho que tenía, le llevó a la farmacia a comprar un test de embarazo que sabía de antemano lo que le respondería.

Menuda cagada.

Pidió cita con su médico a través de la aplicación del móvil, y por suerte, le dieron para ese mismo día, a las once y media de la mañana. Cuando le llegó el turno, entró en la consulta como una camorrista cabreada.

—Buenos días señorita González, ¿qué le ocurre?

—¿Que qué me ocurre?! ¡Que estoy preñada y llevo tomando al pie de la letra las malditas pastillas anticonceptivas desde hace ocho años!

—Tranquílcese, ¿se ha hecho una prueba?

—Sí, obsérvela usted misma —dijo sacándola de su bolso—, un positivo como una casa de grande —gruñó.

—Los anticonceptivos no son cien por cien fiables, hay un uno por ciento...

—¿Me está vacilando? Porque no tengo el día...

—No...yo...

—¡No han podido fallar! —chilló.

—¿Cuándo fue su última regla?

—El veinticuatro de octubre

—¿Mantuvo relaciones sexuales el siete de noviembre?

—¡Y yo qué coño sé! ¡No he parado en todo el mes! ¡Pero me he tomado todas las putas pastillas!

—Cálmese, por favor...

—Decirlo desde ahí es muy fácil... —farfulló—, ¿Cómo ha podido pasar?

—¿Ha tomado algún medicamento nuevo? ¿Estuvo indispuesta entre el veintinueve y el cinco? ¿Vomitó en algún momento? ¿Diarrea, tal vez?

—Joder... —dijo de repente Zoe—, Joder, joder, joder, joder... —maldijo con las manos en la cabeza—. Tuve una gastroenteritis bastante fuerte el fin de semana antes de la boda de Axel... Estuve fatal, y el lunes el vestido me quedaba de puta madre...

—Ahí lo tiene.

—Mierda. ¿Y ahora qué?

—Pues... Felicidades, déjeme darle unos panfletos y le recetaré ácido fólico.

—No puedo tenerlo... —musitó aterrada.

—¿Por qué no?

Zoe miró a la doctora y se le llenaron los ojos de lágrimas. “Joder... ¿Cómo ha podido pasar?” El cómo lo sabía, el cuándo... en cualquier momento del último mes, el porqué es lo que le parecía muy injusto.

—Piénselo bien... pero si decide abortar, puedo darle el teléfono de un par de clínicas privadas.

—¿Abortar? —dijo entrecerrando los ojos.

Dios mío...

En ese momento le llegó un WhatsApp al móvil, era de Leo.

—*¿Cómo está mi pastelito? ¿Mejor?*

Lo leyó, y cerró los ojos con fuerza haciendo que se encharcaran de agua. Acababa de perder a Leo para siempre.

—No se preocupe mujer, es una buena noticia. ¿Es que no quiere ser

madre?

—Tengo que irme —dijo Zoe levantándose de la silla.

—Tenga la receta y ¡ánimo!

—Gracias —dijo cogiendo el papel con aprensión, tanta, que a punto estuvo de arrugarlo.

Se fue de allí sin rumbo fijo. ¿Qué iba a hacer? Su vida acababa de venirse abajo con todo el equipo. Con lo bien que iba... con lo feliz que estaba... Leo no debía enterarse bajo ningún concepto, y no porque tuviera miedo de no saber cómo iba a reaccionar, sino porque lo sabía perfectamente: Fatal.

En cuanto se enterara, empezaría a odiarla. La última semana había sido la mejor de su vida, todo estaba encajando por fin, y aquello era algo que iba a desestabilizarlo todo por completo.

Desde el día que la subió a su habitación por primera vez, todo había cambiado. Ya no solían dormir separados más de dos días, siempre surgía alguna excusa tonta, aunque últimamente ni siquiera las ponían, y desde el viernes por la tarde hasta el domingo a mediodía, no se separaban para nada. Era un sueño del que no se quería despertar.

El día antes de gala benéfica, ella fue a recogerle a la mansión porque Axel pensaba quedarse hasta tarde organizando cosas. Se subió en el coche con su sonrisa característica y se dieron un beso.

—Gracias por venir a recogerme, preciosa —le dijo él mimoso rozándole la nariz con la suya.

—Tenía que hacerlo, tengo planes para ti esta noche —susurró lasciva.

—Buf, pues te advierto que no estoy para mucha cosa, estoy agotado.

—Te propongo un plan —dijo ella seductora—, vamos a tu casa, te duchas mientras te preparo uno de mis sándwiches triples, te pones el pijama de Shrek, y nos quedamos dormidos en el sofá viendo Walking Dead debajo de esa manta verde polar gigante que tienes.

Él la miró con adoración.

—Me parece el mejor plan del mundo.

—No, el mejor sería si colara una mamada entre Walking y quedarte dormido.

—Joder... —sonrió él encantado—, tienes tanto que enseñarme...

—Nunca lo olvides. —Ella le guiñó un ojo y arrancó el coche.

Dicho y hecho. Siguieron el plan a rajatabla. Estaba adorable con ese

pijama de dibujos animados y olía maravillosamente bien, a limpito, después de una ducha sanadora.

Mientras veían la serie de la que ambos eran fanáticos, él giró la cabeza observándola unos segundos.

—¿Es ahora cuando tengo que hacerte el amor?

Ella sonrió coqueta.

—Pensaba que solo hacíamos el amor en la cama de arriba, y que el resto era fornicio cerdo —le vaciló.

—Puede que amplíe un poco los límites, porque solo me apetece meterme entre tus piernas y perderme en un ritmo lento, no tengo fuerzas para más...

—Me encanta cuando intentas disimular que eres tierno... —dijo ella mirándole con cariño.

Empezaron a besarse como si fuera la primera vez en su vida que lo hacían, con ganas de descubrir sus sabores. Ella deslizó hacia abajo su pijama levantando un poco el culo y quitándose con puntapiés sin romper en ningún momento el contacto con sus labios. Él acertó a bajarse un poco el pantalón a merced de que no llevaba ropa interior. La intensidad que cogieron los besos fue testigo de cientos de palabras no pronunciadas flotando entre ellos, y apenas sin buscarlo, fusionaron sus cuerpos en un jadeo sordo. Él mantuvo un ritmo tranquilo, enterrando la cara en su cuello y rozándolo ligeramente con sus labios. “Zoe...”, decía de vez en cuando enajenado, como un jodido mantra que le ayudara a entender lo que estaba sintiendo. Ella estaba emocionada, se sentía venerada, amada, necesaria... Leo no dejó de moverse cada vez con más pasión hasta que ella le advirtió imprimiendo los dedos en su espalda que estaba a punto, y embistiendo un par de veces más, se dejó llevar con dos palabras en sus labios. Fue el mejor orgasmo de su vida, el más dulce, el más completo, porque ese “te quiero” resonó en todos los rincones de su cuerpo. Un “te quiero” que se le tatuó en el alma, un “te quiero” al que ella no respondió enseguida, perdida en la perfección del momento. Y cuando la somnolencia se impuso entre ellos desencajando su postura y adquiriendo otra de reposo, le acarició el pelo en un estado más allá de la conciencia susurrando: Yo también te quiero, tanto, que me asusta. Él presionó sus brazos indicándole que la había oído y farfulló: Estoy aquí.

Esa frase le demostró que la conocía, que la entendía, que sabía que a lo que realmente le temía era a la desolación de amar a los que ya no están. Se quedaron dormidos en el sofá tal y como ella predijo, y al día siguiente,

cuando él fue a recogerla a su casa con su Audi Q5 para llevarla a la gala, sus ojos alcanzaron un brillo que jamás olvidaría.

—Estás irresistible —dijo él cuando ella se subió al coche.

—Gracias. Tú estás más bueno que el pan.

Leo se rió y se desabrochó el cinturón para acercarse a ella.

Se besaron con cuidado para no estropear su maquillaje, con besos suaves y húmedos.

—Conozco a mucha gente que acudirá a la gala —susurró Leo—, tendré que presentártelos si eres mi acompañante —dijo felino.

—¿Y quién les vas a decir que soy exactamente? —preguntó ella con voz desafiante.

—¿Qué te parece si les digo que eres mi novia?

Ella sonrió vergonzosa.

—¿Eso es lo que soy?

—Hombre, me parece un poco fuerte confesarles que eres la mujer de mi vida... —dijo mirándola intensamente.

Zoe no supo reaccionar. No sabía si reír, llorar o pellizcarse, pero sintió vértigo de despertarse abruptamente de ese sueño.

—¿Tu novia entonces? —preguntó vacilante.

—Sí, será lo mejor —dijo él satisfecho volviendo a su sitio y abrochándose el cinturón.

Todo estaba yendo muy deprisa, con Leo siempre sucedía lo mismo, no sabía si tomarle en serio o no, y tampoco iba a quedar como una desesperada preguntándole si lo había dicho en broma, o es que se creía la persona más graciosa de la Tierra. Pero eso de momento podía esperar, ya era, oficialmente, su novia. Y si un montón de desconocidos iban a saberlo en pocos minutos, le pareció buena idea que sus padres se enterasen debidamente ese mismo domingo. Trazó un plan para convencerle de ir a comer a su casa, y era bien sencillo, emborracharse mucho y usar la típica estratagema que nunca falla, la propuesta del AQUÍ&AHORA. El método, el cual había visto en una película, consistía en pillarle en el momento más inesperado, ponerse de rodillas y decirle mientras le desabrochaba el pantalón que si aceptaba hacer tal o cual cosa le haría una mamada AQUÍ&AHORA. ¡Funcionaba a la perfección! porque, ¿qué tío en su sano juicio renunciaría a una mamada voluntaria? puede que fuera un poco rastrero, pero el colega acababa de decirle que era la mujer de su vida, y tenía todo el derecho del

mundo a hacerle un regalito si le apetecía, ¡qué coño, se lo merecía! y si ella sacaba algo a cambio por eso, ¡mejor que mejor!

En la fiesta se desmadraron mucho, estaban borrachos de felicidad. Se amaban y encima se lo pasaban bomba juntos, ¿qué más se podía pedir a la vida? No quedarse embarazada por accidente no habría estado mal...

Se había pillado un pedo descomunal estando embarazada... Joder, era una deshonra para la comunidad de las madres. Tenía que contárselo a alguien, pero ¿a quién? Sus amigas de la universidad indagarían sobre quién era el padre, y no le había contado a nadie su relación con Leo porque ni ella misma se lo acababa de creer, solo hacía cinco días que la habían definido formalmente. Tenía que ser alguien que ya lo supiera y que fuera de absoluta confianza. ¡Naia!

Sacó el móvil y volvió a ver el mensaje de Leo, ¡tenía que contestarle! o empezaría a preocuparse, siempre le contestaba al momento.

—*Sí, mejor, se me ha juntado todo, problemas de mujeres...*

Decidió ponerle eso porque Leo, cuando quería era muy avisado, y pronto se daría cuenta de que en el mes que llevaban la prima de Andrés no había hecho acto de presencia. Podría decirle que le daba cosa hacerlo así y mantenerle alejado unos días mientras tomaba una decisión.

¿Qué coño iba a hacer?...

Un miedo atroz se instaló en sus entrañas. Necesitaba hablar con alguien, buscó el contacto de Naia y espero los tonos.

—¡Hola!

—Naia...

—¿Qué te pasa? —preguntó esta asustada.

—Tengo un problema... —dijo a punto de echarse a llorar. ¿Qué leches le pasaba? ¿Serían las hormonas?

—¿Dónde estás? ¿Puedo ayudarte?

—No... nadie puede ayudarme...

—Dime dónde estás, ¿voy a buscarte? Axel me ha dado el día libre, Isa dio a luz ayer por la noche, estoy en el hospital visitando al bebé.

Zoe se quedó impactada. Bebé. Hospital. Alex muerto. Leo... Colgó el teléfono espantada.

Salió del ambulatorio y cogió un taxi sin ser consciente. Llegó a su casa, se puso el pijama y se metió en la cama con intención de no salir nunca más.

Una hora más tarde, oyó abrirse la puerta de su apartamento. Axel. Sólo

él tenía otra llave. Quiso morirse sólo de pensar que iba a enterarse de la noticia, porque no quería mentirle a la cara. Necesitaba a alguien que la entendiera, a alguien que fuera consciente de hasta qué punto quería a Leo, a alguien que supiera hasta qué punto esa información iba a trastornarle por completo. Ahí estaba la respuesta, necesitaba a Axel.

—¿Zoe? —oyó preguntar a su amigo en la puerta de su habitación. Notó que no venía solo, seguramente Naia le habría contado lo de la llamada. Eran buena gente, aunque tuvieran la cabeza metida en el culo en lo que respectaba a su relación, pero podía confiar en ellos.

—¿Zoe, estás bien? Estábamos muy preocupados —dijo Naia.

Alargó la mano y encendió la luz de la mesilla para verles las caras.

—¿Qué te pasa? —preguntó Axel intranquilo sentándose a su lado.

Ella le miró y verle afligido por ella terminó de derrumbar sus murallas. Sabía que leía en su cara, con solo mirarle le dijo que estaba muerta de miedo, aterrorizada por perder al amor de su vida, abrumada por tener que hacer frente a una enorme responsabilidad. Pero tenía clara una cosa, necesitaba ayuda, sola no podría superar las consecuencias de todo aquello.

—Estoy embarazada —dijo sollozando, y acto seguido se tapó los ojos con las manos. Axel la abrazó y le susurró pequeños “shhh” que soltaba a medida que ella lloraba con más fuerza.

Tras decirlo en voz alta, se dio cuenta de lo preocupante que era la situación. Se veía incapaz de decírselo a Leo. Sería como pedirle a alguien que se rebanara su propia cabeza con un hacha. No, eso siempre es mejor que lo haga otra persona... Jamás podría ser lo suficientemente fuerte como para que fuera un corte limpio, si llegara a suceder... sería una jodida carnicería.

—No sé cómo ha ocurrido... —comenzó ella—, bueno, si lo sé, por una puta gastroenteritis en la que eché hasta el hígado un par de días antes de tu boda, pero en ese momento no caí en que podía haber vomitado también la pastilla que me tomo religiosamente todos los días...

—Tranquila... —musitó Axel— todo tiene solución, menos la muerte. ¿No es eso lo que siempre dices?

—Sí, pero esto es mi fin, mi muerte, mi vida tal y como la conocía ha terminado.

—¿Por qué dices eso? —dijo Naia sentándose al otra lado de la cama y quitándole el pelo de la cara.

—Porque voy a perderle... —dijo con la voz rota, y comenzó a sollozar

de nuevo.

Axel compartió una mirada con Naia. Sabía que no había replicado nada porque era consciente de lo que su amigo pensaba de estos temas.

—Pensaba que Leo nunca lo hacía sin preservativo precisamente por... —dijo Axel confundido.

—Sí, pero le dije que podía confiar en mí... y lo hizo. Esto es muy grave... no puedo decírselo.

—¡Tienes que decírselo! —dijo Axel alarmado—, esto es un tema de los dos, ¿crees que no se va a dar cuenta? —preguntó incrédulo—, creo que tanto si quieres tenerlo como si estás pensando en abortar deberías decírselo, tiene derecho a saberlo... a manifestar su opinión al menos, aunque seas tú la que decida.

—¿Abortar? —dijo Zoe furiosa—. ¡¿Cómo voy a abortar?! ¡No estoy en contra del aborto cuando se alinean varios factores, pero es que yo no cumplo ni uno de ellos! y sin una de esas justificaciones no podría perdonármelo en la vida... No me han violado, no soy una persona de medios limitados, no tengo dieciocho años esperándome toda la vida por delante, ¡y el padre no es un jodido desconocido, sino el hombre del que estoy enamorada! —gritó alterada—. No puedo hacerlo...

Axel y Naia guardaron silencio otorgando sus palabras.

—¿Te ha dicho él que te quiere? Puede que no se lo tome tan mal... —apuntó Naia.

Zoe se ríó con ironía.

—Me quería ayer, hoy te aseguro que ya no. Así no. Axel sabe lo que opina del embarazo...

—Sí, pero también sé que nunca había estado así con nadie, está como loco, la gente cambia.

—No —dijo Zoe con convicción—, esto es un tema de confianza, y le he fallado... Le he vuelto a fallar —dijo desconsolada.

—No lo has hecho a propósito... —defendió Naia.

Axel se quedó callado calibrando la gravedad del asunto. Él mejor que nadie sabía que la confianza lo era todo, suponía que habría llegado a la conclusión de que por muy atraídos que se sintieran Naia y él, no servía de nada si no había confianza.

—¿Estás segura de que quieres tenerlo? —preguntó Axel.

—Tengo treinta y dos años... claro que voy a tenerlo. Quiero ser madre,

quiero una boda, quiero niños, ¡lo quiero todo! Pero no tenía ninguna prisa... para hacer todo eso quería encontrar el amor, aunque fuera uno pequeñito y cómodo, pero me he topado con El Amor, con mayúsculas, y aunque lo deje con Leo, no me veo empezando a salir con otra persona para conseguir todo eso, ¡estoy bien jodida!... La única cosa buena que va a salir de todo esto es este niño, que es el fruto y la prueba de que un día amé y fui amada, no pienso renunciar a eso. Es un hijo de Leo y mío... no puedo quitarlo de en medio así sin más, no puedo...

Axel sonrió.

—Eres la hostia —dijo cogiéndole la cara—, ese niño va a ser el más querido del mundo, y su padrino siempre va a estar ahí para apoyarle, hacerle de padre o lo que necesite.

—Gracias —dijo ella emocionada.

—Estoy segura de que Leo acabará reaccionando —dijo Naia.

—Lo de Leo va a ser el Apocalipsis... —resopló Zoe—, de momento no le digáis nada por favor —dijo mirando a Axel —por favor...

—Está bien, pero díselo pronto...

—Se lo diré después del puente, necesito disfrutar de él un poco más, hacerme a la idea —dijo suplicante—, tengo que prepararle...

—Está bien, pero... tú no puedes esquivar. ¿Qué excusa vas a poner?

—No lo sé, se me ocurrirá algo, me torceré un tobillo, o lo que sea... —dijo abatida.

Necesitaba recuperarse y cambiar la cara; pasar por Bruno's su estilista, porque falta le hacía, y comprarse un sujetador de su nueva talla porque las tetas le estaban matando; y como colofón, prepararse para recibir a Leo esa noche en su casa.

LOS PADRES DE ÉL

Axel estaba preocupado. No le hacía gracia tener que ocultarle a Leo la noticia del embarazo de Zoe, era demasiado importante. Serían solo unos días, pero no estaba cómodo, sobre todo porque tenía un mal presentimiento con el enfoque del tema. Puede que si ella se lo contara de forma natural, mostrándole su propia sorpresa, él reaccionase de una manera, pero si se enteraba de que le había ocultado esa información, reaccionaría de otra muy

distinta. Eso podía ser catastrófico. No quería que se fuera todo a la mierda entre ellos y menos con un niño en camino, pero después de darle vueltas, entendió que no podía hacer nada por su cuenta. Zoe tenía el control, y solo rezaba para que no cometiera ese error. Volvería a hablar con ella cuando asimilara mejor ese hecho.

Por un instante, deseó no haberlo sabido, porque en realidad se había enterado por carambola. Zoe había llamado a Naia cuando estaba en el hospital visitando al pequeño Ander, que acababa de nacer, y habían coincidido allí sin proponérselo. Le había traído un ramo de flores a Isabel y un peluche azul el doble de grande que un bebé, al pequeñín. En cuanto Naia atendió la llamada y notó angustia en su voz, supo que ocurría algo malo.

—¿Zoe? ¡¿Zoe?! ¡Espera!

—¿Qué pasa? —preguntó Axel asustado.

—¡Era Zoe! Me ha dicho que tenía un problema, que nadie podía ayudarla, y me ha colgado. ¡Tenemos que encontrarla!

Zoe. Un día de estos iba a matarle a disgustos.

Sacó su móvil y la llamó. Ya sabía que iba a saltar el contestador, pero tenía que intentarlo. Zoe era muy de aislarse del mundo cuando le pasaba algo heavy, por eso le había dado las llaves de su casa. Desde que murió su hermano, su mecanismo de defensa era pasarse horas, incluso días, metida en la cama intentando sanar su malestar desde dentro. Era su forma de afrontar las cosas, y necesitaba que alguien le volviera a poner los pies en la tierra.

—No contesta, típico de ella —explicó Axel—. Seguramente estará en casa y no me abrirá la puerta, pero tengo llaves. ¿Me acompañas?

—¡Claro, vamos! —dijo Naia convencida. Se giró hacia el bebé y le dijo: “Adiós pitufín, tía Naia volverá más tarde”.

Axel sonrió de medio lado. Le encantaba. Punto. Ya le había quedado muy claro en casa de sus padres ese mismo lunes. Si lo pensaba bien, hasta tenía que darles las gracias a sus progenitores, pero estaba seguro de que nunca en su vida había pasado más vergüenza. Tanta, que el martes tuvo que ignorar a Naia durante todo el día para asimilar lo ocurrido, y sabía que ella quería hacer lo mismo. Por Dios...

Sobre las ocho de la tarde llegaron a casa de sus padres, nada hacía intuir lo que ocurriría entre esas cuatro paredes, Adriana fue inicialmente el centro de atención, tal y como estaba previsto. Estuvieron tomando un pisolabis en el salón de la chimenea, Naia no parecía impresionada por la opulencia de las

estancias, más bien se la notaba ligeramente incómoda ante semejante despliegue de ostentación, y no sabía por qué, pero eso le encantaba. Él tomó asiento a su lado en el sofá y tuvo un *déjà vu* de las últimas navidades, la misma estampa, pero con otra mujer al lado. De manera natural, él se echaba hacia atrás y Bea se apoyaba en su pecho intentando aparentar una foto del matrimonio perfecto. Por aquel entonces, llevaba meses sin tocarle ni una mano, y se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos estar así con alguien, aunque no concretamente con ella. Imitó el movimiento que solía hacer y con cuidado atrajo a Naia hacia él. Ella le miró sorprendida durante un instante, pero al momento lo entendió y disimuló apoyándose en él de manera cariñosa. Su conexión mental era increíble, se entendían solo con un vistazo, hablaban, tenían conversaciones enteras en una jodida décima de segundo, y eso era algo que le volvía completamente loco. Tanto que... sin poder evitarlo su amiguito se despertó. Puede que notar el roce de un pecho turgente contra él también hubiera ayudado. Dios..., ese fruto prohibido en el que tantas veces se había rebozado. Ese recuerdo hizo que tuviera una erección de campeonato y que ella lo notara. Cojonudo. Todo superagradable con sus padres delante pudiendo descubrirle en cualquier momento. Tuvo una regresión a aquel verano de los quince años, cuando a su madre se le ocurrió contratar a una brasileña para limpiar la casa. Madre mía, ¿no podían comprarle un uniforme de su talla? ¿Ponerle un burka? Esa fue la primera vez que pilló a su padre teniendo “encuentros extraoficiales” con el servicio para que limpiara otras cosas, aunque lo peor fue cuando le invitó a unirse y estrenarse. Salió corriendo y nunca volvió a verle de la misma forma.

Naia le miró un tanto alucinada al notar su excitación, pero a la vez sus ojos tenían una nota de humor, casi diría que traviesa, que le puso a mil. Le recordó a las miradas que le echó cierto domingo haciendo galletas en su casa y chupando sus dedos llenos de masa. Joder, si seguía así igual hasta se corría sin hacer nada. “Estás muy necesitado, tío”, se burló su cerebro.

—La fiesta recibió muy buenas críticas, hijo —dijo su padre—, todos nuestros amigos quieren que les organices sus cumpleaños, jubilaciones, la nochevieja...

—Cuando quieran —respondió Axel contenido.

—Pues a mí me da un poco de vergüenza, cariño... —opinó su madre—. Me gustaría que fueras con sus hijos a jugar al polo, o dejarte ver en algún acto cultural.

—Mamá, ¿quién te crees que somos, los Thyssen?

—No. Somos gente que tiene invitación para la fiesta de los Thyssen.

—No me interesa —dijo Axel distraído acariciándole la pierna a Naia en sentido ascendente. Su subconsciente había tomado el mando señalando lo que de verdad le interesaba. Al momento, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y la apartó rápidamente. Naia sonrió lobuna. ¡Joder, tenía que calmarse!

—¿Qué vais a hacer en Navidad? ¡Podrías venir a Miami! —exclamó su madre contenta.

—Adriana —dijo Axel ignorando la propuesta—, cuéntale a los abusos lo que haces en el cole.

La niña recitó emocionada todas las actividades que realizaba en clase.

—Bien jugado —susurró Naia.

—Gracias y... lo siento —dijo Axel teniendo la esperanza de que ella supiera que se refería a la barra de pan que tenía escondida en los pantalones.

Ella sonrió y le acarició el pecho.

—No pasa nada, cariño.

Axel sondeó sus ojos y averiguó que estaba pasándose en grande a su costa. Él también se sabía un par de juegos... Su vista resbaló hasta sus labios y se humedeció los suyos. A ella se le borró la sonrisa instantáneamente. “No juegues con fuego pequeña, o te acabarás quemando”

—Adri, cariño —comenzó su abuela—, ¿estás contenta de que Naia sea tu nueva mamá?

La hostia...

—Naia no es mi mamá —dijo la niña muy segura—. ¡Es Naia!

—Yo no lo habría dicho mejor —dijo esta chocando los cinco con la niña.

—Ya nenita, pero ahora es la novia de tu papá, de los que se dan besos y esas cosas. ¡Y puede que pronto tengas un hermanito!

“Dios mío, ¿cuándo puede uno despertarse de esta pesadilla?”, pensó Axel.

—Mamá... —amonestó Axel—, no le digas eso... puede hacerse ilusiones y luego, por lo que sea, que no podamos.

—No pueden —dijo Adriana de repente. Todo el mundo miró hacia la niña extrañado—. Papá y Naia no se dan besos, ni hacen así... —dijo la niña juntando las manos y girándolas.

—¿Qué...? —dijo su padre—. ¿Soy yo o esta niña es un genio? ¿Se

refiere a follar?

—Papá, por favor —se quejó Axel—, no digas esas cosas delante de la niña, lo repite todo.

—Follar —repitió Adriana como un monito. Y comenzó a hacer el gesto otra vez. Frotaba las manos y las giraba dejando una encima de otra.

Axel resopló.

—¿Por qué la niña dice que no lo hacéis?

—¡Yo que sé! —contestó Axel nervioso— ¡Tampoco es que lo hagamos delante de ella!

—Ha dicho que tampoco os dais besos...

—No somos unos quinceañeros, mamá...

—Pero estáis recién casados y buscando descendencia, lo normal sería...

—¡Mamá, por favor...! —se quejó Axel.

—¿Por qué te pones tan nervioso? Me recuerda a cuando te pillábamos mintiendo... —dijo pensativa.

—Adri cielo —comenzó Naia—, papá y yo somos como Ana y Cristof, ya sabes que solo se dan un beso al final de la peli, ¿verdad?

—Sí —dijo la niña sonriente—. Abu, yo soy Ana, ¡tengo su vestido!

—Cuéntale quién es el malo, y todas las cosas graciosas que dice Olaf —la animó Naia.

Axel se llevó una mano a la nariz y se dio cuenta de que su padre no perdió detalle del gesto. Era marca de la casa, algo que hacían ambos cuando algo les preocupaba, y supo que tenía que ponerle remedio a esa duda en sus ojos.

—La cena está lista, señor —dijo alguien del servicio.

—Adriana, a lavarte las manos —ordenó Axel—, Naia ¿nos acompañas? —dijo con una petición silenciosa en los ojos.

—Claro.

En cuanto entraron al baño, le ordenaron a la niña hacerlo sola y él le habló en voz baja apartándola hacia un lado.

—Mi madre es una empanada pero mi padre sospecha algo. No subestima nunca nada de lo que dice la niña sobre mí. Y creo que sospecha... —dijo Axel con ansiedad.

—Estás muy nervioso, tienes que calmarte, no saben nada.

—Podríamos hacer que nos pillaran besándonos o algo así... no vamos a darnos el lote delante de ellos, pero puede que en algún momento estemos

solos y puedan encontrarnos en plan acaramelados o algo parecido. Una imagen vale más que mil palabras —propuso Axel angustiado.

—Axel, cálmate, lo intentaremos, pero lo más importante es que mantengas la calma.

—Vale... —dijo él resoplando—. Es que no paran de hacer preguntas... la Navidad, el trabajo, que si tú eres su nueva madre... ¡Me están poniendo de los nervios!

—No te preocupes, todo va bien, déjame hablar a mí. ¿De acuerdo? —dijo ella acariciándole los brazos.

—Vale —suspiró Axel más tranquilo.

—¿Estás lista, pequeñaja? —le preguntó Naia a Adriana.

Se quedó mirándolas embobado, algún cabrón con suerte disfrutaría como un loco haciéndole un hijo, y ella sería una madre estupenda.

Después de intentar cenar con el estómago cerrado por las miradas que le echaba su padre, llegó el momento idóneo para su plan. A pesar de que Naia había capeado mil preguntas indiscretas de manera experta, sabía que su padre no le creería sin el estímulo visual adecuado. Su mente era muy simple, lo leía en sus ojos: “¿Me estás diciendo que con semejante mujer en casa, tu hija nunca te ha pillado metiéndole de todo menos miedo? ¡Ja! Me huele a chamusquina”. Se había dado cuenta de que si algo tenían en común su viejo y él era las miradas ardientes que paseaban por el cuerpo de Naia sin poder evitarlo.

Su madre había acompañado a Adri al baño porque esa criatura era un reloj, lo que entraba por un lado salía a continuación por el otro ¡menudo metabolismo!, y su padre había ido a por unos documentos que quería enseñarle. Estaban solos.

—Vamos a ponernos aquí —dijo Axel señalando el sofá con aire conspirador—, mi padre aparecerá el primero, ya sabes lo que tarda Adriana en el baño, y nos verá compartiendo un momento íntimo.

—Vale... —dijo Naia sentándose a su lado.

—Sé que es mucho pedir... —dijo él maldiciendo al momento haber usado otra vez esa jodida expresión.

—Tranquilo, tú has hecho mucho por mí, por Martina... no quiero que tus buenas acciones te supongan ningún problema.

—Gracias... —respondió él—. Llegará en cualquier momento —dijo mordiéndose los labios. El corazón le latía rápidamente.

Ella le miró y esperó, él se giró hacia ella con una rodilla doblada encima del sofá. Subió las manos hasta su cara, se acercó lentamente a ella y sus bocas se encontraron. Al momento todo su cuerpo se llenó de electricidad. En cuanto saboreó sus labios, descubrió su suavidad y recordó su olor, el rápido latido de su corazón le obligó a tener que respirar más rápido. Ella gimió bajito cuando él la besó con más ímpetu en un impulso instintivo. Ese sonido hizo que con una fuerza desconocida la desplazara de un solo movimiento a su regazo, la cogió del cuello y la atrapó hacia él para devorarla sin piedad. Las manos de ella resbalaron de su cara hasta hundirse en el pelo de la parte de atrás de su cabeza, acariciando en principio y tirando luego un poco de él para profundizar en su boca. Eso le elevó a un estado animal que hacía tiempo no se instauraba en su sistema. Quería comérsela entera con un poco de nata montada por encima. Estaba duro como una piedra y se le escapó un gemido sordo cuando ella se frotó contra él en ese punto. Sin pensar donde estaba, metió la mano por su camiseta y le amasó un pecho con fuerza, ella gimió y volvió a atrapar sus labios, y justo cuando se disponía a meter la mano por debajo de su copa C...

—Vaya... —dijo su padre sonriente—. Ese sí es mi hijo.

Misión cumplida. Más que cumplida.

Naia se deslizó de un salto a su sitio claramente avergonzada. Se les había ido la pinza de más... ¿Qué les había ocurrido? ¿Había sido él? ¿Había sido ella? No tenía ni idea. Pero por si acaso prefería no hacer contacto visual con Naia hasta el próximo mes. ¿Le había sobado una teta? Joder... ¡eso no formaba parte del trato! Se mordió los labios y correspondió fingiendo a la sonrisa ladina de su padre. Al menos algo habían hecho bien. Demasiado bien, se temía. Su hija volvió del baño y salvó la situación. Naia se concentró en ella el resto de la velada. No solo no podía mirarle a él, tampoco a su padre, que estaba visiblemente más contento intensificando sus miradas ardientes. Fue de todo menos agradable.

Una hora después, salían de la casa de los horrores y Adriana se durmió en el coche.

—Creo que tu padre nos ha creído —dijo ella tímidamente.

—Sí —respondió él escueto. “Como para no”.

Aparte de un solitario “buenas noches”, no volvieron a cruzar palabras de más de dos sílabas hasta que el miércoles por la mañana en la oficina, Isa la llamó por teléfono y se puso de parto mientras hablaban. Al colgar, se le

quedó mirando intensamente, y poco después, entró en el despacho para comunicarle la noticia con alegría y nerviosismo.

—¡Qué bien! ¿Se le ha adelantado, no?

—Sí, en teoría era para dentro de quince días, pero esta mañana han ido al cardiólogo con Adriana y le han dicho que estaba perfectamente, puede que todo ese estrés acumulado y por fin liberado haya desembocado en hacerle romper aguas, estaba supercontenta cuando me ha llamado.

Axel se ríe.

—El pequeño en cuanto ha visto que todo estaba solucionado, ha decidido salir —dijo sonriente— Tómate el resto del día libre.

Naia miró la hora.

—No, tranquilo. Entre pitos y flautas pasarán horas, ya me la imagino: querrá ir a casa, ducharse, ponerse ciega a comer porque odia la comida de los hospitales. Y cuando por fin llegue allí, entre que le dan habitación y demás, se hacen las cinco de la tarde.

—Pues cógetelo libre mañana, es como tu familia...

—Gracias —dijo ella con una sonrisa cálida. Sentía que se pasaba más tiempo mirándole la boca que a los ojos. Con un movimiento de cabeza se desenganchó de sus labios y siguió trabajando. Pensó que ella se pasaría la tarde en el hospital y que llegaría tarde a casa si es que llegaba, y sintió unas ganas enormes de estar a su lado, pero no podía. No pintaba nada, por mucho que quisiera. Esperó al día siguiente a mediodía para hacerle una visita a Isa, y cuando entró en la habitación y vio a Naia sujetando al pequeño, algo dentro de él se removió. Pensó que eso podía haber sido una realidad por el descuido que tuvieron en Nueva York, y descubrir que no le importaría en absoluto, le sentó igual que si alguien le hubiera cogido de los huevos y se los hubiera apretado y tirado con fuerza hacia arriba.

Al salir de casa de Zoe, él volvió a la oficina despidiéndose de Naia como un auténtico idiota. Tenía la misma cara y actitud que un colegial cuando le gusta una chica, pero lo peor de todo fue lo que se le ocurrió hacer al respecto, porque sólo de pensar que iba a perderla de vista durante todo el puente le oprimía el estómago, y ahora que Isa había dado a luz antes de tiempo, sus planes de ir a la sierra se habían cancelado. Sabía que si lo hablaban normalmente se mostraría reticente a ir con ellos, por eso había ideado un plan en el que fuera imposible responderle con una negativa.

AMISTADES PELIGROSAS

El móvil de Jorge acababa de sonar, lo ojeó y vio que era un mensaje de César.

—*Estoy nervioso por el examen, ¿puedo ir a tu casa?*

—*Tienes que aprender a mentir...*

—*Está bien, me sé los temas de pe a pa, pero quiero verte, necesito verte.*

¿Puedo ir?

—*Te espero.*

Había creado un monstruo.

Uno que no sabía cómo controlar.

Desde que el martes le invitó a cenar a su casa para celebrar el haber aprobado el examen de las pruebas físicas, se habían visto tres veces. Dos días después, el viernes, era su día libre y César lo sabía. Salieron a tomar unas cervezas para desconectar del estudio y terminaron la noche en su casa. Volvieron a repasar todos los pasos del arte del placer y acabaron haciéndolo en la ducha. Siendo igual de brutal que la primera vez. Se asustó un poco cuando César volvió a desvanecerse, pero recuperó la conciencia enseguida. Sabía que había sido mucho para él, estaba sofocado, pálido, con el pulso acelerado, las pupilas dilatadas, tenía todas las papeletas para que le diera una bajada de tensión provocada por la ansiedad del momento, pero había sido

demasiado increíble y no lo advirtió como un problema. El lunes siguiente le temblaba la mano por las ganas que tenía de llamarle para volver a verle, pero no lo hizo. Desde que César se ofreció a él, había intentado controlarse. Yendo despacio, ejecutando perfectamente los pasos correctos con lentitud y esmero, temblando al recibir sus caricias como si fueran las primeras que experimentaba en su vida, pero no controló el nerviosismo y la ansiedad que le generaba estar cayendo en las redes de un amor imposible, diferente, inviable a todas luces. Sabía que toda aquella intensidad no iba a ninguna parte, pues César no era una persona que tuviera impulsos comunes como establecer una relación, compartir el día a día, o comunicarlo abiertamente a sus seres queridos... No. Eso no pasaría en un futuro cercano, y menos con alguien como él, que era tan inferior a su estamento social. La sinceridad requerida ni siquiera podría llegar entre ellos mismos, en la soledad más escondida, porque la realidad era, que César no sabía dónde se estaba metiendo exactamente.

El martes logró superar el día, no sin castigarse por mirar el móvil cada cinco minutos, y cuando a las siete de la tarde César apareció en el gimnasio, el corazón le dio un vuelco.

—Hola.

—Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—Que haya pasado el examen no significa que vaya a dejar de cuidarme. Me gusta venir aquí, levantar peso me relaja. Duermo mejor por las noches desde que hago ejercicio.

—Es normal.

—Vaya, eso no suelo escucharlo a menudo —sonrió César.

—¿Fuiste el fin de semana a casa de tus padres?

—No.

Jorge no se atrevió a preguntarle qué había estado haciendo, con quién o por qué no le llamó entonces. Era un enigma. Podía desconectarse sin problema de su... extraña relación. Estaba claro quién iba a ser el sufridor de los dos, el que quiere más, el que en cuanto el otro chasquea los dedos acude corriendo; y lo tenía asimilado, la pregunta era: ¿hasta cuándo lo resistiría?

—Este sábado tenemos una gala benéfica importante. Será en un chalet de La Moraleja, todo muy glamuroso y excesivo, ¿te apetece venir?

—¿Qué? —preguntó Jorge desconcertado.

—Puedo llevar a alguien...

—¿Te refieres a como tu pareja? —dijo con los ojos brillantes llenos de esperanza.

—Bueno... como mi acompañante más bien. Mis padres van a acudir, me gustaría que te conocieran.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—No me gustan mucho ese estilo de fiestas. Yo no encajo en esos ambientes...

—¿Por qué?

—¿Quieres que me ponga un esmoquin llevando un *piercing* en la ceja? ¿Crees que alguien más llevará uno? Vamos César, piensa un poco.

—Lo he pensado, y quiero que vengas.

—No se trata de lo que tú quieras, sino de lo que es conveniente.

—¿Tú siempre haces lo más conveniente?

Touché.

—No puedo ir. Trabajo —mintió.

—Mientes.

—No pienso ir. No pinto nada allí.

—Vale.

—Bien.

Continuaron levantando peso durante una hora sin decir nada más. Cuando salieron de la ducha, César le atravesó con una mirada que le hizo agonizar de deseo, pero al llegar a la salida, se despidieron y cada uno se fue por su lado. Esa noche no pegó ojo.

El sábado decidió salir a dar una vuelta. Se fue a uno de sus bares favoritos en busca de algo que le recordara que era deseable. No sabía en qué punto estaba con César, pero llevaba días sin saber de él. Su última conversación no había terminado muy bien, así que se sorprendió cuando poco antes de las doce de la noche, mientras hablaba con un economista que le daba la impresión de que podía hacerle barbaridades, recibió un mensaje de César.

—*Acabo de pirarme de la fiesta, ha sido horrible, ¿podemos quedar?*

A Jorge le dieron ganas de pasar de él, pero no era de los que se engañaban a sí mismo. Miró al tío que tenía delante, y calibró que tenía menos riesgo irse con él y usarle como quien se hace una paja cabreado, que hacerlo con César, con la conmoción para sus sentidos y sentimientos que eso

supondría, pero...

¿Por qué era tan atractivo jugar con fuego?

—*Llego a tu casa en quince minutos.*

Nada más entrar por la puerta, César le estampó contra la pared. ¿Para qué hablar más? Pronto se dio cuenta de que el que iba a ser usado para una paja violenta era él. César parecía cabreado con algo o con alguien, y no era con él.

—¿Qué te pasa? —preguntó contra su boca.

César le quitó la camiseta y sus ojos conectaron.

—Que no han parado de presentarme chicas fecundables y yo lo único que quería era estar aquí contigo.

Prácticamente le arrancó el botón del pantalón y metió la mano hasta encontrar lo que buscaba. Jorge pegó un grito cuando le agarró con fuerza. Le besó apasionadamente mientras movía su mano arriba y abajo con intensidad, pero nada parecía ser suficiente. Le bajó el pantalón, se agachó y podría jurar que fue la mejor mamada que le habían hecho en su vida. Sin embargo, se quedó preocupado. Había empezado... el largo y frustrante viaje de salir del armario frente a sus seres queridos, y por el estado en el que estaba César, presentía que no iba a ser un camino de rosas.

Esa noche se quedó a dormir con él, estaban agotados por la intensa y frenética actividad. Solían hacer siempre lo mismo, solo les faltaba una cosa por probar, pero era algo que él nunca pedía. En ocasiones contadas, lo había permitido, pero en todo caso, él era un conquistador nato, un tomador, le gustaba tener el control, y pocas veces había sentido la necesidad de ser sometido. Formaba parte del juego. El papel que adoptaba cada uno surgía de manera instintiva, aunque de vez en cuando, se daba un cambio de guión que solía coincidir con épocas problemáticas o tristes en las que no se sentía con fuerzas para llevar la voz cantante. La última vez había sido hacía un año, en el aniversario de la muerte de su hermano. Necesitaba entregarse al límite, como una redención, pero le parecía algo muy íntimo y personal compartir esa parte de su cuerpo y, en términos generales, prescindía de ello. Nunca había visto tomar la iniciativa a César como la noche anterior, y por un momento, le creyó capaz de hacerlo, pero no sucedió.

Tuvo que soportar cinco días de silencio más desde esa noche, en la que apenas habló con él de lo que había sucedido en la fiesta o de la discusión que tuvieron por el hecho de negarse a ir cuando le invitó. Lo único que le

dijo fue: “Tenías razón, no pintabas nada. Y yo tampoco”.

Le había enviado un mensaje diciendo que necesitaba verle porque estaba nervioso por el examen, cuando estaba claro que se lo sabía de memoria, pero aun así aceptó verle. Y sabía que aceptaría tener sexo con él si se lo pedía. Empezaba a sentirse utilizado, empezaba a darse cuenta de que para César, su relación era un aprendizaje más. Le había elegido para “estudiar” su recién descubierta orientación, y él, se había prestado a hacerlo como un kamikaze. Se sentía como esas chicas vapuleadas que algunos tíos se llevan a la cama, alimentando sus esperanzas de tener algo más serio que nunca llega. No había rastro de las palabras que le habían llevado a pensar que de verdad sentía algo real por él. Quizá después de todo, pudieran ser amigos, pero para eso, deberían dejar de acostarse juntos.

El timbre sonó. Era él.

—Hola —saludó cuando cruzó el umbral de la puerta.

—Hey, ¿nervioso? —bromeó Jorge.

—Sí. Me muero de miedo. —Ironizó César.

Cerró la puerta y le siguió hasta el salón.

—¿Para qué has venido realmente?

—Porque quería verte.

—¿Para follar? —preguntó Jorge usando un poco de su propia medicina. Directo, inapropiado, muy César.

Éste se quedó parado e intentó evaluar en qué estado de ánimo se encontraba, pero su cara de indiferencia profesional no le dijo nada, y puede que una normal tampoco lo hubiera hecho.

—Entre otras cosas... —respondió cortado—. ¿Por qué, ocurre algo?

—No, que va. Entra, sírvete, ¿me bajo ya los pantalones?

Otro silencio. Se acababa de dar cuenta de que quería forzar una pelea, quizá la definitiva. César se quedó parado sin saber qué hacer.

—¿Estás enfadado? —preguntó César confundido.

—No, para nada —dijo irónico, y al momento cayó en la cuenta de que eso no funcionaría con César. Sería difícil provocar una discusión lanzando pullas, lo mejor sería ser claro con él para que entendiera que la barra libre se había terminado.

—Ah, qué susto —respondió César inocente.

—César, creo que ya hemos experimentado lo suficiente... Ya eres capaz

de hacerlo, las clases han terminado, estás listo para ir en busca de alguien más.

—¿Alguien más? Yo no quiero buscar a nadie más, quiero estar contigo...

Jorge era consciente de que esas palabras no significaban lo mismo para César que para él. Tenía que contar con su literalidad, y estar con él no significaba lo mismo que “elegirle” a él.

—Puedes estar conmigo siempre que quieras, llámame si necesitas cualquier cosa de la oposición o si quieres tomar algo, pero si quieres follar, puedes buscarte a otro.

—No quiero a otro... —susurró César perdido.

Jorge cerró los ojos. Este era el problema de iniciar algo con alguien así. ¿Cómo le hacía entender ahora lo que quería decir sin exponer crudamente sus sentimientos? Él necesitaba más de él que sexo esporádico... No quería esperar sus llamadas, ni soñar con él, ni pensar cuándo sería la próxima vez que estaría en su interior.

—César...

—¿Estás dejándome? —preguntó dolido.

—Para dejarte tendríamos que estar juntos, saliendo —aclaró—, y no es el caso.

—Yo pensaba que sí...

—¿Qué? —preguntó atónito.

—Pensaba que estábamos juntos... que sentías lo mismo que yo.

—¿Tú sientes algo por mí? —preguntó mortificado.

—Siento que... quiero estar contigo. Verte, tocarte, besarte... a todas horas, todos los días.

Jorge buscó un lugar donde apoyarse. ¿Había oído bien?

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó resentido.

—No sé cómo van estas cosas... —dijo inseguro—, ¿puedo verte todos los días? ¿escribirte? No quería agobiarte... yo... no sabía qué debía hacer, nunca había tenido una relación seria antes.

Jorge se acercó a él, necesitaba abrazarle, y lo hizo. César se apoyó contra él y puso las manos en su espalda, estaba temblando. Jorge se sintió fatal, se había picado como una nenaza, como lo haría una persona normal con un cabrón egocéntrico, pero César simplemente estaba perdido, y él había dejado todo el peso de la relación en sus manos inexpertas. Comenzó a besarle con ternura al ver el estado de conmoción en el que se encontraba. Le sujetó la

cara y tuvo ganas de hacerle el amor con todas las letras, nada de fornicación pura y dura, sino de algo más cálido y lento. Le arrastró a la habitación y se desnudaron mutuamente con cuidado. Abrió la cama y se metieron dentro. Una vez allí se taparon con el nórdico y estuvieron besándose largo rato mientras sus cuerpos se friccianaban entre jadeos y gemidos. Estaban listos, la humedad de sus miembros lo anunciaba, y tumbándose encima de él se metió entre sus piernas y le subió un poco las rodillas. Tanteó su entrada y se hundió lentamente en él. Ambos gimieron y se miraron, Jorge no dejó de moverse con un ritmo lento y sensual. Le besó como nunca había besado a nadie, diciéndole todo lo que necesitaba expresar sin palabras, pero no sabía si César lo captaría, así que reunió coraje y le dijo lo que necesitaba que supiera.

—Estaría todo el día follándote así... Hay días que no puedo ni respirar si no te toco otra vez.

César no contestó, sin embargo tenía un brillo especial en la mirada. Cerró los ojos y se mordió los labios.

—¿Te gusta? —insistió Jorge—. ¿Te gusta lo que te hago?

—Me gusta demasiado —jadeó César.

Jorge sonrió por la franqueza de sus palabras.

—Y más que te va a gustar.

Le subió un poco una pierna e imprimió más velocidad invadiéndolo profundamente, lo que les hizo gemir alto antes de correrse violentamente minutos después. Se quedaron abrazados dormitando durante un rato.

—Jorge... —comenzó César. Era algo inusual que le hablara después de sus encuentros, solía requerir su espacio para procesar los hechos en su complicada cabeza.

—Dime.

—Quería decirte que... el sábado es el examen, y el lunes me voy a esquiar. Axel nos ha invitado a todos a pasar el puente en un apartamento que tiene en la montaña...

Jorge se quedó callado. No sabía a dónde quería ir a parar con aquella información.

—Quiero que vengas conmigo... —pidió.

El poli resopló. Otra vez no.

—Yo tampoco quiero separarme de ti... pero sabes que no puedo ir —dijo lamentando tener que darle otra negativa.

—¿Por qué no?

—Por tres razones. Primera, que no sé esquiar; Segunda, que tenerte al lado cinco días las veinticuatro horas sin poder tocarte sería una tortura medieval, y tercera y más obvia, Axel y yo no tenemos una buena relación como para meterme en su casa.

—Punto uno, si no sabes esquiar puedes aprender con un monitor, es ejercicio, se te dará bien y serán horas en las que no estarás con nosotros. Punto dos, vamos a dormir en la misma habitación, hay cuatro y una tiene dos camas, si no dormimos así, no cabemos. Y tres, lo de Axel... estaría bien que hablarais, puede ser la oportunidad, y de todas formas ahora no es solo su casa, también es la de Naia —sonrió satisfecho por rebatir todas sus razones.

Jorge sonrió solo por el hecho de verle tan contento, pero volvió a ponerse serio. Era demasiado complicado. César pareció intuir que aún así iba a perder esa batalla y contraatacó:

—Necesito sentir que te importo... —dijo de pronto usando toda la artillería—, que quieres estar conmigo más allá de estas cuatro paredes o las de mi casa... hacer algo delante de los demás, que sea real...

A Jorge le emocionaron sus palabras, era justo lo que él quería. ¿Estaban jugando el mismo papel sin darse cuenta, y aún así un tío con un montón de problemas psicológicos había dado su brazo a torcer llamándole las últimas veces que se habían visto? Joder. La precocidad de César también le tenía alterado. Sus deseos eran lógicos, pero César llevaba cinco minutos siendo gay, y la gente soportaba años de encierro entre cuatro paredes hasta que le picaba el gusanillo de querer hacer vida normal, mostrarse al mundo. No podía frenarle, no quería.

—Está bien. Pediré los días en el trabajo.

—¿En serio? —dijo César feliz como un niño.

—Sí —sonrió Jorge. César se lanzó a sus brazos y se rieron atacándose, eso llevó al comienzo del segundo *round*. Uno más sucio, mas violento y más seguro emocionalmente.

BAJO CERO

Leo terminó de cargar el coche y ocupó su puesto en el lugar del conductor. Miró a Zoe, que estaba reclinada contra el cristal pensativa, después miró hacia atrás, y vio a César con el móvil en la mano mandando mensajes con una sonrisa que conocía muy bien. Era la suya cuando se escribía frases pervertidas con Zoe. Joder. Ese fin de semana quería mantener varias conversaciones: una con César, el ilusionista; otra con Axel, el adolescente pelele; y otra con Zoe, la nueva cara de la melancolía. Había achacado el estado de su chica a su semana complicada del mes, pero se supone que el sábado terminaba y seguía teniendo la misma cara. Estaba más mimosa de lo normal y eso no le importaba, ya no escondía frente a nadie que estaba loco por ella, pero le había dicho que la quería... joder, eso eran palabras mayores. Jamás se lo había dicho a nadie, pero lo sentía tan claramente que no pudo evitar que saliera de sus labios echando un casquete sofacero en vez de dando un paseo por el retiro después de una cena de cinco tenedores. Se sentía eufórico, como si pudiera volar, y sabía que tarde o temprano se le acabaría el polvo de hadas. Algo tan maravilloso no podía durar eternamente, y comenzaba a pensar que ella ya estaba sufriendo el bajón de esa primera fase inicial, lo cual le hacía estar aterrado. Le había dicho, sorprendiéndose a sí mismo, que era la mujer de su vida, aunque fuera con pinzas en medio de una broma, pero lo había hecho. Y es que bromeando se puede decir cualquier cosa, hasta la verdad, pero ella no había hecho ningún comentario al respecto, ni siquiera se había reído. Se sentía vulnerable

desde entonces, aunque lo ignoró y acabó pasándose de miedo esa noche en la gala, donde todo fue diversión y ganas de tocarse. Menuda melopea habían pillado.

Cuando el miércoles Zoe le informó de que seguía encontrándose mal por enlazar una buena resaca con temas de mujeres, llevaba cinco días sin fundirse en su piel, así que esa noche estaba deseando ir a su casa y estar con ella, pero no pudo ser. Ella estaba reticente a cualquier tipo de contacto, y eso le extrañó. En su opinión, no le pegaba nada ser una de esas chicas que les da aprensión mantener relaciones durante el periodo, aunque era muy respetable, no le cuadraba que tuviera tanto pudor para unas cosas y tan poco para otras, y eso hizo que la rayada se retorciera un poco más. Después se perdió en sus besos, y le preguntó si le importaba que él se tocara. Al final, fue más erótico e íntimo de lo que se imaginaba masturbarse delante de ella, con sus labios y sus caricias reverenciando su cuerpo. Decidió esperar hasta el sábado sin presionarla, habían quedado todos a cenar para celebrar que César había superado el examen teórico tan brillantemente como se esperaba, y aunque en esa cena se dio cuenta de muchas cosas, tenía sus propios problemas en los que centrarse.

—¿Estás bien, cariño? No has comido casi nada para ser tú...

—Sí, sí, es que estoy super llena.

—¿Quieres beber otra cosa? No has tocado el vino.

—Me duró la resaca hasta el miércoles, mi estómago se niega en redondo a dejar que entre nada mínimamente fermentado, seguiré con el agua unos días más.

Leo se ríe.

—Menudo pedal, nena —dijo acariciándole la cara y girándosela para robarle un beso corto.

Ella sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos. ¿Qué estaba pasando? No pudo evitar irritarse un poco y deslizar su frustración al otro lado de la mesa donde escuchó a César contando la inestimable ayuda de Jorge para la oposición.

—Caramba, así que ahora sois los mejores amigos...

—¿Me hablas a mí, Romeo? —contestó César vacilón.

Leo sonrió y consiguió quitarse la desazón de encima. Le echaba mucho de menos, ¡era su *badass*! Su compinche de fechorías. Extrañaba su humor, su indiscreción, sus miradas, su conexión, sentir que le necesitaba... pero

ahora tenía a Jorge. Este le miró con una expresión pensativa. El poli y él tenían más en común de lo que pensaba, por supuesto, él nunca había tenido sentimientos amorosos por César, pero sí tenía desarrollado sobre él un sentido de protección que Jorge desplegaba sobre algunas personas, por ejemplo sobre Naia, y ahora también sobre su amigo. Le había acogido bajo su ala, el problema era que además, probablemente sintiera cosas por él, y eso era sumamente peligroso.

—Naia, ¿te parece bien que Jorge venga a Baqueira con nosotros? Ahora también es tu casa... —dijo César. Ese comentario hizo que a tres personas se les descompusiera la cara. Él, sin embargo, contuvo una carcajada como pudo. Ese cabronazo era único.

—Creo que es mejor si somos pares —continuó César ante el silencio—, no me apetece estar allí de aguantavelas.

Axel tosió y Naia abrió aún más los ojos antes de recuperarse y responder.

—No... ¿Cómo?... Sí, claro. Podrías venirte Jorge —dijo mirando a su amigo—, ¿te parece bien, Axel?

Varias miradas se cruzaron en el aire, de Axel a Jorge, de César a Axel y por fin el aludido le contestó a su querida esposa.

—Estaría bien... supongo —dijo evasivo.

Leo buscó los ojos de Zoe y vio que se estaba divirtiendo tanto como él con la tensión acontecida. Ella le cogió la mano y se la besó resguardándola en su cuerpo antes de hablar.

—Hay cuatro habitaciones, ¡pingui y yo nos pedimos la de la cama grande! —exclamó.

Ese comentario hizo que mini-Leo saltara de alegría, ¡por fin iba a recibir lo que tanto deseaba!, aunque esa misma noche esperaba tener un pequeño adelanto. Algo así como una fianza.

—“Pingui y tú” podéis quedaros esa habitación —dijo Axel burlón—. Hay otras dos con cama de matrimonio y otra con dos camas. Para que Naia esté cómoda podemos dejarle una de las grandes a ella sola, yo ocupar la otra y vosotros la de dos camas. ¿Os parece bien?

—Perfecto. —César sonrió satisfecho.

—¿Sabes esquiar? —le preguntó Axel a Jorge.

—No...

—Para eso va también, ¡para aprender! —explicó César—. Lo mejor es que se pille un profesor por las mañanas.

—Muy bien —claudicó Axel—. Saldremos el lunes a mediodía. Quiero dejar algunas cosas atadas por la mañana en la oficina.

Cuando llegaron a casa de Zoe, comenzó a besarla en el ascensor y ella se dejó. Se moría de ganas por hundirse en ella y según sus cálculos todo era propicio para ello. La arrastró hasta el sofá y se la subió encima. Llevaba un vestido suelto que le había estado volviendo loco toda la noche. había metido la mano varias veces para rozar sus medias y se había imaginado rompiéndolas, aunque después tuviera que comprarle cinco pares nuevos. Ella se quedó a horcajadas sobre él y se deshizo fácilmente del vestido con la respiración acelerada.

—No sabes cómo te deseo... —musitó él.

—Yo también —susurró en sus labios excitada.

—Mi vida... —respondió enajenado. Le rompió las medias y acarició la piel del interior de sus muslos—. Necesito entrar en ti...

Ella le desabrochó el pantalón y levantando el culo se bajó toda la ropa hasta las rodillas. Curiosamente con ella casi nunca tenía tiempo de desnudarse por completo. Él fue decidido a arrancarle las bragas o simplemente a hacerlas a un lado dependiendo de la delicadeza de la prenda, no podía más, y de repente, ella le cogió las manos frenándolas mientras compartían aliento.

—Leo... —murmuró—, quiero pedirte algo...

—Lo que quieras... —respondió su pito por él. Después continuó besándole los hombros.

—En serio, es importante para mí...

—¿Qué? —preguntó él descolocado. ¿Qué era eso tan importante que no podía esperar a después?

—Quiero que vengas mañana a comer con mis padres...

—¿Qué? —repitió él. ¿Era eso? Un momento...

Ella se arqueó hacia arriba dejando sus pechos a la altura de su cara. Joder... eran perfectos, cada vez le gustaban más. ¿Qué estaba diciendo? Zoe se desabrochó el sujetador y se le fue el santo al cielo. Los acarició y se los metió en la boca. Ella metió la mano y correspondió bombeando un par de veces su miembro. “No hace falta nena, está completamente listo, me pones a mil”. Ella rozó su polla con sus húmedos pliegues apartando a un lado sus bragas, sin llegar a introducirse. “Dios, sí...”, agonizó.

—¿Vendrás mañana?

—Sí, sí, sí... ¡Vamos nena!

Se hundió en ella y su mundo volvió a tener sentido. Joder, ¿por qué con ella era siempre así de brutal? Un latigazo le recorrió la espalda advirtiéndole que lo que estaba sintiendo era único y no debía perderlo. La cogió de la cintura mientras juntaban sus frentes y disfrutó de los sonido que ella emitía al ser colmada por él. Un sentimiento de pertenencia se abrió paso en su mente ocupándolo todo. Era suya, solo suya.

Al día siguiente fueron a comer con sus padres. Él estaba nervioso, pero ella parecía más bien preocupada y no entendió por qué. Sus padres le parecieron gente muy agradable y coherente, no hubo nada extraño ni incómodo en el encuentro, solo ella, y llegó a pensar que quizá se avergonzaba de él. Pero entonces, ¿por qué había querido presentárselos?

El domingo no durmieron juntos porque necesitaban hacer las maletas en sus respectivas casas, y tuvo una sensación agridulce al despedirse de ella. Notaba que su felicidad no estaba al cien por cien como antes, y necesitaba entender el motivo.

Se incorporaron al tráfico y comenzó a seguir al coche de Axel. Volvió a echar un vistazo por el retrovisor hacia los asientos traseros.

—César —dijo Leo interrumpiendo su perversa diversión—, ¿con quién hablas?

—Con nadie. Estaba viendo porno.

Fantástico. ¿Ahora también había aprendido a mentir? ¿Qué otras cosas le estaba enseñando Jorge?

En el coche de delante, viajaban su mejor amigo, su flamante esposa, y el poli en la parte de atrás, “era la manera de ir más cómodos”, habían dicho, pero se imaginó que en ese Land Rover, se respiraría de todo menos comodidad.

—¿Estás bien cariño? —le preguntó a Zoe tocándole la pierna.

—Sí, bien. Un poco mareada.

—Si acabamos de salir —dijo él extrañado.

—Ya, es que no he desayunado nada, puede que sea eso.

—¿Por qué no has comido?

—No me apetecía mucho...

—Ahora cuando repostemos en la gasolinera te coges algo —propuso Leo.

—Sí —le sonrió agradecida.

—Puede que unas galletitas saladas te vengan bien —musitó César.

Zoe se giró hacia él pasmada. A él ya no le sorprendían esas salidas de tiesto, pero supuso que ella no estaba acostumbrada. A continuación, sacó su móvil y se puso a escribir un mensaje.

—Si estás mareada, será mejor que no uses el móvil.

Ella lo bajó a su regazo y cerró los ojos.

—Sí, tienes razón, será mejor —dijo con mala cara.

En ese mismo momento, en el otro coche, yo estaba en esa situación en la que sabes que si no dices nada, los demás no lo harán. Era eso, o abrazar un silencio eterno.

—Espero que las carreteras estén bien y no tengamos que poner las fundas —dijo Axel para romper el hielo.

—Están nuevas. Sin estrenar.

—Perfecto —repuso.

Continuamos diez minutos más sin decir ni pío, hasta que paramos en la gasolinera y me bajé del coche para huir de ese confinamiento que me esperaba durante seis horas. Jorge anunció que iba al baño, curiosamente al igual que César, y yo entré en la tienda con Zoe, que tenía mala cara, mientras Axel y Leo sujetaban las mangueras de gasolina.

—¿Estás bien?

—Necesito potar. Esto es un infierno —dijo ella.

—¿Por qué no tomas pastillas para evitar eso? A Isa le iban genial, ¿quieres que le pregunte?

—¡Sí, por favor! —dijo ella suplicante.

Sonreí, era una novata de manual.

—Creo que César lo intuye —me dijo.

—¿Qué dices? ese hombre me da miedo... —dije alucinada—. Voy a coger un par de cosas. Cógete galletitas saladas, te vendrán bien.

—¡Eso mismo me ha dicho él!

—¡Joder! ¡Lo sabe!

Me parecía increíble.

En ese momento César y Jorge entraron en la tienda entre risitas, y Zoe le empujó hacia un lado para llevárselo aparte cogido del cuello de la chaqueta.

—Disculpa un segundo —le dije a Jorge acercándome a ellos.

—¿Cómo lo has sabido? —oí que le preguntaba Zoe a César.

César me miró.

—Naia lo sabe —aclaró Zoe—. ¿Cómo lo sabes tú?

—Me he leído varios libros de anatomía, conozco las fases físicas del ser humano y todo lo que concierne a su reproducción. Y noto que... “el pollo está en el horno”.

—¿Pero cómo?! —preguntó Zoe histérica.

—No sé explicarte cómo... —dijo César asustado atusándose el abrigo—. Sencillamente noto un cambio de volumen sustancial en la recepción visual del conjunto. Estás más hinchada... Y él sábado, después de la cena te pediste un *gin- tonic* que solo llevaba tónica, hielos y limón. Tampoco bebiste vino en la cena. Así que, enhorabuena.

—Por Dios... No se lo digas a Leo.

—¿No lo sabe? Pues he estado a punto de felicitaros en el coche pero estaba... distraído —dijo fijando su vista en Jorge—. Debes decírselo, y cuanto antes. Está irritado, debe notar algo raro.

—Ni se te ocurra —amenazó Zoe—. Yo también se un par de secretitos tuyos ¿y no querrás que salgan a la luz, verdad? —dijo señalando a Jorge—
¡Así que boca cerrada!

—¿Qué secretitos? —dijo César estupefacto.

—¡Que estás liadísimo con Jorge! —susurró—, ¡se nota a leguas! Eh, y no te culpo, está muy bueno. ¡Bien hecho!

César se puso pálido y me miró alucinado.

—Yo... ya lo sabía —anuncié—, por Jorge.

—No le digas nada a Axel —me suplicó.

—Descuida, si no le dije que eras gay, tampoco le voy a decir esto.

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo? —concluyó Zoe.

—Reunión de pastores... oveja muerta —dijo Leo acercándose por detrás a su chica.

Axel y él habían entrado a pagar. Mi jefe me miró suspicaz pero fue hacia la caja. Estaba para comérselo con una cazadora que tenía borreguito por dentro.

Desde el incidente del sofá en casa de sus padres, me sentía como una cabra en celo. Ese beso se había desmadrado igual que lo hacíamos al inicio de nuestra relación. Menudo subidón, pero dos no pierden el norte si uno no quiere. Cuando su padre nos interrumpió pensé que me moriría de vergüenza,

y también que podía haberse ido por donde había venido. A partir de aquel momento, vivimos en un constante estado de bochorno que se alargó toda la semana. Parecíamos predestinados a chocar, a rozar alguna parte de nuestros cuerpos: al cruzarnos en el umbral de la puerta del baño, buscando algo a la vez en la nevera, coincidiendo en la puerta del despacho... sentía un hormigueo en las manos por las ganas que tenía de tocarle, y a la vez, quería huir de él porque odiaba pensar que volvía a estar chiflada por mi marido. De alguna forma me había perdonado, y eso era lo más importante. No íbamos a volver a caer en “lo otro”, aunque nuestros cuerpos tiraran de nosotros en la misma dirección.

El parto anticipado de Isa lo complicó todo. La criatura era adorable, pero cuando vi aparecer a Axel en la habitación del hospital, con jardín y medio en la mano, tuve que agarrarme a la barandilla de la cama para no ir hacia él y besarle. Qué mono... presentarse allí, sin decir nada... torturando a enfermeras y parturientas con su aire de James Dean. Un ultraje en toda regla para las hormonas femeninas, sobre todo para las mías, que le había tenido entre las piernas empujando como un animal. “Dios... concéntrate. Coge provisiones para el coche”, me dijo hastiado mi cerebro. Pero no podía olvidar lo que esa misma noche me había encontrado al regresar a casa.

Vi a Axel en el sofá con varias bolsas del Decathlon amontonadas a un lado y en cuanto me vio, avanzó hacia mí con una sonrisa tímida.

—Naia... escucha: Sé que ibas a ir en el puente con Isa a La Sierra, pero es evidente que eso no va a poder ser. Ven con nosotros a Baqueira, por favor... ¡Mira, te he comprado ropa de esquí! Espero que sea de tu gusto... —dijo humildemente.

No reaccioné. Era demasiado. Se había tomado muchísimas molestias por mí y no estaba acostumbrada.

—No sé qué decir... —solté con un hilo de voz. Avancé hacia él y por un instante pensé que él también hacía amago de venir hacia mí, pero se giró rápidamente y empezó a sacar la ropa de las bolsas. ¡Había de todo!

—¡Pues di que vendrás! —dijo contento sujetando una chaqueta y un pantalón de esquí en distintas combinaciones de rosa, morado y blanco. Había comprado calcetines gordos, camiseta y pantalón interior térmico de color negro, un polar lila con cremallera y unos guantes a juego con una cinta para las orejas. Le miré patidifusa. ¿De dónde había salido ese hombre? Además había acertado con mi talla. “Normal, te ha visto desnuda”, me

sonrojé al recordarlo.

—¿Qué dices? ¿Vendrás con nosotros?

¿Qué se supone que podía contestar con semejante despliegue?

—Vale... Gracias, no tenías que haberte molestado en comprarme nada.

—Claro que sí, si no hubieras dicho que no —sonrió sagaz.

Le devolví la sonrisa y le saqué la lengua. Él suspiro levemente. ¡Hora de poner tierra de por medio! “Date una ducha”, sugirió mi cerebro. ¡Buena idea!

Para Jorge su idea de vacaciones era ayudar en un accidente aéreo, no sobrevivir en un apartamento de lujo de ciento cincuenta metros cuadrados. Axel le miraba raro y no sabía por qué, Leo también, y con él se podía hacer una ligera idea a raíz de las pocas conversaciones que habían tenido hasta la fecha. César estaba especialmente atento con él, tanto, que tenía claro que la mayoría de los asistentes sospechaba algo de lo que se cocía entre ellos, ya que su orientación real no era ningún secreto para nadie.

Llegaron a su destino sobre las siete y media de la tarde, y se dividieron en dos grupos. Unos se ocuparían del equipaje, incluyendo dejar el equipo de esquí en las taquillas asignadas en planta calle, y otros irían al supermercado a por provisiones. Él se quedó descargando el coche con César y Axel, y en cuanto este último subió en el ascensor repleto de bultos, César se estrelló contra sus labios.

—Llevo horas deseando hacer esto...

—No me extraña... después de tanto mensajito picante. Ya te vale... —le amonestó Jorge volviendo a besarle—. Estamos aquí para hacerlo en silencio y sigilosamente, así que no invoques a mi bestia interior si no quieres que se enteren...

—No se enterarán —dijo César muy seguro.

—Yo creo que lo sospechan, pero no pasa nada. No pasaría nada si lo supieran...

—No quiero que lo sepan —dijo César temeroso cerrando los ojos y juntando sus frentes.

—¿Por qué no? —dijo sosteniéndolo entre sus brazos.

—Porque no estoy listo...

—¿Listo para qué? ¿para reconocer que sientes algo por mí o para reconocer que te gusta tener sexo anal?

César guardó silencio momentáneamente.

—Necesito tiempo —dijo por fin.

Jorge suspiró y comenzó a besarle otra vez. Claro que necesitaba tiempo, pero si seguían así pronto se sabría, estuviera preparado o no, porque no era precisamente el rey de la sutileza. Oyeron volver el ascensor y tuvo que separarle porque César estaba totalmente concentrado en saquear su boca. ¿Cómo pretendía engañar a los demás alguien que no sabía mentir?

Axel apareció, y sus ojos comprobaron el espacio como si esperara encontrar algo destruido o piezas de ropa dispersas. Puso los ojos en blanco mentalmente y continuaron cargando las cosas, sonrió al pensar que quizá lo que le ocurría es que tenía envidia. El tono de las conversaciones que había tenido en el coche con Naia dejaban entrever que ambos estaban ansiosos por arrancarse la ropa. No entendía dónde estaba el problema, lo tenían tan fácil...

Cuando llegó el equipo de la compra se dio cuenta de que no habían comprado nada de comida propiamente dicha. Eran bebidas de todo tipo, *snaks*, cosas para el desayuno y tentempiés. ¿Así que todas las comidas y cenas iban a ser fuera de casa? Puede que tuviera que tirar de ahorros... Esa idea se volvió una realidad cuando se enteró del precio de las clases particulares con monitor, pero ya se había hecho a la idea de aprender a esquiar. Alquiló el material de esquí el primer día por la mañana, no se imaginaba que iba a sudar tanto a tres grados sobre cero, y por la noche no se podía ni mover. ¡Lo más gracioso es que encima había pagado por ello! Después de cenar en una hamburguesería que llevaba el nombre de una famosa pista negra de la estación, tomaron algo en la discoteca del hotel Montarto. Era increíble compartir todo el día con César, pero no sabía si iba a poder satisfacer sus deseos al llegar a la habitación, estaba agotado. Tenía la sensación de que si apoyaba la cara en la almohada se desmayaría.

Al día siguiente por la tarde, Leo quiso ir en busca de una frutería para comprar lo que necesitaba para preparar unos cócteles en el apartamento. Se dispuso a salir de casa en un momento muy concreto, cuando César se fue a la habitación, entonces se giró hacia él a la vez que se ponía el abrigo y le dijo:

—¿Me acompañas?

En sus ojos pudo ver que quería hablar con él. Había llegado el momento.

—Claro.

Bajaron en el ascensor y Leo comenzó a explicarle en qué consistía el combinado que quería preparar exactamente.

—Es muy interesante... pero, ¿vas a preguntarme ya lo que quieres saber realmente?

—Veo que no tengo ni que preguntarlo... ¿y bien?

—¿Y bien qué?

—César y tú.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Dímelo tú —dijo usando las mismas palabras que él cuando le preguntó qué ocurrió la noche que llevó a Zoe drogada a su casa.

Jorge sonrió.

—¿Tú qué crees?

—Que estáis juntos...

—¿Cuál es entonces la pregunta?

Leo le miró fijamente asimilando la información.

—Conozco a César desde hace años... estoy preocupado por él.

—¿Por qué exactamente?

—Porque nunca le había visto tan feliz.

Jorge intentó disimular una sonrisa.

—¿Y cuál es el problema?

—Son problemas, en plural.

Eso ya no le hacía tanta gracia.

—¿Qué quieres decir?

—César es especial.

—Eso ya lo sé.

—¿Y sabes también que tuvo durante años una psicoterapeuta? Se deshizo de ella, pero le advirtió a su familia que César era un sujeto difícil de diagnosticar, que los síntomas de su trastorno del desarrollo eran demasiado heterogéneos como para que perteneciera a un solo grupo concreto. Es de esas personas que acumulan y guardan emociones, y el día menos pensado explotan todas a la vez. Sufría frecuentes episodios de depresión, ira y ansiedad, pero llevan años dormidos.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque César es frágil... es honesto, es leal... cuando alguien como él se enamora suele dar por supuesto que ese amor es literalmente para siempre, y cuando ocurre lo inevitable se encierran en sí mismos, nada les importa...

—¿Como hiciste tú por Zoe cuando volvisteis del viaje a Nueva York? —dijo Jorge a la defensiva.

—Algo parecido... —reconoció incómodo—, pero para César todo es diferente. Yo pensaba que me moría, el querrá morirse de verdad...

Jorge tragó saliva.

—Su psicoterapeuta destacó que la gente con su perfil tenía un alto índice de suicidios. Un desengaño amoroso fuerte podría ser el detonante perfecto.

—Joder, no me puedo creer que me estés echando esta mierda encima... —lamentó Jorge.

—No me malinterpretes, me caes bien, quiero que César sea feliz, solo digo que si notas algo raro me avises...

—La primera vez que lo hicimos se desmayó... ¿eso cuenta?

Leo frenó sus pasos y le miró conmocionado, aunque no tenía claro por qué era exactamente.

—Joder... ¡claro que cuenta! No quería tener razón... —maldijo—, es el típico desmayo por ansiedad, como cuando le pasa a alguien a quien le dan la noticia de que un familiar ha muerto de repente, la intensidad de las emociones colapsan el sistema, igual que cuando hay un dolor muy intenso, la gente se desmaya porque el cuerpo se desconecta. Lo que siente por ti debe de ser muy fuerte... tiene que aprender a gestionarlo, él no sabe cómo... ¿Sabes que no puede llorar por mucho que lo intente? —expuso preocupado.

—Leo... tranquilo, de momento nos va bien, y si algún día termina, seguramente será por una justificación lógica a la que podrá agarrarse y entender. Claro que es intenso, y está aprendiendo a sentir, pero a veces es como un puto robot, y lo del desmayo fue solo una vez, bueno dos... pero yo lo atribuí a una bajada de tensión, estaba hiperventilando, con el pulso acelerado, muy sofocado...

—¡Vale, vale! —dijo Leo tapándose los oídos—, ¡No quiero oír más!

Jorge tuvo que reírse, pero entendió por qué a César le atemorizaba destaparse delante de sus amigos.

—No me extraña que no quiera contároslo... —dijo fingiendo humor.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí, tiene muy interiorizado el *bullying* homofóbico.

—Joder, ¡para nada! ¡A mí me parece perfecto!

—Es pronto, no hay que presionarle.

Jorge notó que Leo se quedaba preocupado respecto a ese tema, y eso significaba que César le importaba de verdad.

Esa noche, para su sorpresa, iban a cenar en casa. Las chicas decidieron

hacer unas tortillas de patata con embutido, pan con tomate y patés artesanales del Valle de Arán, todo un manjar, y de postre, copas y cocteles tropicales. El salón tenía una gran chimenea con una alfombra, un sofá, varios sillones y un par de pufs donde tumbarte después de cenar.

—¿Por qué no jugamos al “Yo nunca”?! —exclamó Zoe intentando animar el ambiente.

—No, ni de coña. Las preguntas se acaban desmadrando, cada vez se vuelven más sexuales, es todo muy predecible —opinó Axel.

—Quiero jugar —le dijo ella a Leo poniéndole morritos.

—Vamos a jugar una ronda —intercedió Leo—, así nos terminamos antes las copas y nos vamos pronto a la cama.

Nadie secundó la moción.

—Haremos una propuesta cada uno, empiezo yo —dijo Zoe—. A ver... Yo nunca..., me he casado. Axel, bebe dos veces por favor, gracias.

—Qué cabrona —sonrió este.

Axel y Naia se miraron y bebieron.

—Me toca —dijo Naia vengativa yendo a por Zoe sin pensar en lo que decía—. Yo nunca..., me he enamorado.

Otro silencio barrió la estancia. Cruce de miradas por doquier. Manos a las copas. Leo y Zoe no solo bebieron, sino que lo sellaron con un beso de lo más tierno. Lo interesante vino cuando Axel levantó su copa y bebió sembrando una duda razonable, puesto que sólo había estado con tres mujeres en toda su vida, y todos sabíamos que la tal Bárbara no contaba, él bebió de su copa captando la atención de César, y lo grave llegó cuando nadie más lo hizo. Ni César, ni Naia. Menuda cagada. Estaba claro que César no iba a levantarla, pero aún así, dolía. Pero que no lo hiciera Naia le pareció un paso atrás enorme para ella después de lo mucho que había llorado por su actual marido. Miró a Axel y comprobó que estaba analizando la situación escociéndole el alma. Jorge se mordió los labios, la cara de César estaba inmutable.

—Yo nunca... —comenzó Leo—, he tenido un hijo. —dijo tranquilamente—. ¿Quién bebe?

Axel levantó su copa.

—¿Pretendéis emborracharme? —preguntó.

—No te vendría mal... —susurró Zoe.

—Yo no sé si tengo hijos por ahí —saltó César pensativo.

—Yo tampoco, no te jode —dijo Jorge divertido.

—¿Pero quieres tenerlos? —preguntó César interesado.

Se hizo otro silencio, todo el mundo se quedó expectante ante esa conversación queriendo olvidar la anterior.

—No —repuso Jorge convencido. Y era cierto, ¿en un mundo así? No, gracias. Además él no tenía nada que ofrecerle a un niño.

Por lo visto Leo sintió la necesidad de meterle humor a un momento extraño.

—Pues yo estoy seguro de que no los tengo, gracias a Dios —dijo con guasa. Y por lo que sea, el comentario no hizo ni gota de gracia entre ninguno de sus amigos.

—Yo nunca... —dijo Axel—. he practicado sexo anal.

Joder. ¿Eso era un ataque contra él?

Zoe se rió nerviosa.

—¡Axel! y luego te quejas de las preguntas sexuales... —dijo ella.

—¿Nadie va a beber? —preguntó displicente.

Él levantó la copa brindando con él en el aire y bebió dándole la satisfacción que buscaba en el morbo, Leo también lo hizo. Naia bajo la cabeza, parecía estar recordando algo, y como era obvio, César no se movió. Y estaba en su derecho, pues él propiamente dicho, no lo había hecho. Zoe tampoco bebió, y esquivó la mirada ardiente de Leo sin mucha sutileza.

Estaba deseando que el juego terminara, así que lo forzó.

—Yo nunca... —comenzó—, he tenido una relación formal. Y aclaro que formal es cuando le presentas a tus padres.

—El borracho que hay en ti debería agradecerme que te los haya presentado —le dijo Zoe a Leo.

—¿Ha conocido a tus padres? —preguntó Axel divertido.

—Sí, me tendió una polvotrampa, y tuve que hacerlo. Es una experta manipuladora.

Zoe le dio una colleja, y Leo la agarró para pegarla a su cuerpo mordiéndole el cuello. Realmente daban mucha envidia.

—César termina —le animó Leo—, Zoe y yo tenemos que buscarle la cola al conejo en la habitación.

Axel puso los ojos en blanco.

—Yo nunca... —dijo César—, he roto un corazón, y espero no hacerlo nunca.

Las caras de todos cambiaron al momento.

¡Por Dios, César!... Leo le miró y recordó la conversación que habían tenido esa misma tarde.

Jorge levantó la copa, al igual que Zoe, Naia y Leo, sin embargo Axel no lo hizo. “Qué ganas tengo de ponerte las pilas, chaval”, pensó Jorge furioso.

El juego y la noche terminaron en un ambiente extraño. Cada uno se fue a su habitación. Jorge se metió en la cama cuando terminó de usar el baño y César hizo lo mismo sin un beso de buenas noches. Apagaron la luz y se giró dándole la espalda. Poco después César se trasladó sigilosamente a su cama y pegándose a él, comenzó a acariciarle la espalda.

—¿Estás enfadado? —preguntó frustrado.

—No, ¿por qué iba a estarlo?

—Porque no he bebido cuando han dicho lo de estar enamorado...

—No. No pasa nada...

—Tú lo tienes fácil, yo sin embargo no sé lo que es el amor. No sé si sé amar.

Jorge se quedó sin habla. ¿Lo decía en serio?

—Claro que sabes amar. Tú y yo hemos follado y también hemos hecho el amor, hay una diferencia, ¿no la notas?

—¿Te refieres a la variación de más fuerte a más suave? A nivel físico siento lo mismo.

Jorge se quedó callado soportando esa puñalada involuntaria y no pudo evitar que le invadiera la pena. Puede que no sintiera nada por él, sólo deseo carnal, como todos los demás.

—Entonces ¿por qué conmigo? ¿Por qué no follas con otro?

—Porque no son tú.

—¿Crees que con los demás no vas a sentir placer?

—Con los demás no quiero sentirlo, sólo contigo.

—¿Por qué?

—Porque a veces cuando lo hacemos me siento cercano a poder llorar de alegría.

Jorge se giró hacia él emocionado. Localizó su respiración y le cogió la cara con las manos.

—Pues eso es el amor César, ahora ya lo sabes. Esa es la emoción del amor.

Y no pudo hacer otra cosa que besarle. Cuando ese beso se calentó, le giró

adaptándose a su espalda y le intentó demostrar una vez más lo que era hacer el amor. Él notaba perfectamente la diferencia, porque a pesar de las numerosas relaciones sexuales que había tenido, nunca se había sentido así.

En ese momento, en otra habitación, Zoe se metió en la cama con un pijama polar.

—No estamos en el Ártico nena, ¿dónde están esos saltos de cama tan *sexys* que tienes?

—Los he dejado en casita.

Leo chasqueó la lengua.

—Eres muy malvada —dijo arrimándose a ella cual gato mimoso con sus manos sumergiéndose por debajo de su ropa.

Zoe no podía olvidar ese “gracias a Dios, no tengo hijos” que Leo había exclamado felizmente durante el juego. No veía el momento de comunicarle su nuevo estado, a veces le daba la sensación de que podía tomárselo bien, alegrarse, pero eso era una fantasía.

Ella se movió rechazando sutilmente sus caricias.

—¿Qué te pasa últimamente? —preguntó Leo dolido quedándose muy quieto con la cabeza apoyada en la almohada.

—Nada... —contestó ella con una palabra cargada de algos.

—¿Quieres dejarme y no sabes cómo...? —susurró con aprensión—. ¿Es eso lo que pasa?

—¡No!... Claro que no... solo me preguntaba ¿hacia dónde va esto? Cuando te oigo decir ciertas cosas... me entra miedo.

Leo pareció comprender a lo que se refería, sin embargo le ofreció una respuesta que no podía haberla reconfortado menos.

—¿A dónde va? pues... a las Maldivas el próximo verano, tengo ganas de tenerte encerrada en una cabaña todo el día con el mar turquesa a nuestros pies.

Zoe no sonrió lo más mínimo, como ya se esperaba ese comentario indicaba sus ganas de estar de luna de miel, pero sin todo lo que ese compromiso supone. Él pareció reaccionar.

—Mi amor..., quiero viajar contigo, vivir la vida a tope, disfrutar de momento, ahora mismo no cambiaría nada, no podría ser más feliz... Quizá después del verano podamos plantearnos alquilar uno de nuestros pisos, y con eso me refiero al tuyo —sonrió ladino—, y comenzar a vivir juntos... —dijo

mordiéndose los labios vergonzoso como si hubiera dicho algo la mar de comprometido.

Ella pensó que él no tenía la culpa de que hubiera sucedido lo más inesperado, sus pasos eran los normales, no sería natural que después de un mes juntos le susurrara que quería quedarse encerrado en casa criando a sus descendientes. Que de su boca hubiera salido “vivir juntos”, ya era mucho viniendo de un libertino como él, pero ella seguía con una idea fija en la cabeza y se la susurró bajito abrazándose a él.

—No quiero perderte...

—Eh..., no vas a perderme —le dijo Leo preocupado—, ¿por eso estás así? —preguntó sorprendido con un punto de alegría en su voz.

¿Su retracción por el embarazo le había llevado a pensar que lo que le ocurría era justo lo contrario? ¿Que quería dejarle? ¡César tenía razón! Leo estaba haciendo sus propias cavilaciones ante su reservada actitud, y eso no era bueno.

—No hay nada ni nadie en el mundo que pueda alejarme de ti. Te quiero con locura —dijo él cogiendo su cara y mirándola fijamente a los ojos.

Palabras vacías, claro que lo había.

Cualquier persona podría separarles, ambos tenían una vida social agitada, y cuando se pasara el frenesí del inicio, no confiaba en que a Leo no se le cruzara nada mejor, más joven, más bello, más fácil... y si nada de eso ocurría, les separaría otra persona, una que en aquellos instantes estaba gestándose en su interior.

30

CREPÚSCULO

Axel entró el lunes en su despacho una hora antes de lo habitual. Necesitaba poner sus pensamientos en orden sin la presencia de Naia. Su falta

de voluntad para evitarla era cada vez peor, ¿y se suponía que tenía que soportar eso durante un año? Imposible.

Después de unos días en Baqueira todo se había magnificado. Quizá fuera el hecho de estar rodeado de parejitas... Lo de Jorge y César quedó confirmado después de la conversación que mantuvo con el poli a solas. Habían quedado para comer en las pistas, en el restaurante Cinco Jotas, y al llegar con Naia, él ya estaba allí esperándoles después de uno de sus cursillos. Ella se disculpó y fue al servicio. Y la sonrisa de Jorge cuando giró la cara después de ver el magnífico espectáculo de su culo alejándose de él, le molestó.

—¿De qué te ríes?

—De ti, y de lo patético que eres.

—¿Qué? —Alguien esa noche iba a dormir en la calle.

—No estoy ciego... estás loquito por ella, y aún así, sigues aguantando — dijo negando con la cabeza hastiado.

—Que yo sepa mis sentimientos nunca han sido el problema. Entérate, ella no me quiere, quizá quiera acostarse conmigo, no podemos evitar la atracción que hay entre nosotros, pero a diferencia de ti, yo no soy un kamikaze que se mete en una relación para acabar destrozado por la otra persona.

—¿Qué quieres decir? —dijo Jorge molesto.

—Ya lo sabes...

—Esto no va de César y de mí, precisamente a eso me refiero, vosotros lo tenéis tan fácil... Me parece increíble que no puedas hacer que funcione algo tan sencillo.

—¡Ella no me quiere! Ya viste que anoche en el juego no bebió cuando preguntó quién había estado enamorado, y déjame recordarte que César tampoco.

Jorge se quedó callado, no había nada que rebatir a eso pero...

—En ese puto juego todo el mundo miente —dijo enfadado— Tú aseguraste que nunca habías roto un corazón y casi me da la risa, te doy dos pistas: Bárbara y Mar. Me parece que estás completamente ciego, Axel — concluyó despectivo.

—Puede, pero no estoy sordo. Me dijo claramente que no quería casarse conmigo.

—¡Claro que no quería! ¡Así no! ¿Quién quiere conseguir eso obligada

por otras circunstancias que no son las del amor?

—¡Le dije que la quería! —se defendió Axel.

—¡Y no te creyó! Me parece fantástico que te hayas enamorado de ella, ¡pero no la conoces en absoluto! Cree que no se merece el amor de nadie, que no es digna de ser amada, tiene un puto trauma porque sus padres nunca la quisieron, ¡básicamente la abandonaron! es muy duro aceptar que las personas que están programadas para quererte incondicionalmente no lo hagan, te deja la cabeza del revés analizando que hay de malo en ti, ¡te deja marcado! Cuando le pregunté por qué cojones no te contaba lo de Martina y lo afrontabais juntos, me dijo textualmente que no podía cargarte con esa responsabilidad, que no podía permitir que te complicaras así la vida por ella, ¡porque ella no lo merece! ¡¿No lo ves?! ¡Quería protegerte! Renunció a ti porque te quería, porque sabía lo complicada, fea y dolorosa que podía ponerse una situación que encima es ilegal.

La verdad se clavó en él como un cuchillo de doble hoja. Le amaba, renunció a su amor para protegerle, ahora lo veía.

—Si a ella le cuesta aceptar que yo la quiero por encima de todo — continuó Jorge—, cuando es perfectamente consciente de ello, ¡imagínate viniendo de ti! Aunque te pusieras de rodillas con un anillo en la mano tampoco se lo creería. ¡Es ella la que cree que no la quieres! Y yéndote con otras refuerzas esa teoría. Ahora solo está tratando de protegerse de ti. Sé lo que sucedió en la ducha, la dejaste sola, y tuvo una jodida regresión de miedo al abandono. Nunca la había visto llorar tanto como esa semana, y solo por eso, no creo que tú y yo vayamos a llevarnos bien nunca, no soporto a los gilipollas.

Axel estaba desconcertado por toda aquella información, sobre todo porque ¡en el fondo no era nueva! Sabía todas esas cosas, él mismo le había preguntado si era de esas personas que creían que no se merecían nada, pero nunca unió los puntos. Jorge estaba en lo cierto.

—Tienes razón —dijo poniéndose de pie completamente blanco—, soy un gilipollas de tomo y lomo.

Y sin más, se fue hacia la salida. Necesitaba respirar aire fresco. Tenía una opresión en el estómago que le estaba matando, sentía náuseas y dolor de cabeza. Su cuerpo reaccionó físicamente al dolor que le supuso darse cuenta de hasta qué punto la había cagado, y no tenía fuerzas para verle la cara a Naia en ese momento. Una cara que, aún así, era capaz de sonreírle

últimamente con la expresión más inocente del mundo. Eso, sumado a su deseo físico por ella, le estaba poniendo la cabeza como una olla a presión.

Esa misma noche a alguien se le ocurrió la flamante idea de que fuera noche libre, es decir, que cada uno cenara donde le apeteciera, y las parejas no tardaron en formarse. Cuando Naia buscó refugio en Jorge, este le puso la excusa de que César y él querían hablar de su último examen que tendría lugar el trece de enero, un supuesto de casos prácticos. El poli le odiaba pero... parecía que quería echarle una mano, porque al final tuvieron que irse los dos solos a cenar por ahí. El lugar elegido fue el restaurante Ticolet, donde servían una *raclette* de queso con un menú cerrado que era una constante en su vida desde pequeño. Sabía que a ella le encantaría porque era una chiflada del queso, y aunque estaba más cohibida de lo habitual, parecía feliz de estar allí. Axel no sabía qué hacer con ella, y sacó a colación un tema al que llevaba varios días dándole vueltas.

—Me gustaría hablar de las Navidades... ¿Tienes planes? Yo tengo a Adriana el 24 y el 25, y su madre se la queda el 31 y el 1 porque yo trabajo en Nochevieja...

—Yo había pensado en ir esos días a ver a mi abuela... No quiero hacer que se mueva ella otra vez, y echo de menos mi... ese lugar. Es entrañable, sobre todo en Navidad, ¡mi abuela es una friki de los adornos navideños!

Axel sonrió.

—¡De verdad! ¡Está loca! Tarda como quince días en decorar la casa y otros quince en recogerlo todo después, pero así se entretiene —dijo con la sonrisa más bonita del mundo.

No sabía cómo alcanzarla. No se atrevía a abrazar la imprudencia que supondría para su corazón estar con ella. Se dio cuenta de que tenía miedo de cuánto le afectaba esa chica.

—Zoe nos ha invitado a su casa en Navidad, sus padres me adoran, y puede que también esté Leo... Me preocupa el tema del embarazo, pero rezaré para que ese día pueda ser testigo de cómo se lo dicen a sus padres con toda la felicidad del mundo —dijo intranquilo.

Ella le miró de una manera inquietante, como si quisiera tranquilizarle con hechos, no con palabras, y deseó profundamente que lo hiciera, que le cogiera de la mano que descansaba encima de la mesa a pocos centímetros de la suya, su vista se posó en ella, pero no lo hizo. El resto de la cena, hablaron de trabajo, iba a ser un mes agitado con las fiestas de empresa, la nochevieja, y

su propia fiesta de Navidad. Fueron los primeros en llegar a casa y Naia manifestó su cansancio. La acompañó a la puerta de su habitación como si del portal de su casa se tratase, le deseó buenas noches y se quedó anclado en sus labios como un quinceañero incapaz de mover un músculo.

—Qué descanses —le dijo a continuación huyendo hacia su cuarto con el rabo entre las piernas, como el cobarde que era. ¿Por qué no había dado el paso? Era el momento perfecto... ¿Qué le frenaba? Ahora sabía la verdad. Era la sensación más antigua del mundo. Instinto de supervivencia. La necesitaba. Había conseguido reconstruir su relación hasta un punto bastante aceptable y normalizado, un punto que aunque le volvía loco, no quería perder por nada del mundo, un punto que podía arruinar si daba un paso en falso en esa dirección otra vez. No podía volver a sentirla lejos, y ahora estaba lo suficientemente cerca para soportarlo. “¿Y no puedes arriesgarlo todo para estar *de maravilla* en vez de solo *bien*?”, le preguntó su cerebro. Quizá, si fuera más valiente...

Esa noche se metió en la cama y realizó su propia terapia de contención. Enchufó unos auriculares en su teléfono y buscó una canción en Youtube que siempre le había encantado, el tono agonizante con la que estaba cantada le ponía los pelos de punta, era una súplica a un amor que no sanaba por la confianza rota una vez, y que reflejaba totalmente cómo se sentía él en ese momento.

Se trataba de “Believe in me” de Lenny Kravitz, ya solo el título era perfecto. “Cree en mí”, ella no le creyó cuando le dijo que la quería, y tampoco le creería ahora como bien había señalado Jorge. Tenía que buscar la forma.

*No puedo continuar
No sé qué hacer
Mi corazón está estropeado
Siento como si hubiera terminado
Por favor, cree en mí
Lo que necesito para ti es
que creas en mí.*

Axel entró en su despacho y encendió el ordenador. Buscó de nuevo la canción en Youtube, y observó una vez más el videoclip en el que un Lenny desgarrado apretaba los ojos con fuerza por una chica y se sintió un poco

aliviado al comprobar que el amor podía tener ese efecto. Consultó la hora y supo que tenía una media hora antes de que Naia apareciera. Una chica que, la noche anterior cuando se disponían a pedir algo a domicilio para cenar al llegar del viaje, le dijo que ella con uno de sus sándwiches especiales sería la persona más feliz del mundo. Y él, por supuesto, se lo hizo, no era mucho pedir... Sin embargo, no se atrevió a decirle que se lo hacía a cambio de lo que él necesitaba más que cualquier otra cosa, un beso suyo. ¿Acaso eso sí era mucho pedir? Pero no lo hizo, aunque lo tuviera quemando en la punta de la lengua.

Esa semana tuvieron muchísimo trabajo que organizar, y bienvenido era, entre otras cosas su propia fiesta de Navidad que tendría lugar el viernes en la Sala Oasis.

Naia se despertó y se dio cuenta de que Axel no estaba en casa. Había una notita en la cocina, comunicándole que tenía que hacer recados antes de ir a la oficina y que se verían allí. ¿A esas horas? ¿Dónde podía haber ido? Pero no le importaba, necesitaba espacio. Si la semana anterior hubiera durado diez minutos más, se habría lanzado a su cuello sin poder evitarlo. Ni siquiera quiso compartir el sofá con él después de cenar. Se dio una ducha a una temperatura preocupantemente fría para esa época del año, y se metió en la cama. En el apartamento de Baqueira estaban con gente, ahora estaban solos, y no podía olvidar lo atento e increíblemente amable que había sido durante todo el puente, a pesar de que no empezó muy bien.

El sábado anterior en la cena de celebración del examen de César, estuvieron tomando algo en la Sala Oasis, y el hecho de que estuviera un largo rato hablando con Sergio, y puede que... tonteando más de la cuenta con él puesto que Mar les tenía controlados, quizá no había sido una buena idea. No sabía si Axel era consciente de las miradas asesinas que les lanzaba, pero al cabo de un rato, no pudo más y se acercó a ellos.

—Me voy a casa... —anunció—, ¿te vienes conmigo? —suplicó.

Me quedé alucinada.

—Creo que los demás también se van y... bueno, así compartimos taxi, no me gusta que luego vuelvas sola... —continuó mirando a Sergio con el ceño fruncido.

—Yo puedo acompañarte luego en mi coche —terció este.

La cara de Axel fue un poema. Me miró implorando la respuesta que

quería oír, vi que Mar también nos miraba en la distancia, como si pudiera oírlo todo aunque fuera imposible, y no pude evitar visualizar un *flash* de ambos morreándose en el almacén, oyendo perfectamente la explosión en pedazos del corazón de Sergio, igual que lo hizo el mío al verles por la mañana en el salón.

—Me quedo —decidí—. Ya volveré con Sergio.

La decepción de Axel fue visible.

—Hasta mañana —se despidió abatido.

Poco después fuimos al despacho de Sergio dándole también en los morros a Mar, y estuvimos charlando durante más de una hora. Me sentía mal, pero a la vez, había tenido la urgente necesidad de impartir un poco de justicia. La sorpresa fue que Axel estuvo encantador durante toda la estancia en Baqueira.

La noche que cenamos solos, pensé que iba a besarme en la puerta de mi habitación, pero no lo hizo, y por muchas ganas que tuviera, yo no iba a dar un paso más, ya había dado demasiados y todos habían terminado fatal. Era como un animal viendo un plato de comida al otro lado de un precipicio, cada vez que me acercaba un poco extasiada por el olor, mis patitas resbalaban avisándome de que había un despeñadero que olvidaba por momentos. Axel tenía sus ideas claras al margen de la potente atracción que existía entre nosotros, el tren de los sentimientos ya había partido. Y daba gracias al cielo de que fuera un hombre con un gran sentido de la contención, porque estaba segura de que caería en sus garras como una tonta, como lo había hecho en el sofá de casa de sus padres, ¡era algo superior a mis fuerzas! Yo era la culpable de todo cuanto había sucedido entre nosotros desde que supe lo de Martina. Mi forma de hacer las cosas lo había arruinado todo, y le había hecho un daño que lograba mantenerle alejado de mí a pesar de lo mucho que nos deseábamos, era lo justo, lo que me merecía.

Esa semana en la oficina trabajé como nunca, no sabía que la época de Navidad podía ser tan dura, él sábado diecisiete teníamos cuatro fiestas que atender, íbamos a tener que repartirnos para estar al frente de cada una de ellas. Y teníamos programadas otras tres en nochevieja, un par de ellas tan importantes, que nos habían permitido rechazar hacer el doble de trabajos por mucho más beneficio. No podíamos atender a todo, si seguíamos así, CXL iba a tener que ampliar su plantilla. Puede que entonces Axel conociera por fin a la mujer de sus sueños.

El viernes llegó en un parpadeo, no había visto a Zoe en toda la semana, y en cuanto apareció a las ocho de la tarde en la Sala Oasis, fui directa hacia ella.

—¡Zoe! ¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí tan pronto?

—He venido a ayudar. Ya sabes que esta noche se reparten los premios anuales a los trabajadores de la empresa y tengo que hacer unas cosillas. Además tengo que hablar con Sergio de otros temas...

—¿Le has contado ya a Leo lo de...? —pregunté señalando su tripa.

—No... —respondió apocada—, esta semana quería hacerlo, pero he estado liadísima y él también, al volver a casa nos acurrucábamos como dos gatos pequeños y no me sentía con fuerzas para contárselo... No he podido, pero quiero hacerlo el domingo... Estaremos relajados, les he dicho a mis padres que no iremos a comer, que necesitamos descansar después de este fin de semana.

—Tienes que decírselo sin falta...

—Sí, sí, del domingo no pasa —dijo convencida con miedo en los ojos—. Te dejo, tengo prisa.

Sobre las nueve, la gente empezó a aparecer. A las nueve y media empezarían a repartir premios, y después habría un pequeño cóctel para celebrar la Navidad. Había muchos modelos de la plantilla, tanto chicas como chicos con familiares y amigos de los mismos. Yo me había llevado una bolsa con ropa para cambiarme y maquillarme allí en un pequeño vestuario que tenían los trabajadores con un amplio espejo. Cuando estaba empezando a maquillarme, Mar entró en la habitación.

—¡Hola!

—Hola —la saludé correcta, pero no tenía mucho más que hablar con ella. Sus labios habían tocado los de mi marido, no necesitaba saber más.

—Estás guapísima, me encanta ese vestido.

—Gracias —respondí escuetamente.

Llevaba un vestido de Marc Jacobs que me había obsesionado por conseguir desde que lo vi en un capítulo de *Gossip girl*, —la serie transcurrida entre la alta sociedad de Nueva York—, y supe que tenía que ser mío. Era de color *champagne*, toda la tela era de *glitter* brillante, de uno de los hombros bajaba a modo de manga un trozo de la misma tela que le tapaba todo el brazo dejándolo libre al movimiento. El efecto era increíble al ser bastante más largo que el propio vestido.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Mar sin apartar la vista de él.

—De internet.

Y era cierto.

—Joder, hay cada cosa hoy en día a golpe de click, que no le hace sombra a la alta costura.

Seguí en silencio maquillándome como si nada. Terminaría enseguida, solo me estaba poniendo un poco de rímel y raya negra.

—Naia..., quería pedirte perdón por aparecer en tu casa aquel sábado por la mañana. No sabía que Axel estaba casado... ¡te lo juro! y solo fui a devolverle el móvil que se había dejado el día anterior, no sé lo que pudiste pensar...

—Tranquila —dije retorciéndome por dentro. No era culpa suya ser tan guapa y simpática. Le parecía normal que a Axel le hubiera gustado acariciar su lengua, estrecharla entre sus brazos, susurrarle en la boca que llevaba deseando hacerlo desde que la conoció...

Me eché hacia atrás y rechacé esos pensamientos malignos. Recogí mis cosas y salí por la puerta topándome con Axel y Sergio que se dirigían hacia el despacho principal.

Ambos se quedaron impactados. Los entendía perfectamente, a mí me pasó lo mismo la primera vez que lo vi, era el poder del vestido.

—Naia... estás... increíble —dijo Sergio atónito.

Axel se quedó callado. Por un instante, habría jurado que estaba a punto de echarse a llorar.

—Gracias... vosotros también estáis muy guapos. ¿Sois gemelos? —dije sonriendo al darme cuenta de que iban vestidos igual, los dos *All Black* de pies a cabeza. Irresistibles.

Sergio se rió.

—Sí, somos la cúpula, ya sabes —bromeó mientras emprendía de nuevo el paso.

—Todo está listo —le dije a Axel por cruzar alguna palabra con él.

—Perfecto —dijo con cara de circunstancia. Estaba muy raro. Siguió a Sergio y le vi volver la cabeza una vez más antes de perderle de vista. Al pasar por mi lado, una ráfaga de su olor corporal mezclado con la mayor tortura que Dior había fabricado invadió mi sistema dejándome paralizada. Si seguía así, iba a entrar en combustión antes de Año Nuevo.

La gala de Navidad comenzó y a su vez los aplausos, que cada vez eran

más estruendosos. Por lo que había investigado, todos los años repartían premio al mejor compañero, a la mejor pasarela, al mejor posado, e idioteces varias, pero la sangre se me heló cuando Axel anunció el premio al mejor trabajador de la agencia.

—Y es para... ¡Naia! —exclamó sonriente.

Un foco cayó sobre mí y quise asesinar a Quique, el técnico audiovisual encargado de dejarme ciega con ese chorro de luz. La gente aplaudía y me instaba a subir a recoger mi premio.

Cuando subí al pequeño escenario que habíamos montado, Axel me miró con guasa y juntó sus dedos para silbar y promover el revuelo. ¡Qué cabrón!

—Es un premio muy merecido, señoras y señores —comenzó—, y no lo digo porque sea mi mujer —se oyeron algunas risas—, en estos diez meses ha demostrado un potencial que la llevará muy lejos superando todas nuestras expectativas, y quiero aprovechar para darle las gracias por su gran dedicación a lo que un día fue nuestro sueño, CXL Management. Gracias por aparecer en nuestras vidas —dijo ofreciéndome una figura con las tres letras en color plata apoyadas en un rectángulo con una chapita con mi nombre.

Comencé a temblar. Nunca me había visto en una situación en la que era el centro de atención de tanta gente, y la sensación me resultó abrumadora. No era capaz de sonreírle, los aplausos, los gritos de cariño que estaba recibiendo y sobre todo sus palabras, me habían llegado a lo más hondo. Cogí el pequeño trofeo y alguien gritó: ¡Bésala! y él no dudó en hacerlo. Juntó sus labios inocentemente con los míos, a la vez que una mano me cogía de la barbilla, pero ese beso rompió una cadena fatigada de aguantar todo el peso de un sentimiento inmenso. Me fui corriendo del escenario y me metí en el vestuario. Antes de entrar en él ya había comenzado a llorar, la avalancha de afecto recibido sumado a la sorpresa que me tenía preparada Axel me había superado.

Alguien entró rápidamente en la habitación. Oí la voz de Leo de fondo continuando la presentación de la gala. Unos ojos se clavaron en mí frenando en seco su movimiento, y cuando descubrieron que estaba llorando, se acercó recuperando el mismo impulso que lo había traído hasta allí. Un segundo después noté su boca arrasando la mía. Axel comenzó a besarme como un loco empujándome contra la pared y yo le correspondí. No podía más.

Después de lo que me parecieron días enteros perdida en sus labios, paró y apoyó su frente en la mía.

—Te necesito... —dijo simplemente.

Siguió besándome mientras me acariciaba los brazos, la cara, el cuerpo.

—Quiero irme a casa —confesó en mi boca.

Yo no sabía ni dónde estaba. Solo sabía que también le necesitaba, más que respirar, o acabaría muriendo.

—Axel... —susurré en sus labios. En mis mejillas había dos surcos de lágrimas que él me secó en cuanto abrimos los ojos y nos mantuvimos la mirada.

—Necesitaba hacerlo... —explico él—, o me moría.

—¿Hazlo o muere? —sonreí yo.

—Exactamente. —Y estrelló su sonrisa contra mis labios.

—Te quiero en mi cama. Ya. —ordenó tajante.

Tuve que reírme por la seriedad del mandato.

—Recibido, señor.

Él sonrió y suspiró.

—No te lo tomes a broma, te juro que no puedo más.

—Es el vestido, tiene poderes supersónicos. Es como una lámpara mágica que hace todos tus deseos realidad.

—¿Significa eso que también lo estás deseando? —preguntó ansioso.

—O me muero... —respondí con guasa.

Volvió a reírse y me sujetó con más fuerza.

—No podemos irnos hasta después del cóctel, pero esta noche no te escapas, ¿lo has entendido? —dijo con una convicción imperante.

—Sí —dije comenzando a jadear cuando se presionó contra mi cuerpo clavándome su erección. Volvió a besarme con maestría— Te espero fuera, si estoy un minuto más aquí no respondo de mí —dijo incapaz de soltarme.

De repente, la puerta del vestuario se abrió.

—¿Naia? —Era Sergio que avanzaba despacio hasta que nos vio y se quedó clavado en el suelo.

Axel me soltó a regañadientes y se acercó a él.

—Es mía. —Le espetó—. Y tú deja de hacer el gilipollas con la tuya. Mar está loca por ti, el tiempo de los cobardes ha terminado —dijo saliendo por la puerta sin mirar atrás.

Un hormigueo de anticipación inundó mi cuerpo. Sergio me miró y me sonrió satisfecho. Parecía que acabara de oír lo que necesitaba escuchar, y supe que esa noche, nadie escaparía.

31

CRASH

Cuando terminó de presentar la gala, Leo buscó a Zoe por la sala. En cuanto la localizó, se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

—Estás imponente, nena —dijo echándole un vistazo a su delantera.

Qué ganas tenía de estar con las gemelas a solas. Llevaba un vestido rojo con escote cuadrado que se ataba al cuello con un lazo. Era como un jodido regalo de Navidad, uno que llevaba años pidiendo y nunca le traían. Se adaptaba perfectamente a sus formas, que cada día le parecían más redondeadas y apetitosas. Se preguntó si alguna vez disminuirá su ferviente deseo por ella.

Ella le besó cogiéndole la cara, y le regaló una sonrisa que mataría por tener en exclusiva.

—Has presentado la gala muy bien, mi amor, no entiendo por qué rechazaste aquel trabajo en televisión hace unos años.

—Porque era en Barcelona y no quería separarme de ti. Me encantaba discutir contigo.

Ella volvió a besarle encantada de escuchar eso.

—Yo te odiaba porque te quería, lo sabes, ¿no?

—Siempre lo he sabido, nena —dijo guiñándole un ojo mientras ella se alejaba, de un tirón volvió a atraerla hacia sí y saboreó de nuevo sus labios— ¿Nos iremos pronto? Me vuelvo loco solo de pensar que mañana cada uno tendrá que ir a supervisar una fiesta y no podremos estar juntos.

—Claro, nos iremos en cuanto podamos —dijo prometiéndole mil cosas con la mirada—, pero comamos algo primero, ¡tengo hambre! —añadió coqueta.

Él se mordió los labios.

—¿De qué? —le preguntó canalla.

—Pronto lo sabrás... tengo que ir a hablar con Eva, ahora vuelvo.

Él se quedó mirándola embobado.

—¿Se te cae la baba, no? —le dijo una voz a su espalda. Era Sergio.

—Como para no, tío...

—Sí, está guapísima, ¡enhorabuena!

—Gracias —dijo Leo extrañado.

—¿Para cuándo es?

—¿El qué?

—El bebé, ¿cuándo nacerá?

—¿Qué bebé? —dijo Leo confundido.

—¿No está...?

—¿Qué...?

—Pensaba que estaba embarazada...

—¿Qué?! ¡No! —dijo Leo riéndose— ¿De dónde sacas eso?

—¿Se ha operado el pecho?

—No... —respondió Leo.

—¿Y por qué le han crecido tanto las tetas? Antes se ha dejado la bebida en mi despacho, pensaba que era mi *gin-tonic*, pero al ver que no llevaba alcohol, lo he visto claro... Tengo tres hermanas, cada cual más coneja, y a todas se les hinchó el pecho una o dos tallas. Salta a la vista que Zoe ha sufrido un buen incremento de... —Sergio se calló tragando saliva al ver la mirada salvaje de Leo.

Buscó a Zoe y la vio hablando con una amiga. Estaba sonriente y feliz, y sus prominentes pechos se alzaban más espléndidos de lo que los había tenido nunca.

—No está embarazada... —aseguró Leo inquieto.

—¿Y por qué no bebe alcohol?

Buena pregunta. Por qué no bebe, por qué tiene más hambre, más sueño, por qué se marea, por qué tiene una duda en los ojos como si guardara un secreto... y por qué... ¿Por qué coño no le había dicho nada?!

Avanzó hacia ella dejando a Sergio sin respuesta.

—Tenemos que hablar —dijo enfadado al llegar a su lado. A ella le cambió la cara, y la cogió del brazo para llevarla a un lugar más alejado.

—¿Tienes algo que contarme?

—¿Qué...? No...

—¿Estás segura?

—¿A qué te refieres?

—A que si pensabas decirme que estás embarazada.

Ella abrió los ojos como platos respondiendo a su pregunta. Él esperaba

una pronta negativa acompañada por una mirada incrédula.

—¿Qué pasa? ¿Qué no es mío? —preguntó furioso—.

—¿Qué? —dijo ella alucinada—. ¿Cómo te atreves...?

—¿No pensabas decírmelo? ¡Oh, Dios mío...! ¡Lo has hecho a propósito, ¿verdad?!

Zoe se quedó estupefacta.

—Muy bonito —dijo Leo irónico—. ¿Qué es esto? ¡¿Tu estocada final?! Como sabías que no quería un hijo... No me puedo creer hasta dónde has podido llegar para joderme —dijo despectivo—, me has engañado perfectamente, te felicito —dijo Leo escupiendo las palabras.

Una bofetada cruzó el aire. Zoe se fue corriendo y él tuvo que apoyarse contra la pared. Se derrumbó tanto mentalmente que las piernas apenas le sostenían. Embarazada. Era el fin. Su fin, tal y como había predicho su primo.

Un bebé. Un hijo. ¿Cómo era posible? “Lo sabes muy bien”, insinuó su cerebro. Había confiado en ella, llevaban todo el mes sin usar protección... ¡¿Cómo había sido tan estúpido?! “Porque te has enamorado”, dijo una voz en su cabeza. Había caído en la trampa del amor, otra vez, ¡con la misma persona! No lo entendía, estaba seguro de que ella le quería, no podría joderle así... Entonces, ¿porqué iba a querer quedarse embarazada? “Es lo que quieren todas”, le susurró la voz de su primo. Si había sido un accidente, se lo hubiera contado consternada, pero se lo había callado, la premeditación del acto estaba muy clara.

—Leo..., ¿estás bien? —preguntó César, que de repente apareció a su lado—. Acabo de ver a Zoe saliendo a la calle como una loca y...

Leo se giró y vio que César se asustaba de lo que veía en su mirada.

—¿Tú lo sabías?

—Yo...

—¡Dime la verdad! —ordenó adustamente.

—Sí, lo sabía. Le dije que te lo dijera cuanto antes... No creía que...

—¿Y no me lo dijiste? —preguntó incrédulo.

—Yo...

—¿Quién más lo sabe?

—Naia... y Axel...

—Así que todos lo sabíais menos yo, el tonto ¿no? —dijo con una sonrisa severa.

—No, no es eso. Escúchame Leo...

—¿Desde cuándo lo sabéis?

—Eh... no, yo... —dijo César nervioso mirando hacia los lados en busca de ayuda.

—¡Dilo joder! Quiero saberlo.

—Antes del viaje a Baqueira.

—¿Hace ya casi dos semanas? —preguntó herido. Su cara se transformó en ira.

—¡Esto es increíble! ¡Increíble, joder! Ya veo lo que os importo... —dijo frotándose la cara.

—Tenía que decírtelo ella... los demás no podíamos traicionar...

—Me habéis traicionado, eso es, exactamente. Os habéis estado riendo a gusto de mí...

—¡No! ¡¿pero qué dices?! —

—Déjame decirte una cosa ya que te crees el más listo: Todos sabemos que Jorge y tú estáis juntos, pero está claro que no te atreves a decirnos que te gusta chupar rabos. ¿Qué? ¡¿A qué sienta bien?! —dijo empujándole el hombro bruscamente con el suyo al pasar por su lado buscando la salida. Cogió su chaqueta y el casco, y se fue sin rumbo apretando el acelerador de la moto a tope, necesitaba dejarlo todo atrás. Estaba solo, traicionado, herido y avergonzado de sí mismo, de su inmadurez, de su reacción... Un bebé. ¿Cómo iba a tener uno, si él aún se comportaba como un puto crío? Tenía que encontrar a Zoe.

Axel aplastó a Naia contra el cristal del ascensor, besándola con fuerza y desespero. En menos de dos horas habían conseguido escaparse, y en cuanto aparcaron, quitó la llave del contacto y empezaron a besarse con un ímpetu tan descontrolado que ella sugirió muy inteligentemente que abandonaran el lugar o terminarían montándoselo en el coche. ¡Y se merecían más espacio que ese! Podían romper algo, porque pensaba follársela a lo bestia y sin condón como si su misión en la vida fuera repoblar la Tierra. Él no se había acostado con nadie desde que volvieron de Nueva York, y estaba seguro de que ella tampoco, ambos tenían demasiadas ganas.

La puerta del ascensor se abrió y ella le instó a salir, pero... ¿Cuántas veces había tenido un flashback de hacérselo contra una pared del ascensor mientras se miraban al espejo? Pues cada jodida vez que habían subido o

bajado juntos desde el día de su boda. Finalmente, Naia le arrastró y abrió la puerta del apartamento mientras él le subía el vestido hasta la cintura. Un tanga negro de encaje hizo acto de presencia y empezó a respirar aceleradamente, llevaba unas elegantes medias hasta mitad de muslo atrapadas por dos ligas, ¡por el amor de Dios! Cerró la puerta de un portazo y cargó con ella hasta su cama como un troglodita. La tiró encima y su presa soltó un gritito *sexy*. Tiró de ambos lados de la camisa haciendo saltar todos los botones y empezó a desabrocharse el pantalón. Ella a su vez, terminó de quitarse el vestido justo en el momento en el que él se lanzaba a cubrir su cuerpo.

—Llevo tanto tiempo deseando esto... —dijo rozándose contra ella.

—Yo también...

Le desabrochó el sujetador y se rebozó en sus pechos como siempre imaginaba. Le fulminó la idea de que era mejor de lo que recordaba. Los chupó y apretó a su merced y ella gimió encantada. Cuando terminaron de desnudarse siguieron besándose con intensidad, estaban los dos de medio lado abrazados y ella tenía una pierna colocada por encima de su cadera. Sus cuerpos estaban pegados, rozándose, buscándose, llevándoles cada vez más lejos de la sensatez. No podía esperar ni un minuto más para estar dentro de ella. Y después de un par de roces de su miembro duro contra su húmeda entrada, la sujetó por el culo atrayéndola hacia sí con un movimiento que consiguió que sus sexos por fin encajaran. Ambos soltaron un gemido sordo y la apretó contra él sintiéndola profundamente alrededor de su polla. Joder, por fin...

Notó un punto de energía acumulado en la cadera, y giró sobre ella ganándole la posición hasta adquirir una postura claramente dominante para embestir con fuerza hincándose en lo más profundo como si su vida dependiera de ello. Poco después, un orgasmo pidió asistencia en la parte baja de su columna, estaba tan excitado que no podía esperarla, se pasaría toda la noche procurándole placer, pero no podía detenerse en ese momento. Continuó con una fricción demencial y en el instante en que iba a gritar su nombre, ella exclamó: “¡me corro!” y las contracciones de su sexo le oprimieron de manera deliciosa instantes antes llegar al nirvana.

—Joder... eres increíble —susurró él contra su pelo.

—Somos increíbles juntos... —dijo ella jadeante.

Él se echó hacia un lado para no seguir aplastándola.

—¿Nos metemos por dentro de la cama? —preguntó.

—Vale...

Al levantarse, ella indicó que iba al baño y él fue a beber zumo a la nevera.

Cuando se encontraron de nuevo debajo de las sábanas, completamente desnudos, se acoplaron sin miramientos. Se besaron lentamente, y Axel se le quedó mirando pensando en si era pronto para confesarle que estaba completamente enamorado de ella.

—Me vuelves loco —dijo contra su boca dulcemente.

—Y tú a mí. No puedo creer que hayamos esperado tanto...

—Lo sé, yo ya no recordaba ni por qué habíamos discutido.

Volvieron a besarse con ímpetu.

—No quiero cerrar los ojos, quiero estar haciéndolo toda la noche —dijo ella mimosa.

Esas palabras fueron música celestial para sus oídos.

—Tus deseos son órdenes —sonrió él.

Estuvieron besándose largo rato, intercalando conversaciones sobre la gala, sobre que Zoe aún no le había dicho nada a Leo del embarazo; y sobre el hecho de que cuando finalmente fueron a coger sus pertenencias para marcharse, habían encontrado a Sergio en una situación más que comprometida con Mar en la silla de su despacho. Ambos sonrieron y él por fin pudo contarle la verdadera historia de ese beso con Mar para conseguir poner celoso a un reticente Sergio. Después, los besos se volvieron más exigentes, ella bajó una mano traviesa hacia su miembro, que estuvo encantado de satisfacer a la dama como requería. Al terminar, dieron vueltas por la casa, cogieron fuerzas con un tentempié de madrugada, y él buscó su móvil para dejarlo en la mesilla. Lo tenía en modo vibración y descubrió que tenía nueve llamadas perdidas de César y un único mensaje suyo.

—*Llámame, Leo ha tenido un accidente con la moto, es grave.*

Volvió a releerlo conmocionado. Leo. Accidente. Moto. Se dobló como si le hubieran pegado una patada en el estómago. Caminó como pudo hacia la habitación con la mirada desenfocada y se apoyó contra el armario intentando soportar un dolor no físico desconocido.

Salí del baño y escuché un golpe seco, seguido de un silencio extraño.

—¿Axel? —pregunté entrando en la habitación. Le vi apoyado en el

armario con una mano, y pensé que quizá se había mareado.

Pero de repente, levantó la cabeza y cuando vi sus ojos me asusté de la expresión que encontré en ellos. Fui corriendo a sostenerle.

—¿Qué te pasa?!

—Es Leo... —consiguió decir—, ha tenido un accidente con la moto, me ha avisado César por WhatsApp después de no contestar a sus llamadas, dice que es grave —dijo derrumbándose contra mí. Estaba ido.

Dios. Leo.

—Tranquilo —comencé a decir—, siéntate en la cama —dije arrastrándole porque parecía que iba a caerse redondo en cualquier momento—. Llama a César, que nos diga dónde está y qué más sabe.

—Puede que ahora mismo ya este muerto, el WhatsApp es de hace dos horas —farfulló Axel hundido.

—No joder, ¡no digas eso!

No hizo ademán de moverse, así que cogí mi móvil y llamé a César.

—¡Naia! —respondió al segundo.

—¡Acabamos de leerlo! ¡¿Dónde está?! ¡¿Qué sabes?!

—Se fue de la Sala Oasis sobre las once, tuvo un accidente, chocó contra un coche en un cruce, no sé muy bien cómo ha sido, Jorge lo está investigando. Llamaron al último número marcado, que era el de Zoe, y al no contestar nadie marcaron el siguiente, que era el mío. He llamado a su madre y a Axel. Estamos en el Ramón y Cajal. Está en la UCI.

—Joder...

Axel levantó la cabeza aterrorizado, y vocalicé que estaba en la UCI mientras le cogía de la mano, accioné el manos libres para que la voz de César se escuchara en la habitación.

—Sabemos que lo peor ha sido un traumatismo craneoencefálico... le han inducido un coma para observarle las próximas veinticuatro horas, tiene una pierna y un codo rotos por el impacto, y otras heridas leves.

—Vamos hacia allí —dijo Axel.

—Estamos en la sala de espera dos de la UCI.

La llamada se cortó. Axel mantuvo la respiración, sabía que estaba intentando no llorar.

—Es fuerte... se pondrá bien —dije.

Él se giró hacia mí, y apoyó sus ojos en el espacio entre mi hombro y mi cuello y sentí que empezaba a llorar en silencio. Siempre pensé que con la

capacidad que tenía Axel para cambiar de tercio en una conversación cuando la cosa se complicaba, reaccionaría a una cosa así de la misma manera, pero me equivocaba. Solía escapar de las cosas antes de que le sobrepasaran, pero al leer que era grave se sumió en un lugar del que no podía regresar, del que no podía salir, en el que no podía actuar.

Nos vestimos y fuimos al hospital, eran las cinco de la mañana cuando encontramos a los demás. Axel y César se abrazaron, a pesar de que sabía que César era reticente a ese tipo de contacto. Jorge me besó y le prestó una atención a Axel de la que me sentí orgullosa. Le entró con la lógica del accidente: direcciones de calle, marca, color y matrícula del coche contra el que había chocado y consiguió sacarle del pozo de angustia en el que estaba desde que César nos había informado. El coche en cuestión se había saltado un semáforo en ámbar, y Leo iba desafortunadamente rápido. El impacto había sido a gran velocidad y eso era malo, muy malo. Nuestro amigo había salido volando por encima de la moto y aterrizado de quince a veinte metros más lejos.

—¿Zoe no te ha contestado? —le preguntó Axel a César.

Este negó con la cabeza.

—Le he mandado el mismo WhatsApp que a ti... Habían discutido. Leo acababa de enterarse de lo del bebé... —informó César.

—Dios... —dijo Axel pasándose las manos por la cabeza.

De repente, la puerta se abrió y apareció Zoe con la cara demacrada, en vaqueros, con la parte de arriba del pijama y el abrigo encima. Todos nos quedamos mirándola y ella se acercó un par de pasos.

—¿Está vivo? —preguntó con la voz temblorosa y los ojos vidriosos.

—Sí —contestó Axel yendo rápidamente hacia ella. La cogió y se estrecharon en un abrazo irrompible. Ella empezó a llorar mientras él le decía palabras al oído para consolarla. Tardó veinte minutos en tranquilizarse. Poco después, entró un médico para hablar con la madre de Leo, que estaba a un lado con su tía. Los padres de Leo estaban separados. Su padre tampoco había contestado al teléfono y su hermana tardó un par de horas en subirse al primer avión que encontró desde Nueva York.

—Sigue en observación —dijo el médico.

—¿No van a operarle? —preguntó su madre.

—La pierna y el codo son lo menos preocupante. Esperaremos. Tiene un hematoma en la cabeza... hay que esperar a que se reabsorba o tendremos

que intentar parar la hemorragia. Ahora mismo está todo muy inflamado por el impacto, hay que esperar... está monitorizado, si hay cualquier cambio les avisaremos enseguida.

—¿Lo superará? —preguntó su madre llorosa.

—Ahora mismo puede ocurrir cualquier cosa, no sabemos el alcance que ha tenido. Haremos todo lo posible... cuando se cumplan veinticuatro horas sabremos más cosas.

—¿Podemos verle? —preguntó César.

—Eh... si quieren sí, en grupos pequeños, cinco minutos como mucho. Está sedado, pero mi recomendación es que esperen hasta mañana... Está muy hinchado y amoratado por el impacto. Puede herir sensibilidades —dijo mirando a las mujeres—, mañana estará mejor. Está en la habitación 207.

—Gracias doctor —dijo Jorge asumiendo el mando y zanjando el tema.

—Quiero verle —dijo Zoe.

Cerré los ojos. Mala idea. No. Ni hablar.

—Zoe no... —dijo Axel—, en tu estado, no es conveniente.

—He dicho que quiero verle.

—Joder... —dijo Axel apretándose los ojos.

—¡Está así por mi culpa! Necesito decirle algo... —susurró.

—Yo entraré contigo —secundó César.

Oficialmente, era una puta mala idea, y todos lo lamentaríamos.

ARMAGEDDON

César entró con Zoe a ver a Leo, y salió con el rostro inmutable a pesar de lo que habría visto y oído en esa habitación. Sin embargo, Zoe volvió con una cara muy distinta. Era la misma con la que volvería si viniera de identificar su cadáver, y es que a veces, la vida huele demasiado a muerte.

Se sentó en una silla con la mirada perdida, y Axel y yo la rodeamos. Jorge fue directo hacia César, pero se frenó cuando este se quedó paralizado en modo robot, ignorándole. Axel y yo les miramos, se nos partió el corazón al ver a Zoe agachada con las manos en la cabeza y los codos apoyados en sus rodillas. César se giró hacia Axel reactivándose y habló con voz uniforme un segundo antes de consultar su móvil.

—Son las seis de la mañana —anunció—. Aquí ya no pintamos nada. Leo está completamente sedado y no nos dirán nada hasta las doce de la noche. Su madre no va a moverse de aquí hasta que llegue Jessica. Su hermana aterrizará en Barajas a mediodía y seguramente su padre vendrá por la mañana con una horda de familiares. Nosotros sin embargo, tenemos trabajo que hacer, cuatro fiestas que atender.

—¿Cómo puedes pensar en eso ahora? —le acusó Zoe dolida—, Leo está pendiendo de un hilo. Ni siquiera le operan de las fracturas porque no merece

la pena si no supera esta noche.

Axel cerró los ojos hundido.

—Disculpa mi pragmatismo —insistió César—. ¿Quieres estar aquí esperando sin hacer nada, sufriendo cada minuto, mientras dejas tirados a unos clientes que, aparte de hacerles una putada, no dudarán en hablar mal de nosotros para los restos? ¡En este negocio las críticas son claves! No tiene sentido que estemos todos aquí viéndolas venir mientras la empresa se va a la mierda. ¡Leo no querría esto! ¡No podemos hacer nada más que esperar! Mejor que sea teniendo algo que hacer entre manos.

—¿Quieres estar en una fiesta cuando te comuniquen que tu mejor amigo ha muerto? —atacó Zoe.

—¡Yo no veo la puta diferencia! Estará muerto. No porque me lo digan aquí, va a ser mejor.

—Ya basta —cortó Axel—. César tiene razón, no tiene sentido quedarnos todos aquí, en algún momento tendremos que volver a casa, habrá que dormir y comer; y Leo va a seguir dormido. Mejorando —aclaró mirando a Zoe—, y curándose. Nosotros no podemos hacer nada por él y no le despertarán hasta pasado mañana, como poco. Si todo va bien y el coágulo se reabsorbe, le operarán de lo que tiene roto. Y cuando por fin se despierte, seguramente será domingo por la noche, o lunes. Hay que ser razonables... intentar cumplir la agenda.

—Yo no puedo... —sollozó Zoe.

Axel la rodeó con el brazo.

—Claro que no. Tú no tienes que hacer nada, solo cuidarte y descansar —le dijo con cariño.

—Podemos pedir ayuda —sugerí.

—Sí, lo he pensado —dijo Axel apretándome la pierna.

—Yo puedo ayudaros, hoy no trabajo —dijo Jorge mirando a César. Me dio escalofríos que este no le devolviera la mirada.

—Gracias —dijo Axel sustituyendo a César al percatarse de la actitud que había adoptado este.

—Será mejor que vayamos a descansar —apuntó César con la mirada perdida—. Mañana va ser un día duro.

—Iros, yo me quedo —dijo Zoe testaruda.

Sabía que Axel no se movería de allí sin ella, y César tenía razón, de nada serviría quedarse y estar al día siguiente hechos polvo. Los médicos habían

sido muy claros.

—Zoe... —comencé—. Por favor, sé razonable, ahora tienes que pensar por dos... Vuelve a casa, intentar dormir un poco o descansar, y por la mañana, después de desayunar, vuelve y podrás estar con Jessica mientras esperáis noticias. No vamos a dejarte aquí sola.

Milagrosamente aceptó dejar el hospital sin mucha resistencia. Al volver a casa, Axel se quitó la ropa y se metió en la cama. Se tumbó boca abajo con la cabeza girada hacia su mesilla, cerca del móvil que había puesto a todo volumen encima de la misma y yo no supe qué hacer... Simplemente me puse el pijama, y me tumbé a su lado. Me recosté contra él y guardé silencio. Un silencio que nos había acompañado desde que salimos del hospital porque no había nada que decir.

Jorge llevó a César hasta su casa en coche. Él había acudido directamente al lugar del siniestro para recabar información y asegurarse de que todo se hacía según el protocolo. César se fue en taxi al hospital. Pudo averiguar que el conductor del vehículo dio positivo en la tasa de alcoholemia, el problema era que Leo también. Desde que César había recibido la llamada, se había transformado en una fuente de eficiencia. Era la calma personificada, la luz de la razón, otra vez ejecución perfecta, emoción muerta. Parecía mantener perfectamente el contacto visual con todo el mundo, excepto con él. No sabía si le oía, pero estaba claro que no le escuchaba. Un extraño escudo invisible le advertía de que no debía abrazarle, ni tocarle lo más mínimo. No se podía predecir como reaccionaría alguien como César a un suceso así. Cada uno tenía su manera de afrontarlo, y no pensaba decirle nada al respecto.

Jorge dejó el coche en marcha delante del portal esperando a que César dijera algo, cualquier cosa, pero seguía mudo.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Jorge—. ¿Aparco y subo contigo?

—No —respondió con rapidez sin hacer contacto visual— No. Tú... ya has hecho mucho, ve a descansar.

—Puedo descansar contigo... simplemente dormir... no quiero que estés solo.

—Necesito estar solo —dijo con la culpabilidad bañándole el rostro—. Gracias... por todo.

A Jorge le recorrió un escalofrío al escuchar esa frase tan simple. Sonaba a despedida a gran escala, y se negó a asimilarla.

—De nada —reaccionó queriendo creer que se refería a la investigación de atestados—. Llamadme mañana para lo que necesitéis.

—Gracias... —contestó con la boca pequeña alejándose del coche sin mirarle.

Ni un beso, ni un abrazo... Quería consolarle, decirle que todo iba a ir bien, que se apoyara en él... pero no iba a ser así. César quería estar solo, o puede que lo que de verdad quisiera era no estar con él.

—Adiós —susurró antes de meter primera y volver a su casa.

Lo entendía. Había sido un shock para todos y puede que todavía quedara lo peor. Un accidente de moto, a gran velocidad, pintaba mal.

Por la mañana esperó hasta las doce y media para llamarle, pero no le cogió el teléfono. Le escribió un mensaje, y al no tener noticias al dar las cuatro de la tarde, llamó a Naia.

—Hola... ¿Has visto a César? —le preguntó ansioso.

—Sí... hemos estado esta mañana en la oficina, imprimiendo documentos del ordenador de Leo para llevar la fiesta de la que se iba a encargar él esta noche...

—¿Cómo está?

—Muy sereno.

—Demasiado diría yo...

—En el fondo están nerviosos, no ha habido cambios en todas estas horas, pero dicen que si siguiera sangrando, probablemente ya habrían saltado las alarmas.

—Eso está bien...

—Sí, ya es algo...

—¿Queréis que os ayude con las fiestas? —preguntó Jorge humildemente.

—Sí, hemos contado contigo. Una de las fiestas es la más grande y complicada. Tú y yo iremos juntos, y estaré toda la noche dándote órdenes para controlarla, serán cosas sencillas. Axel se encargará de otra, y César de una que ya dieron el año pasado en el mismo sitio, no habrá problema... —explico Naia con tacto.

—De acuerdo. ¿Y la cuarta fiesta?

—Axel le ha pedido a Sergio que la supervise, es en una sala que él conoce muy bien, entiende de esto, todo irá bien y cualquier duda nos llamará.

—Lo tenéis todo controlado...

—Sí —sonrió Naia con tristeza—. Esta noche a medida que vayamos terminando iremos apareciendo en la UCI para ver que dicen los médicos. Estamos recibiendo mucho apoyo de los modelos, dicen que ellos se quedaran de encargados supervisando el evento una vez esté rodado. Son un amor...

—Me alegro. Entonces, ¿cómo quedamos?

—Ven a las seis y media a mi casa ¿de acuerdo?

—Vale... eh... ¿puedes pasarme con César un segundo?

—Mmh... estaba aquí hace un momento... habrá ido al servicio o algo... le diré que te llame.

—Vale...

Cuando colgó el teléfono tuvo un mal presentimiento, y a las nueve de la noche ya era una realidad. Pasaba de él. Olímpicamente. Puede que estuviera en *shock*. Sí, eso era. Le daría tiempo y espacio. Su mejor amigo estaba en la UCI.

A la una de la mañana, estaban todos en la sala de espera, excepto César. Era muy extraño, y seguía sin contestar al móvil. Tres médicos aparecieron vestidos de quirófano.

—La presión arterial es constante, no ha tenido convulsiones, y parece que no va a ser necesario intervenir quirúrgicamente en la cabeza, pero habrá que esperar 72 horas para saber el alcance de la contusión. Vamos a operarle la pierna y el codo, volveremos al finalizar para informarles de cómo ha ido.

—Muchas gracias... —dijo su madre emocionada.

Todo el mundo parecía muy aliviado después de las buenas noticias. Axel llamó a César y no le respondió.

—¿Dónde se habrá metido? —dijo pensativo—. ¿Tú sabes algo de él?

—Conmigo no ha hablado en todo el día... —murmuró Jorge. Axel le miró compasivo y preocupado a la vez. Se dispuso a llamar al encargado de la sala, cuando de repente, apareció.

—¿Han pasado los médicos? —le preguntó directamente a Axel. “Hola a ti también”, pensó Jorge herido.

—¡Sí! Nos han dicho que está mejorando, le van a operar ahora mismo de la pierna y el brazo. Luego volverán.

César respiró aliviado cerrando los ojos y acto seguido se dignó a mirarle.

—Hola...

—Hola —respondió Jorge sorprendido. Las manos le ardían por tocarle,

por abrazarle.

—¿Qué tal te ha ido en la fiesta? —le preguntó Axel.

—Bien, bien. Sin problemas —dijo sin perder contacto visual con Jorge. Axel captó la situación y desapareció.

—¿Cómo estás? —preguntó Jorge cauteloso.

—Bien, bien.

—Si dices “bien” una vez más, sonará sospechosamente falso.

—Estoy *bien*... —provocó César con un inicio de sonrisa.

—Son muy buenas noticias. Va a recuperarse. No ha tenido convulsiones, la presión arterial no ha variado y han descartado perforarle el cerebro para drenarle —dijo Jorge dándole el tipo de información técnica que sabía que necesitaba.

—Gracias por decírmelo —contestó César con una mirada más cálida—. Llevaba todo el día concienciándome de que iba a morir...

A Jorge se le cayó el alma a los pies. ¿Así que era eso lo que estaba haciendo? Un ejercicio de preparación.

—Pues ya ves que no, está vivito y coleando.

—Sí... —dijo César con una sonrisa melancólica—, el cabrón siempre cae de pie, como los gatos, por eso se ha roto una pierna. Y al aterrizar, el tonto de él, metió el codo.

Jorge disimuló una risita.

—Te he echado de menos... —se arriesgó a decirle.

—Lo siento —musitó César—. Hablé con él... instantes antes de que se fuera del local, y lo que le dije le cabreó tanto que cogió la moto y casi se mata. Casi mato a mi mejor amigo... —Pareció decirse a sí mismo.

No, por favor... ¿Se sentía culpable? Por ahí no pasaba. Él era un jodido experto en ese tema. Le había llevado años asimilar que lo que le sucedió a su hermano no había sido culpa suya.

—No fue culpa tuya.

—En cierto modo sí.

—No, ni en cierto modo ni hostias. Un coche se saltó un semáforo. Punto, no hay más.

—Yo le generé el estado que le llevó a subirse a la moto como un loco.

—Tu no le dijiste que cogiera la moto, la cogió él solito, habiendo bebido y con un cabreo monumental. Sabía que era peligroso, igual que mi hermano sabía que era peligroso intentar salvar una canoa atascada en un río helado. A

veces una persona mata a otra accidentalmente, pero eso es cuando la otra persona no tiene elección. Me costó años entender eso.

César tomó nota de las palabras arrojadas, pero no quiso entenderlas.

—Pero si le hubiera retenido un instante más, si le hubiera agarrado por un momento, ese coche habría pasado de largo, llegando él diez segundos después a ese cruce.

—¡Eso es una gilipollez! —gritó Jorge enfadado—. ¡Si hubieras hecho eso, puede que tres calles más abajo se hubiera estampado contra un camión de la basura muriendo en el acto! No se pueden alterar unas leyes de probabilidad y otras no. ¡Soy un puto experto en cargar con la muerte de una persona a las espaldas de por vida! ¡Así que quítatelo de la cabeza ahora mismo! Es lo que te faltaba para acabar completamente loco...

Cuando tomó conciencia, la sala estaba en silencio y todo el mundo le estaba mirando. Joder. Se disculpó y salió rápidamente de allí. Siempre que revolvía el tema de Manu perdía la formas, por eso nunca hablaba de él con nadie. No solo perdió a su hermano, su vida a partir de aquel momento se fue por el desagüe, y tuvo que salir del atolladero él mismo, nadie le ayudó. Y ahora que llevaba un par de años de calma, se colgaba por un tío que estaba predestinado a pasar por todos sus antiguos problemas incluido el berenjenal de salir del armario. ¡Ya era mala suerte! No tenía fuerzas para meterse en aquella espiral. ¡Le haría desestabilizarse por completo! Por muy listo que fuera César, estaban a años luz emocionalmente hablando... El problema, por supuesto, era que estaba totalmente loco por él.

Pasaron tres días con sus noches, y no tuvo noticias de él. Naia iba informándole sobre el estado de Leo, que parecía estar reaccionando muy bien a medida que avanzaban las horas.

—*Mañana por la mañana van a despertarle.*

Quería ir, pero sentía que no pintaba mucho y menos si César no quería tener contacto con él. Pero si no hubiera ido, se hubiese sentido mal. Le preguntó a Naia a qué hora estaría allí exactamente e hizo por coincidir con ella.

A las diez de la mañana apareció en el hospital. Axel y Naia estaban nerviosos, y Zoe tenía muy mal aspecto. Unas marcadas ojeras anidaban en su cara, y su mirada estaba constantemente vidriosa y perdida.

—¿Cómo está Zoe? Tiene mala pinta...

—Está mal. Se le junta todo. No saber cómo quedará Leo, que se habían

peleado, lo del embarazo...

—¿Está embarazada?!

—Sí, ¿no lo sabías?

—No...

—Por eso discutieron, Leo se enteró de que se lo había ocultado y se fue cabreado.

—Joder... y antes de irse del local habló con César... Me dijo que le había cabreado aún más...

—¿Qué...?

—Es lo que me dijo.

—Joder...

En ese momento apareció César. Miró hacia Jorge y bajó la cabeza rápidamente. El poli ni se movió. Cuando los médicos aparecieron todo el mundo guardó silencio.

—Ha despertado.

—¿Cómo está?! —gritó su hermana.

—Parece que el lóbulo temporal está intacto, obedece órdenes sencillas de manera coherente, a medida que pasen los días sabremos más cosas de su nivel cognitivo. Ha preguntado por Zoe... ¿Está aquí?

—Soy yo... —dijo ella acercándose.

—Puede pasar, pero solo cinco minutos. Estableceremos las visitas de once a doce por la mañana, y de cinco a seis por la tarde. Grupos reducidos de tres personas máximo, por favor. En un par de días si todo sigue bien, le pasaremos a planta.

—Gracias, doctor. —respondió su madre contenta, después miró a Zoe—. Ve cariño, en cinco minutos iremos Jessica y yo.

La gente que quiso verle fue entrando. Todos excepto César. Naia volvió llorando con Axel consolándola, y a Jorge se le oprimió el corazón. En ese momento, se dio cuenta de que volvían a estar juntos, o al menos liados, porque él le seco las lágrimas cogiéndole la cara y le dio un suave beso en los labios. Después se abrazaron con toda la intimidad con la que lo haría una pareja. Se alegró por ellos. Al menos estas cosas servían para tocar fondo, igual que él lo estaba tocando con César. En el momento de la verdad, no tenían nada... No era indispensable. Sobraba, como siempre. Se fue de allí a las horas, hecho polvo y sin despedirse de él, ni hablar lo más mínimo, por eso le sorprendió cuando a las nueve de la noche, apareció en la puerta de su

casa con una mirada arrepentida.

DIEZ RAZONES PARA ODIARTE

—¿Puedo pasar? —preguntó César al ver que Jorge estaba bloqueando la puerta.

—Depende. Odiaría sentirme ignorado en mi propia casa...

—Lo siento... quiero explicarme.

—Pasa —dijo abriendo un poco la puerta y obligándole a pasar muy cerca de él. En eso habían degenerado, en estrecharle el cerco para sentir su roce casual.

Entró en el salón y Jorge se cruzó de brazos.

—Explícate.

—Lo último que me dijo Leo fue que todos sabían que tú y yo estábamos juntos, y que yo era un cobarde por no admitir que... me gusta chupar rabos.

Jorge se quedó tan descolocado que bajó los brazos.

—¿Te lo dijo así?

—Estaba enfadado —dijo chasqueando la lengua—. Me preguntó desde cuándo sabía lo del embarazo y quién estaba al corriente, y la respuesta le desquició.

—Joder...

—Después, me soltó ese comentario y me preguntó qué tal me sentaba saber eso, y lo cierto es que me sentó... mal.

—Así que es eso...

—Sí.

—¿Sabes? Vivir la salida del armario de una persona como tú es lento y doloroso. Sería idiota si no te dijera que hemos terminado ahora mismo, llevas cuatro días ignorándome...

César se acercó a él con una mirada extraña que le puso nervioso al

momento. ¿Qué había en ella? Parecía... De repente, notó un deseo animal emanando de él, nunca le había visto así, excepto quizá el día que vino de la gala benéfica. César se mordió el labio y bajó la vista hacia su cuerpo como si pudiera saborearlo. Jorge se endureció vergonzosamente rápido cuando una mano de César empezó a desabrocharle el cinturón muy lentamente, y lo más humillante, es que no fue capaz de hacer nada para detenerlo.

—Yo no puedo... sentirme tan dependiente de alguien... —intentó explicar un Jorge balbuceante.

César le clavó la mirada mientras subía las manos por sus abdominales, acariciando con los pulgares su lograda tableta de chocolate. Jorge se aclaró la garganta. Era una mirada lasciva e inquietante. Al momento, se vio apoyado de cara a la pared, no sabía cómo había llegado hasta allí, cuando iba a reaccionar todos los poros de su cuerpo le gritaron que no lo hiciera, que se dejara llevar...

—¿Estás seguro de que no quieres ser un poco idiota? —dijo metiendo la mano en su ropa interior y aferrando su polla con firmeza.

Jorge estaba tan excitado que no podía pensar. César le estaba acariciando con una brusquedad adictiva. Y de repente, notó actividad no autorizada en una zona prohibida.

—Quiero hacértelo... —jadeó César en su espalda—. No. Voy a hacértelo —rectificó con seguridad.

Jorge no daba crédito a lo que oía, ni al estado sumiso en el que se encontraba. El deseo le escocía dentro de su cuerpo ansiando que le tocara, que le amara, que le follara. Pero había que hacerlo bien, y como si hubiese oído sus pensamientos, César le dio la vuelta y le instó a agacharse. Cogiéndole del pelo le metió su erección en la boca y comenzó a follársela con fuerza. Su poca delicadeza le estaba poniendo a mil, la engulló hasta el fondo mientras César gruñía, jadeaba y soltaba tacos a diestro y siniestro. Le tenía a merced de sus dientes y sentirle tan excitado le estaba volviendo loco. Poco después le levantó, volvió a girarle contra la pared, se apretó contra él. Jorge se dio cuenta de que estaba muerto de deseo. Una polla dura y muy húmeda buscó el camino y al notarlo receptivo se abrió paso de un empellón en su interior. Ambos gritaron al sentirse conectados. César había comenzado a hiperventilar, pero empezó a moverse a un ritmo cada vez mayor, con un movimiento salvaje comenzó a taladrarle duramente, como si estuviera expiando sus pecados, y él exoneró la culpa. Cuando notó que estaban al límite, Jorge se tocó para correrse a la vez que él. Un alarido cruzó el aire e incluso antes de terminar cayeron al suelo fallándoles las extremidades destinadas a mantenerles en pie. Cuando pudo mirar hacia César, vio que se había desmayado.

Tenían problemas, en plural.

Cuando César se despertó en la cama de Jorge, notó que estaba solo. Lo había hecho. Había dado el paso, y... se había vuelto a desmayar. Una idea retumbó en su cabeza “Llama a Bego”. Quizá su psicoterapeuta pudiera ayudarle antes de echarlo todo a perder con Jorge. Cuando se enteró del accidente de Leo, se le solidificó la sangre. No podía moverse, no podía pensar, solo podía sentir un dolor interminable que le dejó completamente bloqueado, ni siquiera pudo contestar nada. Tampoco podía colgar el teléfono, aún así, el interlocutor, que debía tener experiencia en ese tipo de

cosas, sabía que al otro lado del auricular había alguien escuchando, y siguió dando la información pertinente sin esperar respuesta. A dónde le habían llevado, dónde había sido el accidente... datos que le sirvieron de mucho cuando Jorge llegó a su lado y le cogió por detrás en la cocina de su casa. Pegó un salto exagerado alejándose de él mientras las últimas palabras de Leo rebotaban en su mente. Algo debió decirle porque a Jorge le cambió la cara y un minuto después estaban saliendo de casa. Jorge acudió al lugar del siniestro y César cogió un taxi hasta el hospital indicado. Al llegar, preguntó por él, y le dijeron que acababa de ingresar en urgencias. Le costó dios y ayuda llamar a su madre y comunicarle lo que había sucedido, no quería ser un insensible, pero la pobre mujer tuvo que soportar su tono de GPS torpe y tartamudo, no tenía nada más para ofrecerle.

Cuando llegó Axel no pudo evitar venirse abajo al verle tan tocado. Él estaba intentando reprimir unas fuertes emociones negativas: ira, rabia, depresión, ansiedad... quería mantener la calma, por eso había instaurado su coraza de hierro, una en la que Jorge y todo lo bonito que sentía por él, no tenían cabida para nada. Bastaría con que le mirara compasivo para provocarle una crisis. Si se le ocurría tocarle, su cuerpo se pondría en un estado de alerta insoportable, si llegase a abrazarle o consolarle, puede que su cuerpo intentara llorar, y al no conseguirlo, le sucediera algo terrible. Sería como un petardo estallando en un puño cerrado. Descuartizando, destruyendo, arrancando partes de él que había cuidado con mimo para que crecieran tranquilas y sin perturbaciones de ningún tipo. No. Si quería superar aquello debía volverse de acero, o llegaría a afectarle a niveles desconocidos. Lo tuvo claro cuando entró a ver a Leo junto a Zoe. Si iba a morir, necesitaba decirle que lo sentía. Que sentía haberle fallado.... Cuando vio que Zoe, al acercarse a la cama, se doblaba sobre sí misma apoyando las manos en la barandilla, se agachó para ayudarla y levantarla. Ella se abrazó a él como ninguna otra mujer que no fuera su madre hubiera tenido el privilegio de hacer. Nunca permitía un contacto tan directo, solía incomodarle, pero en ese momento no sintió nada. Zoe le daba la espalda a Leo, pero él siguió mirándole intentando adivinarle en una cara que poco tenía de color y forma humana. Era una visión atroz. Tanto, que tuvo que apagarse. Apagó su humanidad, como hacían los vampiros de la serie "*Crónicas vampíricas*". No le molestaba que alguien le estuviera achuchando, no estaba enamorado de Jorge, ni siquiera quería a Leo. No

había nada...

Su cerebro se reseteó y comenzó a pensar qué era lo que venía después, al día siguiente, cuando volviera a comer, a dormir, a hablar de cualquier tema que no fuera Leo muriéndose. Porque por la pinta que tenía, la hostia contra el suelo había sido grande, y miles de porcentajes y estadísticas de traumatismo cerebral en accidentes de tráfico acudieron a su mente. Más del cincuenta por ciento de la gente moría por la hinchazón de una hemorragia intracraneal, y otros tantos se quedaban en coma o estado vegetativo. Los más afortunados tenían la suerte de vivir con secuelas más o menos serias, dependiendo de la zona del cerebro afectada. Su mente le preparó para lo peor. Y en esa zona, Jorge no existía.

Cuando tras las primeras veinticuatro horas dijeron que la cosa prometía, su mente rebelde se permitió el lujo de hablar con él, de saludarle. Intentó excusarse contándole lo culpable que se sentía de que Leo se hubiera ido como un loco con la moto, y la reacción de Jorge por sus propios traumas no se hizo esperar. Lo último que quería era despertar en él viejos fantasmas. Sabía que el tema de su hermano era peliagudo. Las veces que lo había mencionado sus rasgos se habían vuelto duros, su mirada estaba llena de vergüenza por el odio recibido por su familia, sin embargo, en los mejores momentos, cuando le sonreía, sus rasgos estaban distendidos y eran juveniles. Jorge no era consciente de que le estaba gritando hasta que despertó de su furia, y para entonces, prácticamente había confesado delante de todo el mundo que en el fondo pensaba que estaba loco. Y puede que no le faltara razón... Menudo equipo formaban. Un pozo de problemas.

Setenta y dos horas habían dicho los médicos. Soportó ese tiempo con estoicismo, y cuando supo que iban a despertarle, acudió al hospital. Mantener el contacto visual con Jorge durante un segundo, tiró por tierra un muro que llevaba construyendo tres días. Y solo por eso, no pudo entrar a ver a Leo. Se sentía indefenso. No podía hablar con él, ni con nadie. Axel, que le conocía, se dio cuenta de que estaba en modo bloqueo. Y cuando decidieron irse, lo único que hizo es darle una palmada en la espalda y susurrarle: "Déjalo salir, te sentará bien". Todos se fueron, Jorge entre ellos y sin mirar atrás. El daño que le hizo, aunque sabía que se lo merecía, le tuvo intentando volver a respirar con normalidad unos cinco minutos. De pronto, la madre de Leo entró en su campo de visión y le dijo:

—¿Por qué no entras? Ha preguntado por ti.

—¿Por mí?

—Sí.

Se levantó del suelo sin pensar y avanzó hacia la habitación. No había nadie, por lo visto, su madre había echado a todo el mundo para que su hijo hablara con quien realmente quería hablar. Se adentró en la sala y se acercó a la cama lentamente con la vista clavada en sus ojos. Bueno, en su ojo, el que tenía abierto y no era una rendija hinchada.

—Hola... —saludó en un susurro—. ¿Cómo te sientes?

—He estado mejor... —contestó Leo no sin esfuerzo.

—Ya... pronto saldrás de aquí.

Leo hizo un intento de sonrisa con poco éxito.

—Sigues sin saber mentir...

—Ojalá pudiera. Quizá si lo hubiera hecho no estarías aquí... —dijo sin poder evitarlo.

Leo cerró los ojos.

—No... Lo siento... te dije... cosas, que no...que no pienso...

—Eh, ni se te ocurra disculparte. Tenías razón.

—No le pierdas... me gusta... verte así. Feliz. No pierdas eso por nada... ni por nadie.

César sintió una presión extraña en la cabeza, una bola que avanzaba desde arriba y arremetía con fuerza entre sus dos ojos. Su cara se estaba congestionando por momentos. Empezó a marearse, y fue a sentarse en una silla. Se sujetó la cabeza con dos manos e intentó pensar en otra cosa.

—Tienes que ayudarme... —dijo Leo desde la cama.

En un microsegundo, su concentración cambió, y esa bola maligna se descompuso como por arte de magia. Se acercó a él de nuevo con una misión.

—¿Qué necesitas? —preguntó ansioso por satisfacerle.

—Zoe...

—¿Qué pasa con ella?

—Está mal... muy mal... Le dije cosas...

—Estoy seguro de que después de todo esto, esa discusión es insignificante. No te preocupes.

—No... está mal. Está mal. Cuídala... la he visto mal.

—Vale. No te preocupes. Tú descansa. Han dicho que pronto te subirán a planta. No deberías estar aquí...

—Cuídala... dile que la quiero... y sé feliz... por mí —dijo Leo con los

ojos cerrados.

Aunque sabía que estaba mejorando, esa frase sonó demasiado a despedida y un sudor frío le recorrió la espalda. Qué claras se veían las cosas desde una cama de hospital... ¿Qué hacía él desperdiciando su tiempo? ¡Y su vida!

Una enfermera apareció de repente.

—Está muy medicado. Es normal que se adormezca de vez en cuando. Será mejor que le deje descansar.

—De acuerdo.

Al abandonar la habitación, solo podía pensar en una cosa, en ver a Jorge. Después de pasar por su casa y asearse un poco, se plantó en la puerta de la casa del poli y le encontró como ya se esperaba, totalmente a la defensiva. Estaba en su derecho. Se lo merecía. No quería imaginarse qué tres días había pasado, mientras él, había organizado milimétricamente las horas para no pensar ni un solo segundo en él. Cuando se cruzó de brazos en medio del salón en un signo inequívoco de distanciamiento, tuvo unas ganas animales de estar lo más cerca posible de él. Le necesitaba. Llevaba cuatro días sin sentir nada, y de repente quería sentirlo todo. Necesitaba tocarle, necesitaba agarrarle, necesitaba poseerle. Un deseo peligroso se adueñó de su cuerpo. No quería pensar, ni siquiera disfrutar, solo quería hacerlo suyo. Demostrarle hasta qué punto necesitaba estar con él, quería someterle, y conseguir que él también se rindiera a sus anhelos. Y por fin sucedió. Sintió que le había marcado, sintió que era un principio, no un final.

Se levantó de la cama y le buscó por la casa, finalmente, lo encontró en la ducha. Sin dudarle se metió dentro con él y Jorge le miró con cara de circunstancia.

—Hola —saludó César cohibido, pues no era el recibimiento que esperaba después de lo que habían compartido.

—¿Estás bien? —preguntó Jorge preocupado.

—Sí... ¿y tú?

—Bien...

—¿Bien *bien*, o cinco veces bien?

El poli sonrió tímidamente.

—Cinco veces bien, supongo...

Jorge se quitó del chorro de agua caliente y César ocupó su lugar, solo que no le dejó ir muy lejos. Le cogió la cara y la acarició intentando recuperar

la confianza en sus ojos. Empezó a besarle lentamente mientras el agua caliente de la ducha les golpeaba incesante. Jorge continuó el beso durante unos segundos, y después, paró para hablar pegado a sus labios con los ojos cerrados.

—¿Qué me estás haciendo? —preguntó de manera recíproca.

—Te estoy besando...

Jorge sonrió.

—No, no me refiero a eso...

—¿A qué te refieres?

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué esperas de mí?

César pensó en lo que quería. No sabía muy bien lo que era, lo que sí tenía claro es lo que no quería. No quería ser un robot, y no quería separarse de él. No quería vivir su vida sin él. Si tenía que hacerlo, significaría vivir como los últimos tres días. Algo que él denominaba sobrevivir, porque en ningún momento se permitía el lujo de disfrutar de nada por miedo a desear compartirlo con él. Y hacer cosas sin sentir las, es como estar muerto. La comida no sabe a nada, los olores pierden intensidad, el tacto se vuelve superficial... Analizó el día y la hora que era, y tomó una seria decisión. Una decisión con la que quería cambiar las cosas y recuperarle. Una decisión formal.

—¿Qué vas a hacer en Navidad?

—¿Cómo? —preguntó Jorge descolocado.

—El 24, el 25 de diciembre, ¿qué tienes pensado hacer?

—Lo mismo de siempre. Pedir que me asignen esos turnos en el trabajo.

—Ven conmigo a la finca con mi familia, quiero presentártelos... formalmente —dijo vergonzoso.

—¿Qué?! —dijo Jorge desconcertado.

—Ven conmigo —dijo volviendo a besarle.

Jorge no reaccionó hasta un segundo después.

—¡Eso es una puta locura! Si cuando digo que estás loco... no lo digo por decir —murmuró para sus adentros.

César se rió.

—Ven conmigo...

—Como una chota... ¡estás como una chota! joder... —farfulló Jorge sin poder evitar una sonrisa.

César tuvo esperanzas de conseguirlo.

—Por favor... ven. Pasa la Navidad conmigo. No quiero estar sin ti ni un minuto más. Estos días he querido desconectarme, no quería sentir nada... por Leo. Y tú haces que quiera sentirlo todo. Lo de antes ha sido... muy especial para mí.

Vio una duda en los ojos de Jorge, pero también vio que quería creerle.

—Por favor...

Jorge se juntó a él y le presionó contra la pared.

—Por favor, te digo yo a ti... —le advirtió—. No me dejes caer —y comenzó a besarle desesperadamente.

—No lo haré.

Los besos pronto se convirtieron en el escenario habitual de gemidos, gruñidos y gritos sordos en una espesa nube de vapor.

Esa misma noche, César se levantó a beber agua, tenía muchísima sed. En el trayecto se le congelaron los pies, y cuando volvió a la cama de Jorge, lo hizo muerto de frío. Se arrimó a él y empezó a encontrarse mal. Comenzó a tiritar misteriosamente, a temblar descontrolado. Le dolía la cabeza y notaba una presión dolorosa en los ojos. ¿Por qué le sucedía todo aquello? Estaba empezando a preocuparse. Jorge se despertó, y al verle, reaccionó enseguida.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado girándose hacia él.

—Tengo frío. Me he levantado y me ha cogido el frío. De repente tengo un dolor de cabeza insoportable. Y me duele aquí, mucho —dijo presionando el punto exacto entre ceja y ceja.

Jorge se hizo cargo de su tiritona. Le frotó los brazos y le envolvió con su cuerpo todo lo que pudo para darle calor.

—¿En qué estabas pensando cuando ha comenzado el dolor?

—Me he levantado a beber agua a la nevera... y he pensado... que Leo estaría ahora mismo solo, en una habitación de la UCI —dijo César apretando los ojos con fuerza y presionándose el punto con una mano. Fue consciente de que había comenzado a hiperventilar.

—Escúchame —dijo Jorge pegado a su cara en la oscuridad—. Respira hondo... relájate. Vamos a respirar tres veces profundamente, así... —dijo haciéndolo de ejemplo. César empezó a imitarle.

—Leo va a ponerse bien. Es un tío superfuerte. Mira lo rápido que ha progresado en cuatro días. Respira, otra vez.

César obedeció.

—No podía soportarlo. No podía... —aseguró.

—Respira, vamos, respira profundamente.

Y César lo hizo. Poco después se tranquilizó y se quedaron dormidos sin cambiar de postura. Su último pensamiento consciente fue que si volvía a sucederle algo parecido, llamaría a Bego y concertaría una cita con ella.

34

CUENTO DE NAVIDAD

El jueves veintidós de diciembre pasaron a Leo a planta. A pesar de los dolores, cada hora que pasaba se le veía más fuerte. Las heridas superficiales iban remitiendo. Volvía a ser él a pesar de tener medio cuerpo vendado y una preocupación en los ojos. Pero de forma general se sentía vivo y pletórico de haber salido de una situación fatal con la suerte que muy pocos tenían.

Axel y yo entramos en la habitación a las diez de la mañana.

—Hola Supermán —saludó Axel.

—Hey chicos... ¿qué tal?

—¿Estás viendo el sorteo de Navidad? —pregunté con guasa oyendo a los niños cantar los premios que salían en las bolas.

—¿Estás de coña? ¡Me encanta! Nunca me lo pierdo, es el inicio de la Navidad —dijo sonriente. Cada vez que sonreía o decía algo así, me entraban ganas de llorar. Durante aquellos días, hubo momentos en los que de verdad pensé que no sobreviviría, sobretodo cuando Zoe salió de verle la primera

vez, por su comportamiento, parecía que lo daba por muerto, ahí tuve miedo de verdad.

—Igual me toca y todo... —continuó bromeando Leo.

—Ya te ha tocado, tío... ya te ha tocado —repuso Axel intenso.

—Desde luego... —admitió él poniéndose serio, pero al momento pareció recordar que no había tiempo que perder para ser gracioso—. Bueno, ¿podéis explicarme por qué no noto tensión sexual entre vosotros? ¿Mi sentido arácnido se ha estropeado? —dijo mirándonos sonriente a uno y a otro.

Ambos sonreímos, perder a Leo habría sido algo irreparable. Axel se acercó a mí y me cogió la mano para besármela.

—¿Tú qué crees? —preguntó ladino.

—¿Estáis juntos?

La vergüenza se instauró en el ambiente, más que nada, porque no habíamos tenido tiempo de hablar de ese tema.

—Estamos revueltos —dije bromeando.

Leo y Axel sonrieron.

Lo cierto es que desde el viernes por la noche no habíamos vuelto a hacer nada. No teníamos el cuerpo para eso. Hasta que Leo se despertó del coma, todo estuvo en un suspense demasiado peligroso como para pensar en nada más, y una vez le vimos, a mí me entró un bajón soltando por fin el susto que llevaba encima. El miércoles, habíamos pasado la tarde con Isa, Fernando, sus hijos y Adriana, y por la noche me metí en la cama mientras Axel repasaba algo en el ordenador. Era un mes de mucho trabajo, y el accidente lo había dejado todo en el aire, no quería importunarle. Cuando él se metió en la cama, pensé que quizá me atacaría, pero solo se juntó a mí y se quedó dormido al momento.

—Me alegro. Pensaba que un día de estos ibais a explotar...

Sonreí mientras imaginaba que apretaba los botones para que la cama se doblara hasta su punto máximo.

—¿Qué vais a hacer en Navidad?

La pregunta nos pilló por sorpresa. Axel y yo nos miramos y nos quedamos callados. Leo se dio cuenta. Supuse que sabría que Axel había hecho planes con Zoe y su familia, y que yo me iría con mi abuela, pero aún así...

—Aún no lo sabemos, está todo en el aire —contestó Axel nervioso.

—Yo voy a estar aquí —anunció Leo rápidamente con humor.

—Seguro que bien acompañado. No creo que Zoe te deje ni a sol ni a sombra. No había manera de arrancarla del hospital —informó Axel.

A Leo le cambió la cara interesado.

—¿En serio?

—Sí... —contestó Axel extrañado.

Yo sabía que algo sucedía, porque mientras los demás habíamos recuperado la sonrisa, ella seguía seria.

—¿Has hablado con ella de lo de... de todo? —pregunté.

Axel me había confesado que quería saber cómo estaban las cosas entre ellos antes de preguntarle a Zoe. Pues su cara no admitía muchas preguntas de ese tipo. Solo nos dejaba acompañarla. Solía zanjar el tema argumentando que quería concentrarse en que Leo se pusiera bien, que lo demás era secundario.

—Sí, he hablado con ella... —explicó Leo—, si se puede decir así... porque no me ha dicho mucho. Yo le hablo, ella asiente, dice “sí”, “no”, “no pienses en eso ahora”, “recupérate”, y “ya hablaremos”. Lo que me hace pensar que le pasa algo. Estaba aquí a las ocho de la mañana. Le he pedido un beso... y me lo ha dado en la mano. Creo que piensa que me voy a romper... —dijo abatido.

—Todos lo pensábamos Leo... dale tiempo —dijo Axel—. Suele encerrarse en sí misma, cuando esté lista, se le pasará.

—Creo que le está afectando el puto hospital... ya sabes que los odia —dijo Leo pensativo.

—Pronto saldrás de aquí —dije ingenua.

—No Naia, pronto sería mañana, y me veo aquí hasta después de reyes... —dijo Leo resignado—. Por eso os digo, si os queréis ir en Navidad hacedlo, yo seguiré estando aquí cuando volváis el lunes.

Axel me miró cohibido, y yo caí en la cuenta de lo que quería decir Leo. Al salir del hospital, nos dirigimos a la oficina, pero antes le pedí que nos tomáramos algo en un bar para hablar del tema respetando mi norma de no mezclar “asuntos personales” con el trabajo.

—¿Entonces vas a venirte conmigo a casa de mi abuela? —pregunté juguetona colocándome entre sus piernas.

Él sonrió vergonzoso.

—¿Me estás invitando?

—Sí.

Estaba deseando que me rodeara con los brazos y me atrajera hacia él para besarnos, aunque estuviéramos en público, me daba igual, pero no hizo el amago. Al contrario, sus manos fueron a parar a mi cintura como asegurándose de mantener una distancia prudencial entre nosotros. ¿Qué diantres le pasaba?

—Tengo a Adriana...

—Mejor. ¡Va a flipar con todo aquello!

—No sé... Leo está en el hospital... Zoe... Tu abuela...

—¡Si mi abuela te adora! No me preguntes por qué... ¡es un misterio! Me gustaría bajarle de las nubes y que descubriera lo soso y aburrido que puedes llegar a ser... —dije ufana—. Creo firmemente que te tiene idealizado.

Axel sonrió perverso. Sabía de sobra que era el típico yerno que las madres adoraban, mientras a la chita callando en la habitación de al lado estaba mancillando a su preciosa hijita. Y yo quería que me mancillara mucho y muy fuerte en esa casa..., pero no sabía si podría convencer a Don Correcto de meter la puntita bajo el techo de mi abuela.

—En ese caso, tendré que ir a demostrarle que en realidad soy un cerdo salido, que no ha dejado de pensar ni un solo día en todo tipo de maneras de pervertir a su nieta.

Me quedé a cuadros. Mi entrepierna reaccionó antes que yo a sus palabras comenzando a aplaudir. Sentí que me humedecía por momentos.

—Si le dices eso, la tendrás en el bote... Ama la fornicación por encima de todo. Lo que quiero es que vea lo caballeroso y aburridamente correcto que eres —le chinché.

Algo peligroso cruzó sus ojos y se me erizaron los pezones.

—Cóbrate —le dijo Axel al camarero rompiendo el contacto visual conmigo. Agradecí que me cortara la gasolina porque iba lanzada, sin frenos, y de un momento a otro iba a esmorrarme contra su paquete. Durante aquellos días, había habido besos, pero de condolencia. Caricias suaves, de apoyo, todo muy tierno, pero ningún morreo en toda regla que pudiera desembocar en otra cosa, y me estaba muriendo de ganas ahora que Leo había dado su beneplácito atreviéndose a bromear con nuestra libido.

Subimos al despacho y nos pusimos a trabajar más tensos que una tabla de planchar. Las fiestas de nochevieja debían estar perfectamente cuadradas y organizadas, sobre todo si pensábamos irnos hasta el día veintisiete. En un momento dado, bajé al almacén a comprobar el material, y cuando me

disponía a regresar, Axel apareció en la puerta bloqueándola.

—¿Qué haces aquí abajo tan solita?

La pregunta sonó amenazadoramente *sexy*, y mi cuerpo pareció volverse líquido.

—Yo... estaba... buscando una cosa —mi vergüenza—.

Vino hacia mí como un tigre avanzaría hacia un ciervo acorralado, y pensé que me moriría cuando me arrinconó contra un armazón que contenía mesas altas de jardín.

—Alguien poco correcto podría encontrarte aquí y aprovecharse de ti... —susurró contra mis labios.

Comenzó a besarme obscenamente, o quizá fuera yo que me puse como una perra loca. La sala estaba fría porque la calefacción no estaba encendida, pero yo notaba calor, mucho calor en aquel momento, y más cuando su mano viajó por debajo de mi ropa y metió un dedo en mi interior. Gemí con desesperación.

—Joder, estás empapada... —dijo él acelerándose.

Si hubiera podido decir algo habría sido: “¡no pares!” “¡más!” “¡sí!”, pero estaba perdida en el placer como siempre me ocurría con él, no podía desconcentrarme con nada, tenía que disfrutar cada sensación, sobre todo cuando metió un segundo dedo.

—Qué ganas tenía de follarte con los dedos —jadeó Axel indecente—. ¿Te gusta?

Zoe tenía razón, ¡era un *Pikachu*! Le había reventado que le llamara Don Correcto, pero no tenía tiempo de reírme, porque esa frase me había elevado a un estado tan desenfrenado que seguro que era ilegal en muchos países.

—Sí... —gemí—, me gusta, pero prefiero que me folles tú.

Axel gruñó y me desnudó de cintura para abajo con prisa. Me impulsó para subirme al armazón que tenía la medida perfecta para esperarle con las piernas abiertas, y bajándose lo mínimo el pantalón se introdujo en mí, apretando mi culo para acercarme a él. Ambos gemimos y disfrutamos de una fricción dura y profunda. Empezó a incrementar el ritmo y se volvió rápido y potente. El sonido de nuestros cuerpos al chocar encharcados me puso a cien.

—Sabía que en cuanto te tocara perdería el control... —susurró en mi oído—, antes en el bar... no podía.

—Me gusta que lo pierdas —respondí sincera.

—Tengo un montón de sexo acumulado que te pertenece... —informó él.

Sofiqué una risa sin dejar de moverme.

—Pues habrá que ponerse al día —contesté con voz *sexy*.

Él me miró y desplazó una mano a mi cara, con su pulgar deslizó mi labio inferior hacia abajo pensativo mientras respiraba rápido y me dio un beso profundo que parecía sellar un acuerdo. Volvió a meter las manos debajo de mi culo e imprimió más velocidad. Nos corrimos sin remedio poco después, y ambos nos quedamos con ganas de más, pero ya habíamos desmadrado suficiente. Follando en el trabajo... ¡habrase visto! Eso quedaba muy lejos de mi norma de no tratar temas personales en el curro.

Llegamos a casa de mi abuela sobre las ocho de la tarde. Aunque no se estila celebrar la Nochebuena en Cataluña, mi abuela nos tenía preparado un banquete digno de reyes con manjares de lo más variopintos. Como Adriana había dormido durante el viaje pudo disfrutar de la cena. Mi abuela estaba encantada con ella.

—Es un sueño para mí ver niños en esta casa —dijo ella emocionada mirándola—. ¿Te gusta la chicha rica que he cocinado?

—¡Sí! —respondió Adri.

—Mañana te enseñaré unos gatitos muy pequeños. Mermelada acaba de parir —informó.

—¿Otra vez? ¿Pero cuántas veces ha parido esa gata?

—Es de vida alegre, algunas humanas deberían aprender de ella... —dijo mirándonos de refilón.

Axel intentó disimular una sonrisa sin éxito.

—Tengo tres añitos —dijo de repente Adriana enseñando tres dedos—. ¿Tú cuántos tienes?

—Yo tengo ochenta, cariño... —le respondió mostrando ocho dedos.

La niña abrió mucho los ojos.

—Pues pronto... —dijo haciendo un gesto levantando un dedo.

—Sí, pronto haré ochenta y uno.

—¡No! —aclaró la niña—, que pronto irás para arriba, al cielo.

Axel escupió la sopa que estaba tomando.

—¡Adriana! Por Dios...

Mi abuela empezó a reírse como una loca.

A mi no me preocupó el comentario porque conocía a mi abuela, pero me partí de risa al ver lo apurado que estaba Axel.

—Esta niña es muy lista.

—¿De dónde has sacado eso, Adri? —preguntó Axel alucinado. La niña se encogió de hombros cohibida.

—Di que sí cariño, —apoyó mi abuela—, diles que quieres un hermanito, y que la abuela quiere biznietos, ¡que tiene prisa!

Había llegado mi turno de no saber dónde meterme. Axel me miró haciendo una lista de todas las posturas en las que querría intentarlo, y mi abuela no perdió detalle de esa mirada lasciva.

Después de cenar, nos sentamos en el sofá junto al fuego, y mi abuela se despidió hasta el día siguiente. Adriana se tumbó entre los dos y en un momento dado se incorporó de golpe.

—Papi, ya sé lo que quiero para reyes, ¡un hermanito! —gritó la niña feliz.

Axel me miró y sonrió.

—Para eso hace falta una mama —respondió Axel enigmático.

—¡Puede ser Naia! —gritó la niña como si acabara de ocurrírsele la mejor idea del mundo.

—¿Eso te gustaría?

—¡Sí! ¡Yo quiero!

—Veremos qué se puede hacer —dijo Axel besando a su hija y poniéndome los ojos en blanco. ¡Sus abuelos y mi abuela habían sido una mala influencia! Tres minutos después se quedó dormida acurrucada encima de su padre, y cuando Axel me miró embargado de bienestar, di gracias por poder albergar ese recuerdo en mi memoria. La calma y la quietud que se respiraba te sumía en una paz cautivadora, solo se oía el crepitar del fuego, y el eco de todas las palabras que quedaban por decirnos.

—Me alegro de haber venido. Este lugar es mágico —susurró.

—¿Entiendes ahora por qué no podía irme de aquí? Y aún no has visto nada —dije orgullosa.

Cuando acomodamos a Adriana en su habitación, le dejamos la estufa encendida y nos fuimos a la nuestra. La abuela había preguntado pícaro si preparaba un cuarto o dos para nosotros, y al saber que nada más verme iba a darse cuenta de lo feliz y relajada que estaba, le dije que una. Hacía frío de una estancia a la otra. En una casa tan grande, viviendo ella sola, hacía años que no encendía la calefacción central, sino que calentaba la sala donde estuviera.

—¡Qué frío! ¡Dios! —exclamé bajito.

—Ni que lo digas. ¿Sabes cuál es el mejor remedio, no? Calor humano sin nada de ropa —sonrió—. Dos cuerpos friccionándose, es como más rápido se entra en calor —informó lobuno.

—Lo tendré en cuenta si alguna vez me quedo atrapada en la nieve... —dije haciéndome la dura. No colaba, los dos sabíamos que lo estábamos deseando.

—Joder, encima mi abuela no nos ha dejado ninguna estufa en esta habitación, ¿de qué va?

Axel se ríe.

—Estoy listo para la friega —dijo con guasa quitándose toda la ropa y metiéndose en la cama—. ¡Joder! ¡Está congelada! Date prisa por Dios...

Me partí de risa porque sabía que lo decía totalmente en serio. Me metí en la cama desnuda y nos juntamos al momento. Era como un jodido témpano de hielo. Sin embargo, era una gozada estar allí con él. Buscamos el calor el uno en el cuerpo del otro riéndonos y exclamando exabruptos cuando el otro tocaba una zona calentita con otra congelada. Nos abrazamos, y noté su corazón a mil. Él apoyó sus labios en mi cuello mientras sus manos acariciaban mi espalda de arriba abajo, nuestros pechos estaban completamente pegados y nuestras piernas entrelazadas. Nos quedamos hechos un nudo y muy quietos, respirando entrecortadamente por los movimientos y el placer del rozamiento.

—Quiero quedarme así para siempre —dijo él quedamente.

—Estaría bien sí... ¿Qué haremos cuando nos entre hambre o ganas de hacer pis?

—No lo sé, pero no creo q pueda volver a vivir lejos de tu piel nunca más —dijo echándose un poco hacia atrás y buscando mis ojos. Con una simple mirada nos lo dijimos todo, solo quedaba decirlo en voz alta.

Cerró los ojos y lo último que vi en ellos fue una incertidumbre bañada en miedo. Juntó nuestras frentes resistiéndose a vocalizar lo evidente. Yo los cerré también, y cuando sus labios tocaron los míos como si le aliviara besarme, entendí que él tenía dudas acerca de mis sentimientos. Y de golpe, tiré de la tirita de una santa vez.

—Te quiero... —dije sin aliento—. Te quiero muchísimo... te quiero tanto que hasta me duele.

Él me miró intensamente.

—Yo estoy locamente enamorado de ti desde hace mucho tiempo.

—Yo también —reconocí—, casi desde que te vi, sentí algo muy fuerte.

—Te creo, porque cuando te conocí, yo empecé a sentirme vivo...

Se me humedecieron los ojos. No podía ser cierto, pero su mirada era irrefutable. Le conocía, y sabía que estaba diciendo la verdad. La sensación de euforia que sentí cuando mi mente no tuvo más remedio que aceptarlo me dejó mareada. Comenzamos a besarnos lentamente, nuestros cuerpos se reactivaron, e hicimos el amor dejando tantos te quiero en nuestra piel que al terminar no quedaba rastro de duda.

Esos tres días fueron el paraíso en la Tierra. Montamos a caballo, vimos todo tipo de animales con Adriana, dimos paseos apoyados el uno contra el otro, jugamos junto al fuego, y lo hicimos cada noche y en cada siesta. No recordaba haber sido nunca tan feliz.

Zoe llevaba veinte minutos encerrada en el baño. Hacer eso no era demasiado sospechoso el día de Navidad, podría colar si hubiese comido algo en la última semana, pero no era el caso. Todo su cuerpo estaba cerrado por derribo, incluido su estómago. Lo poco que comía, quería vomitarlo. No había huido hacia su habitación de infancia porque estaba segura de que alguien la seguiría. En casa de sus padres, las Navidades eran multitudinarias, se juntaba toda la familia y superaban la veintena. Lo que antaño le encantaba, ahora le parecía ruidoso, chillón y estúpido. La noche anterior habían sacado el Tabú para jugar como era tradición, pero ella se fue a la cama fingiendo que iba a por más hielo sin despedirse de nadie. No estaba para ponerse a jugar a nada, y supuso que todos lo entenderían.

No les había contado lo del embarazo porque el día que Leo tuvo el accidente y le vio en aquella cama, pensó que nada dentro de su cuerpo sobreviviría a un dolor tan intenso. Lo daba por hecho... Se había despedido del bebé, de Leo y de ella misma con una abnegación que no era nueva, venía de mucho tiempo atrás... Estaba volviendo a suceder. Una sombra había cubierto su vida, y arrasaría con todo igual que lo hizo con un inocente niño de nueve años. Fuera. Borrado del mapa. Llevaba años esperando que algo así volviera a ocurrir, y por fin, había llegado. El momento elegido, no podía ser otro, porque volvía amar a alguien intensamente. ¿Por qué molestarse en sentirse así por alguien si después se lo arrebataban? Era su destino. Aquella noche hizo caso a Naia y se fue a casa. Su cabeza hizo clic y comprendió que allí ya no había nada que hacer. El cuerpo que había en esa habitación ni siquiera era Leo. Leo ya no estaba. El Leo en el que ella creía nunca había existido. Se había hecho una idea falsa de cómo eran las cosas entre ellos, de cómo era él... La reacción a la noticia del embarazo le había abierto los ojos, no había querido verlo antes, pero por fin tenía claro lo que de verdad opinaba de ella y lo retorcido que podía llegar a ser por pensar así. Después murió, y ya nada importó.

Cuando días después comenzó a mejorar y por fin le despertaron, le pareció que solo habían pasado unas horas. Sus días no tenían reloj, y por las noches apenas dormía. Cuando lo intentaba, tenía sueños horribles de ella avisando a las enfermeras cuando la máquina de su hermano pitó proclamando una muerte anunciada, sus últimas palabras, los pasos acelerados de su madre llegando por el pasillo, las enfermeras arrancándosele de los brazos... No. No quería volver a dormir. Si su cuerpo la obligaba, soñaba con el entierro de Leo, con despertarse sangrando y saber que también había perdido la única parte que le quedaba de él.

Había preguntado por ella, dijo el médico... No sabía lo que iba a encontrarse, quizá ni siquiera recordara lo del niño, puede que para él, ciertas palabras nunca hubieran sido pronunciadas, puede que hubieran desaparecido de su cabeza, pero ella no podía olvidarlas.

“¿Es mío?”, se mareaba solo de pensar en las implicaciones de esa pregunta. ¿Acaso pensaba que había estado con otro durante su idilio? ¿La creía capaz de eso?

“Lo has hecho a propósito, ¿verdad? Te felicito, me has engañado perfectamente”, no había palabras para describir lo que había sentido al oír eso. Cruzarle la cara no había aliviado ni lo más mínimo el dolor, porque no era ira lo que sentía, sino un daño irreparable. Una congoja aterradora por averiguar que nunca la vería de otra manera que a su enemiga acérrima. Algo que iba más lejos de no confiar en alguien, la posibilidad de pensar que era lo suficientemente despreciable para ser capaz de hacer una cosa así. ¿Utilizar la vida de un niño para intentar joderle? ¿Engañarle para quedarse embarazada porque sabía que eso le molestaría? Increíble... Supo que nada de lo que dijera o hiciera podría cambiar el desengaño de que esa reacción, la primera, la más arraigada e instintiva fuera suponer que ella lo había hecho con premeditación y alevosía.

Cuando abrió la puerta de la habitación y su único ojo la miró a través de las vendas, todo eso quedó en un segundo plano. Un jarrón se había roto, pero no podía darse media vuelta y dejarlo en el suelo, sería inhumano. No. Ella recogería los trozos con mimo, los pegaría y volvería a colocarlo en el mismo sitio hasta que ambos aceptaran que ya no servía para su propósito.

Se acercó a él e hizo amago de tocarle.

—Te quiero... —susurró él con la voz ronca.

—Yo también.

Y era una verdad como un templo. El problema es que tenía el corazón roto, una cosa no quitaba la otra, al revés, no había una sin otra.

—Lo siento... —dijo Leo cayéndole una única lágrima.

—Yo también.

Totalmente cierto. No había nada que lamentase más que lo que había sucedido. Puede que Leo hubiera sobrevivido, pero algo no lo había hecho, su amor. Sin embargo, tenían que priorizar. Lo primero y más importante era que se recuperara.

—Vas a ponerte bien —dijo ella—. Tienes que ser fuerte.

—Lo haré... por ti... te quiero tanto —respondió con dificultad.

Ella le acarició la cara y después rozó sus labios contra su frente. Le cogió la mano y él se la apretó.

—Te quiero... —repitió él desolado.

Axel siempre se lo decía. Era demasiado expresiva, y en aquel instante, supo que a pesar de todo, él intuía que algo había cambiado irremediabilmente entre ellos.

—Shh... descansa, todo saldrá bien —dijo ella para tranquilizarle. Necesitaba estar fuerte, curarse físicamente. Todo lo demás podía esperar. Verle así, hablando, le condujo a un nuevo estado, tenía una misión: Recuperarse. Y ella haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarle.

Su madre y su hermana entraron enseguida y ella se echó atrás.

Fue a verle a las horas permitidas mostrando se mejor cara, aunque era incapaz de fabricar una sonrisa genuina en su boca, ni con él, ni con nadie. Se pasaba el rato cogiéndole la mano bajo su escrutadora mirada, cada vez hablaba más, aunque casi nunca estaban solos y lo agradecía. Sus ojos le hacían preguntas de las que aún no estaba preparado para oír las respuestas. Todavía no. Sin embargo, ella se esforzaba para que sintiera su apoyo y esa parte de amor por él que nunca se marchitaría.

El día que le trasladaron a planta, empezó a mejorar mucho más rápido, parecía que a medida que se alejaba de los aparatos que procuraban vida artificial intensiva, su cuerpo se reactivaba con fuerza. No quería engañarle, pero quería postergar la conversación que tenían pendiente hasta salir del hospital. Pronto se dio cuenta de que eso no iba a ser posible, empezaba a hacer bromas, empezaba a pedirle besos y ella no quería fingir, además, seguro que se daba cuenta, era incapaz de simular la misma emoción de antes. Eso debería darle una pista de que no había sido engañado

anteriormente. Un día antes de nochebuena, su plan empezó a estropearse.

—Mi amor, estás guapísima... —le dijo él nada más verla aparecer por la puerta.

—Hola —musitó ella agradecida— Tú cada día tienes mejor aspecto.

—Aquí todo el mundo va vestido igual, todo es muy aséptico, pero apareces tú vestida de rosa y me parece estar flipando en colores. Es como si de repente me encontrara mejor... y el pequeño Leo ni te cuento, ¡va a su bola! —se río— todavía no se ha dado cuenta de que no puedo moverme... él solo sabe que es viernes y que estás cerca —sonrió lobuno.

Ella luchó por mostrar una sonrisa y poner los ojos en blanco. Se acercó a él después de dejar el abrigo y el bolso en una silla, y le atusó el pelo.

—¿Has desayunado? —preguntó ella cambiando de tema.

—Sí, hace rato. A las ocho en punto tocan la campana... pero llevo despierto desde que a las seis me han cambiado la medicación... esto es un sinvivir. Ayer, mi madre me trajo el ordenador y el móvil, pero se me da fatal escribir con la izquierda.

—Tranquilo, poco a poco. Nadie te encorre. No tienes que escribir, solo descansar y curarte.

—Estoy aburrido —se quejó—, ahora que pueden, la peña pasa de venir a entretenerme, pero como ya han visto que estoy “bien”, me han olvidado y han vuelto a sus compras navideñas.

—Eso no es así.

—¡Te lo aseguro! Ayer vino mi primo de dieciséis años a verme, y lejos de preguntarme qué tal me iba, ¡vino a recabar información de cómo hacerle buen sexo oral a una chica!

Zoe no pudo evitar reírse un poco.

—¿Y qué le dijiste?

—Joder..., ¡que lo buscara en internet! Al despedirse me palmeó la pierna y quise asesinarle. Ya nadie se preocupa por mí... —dijo mimoso.

—No seas tonto...

—¿Cómo estás tú? —preguntó él atravesándola con la mirada.

No había salido el tema del embarazo a colación, todavía. Ni siquiera tenía claro si recordaba la discusión, le había dicho que lo sentía, pero podía referirse al hecho de haberle hecho pasar un calvario. Sin embargo, algo en sus ojos cuando le hizo esa pregunta le avisaba de que tenía su nuevo estado muy presente. Puede que no se atreviera a decir nada porque no estaba en

disposición de discutir ni de plantearse nada postrado en una cama de hospital, y a ella le parecía bien aparcar ese tema porque le daba miedo lo que podría derivar de esa conversación. Por eso, le empezó a latir rápido el corazón cuando él comenzó a hacerle preguntas concretas.

—Has perdido peso... ¿Has vuelto a ir al médico?

—No.

—¿De cuánto estás exactamente? —preguntó interesado.

Ella abrió mucho los ojos presa del pánico. Se tomó su tiempo para calcularlo mientras retrocedía y caminaba por la habitación.

—Mañana hago ocho semanas.

Él apartó la vista y se quedó pensativo.

—Me mentiste... cuando dijiste que estabas con el periodo —dijo categórico.

—Sí.

—¿Por qué?

—Según tú, para joderte —contestó mordaz. Se arrepintió al momento de haber dicho eso. Ese no era el camino. Tenía que controlar su lengua viperina por muy injustas que le parecieran las acusaciones. Su pierna vendada le martilleaba el cerebro, no podía ponerse así con alguien lesionado, incapacitado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —insistió Leo.

—Porque tenía miedo —dijo ella abrazándose la tripa en un gesto inconsciente—. Ya hablaremos de todo esto en otro momento...

—No. Quiero hablarlo ahora. —Se empecinó Leo—. ¿De qué tenías miedo?

—De tu reacción. Y no me equivocaba. Comencé el blíster de pastillas antes de la boda de Axel, con tan mala suerte que cogí una gastroenteritis y debí vomitarlas. No me di cuenta... Ni siquiera caí en eso. Pero eso ya no importa... Tú ya sacaste tus propias conclusiones.

—Zoe...

—De verdad. Prefiero no hablar de eso... Solo me gustaría aclararte que sí, que es tuyo, porque por lo visto también tenías tus dudas —dijo ella con la voz temblorosa sin mirarle.

—Zoe... no quería decir eso —contestó él apenado.

—No pasa nada —dijo ella limpiándose una lágrima de un manotazo—. No te preocupes, no voy a pedirte nada de nada. Te recuperarás, saldrás de

aquí, y podrás seguir con tu vida.

—¿Qué? —preguntó alarmado.

—Tengo que irme —dijo ella cogiendo su abrigo y su bolso.

—¡No! ¡Espera! —exclamó él intentando incorporarse más.

Esto es lo que no quería. Cuando discutías con alguien inválido no había igualdad de condiciones. Ella podía irse corriendo y él no podría impedirselo... Se sentía escoria. Se acercó a él y le cogió la cara.

—Escúchame —dijo con determinación—. Hablaremos de todo esto a su debido tiempo. Quiero que estés bien, eso es lo más importante. Olvida lo demás, has estado a punto de morir.

Leo le agarró los brazos queriendo retenerla cerca.

—Me dijiste que me querías... ¿Eso ha cambiado? Para mí eso es lo único importante —dijo él preocupado.

—No. Eso no ha cambiado —dijo ella apesadumbrada—. Tengo que irme, pero volveré —dijo soltándose de su amarre y dirigiéndose a la salida.

—¡Zoe! ¡Por favor, no te vayas! —oyó que decía Leo.

No podía hablar con él de eso estando tan magullado, ni en ese maldito lugar. Claro que le amaba, eso no había cambiado muy a su pesar, pero otras cosas sí, y se las explicaría con calma cuando estuviera sano. Él no quería un hijo, ¡le estaba dando libertad! y si la quería, haría bien en buscar otra relación que no arrastrara un pasado tan conflictivo como el suyo que le hizo pensar tan mal de su pareja a la mínima oportunidad.

Zoe regresó del baño y se dio cuenta de que su madre estaba esperando su aparición en el salón.

—Cariño, ¿vas a ir hoy al hospital a ver a tu novio? —le preguntó.

—Sí, mamá...

—¡Pues te voy a envolver lo que ha sobrado del postre de Navidad! Le sentará de maravilla —dijo contenta.

Puso los ojos en blanco. Para su madre todo se solucionaba comiendo bien. Tenía miedo de volver junto a él, pero no quería ser la rata que comenzaba a huir del barco al primer síntoma de que se hundía. Ella era una Capitana, se quedaría hasta el final y se hundiría con él. La noche anterior, Leo le había mandado un mensaje, con el esfuerzo que eso le habría supuesto.

—*Espero que estés teniendo una buena noche, come mucho por favor, ojalá pudiera estar ahí contigo y decirles a todos que vamos a ser padres*

juntos. Te quiero. Hoy te he echado de menos...

Era el primer día que no había acudido al hospital. Necesitaba pensar y fortalecerse. Prepararse respuestas concretas para no soltar cosas que a él le hicieran pensar demasiado mientras estaba atado fatídicamente a esa cama de hospital.

A las cuatro de la tarde, ya estaba allí, y no había nadie. Leo había obligado a sus padres a irse a sus casas, alegando que iba a dormir y que allí no hacían nada el día de Navidad.

—Hola —dijo él ansioso al verla.

—Hola... ¿Cómo estás?

—Bien, los médicos dicen que parece que no tengo infección, pero hay que esperar.

—Me alegro.

Ella se acercó a la cama, estaba más baja que de costumbre y sin la barrera.

—Siéntante —ofreció Leo palmeando el colchón.

Ella lo hizo e intentó buscar un tema banal del que hablar, pero él tenía muy claro lo que quería decirle. Le cogió de la muñeca con la mano buena para sujetarla y empezó a acariciarla con el dedo pulgar.

—¿Por qué anoche me contestaste eso al mensaje? —preguntó con voz calmada.

—Leo... no.

—En cuanto salga de aquí... ¿vas a dejarme?

Ella comenzó a negar con la cabeza e intentó zafarse de él, pero la tenía bien agarrada.

—Háblame, por favor... —pidió él tranquilo.

—Te he fallado... no quiero que cargues con mis errores. No hace falta...

—Pero, ¿y si yo quisiera?

—Tú no quieres tener un hijo, lo has dicho mil veces por activa y por pasiva.

—Pero te quiero a ti... y no puedo renunciar a lo nuestro. Me encantan los niños, pero no estoy preparado para compartirte, soy un puto egoísta, pero ya no concibo la vida sin ti...

—Y yo ya no la concibo contigo. No quiero quererte más...

Ella cerró los ojos con fuerza tras soltar semejante bomba. Estaba visto que con él no podía ceñirse a un guión, ni a un plan, todo era cambiante,

estaba vivo, y era hora de terminarlo.

Leo se quedó petrificado. No podía creer lo que acababa de oír.

—¿No quieres... quererme? —dijo dolido.

—Pensaba que te morías... —comenzó ella—, ¡Te moriste! No daban un duro por ti... ¡ni siquiera iban a molestarse en operarte! Y eso abrió la caja de Pandora. Perdí a mi hermano y tuve que hacerme a la idea de perderte a ti también, incluso estaba segura de que perdería al bebé... He pasado mi luto, y te juro que no puedo volver a pasar por algo así nunca más. Tengo que protegerme, ahora voy a tener que cuidar de un niño, no puedo encerrarme días en mi habitación, necesito estar fuerte, y tú me haces débil. Me alegro de que vayas a ponerte bien, pero antes del accidente vi lo que pensabas de mí realmente... y entendí que no podía contar contigo cuando se presentaba un problema serio. Tú solo quieres diversión.

A Leo le indignó esa visión de él, puede que antes fuera así, pero ya no.

—¡No pienso nada de lo que dije! ¡Estaba cabreado! Y muy acojonado...

—¿Y cómo podría volver a confiar en ti? No puedo permitirme que seas toda mi felicidad... ¡Eras mi todo! yo no sé querer de otra manera, por eso nunca he querido enamorarme de nadie... Quería a mi hermano y le perdí, ¡y contigo ha estado a punto de suceder lo mismo! No puedo volver a arriesgarme. No puedo dejar que alguien me desborde así, no tengo la capacidad de soportar estos dramas... ¡No puedo!

¿Era su todo? Ella también era el suyo. ¡Claro que valía la pena arriesgarse!

—No puedes hacerme esto... —susurró Leo con la mirada perdida—. Si me dejas acabas conmigo. Ya lo has hecho. ¡Antes de estar contigo me encantaba mi vida! Pero ahora... sin ti ya nada tiene sentido —dijo aterrado.

Negación, negación, negación.

—¡Eso cambiará! Solo es cuestión de tiempo. Saldrás de aquí, y volverás a ser el de antes.

—¡No quiero ser el de antes! ¡Quiero estar contigo, joder!

¿Acaso era tan difícil de entender? Tenía que tomar las riendas. Sabía que el hospital le estaba afectando, que los recuerdos de su hermano la estaban desequilibrando, y ¡no podía perderla! Intentó ganar terreno, si ella necesitaba distancia emocional para no desbordarse se la daría, pero bajo ningún concepto iban a separarse.

—Cuando me manden a casa no puedo vivir solo... ¡necesitaré ayuda! y no quiero que tú estés sola estando embarazada.

—Por mí no te preocupes.

—¡Es mi hijo! —dijo Leo inflexible—. ¿Puedo al menos preocuparme por ti mientras lo llevas dentro?

Esas palabras lograron sorprenderla. Seguro que su hijo le perdonaba usar su carta para que pudiera llegar al mundo sin que sus padres estuvieran separados. Era un comercial de la hostia, e iba a utilizar todas sus tretas para conseguir el acuerdo. También el humor, y si hacía falta, el sexo, aunque en ese momento no estuviera en las condiciones físicas óptimas para ello.

—¿Y qué pretendes mientras esté dentro? —preguntó ella recelosa.

—Quiero cuidar de ti.

—¡Si ni siquiera puedes cuidar de ti mismo!

—¡Exacto! Debería darte vergüenza, dejarme tirado cuando he tenido un accidente... ¡qué ruin! Podrías esperar a que me recuperase para dejarme solo...

—¡No voy a dejarte solo!

—Eso espero. Podemos vivir en tu casa, la mía tiene escaleras.

—¡¿Pero qué dices?! ¡No vamos a vivir juntos! —dijo ella alucinada.

—¡Acabas de decir que no ibas a dejarme solo! ¿quieres exiliarme a casa de mi madre o que ella se mude a la mía? ¡Me volverá loco! Sinceramente, creo que me lo debes, por ocultarme lo del embarazo y enterarme de todo como lo hice.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó ella de repente cayendo en la cuenta de que no lo sabía.

—Sergio me dio la enhorabuena... —murmuró de mala gana—. Dijo que tenías las tetas enormes, estaba segurísimo de que estabas preñada —dijo mirándolas fijamente.

Ella se las tapó al momento cohibida y él intentó disimular una sonrisa. La tenía en el bote.

—¿Tenemos trato o no? —preguntó Leo imperativo.

—Solo hasta que te recuperes... —gruñó Zoe.

“Ya eres mía, nena”.

—Hecho. —Sonrió él triunfante—. Y ahora, déjame sellarlo con un buen beso —dijo atrayéndola hacia él y atrapando sus labios.

Ella no pudo evitar devolverle el beso tal y como había esperado. Tenía

tantas ganas como él de tocar sus labios, la había visto fijándose en ellos, pero poco después se alejó de él.

—No te pases...

—Aún estamos juntos —espetó Leo—. Me dejarás cuando me recupere, pero ahora necesito más besos, estoy inválido —dijo él girándole la cara y volviendo a besarla.

Ella se rindió al poder de su brazo, aunque quizá no fuese eso, sino que en realidad su subconsciente le instaba a besarle con ganas porque pensó que nunca más volvería a hacerlo. Le quería. Lo notaba. Sus movimientos se lo estaban demostrando. “Ay cariño, a menudo la teoría no es soportada por la práctica, una cosa es que quieras dejarme, y otra que puedas”, pensó sintiéndose feliz de estar vivo y enamorado, todo lo demás podía esperar.

PESADILLA ANTES DE NAVIDAD

—Permítame que la ayude —dijo Jorge cuando la madre de César fue a la cocina a por el café. Los padres de su novio eran bastante agradables. La cena del día anterior había ido como la seda, y la comida de Navidad estaba siendo un éxito, claro que... César no les había mencionado todavía quién era realmente. Le habían tomado por un amigo, uno que por lo visto no se había desplazado hasta su casa por vagancia, y ahora estaba allí con una vergonzosa sensación de gorroneo por comodidad.

Los últimos tres días habían sido increíbles. César y él no se habían separado ni un momento, ni dentro ni fuera de casa. Habían ido al hospital a ver a Leo, y César parecía muy cómodo demostrándole que estaban oficialmente juntos, pero hacerlo delante de sus padres, era otro cantar. Le había asegurado que era una presentación formal de pareja para convencerle de que era real, y para compensarle por haber pasado de él de una manera tan aberrante cuando Leo tuvo el accidente.

Después de responder a unas cuantas preguntas personales, sus padres tenían una vaga idea de que para su hijo era una persona importante, pero todavía no sabían hasta qué punto. Y él esperó ansioso que llegara el

momento en que César se lo aclarara. Leo le dijo que su familia no sabía a qué atenerse con él en cuanto a relaciones sociales, pero creía que lo sospechaban porque él no trataba de disimular las miradas de cariño que le despertaba su querido vástago.

Tal y como esperaba, la casa era de lujo. Un espacio creado con gusto minimalista perfectamente integrado en un paraje natural increíble. Desde todas las estancias de la casa se apreciaba mediante cristalerías la gran arboleda exterior de la que estaba rodeada, la decoración era casi inexistente, dejando protagonismo a la luz y a las líneas puras de su diseño como si de una escultura se tratara. Llegaron allí el día veinticuatro por la tarde, y después de la cena, cuando le enseñó la habitación de invitados donde él dormiría, se quedó impresionado.

—Mi habitación conecta con esta a través de la terraza —dijo César mirándole con intensidad. ¿Pretendía deshonrar la casa de sus padres? ¡Ni de broma!

—No sé de qué puede servirme esa información.

César sonrió lobuno.

—Buenas noches.

—Que descanses —respondió Jorge echando un vistazo a su retaguardia mientras abandonaba la habitación. Pronto haría doce horas que no le poseía. Demasiadas...

Esa misma mañana habían tenido un encuentro corto bajo las sábanas, de los que empiezan con apenas un roce de labios de buenos días y terminan en el suelo con las sábanas enrolladas hasta el cuello. Después habían comido fuera de casa, y tras visitar a Leo, habían ido cada uno a su apartamento para hacer la maleta. Él le recogió en su coche sobre las siete, sabiendo que la finca quedaba a unos cuarenta y cinco minutos por la M30.

Cogió el sueño enseguida con la agradable sensación de unas sábanas de algodón egipcio acariciando su piel. Decidió comprarse unas, tampoco es que fuera indigente..., ¡podía permitírselas! Un par de horas después, la puerta de la terraza se abrió sigilosa, escuchó ropa que caía al suelo y cómo el colchón vencía por un nuevo peso. El silencio se volvió espeso, y nada resurgió de debajo de las sábanas sino que fue directo a su tronco inferior y comenzó a lamerle desde el ombligo en dirección descendente. Se puso duro al momento, y soltó una imprecación en voz baja. Sintió el calor de su boca antes de que pudiera agarrarse al colchón. Quería matarle... ¡Joder, en casa

de sus padres! Tenía miedo de hacer ruido, o Dios no lo quisiera, que se manchara algo. Sin embargo, apretó los dientes y disfrutó del placer que le ofrecía sin poder rechazarlo. Siempre era brutal estar expuesto al capricho de sus mandíbulas. ¿Sería su forma de compensar su decepción por no haber dicho nada en la cena sobre su relación? Al rato, paró y fue en busca de su boca poniéndose a horcajadas sobre él. Jorge recibió sus labios saboreando su propia excitación en sus besos, y la fricción de sus miembros se volvió salvaje. Vio que César quería encajarse en él buscando la postura.

—Espera... te haré daño —susurró—, déjame prepararte.

—No —cortó César—, llevo dos horas imaginando que te cueles por mi ventana, estoy más que listo.

Y demostrando lo dicho se encajó con acierto deslizándose hacia abajo con fluidez.

—Dios... —musitó Jorge respirando con dificultad al sentirle alrededor de su polla. Era increíble que le buscara así. César había cogido mucha soltura, y le tenía completamente a sus pies a pesar de estar sufriendo con sus impredecibles brotes psicóticos.

—Me voy a correr —advirtió Jorge minutos después. Y antes de que eso sucediera, César se levantó y le dio la vuelta. Notó humedad resbalando en su zona restringida y cómo alguien tiraba con fuerza de sus caderas hacia arriba para ponerle de rodillas. Cuando el tanteo de una polla dispuesta empezó a volverle loco con unas caricias suaves y duras a la vez, deseó agonizante que se hundiera en él. Cuando lo hizo, exhaló todo el aire que estaba aguantando y se rindió a su posesión.

—Joder César... —suplicó Jorge ansioso.

Estaba entrando y saliendo de él con un ritmo lento y sensual. Era demoledor. Su centro latía escandalosamente, necesitaba más velocidad con urgencia.

—¿Qué quieres? —preguntó este con una voz decadente.

—Quiero más... más, más, más, ¡fóllame más fuerte! —gritó bajito.

Pudo sentir una sonrisa en su rostro en medio de la oscuridad, le tenía totalmente dominado. César comenzó a moverse con contundencia, arrancándole gemidos sordos y bajos por la intensidad de todo lo que estaba sintiendo.

—Más...

César le presionó la cadera con ambas manos y se clavó mucho más fuerte

en él juntándose para no provocar el ruido procedente del choque de la piel. Había tenido sexo duro muchas veces, pero todo aquello también era nuevo para él, y sintió que lograba llegar mucho más lejos que nadie, directamente hasta su alma. La mano de César viajó hacia su polla y comenzó a estimularla.

—Me corro... —susurró Jorge poco después. Y César le siguió recogiendo en su mano su excitación.

Jorge se quedó en la cama derrotado y César se levantó al baño. Cuando volvió, se vistió y se tumbó a su lado por encima de la colcha.

—¿Por qué no has venido a mi cuarto? —preguntó César contrito acariciándole el pelo.

—Porque estamos en casa de tus padres...

—Sin embargo no te has negado cuando he venido yo...

—Eres un listillo.

—¿Te pasa algo?

—¿Vas a decirles a tus padres que estamos juntos?

—Sí. Mañana, después de comer, así luego podremos irnos tranquilamente, pase lo que pase.

—Vale...

Se besaron y se despidieron.

“Te echaré de menos”, le dijo al irse aplacando sus dudas de que fuera a hacer lo que había prometido al día siguiente.

Cuando depositó la bandeja con el juego de café en la mesa decorada para la comida de Navidad, miró a César hablándole sin palabras. ¿Iba a hacerlo? Por un lado no quería presionarle, pero por otro, los últimos siete días se había dado cuenta de lo que César podía afligirle, y no estaba dispuesto a darse al cien por cien a alguien tan variable y complicado sin recibir una mínima garantía a cambio después de cómo se había comportado. Durante el puente en Baqueira, había tenido un ápice de lo que sería tener una relación con él a escondidas, y aunque ya sabía lo que sucedería, le pilló desprevenido lo mucho que le angustiaron todas las veces que César se esforzó por disimular que no tenían ninguna relación. Después de una de cal, le ofrecía una de arena, pero no dejaban de ser arenas movedizas que generaban dudas de cuánto le importaba realmente. Cuando Leo sufrió el accidente, su forma de ignorarle le afectó de un modo definitivo. Se quedó tan descuadrado... ¡ni

siquiera le miraba! Y después de la conversación que tuvo con Leo en la nieve no se atrevía a plantarle cara como lo haría con cualquier otra persona, además sabía que acabarían discutiendo y no quería perderle. Cuando se presentó en su casa y se lanzó a su cuello después de unos torpes intentos de justificarse, no pudo resistirse. Ya había perdido la esperanza de recuperarle, de volver a besarle, y la fuerza y la seguridad con la que le asedió le llevó a querer someterse a él. Quería creerle, pero lo único que consiguió es que su ansiedad aumentara a la par que sus sentimientos. Se estaba metiendo en terreno pantanoso, y cuando en la ducha le dijo que quería presentarle formalmente a su familia, sabiendo lo que significaba para él, volcó todas sus esperanzas en que si daba ese paso, tendrían una oportunidad de salir adelante. El tiempo se estaba agotando, y su corazón estaba en la cuerda floja. Le había pedido que no le dejara caer, y estaba deseando que le tendiera una mano para agarrarla y no soltarla nunca más.

—Eres muy joven para ser Inspector, ¿qué edad tienes, Jorge? —preguntó su madre.

—Treinta y cuatro.

—¡Ah! pues parece que tienes menos, te echaba unos treinta o así.

—Gracias —sonrió Jorge.

—Treinta y cuatro es edad de tener mujer e hijos, yo estoy deseando que César se case y me de algún nieto. ¿Tú tienes novia?

Ahí estaba, en bandeja de plata.

—Mamá —saltó Erick—, ¿puedes dejar de intentar que los treintañeros repueblen la Tierra? No estamos en peligro de extinción...

—Ya lo sé, ¡pero los niños son alegría! Lo llenan todo de felicidad, ¡y para eso hace falta una novia! Tomad nota...

—Jorge no tiene novia, mamá. Es gay —dijo César como si nada.

Se hizo un silencio forzado. Sus padres abrieron los ojos como platos. Erick sin embargo, los cerró.

—Ah... pues... también podrías tener niños, tengo entendido que todos los famosos ahora buscan un vientre de alquiler en Estados Unidos —dijo ella alegremente aunque nerviosa.

Su padre no fue tan comprensivo. Paseaba la mirada de uno a otro, esperando algún otro tipo de información que nunca llegaría.

—No me interesan mucho los niños —dijo Jorge con la boca pequeña.

—¿Admiten homosexuales en el cuerpo de policía? —preguntó su padre

con aprensión.

—Oh, ya lo creo, señor. Y en la guardia civil también —dijo Jorge fingiendo normalidad.

—A dónde vamos a llegar...

—Papá, no seas retrógrado... —murmuró Erick avergonzado.

Jorge miró a César, y este le devolvió la mirada sin mover un músculo y sin expresar nada en concreto. Un puto robot. Así era, y así sería.

—Disculpad —dijo Jorge levantándose sin tocar su café. Pasó por delante de César y se dirigió a su cuarto para hacer rápidamente la mochila y largarse de allí cuanto antes.

—¿Qué haces? —preguntó César apareciendo en la habitación.

—¿Tú que crees? Me largo.

—¿Por qué?

—Si tengo que explicártelo es que eres más tonto de lo que creía.

—No es fácil... —dijo César abrumado—, no tengo muy buena relación con mi padre, y ya ves cómo es...

—Sin embargo te ha sido la hostia de fácil decirles a todos que yo soy gay y dejarme indefenso delante del homófobo de tu padre... No solo me has dejado caer César, sino que me has empujado directamente solo por el morbo de ver cómo me estrellaba contra el fondo. De puta madre... —dijo Jorge cabreado metiendo su ropa apelotonada en la mochila.

—No te lo tomes así, mi padre es difícil, está chapado a la antigua, estaba preparando el terreno para decirle...

—César —interrumpió Jorge—, si quieres mentirte a ti mismo me parece estupendo, pero a mí ya no me engañas. No piensas decirle nada a tu padre, se ve a putas leguas de aquí..., pero eres el único que parece no darse cuenta. Tienes graves problemas, y yo no pienso cargar con ellos —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Espera un momento! —le bloqueó César—. ¿Ya te has rendido? Pensaba que ibas a ayudarme con todo esto... Es muy nuevo para mí.

—Te dije que no volvieras a fallarme porque sabía que pasaría... Acabo de darme cuenta, no quería ver que me estás manipulando para retenerme. Intentas justificarte detrás de tus rarezas y cuando eso no funciona, me convences con sexo. Soy un protector —dijo presionándose el tatuaje—, y ahora mismo tengo que protegerme a mí mismo de ti, de lo que me haces sentir.

—¿Qué te hago sentir? —dijo César intenso pegándose un poco más a él.

—Me haces sentir mal. Eres un niño rico al que le da morbo tirarse a un funcionario tatuado muerto de hambre. Me haces sentir inferior a todos los niveles, y sobre todo... ¡Me haces desear sentirme querido y eso es muy jodido para mí! Nunca he necesitado a nadie. Tengo asumido que mi vida es y será siempre solitaria, no creía en el amor hasta que te conocí. Y ¡que me jodan, pero te quiero! y es el puto infierno... —dijo emprendiendo la marcha.

—¡Yo también te quiero! —exclamó César agarrándole de la chaqueta sobrepasado por su marcha.

—Pues tienes una forma muy retorcida de demostrarlo. No te molestes en llamarme, y ni se te ocurra aparecer por mi casa con aires seductores —advirtió Jorge.

—Por favor, no te vayas... —dijo César apretándose contra él, susurrándole en los labios—, por favor, por favor, te quiero... si me dejas, me moriré...

Esa frase le sonó peligrosamente a “si me dejas, me mataré”, quizá influenciado por las palabras de Leo, pero le entró pavor. Eso es lo que le faltaba para el *pack* completo. Tenía que alejarse de él por el bien de ambos, ahora lo veía claro. Mientras pensaba en eso, César comenzó a besarle conmocionado, y la puerta de la habitación se abrió.

—¿Va todo bien...? —preguntó Erick quedándose sin habla al verlos.

César pegó un salto separándose de Jorge.

—Hola Erick —dijo Jorge malicioso—. Esto es exactamente lo que parece —informó con frialdad caminando hacia él— Hasta nunca, César.

Salió de la casa sin decir nada más, y vio por el rabillo del ojo cómo su madre se fijaba en ello.

La decisión estaba tomada. Sabía lo que le convenía y lo que no. Sin embargo, mientras caminaba hacia su coche, le ardía el pecho, le picaban los ojos y el corazón le iba a mil por hora. Creyó envejecer diez años cuando llegó a su casa y al lanzarse sobre la cama descubrió su olor en sus jodidas sábanas de Ikea. Se había terminado. Le había advertido que no le buscara, porque no estaba seguro de poder rechazarle. Tenía que controlar lo que sentía o acabaría destruido. Volvía a estar completamente solo como siempre había sabido que terminaría, pero esta vez, la soledad le quedaba pequeña, le agobiaba, le rozaba, era incómoda. Esta vez, la sentía mucho más fría, dura y lacerante de lo que la recordaba.

César se quedó bloqueado cuando Erick entró en la habitación. No era imbécil, se estaban besando, y la frase de Jorge lo había dejado todo más que claro. Él, por su parte, acababa de perder la capacidad de moverse. Se sentía como si le hubieran rebanado el cuello, todo estaba aparentemente en su sitio, pero no servía para nada.

—¿Vas a dejar que se marche así? —dijo Erick preocupado.

César no le contestó, estaba paralizado asimilando que Jorge iba a coger el coche cabreado por su culpa... Estaba sucediendo otra vez. Vio la imagen de un ataúd desaparecer en un hueco de tierra, pero no era Jorge, sino su relación con él. Era el final. No le vería nunca más, y cuando la persona que se ha convertido en el centro de tu vida te dice eso, ¿qué te queda?

No podía respirar... No le llegaba el aire... Se empezó a asustar de verdad. Aquello no era ninguna broma.

—¿César? —preguntó Erick extrañado al ver que ponía una cara rara.

Intentó respirar hondo, ¡joder, no podía! ¡Se estaba ahogando! Cayó al suelo de rodillas y se encogió dejándose caer de medio lado. Postura de seguridad. Tenía que concentrarse en respirar profundamente. Oyó gritos, era su hermano, estaba a su lado zarandeándole. Un dolor punzante se instaló en su estómago, tenía ganas de vomitar, y la cabeza le estaba matando, la conocida presión entre sus ojos empezó a aumentar, parecía que el aire había logrado entrar en sus pulmones, pero en ese instante el dolor era insostenible. Volvió a ver el ataúd, pero esta vez era el suyo. ¿Se estaban muriendo? ¿Se podía morir de amor? Por un momento pensó que iba a desmayarse, estaba muy mareado. Cogió una bocanada de aire inmensa, y cuando lo soltó de manera exagerada, un sollozo se abrió paso inesperadamente. Después otro, y otro... y ya no pudo parar. Un torrente de lágrimas empezó a caer por sus mejillas como un grifo abierto, deshaciendo la presión entre sus ojos. Comenzó a hiperventilar entre sollozo y sollozo, sentía su cuerpo totalmente descontrolado. Aparecieron sus padres, pero no entendía nada de lo que se gritaban entre ellos. Él no podía hacer otra cosa que llorar sin parar ahogando los sonidos en su propia pena. Alguien le levantó del suelo y lo depositó en la cama. Se encogió sobre sí mismo y escondió la cara en el colchón. Esa mirada, esa convicción, esa decepción en sus ojos... Le había perdido. Un dragón azul y negro le miró desdeñoso evidenciando todo lo que no tenía:

fuerza, valentía, coraje, palabra... No fue consciente del tiempo que estuvo llorando, pero le parecieron horas. Horas por años y años de contención. No se movió de la cama durante el resto del día, y por la noche, Erick le instó a darse una ducha. Él mismo le desnudó y le abrió el grifo mientras le comunicaba que al día siguiente tenía cita con su psicoterapeuta a las diez de la mañana. No le importaba, no podía pensar en nada, solo una frase rebotaba en su cabeza en un tono que no dejaba lugar a nada: “Hasta nunca”.

Nunca, nunca, nunca. Eso era imposible...

Si no iba a verle nunca más, ¿para qué iba a seguir viviendo?

—¿De verdad necesitas esta cosa? —preguntó Axel dándole un golpe con el pie a un sillón que a duras penas cabía en el ascensor.

—Más que a la vida misma —respondió Leo con una sonrisa.

Hacía dos días que le habían echado a patadas del hospital. Volvía locas a las enfermeras, sobornaba a los médicos, y se había reencarnado en un híbrido entre la alegre galleta horneada de Shrek y Olaf, el muñeco de nieve de Frozen.

—Si Zoe y yo tenemos que compartir sofá, no me va a durar ni dos asaltos —explicó bribón—, demasiados buenos recuerdos en él.

—No me puedo creer que se haya puesto en este plan contigo —lamentó Axel.

—Tranquilo, sé lo que me hago.

Axel miró el reloj.

—¿Tienes prisa? —preguntó Leo con guasa—. ¿Tu mujercita te está esperando en casa?

—Sí, algo así —sonrió—. Pero no es por eso, tengo que ir a un sitio antes de que cierren. Subo esto y luego vengo a por ti, continuaremos mañana.

—Vale.

Subió en el ascensor y arrastró el sofá a través de la puerta abierta del piso de Zoe. Leo había pasado dos días en su casa con su madre al salir del hospital para seleccionar todas las cosas que quería llevarse a su nuevo hogar, y él estaba ayudándole a trasladarlas mientras hacía de catalizador entre ellos.

—Joder... ¡¿Qué es eso?! —exclamó Zoe irritada.

—Un sillón.

—¿Pretende invadir mi casa?

—Dice que no puede compartir sofá contigo o intentará atacarte...

Zoe se asustó y Axel sonrió.

—Está bien. Ponlo por ahí... —gruñó ella.

—Me parece genial que le dejes vivir contigo. Todavía no está bien.

—Se llama chantaje emocional.

—Solo quiere estar contigo, ¡te quiere!

—Pues yo no quiero que me quiera —dijo terca— pero bueno, esto me va a venir bien, será como una de esas fases de ruptura. Si nos separamos tan rápido, le echaré demasiado de menos, así voy asimilando poco a poco que se acabó mientras se cura.

—Sé a qué fases te refieres... pero en esas fases también se suele volver a caer en... lo físico, puesto que tu cuerpo también tiene que despedirse de él a su manera —dijo Axel ladino.

—Ya, pero ese problema no lo tenemos porque él no puede moverse —sonrió triunfante.

—Menos mal que mi sobrino ya está encargado —suspiró Axel.

Ella puso los ojos en blanco.

—No va a tocarme ni un pelo de la cabeza.

—A no ser..., que consiga cogerte de la muñeca y te robe algún beso —sonrió Axel—, me lo ha contado.

Zoe borró su sonrisa.

—Tal vez pienses que soy una incoherente, pero es difícil separar lo que siento por él, de las decisiones que he tomado recientemente por sentido común. Te dije que me destrozaría, y lo ha hecho: primero con sus crueles suposiciones sobre el embarazo, y luego muriéndose. No tengo fuerzas para más... Esa página está cerrada. Tengo que centrarme en el bebé.

En ese momento sintió lástima por su mejor amiga. Le recordaba a él hacía tan solo una semana, llevando una vida dominada por el miedo, por la cobardía de no querer enfrentarse a traumas que no tenía superados ni de lejos.

—¿No lo dirás en serio? No puedes evitar el amor para que no te hagan daño... Yo por fin lo he entendido y nunca he estado mejor, en la vida.

—Estar con él es demasiado arriesgado.

Sabía a lo que se refería, pero a esas alturas, él estaba deseando correr ese riesgo.

—Ya sabes que pase lo que pase, siempre podrás contar conmigo, pero me gustaría que recapacitaras, y que te permitieras ser muy feliz, porque te lo mereces —le dijo con cariño acercándose a ella—. Tengo que pirarme, ahora te subo a la fiera y me voy.

—Gracias —dijo ella abrazándole impulsivamente— gracias por todo, de verdad.

—No hay por qué darlas.

Para él siempre había sido algo natural cuidar de ella. Lo sentía en las entrañas, la quería de una forma incondicional y se preocupaba constantemente por su bienestar.

—Sí hay por qué darlas —dijo ella mirándole a los ojos— Gracias por ser

mi hermano cuando necesitaba uno.

A Axel le escocieron los ojos. ¡La muy tonta iba a hacerle llorar! Últimamente estaba extrañamente sensible. El accidente de Leo, su nueva situación con Naia, el embarazo de Zoe, todas esas situaciones habían puesto sus emociones a flor de piel, y ahora esto...

—De nada enana. Espabila por favor... Tic tac, la vida es el ahora, ni el ayer ni el mañana —le dijo desafiante retrocediendo y guiñándole un ojo—. Ahora subo.

Cuando les dejó solos en el piso, puso rumbo a la tienda elegida. Quería comprarle algo especial a Naia por su cumpleaños. Desde que habían vuelto de sus magníficas vacaciones navideñas, había vivido en un mundo perfecto. La felicidad le inundaba. Sus días habían sido un sueño a pesar de lo apurados que habían estado en el trabajo con la Nochevieja. Zoe les ayudó, Sergio también, y entre todos, sacaron adelante los compromisos de la noche más importante del año. Con César sabía que no podía contar esa noche del año, siempre la había odiado, y solía pasarla con su familia en la finca. Sin embargo, le resultó extraño que no hubiera respondido a su mensaje de felicitación de año nuevo.

Era raro, pero como suele decirse, la ausencia de noticias es una buena noticia. Si sucediera algo malo, les habrían avisado, estaban a día cuatro de enero, y lo más probable es que estuviera enclaustrado estudiando hasta el día trece, que es cuando tenía el último examen.

Con Sergio las cosas habían mejorado, sobre todo al saber que estaba loco por Mar, aunque había algo en sus ojos cuando estaba con Naia. Una conexión, o sencillamente era una de esas personas que tenía la suerte de ser consciente de lo especial que era su chica. Sabía valorarla y apreciarla, igual que él, y consecuentemente sintió una apremiante necesidad de demostrarle cuánto significaba para él. Cuando llegó a casa, vio que Naia había estado cocinando. La mesita del sofá estaba muy bien preparada para dos, con velas y una botella de vino rosado enfriando en una cubitera. Para ellos era como un viernes, porque el día cinco se lo habían tomado de vacaciones para celebrar el cumpleaños de Naia, y el seis era festivo. Tenían muchísimas ganas de estar juntos, al principio pensó en llevarla a cenar por ahí, a un sitio de moda, pero ya no estaban en esa fase. Necesitaban sofaseo, poner una película que no verían, y comerse a besos hasta quedarse dormidos. Necesitaban descansar. Pronto se dio cuenta de que Naia estaba en la ducha,

y le dieron ganas de sorprenderla metiéndose dentro con ella, pero finalmente no lo hizo. Aprovecharía ese tiempo para organizar los preparativos de su sorpresa para día siguiente.

Naia salió del baño y le encontró en la habitación.

—¡Axel! —exclamó contenta lanzándose a sus brazos— Hola... —dijo mimosa.

Él la abrazó mientras sus labios se juntaban. Felicidad. Pura y absoluta. El olor de su champú asaltó sus sentidos, el sabor de su boca le fundió las neuronas, y la suavidad de su cuerpo le instó a no separarse de ella en lo que quedaba de día.

—Te he echado de menos —dijo él apretándola contra su cuerpo.

—Si solo hace tres horas que no nos vemos —sonrió ella zalamera.

—Demasiadas.

Sus manos bajaron a su culo y acariciaron la suave textura de sus antiguas mallas exiliadas. Un error. No pudo evitar subirla a peso y llevarla hasta la cama mientras ella rodeaba su cintura con sus piernas.

—Axel, espera... —se quejó ella sonriente— He hecho pizza, vamos a ver una película, y si te portas bien, puede que luego te deje hacerme lo que pretendes hacer ahora —dijo intentando resistirse melosa.

Iba a volverle loco.

—No puedo esperar, hueles demasiado bien y eres demasiado suave —explicó taxativo—. Necesito comerte, la pizza puede esperar. —Le besó el cuello mientras sus manos iban a escondidas bajándole el pantalón.

Ella se rió y se revolvió. Después él subió su camiseta y descubrió el sujetador flúor que una vez le dejó en ridículo.

—¡Ja! Ahora sí que no te escapas. He tenido sueños húmedos con este conjunto de ropa interior en concreto.

Ella se partió de risa y se rindió a él. Después cenaron, pusieron una película y se sintió embriagado cuando ella misma inició unos besos tranquilos y eternos, de los que sin pretenderlo ciertas zonas terminan encontrándose a un ritmo lento y decadente. Si hubiera tenido alguna duda de lo que iba a hacer al día siguiente —que no era el caso— eso habría terminado de disolverlas.

—¡Despierta dormilona! —dijo Axel sentado en la cama. Eran las once de la mañana.

—Mmm... que manía tienes con despertarme pronto... —gruñó ella.

—Quiero darte tu regalo. ¡Feliz cumpleaños!

—Oh, no... ¿eres una de esas personas que en el cumpleaños de su pareja le ponen su nombre a una estrella? porque a mí esas cosas...

Axel se rió.

—No, soy de las que traen el desayuno a la cama.

Naia abrió un ojo y vio una bandeja repleta de cosas deliciosas.

—Hala, ¡cómo mola! —dijo incorporándose. Era un desayuno completo. Dulce, salado, y zumo recién exprimido. Sonrió de oreja a oreja y adoptó la posición adecuada para que él se la colocara encima. Era una de esas bandejas con patas especiales para apoyar en la cama.

—Que pasada... nunca me habían traído el desayuno a la cama —dijo ilusionada.

—Hay más. Empieza a comer y te cuento de qué va esto. Es un juego.

—¿Un juego? —preguntó Naia masticando un cruasán a la plancha con mantequilla y mermelada de fresa.

—Sí, tengo un regalo increíble esperando, pero solo te lo daré si consigues adivinar de qué películas son estas frases famosas —dijo él sacando un bloc de notas.

—¡Qué guay! —aplaudió ella—. ¡Me encantan los retos!

—Lo sé. Y más vale que aciertes —dijo Axel nervioso—, empiezo...

Naia sonrió dándole otro bocado a su desayuno. Estaba radiante.

—“Prefiero discutir contigo que hacer el amor con otra” —dijo Axel enigmático.

—¡Esa es de “El Día de la boda”!

—¡Correcto! —dijo Axel sonriente—, sigo: “Nuestra relación merece un compromiso a largo plazo, necesito alguna prueba o dato verificable y empírico”

—¡Una mente maravillosa!

—¡Si! —rió Axel.

—Qué gracioso, y ella le contesta: “dame un segundo para que redefina mi concepto del romanticismo” —se carcajeó Naia.

—Mira que eres friki... —respondió Axel divertido—. Continúo...

Entonces se puso serio, era el momento de la verdad. Su tono cambió y comenzó a recitar la frase sin leer el papel en el que hasta ahora se estaba apoyando, lo dijo mirándola a los ojos, como si fuera él quien lo dijera

realmente.

—“Te garantizo que habrá épocas difíciles, te garantizo que en algún momento, uno de los dos o los dos querremos dejarlo todo, pero también te garantizo que si no te pido que seas mía ahora mismo, me arrepentiré durante el resto de mi vida, porque sé, en lo más profundo de mi ser, que estás hecha para mí”.

Axel intentó contener su mirada ansiosa, pero no fue suficiente, porque ella borró su sonrisa e intentó tragar saliva con dificultad.

—Esa es de... “Novia a la Fuga”, ¿no?

—Correcto —respondió sereno sentándose en la cama y apartando la bandeja. Ella observó el movimiento y pareció buscar algo en sus manos, ¿una cajita tal vez?— La siguiente tiene escenificación... —dijo con voz temblorosa.

Le miró a los ojos y comenzó a recitar fielmente, metido en el papel, la siguiente frase:

—“La primera vez que me casé llevábamos juntos desde la universidad, y casarnos parecía ser el siguiente paso, pero para que dos personas se amen realmente, para que se comprometan, tiene que ser un acto de voluntad, una decisión —dijo sacando un hilo y atando un extremo al dedo anular de Naia—. Y esas dos personas tienen que vivir esa decisión todos los días, incluso cuando hay problemas y te apetece rendirte. Hay que aferrarse a esa decisión, a esa elección y amarse. Aunque ya solo penda de un hilo —dijo alejando su mano de ella sosteniéndolo y dejándolo tirante—, yo..., dejé que ese hilo se rompiera una vez, esta vez no lo haré... —y en ese momento un anillo se deslizó por el hilo lentamente hasta engarzar su dedo. Ella ahogó una exclamación y volvió a mirarle con los ojos muy abiertos—. ¿Quieres casarte conmigo?

Se hizo un silencio, ella mantuvo la respiración durante unos segundos.

—Esa es de... ¿no me acuerdo del título! —chilló histérica.

—No importa... —sonrió Axel—, Naia... ¿quieres casarte conmigo? —preguntó mirándola intensamente.

—Ya... ya estamos casados... —tartamudeó ella paralizada.

Axel sonrió cogiéndole las manos.

—Lo sé, pero esta vez quiero que sea de verdad, y para siempre.

A Naia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí, claro que quiero —contestó emocionada.

Él exhaló un suspiro y la besó con ganas.

—¡Quédate a mi lado! Ed Harris y Julia Roberts —exclamó ella rompiendo el beso.

Axel se rió.

—Bésame pequeña *nerd*...

Y lo celebraron a lo largo de toda la mañana, haciendo planes y decidiendo en qué tipo de playa lo llevarían a cabo.

Esa misma tarde volvieron a casa de Zoe a terminar con la mudanza de Leo, y se quedaron a cenar con ellos.

—¿Qué tal os va? —preguntó Naia mientras servían la comida en los platos.

—Ayer quiso verme desnudo —informó Leo.

—¡No es cierto! —gruñó Zoe—, ¡me pidió ayuda para ponerse el pijama y hubo una confusión!

—Sí, las manos fueron al pan.

—¡No fue así! —gritó ella indignada.

Leo le guiñó un ojo a Naia.

—Pues nosotros tenemos una noticia —dijo Axel pletórico.

—¿Estáis embarazados? —preguntó Leo contento— ¡Anda, como nosotros cariño!

—Nosotros no estamos embarazados. Lo estoy yo —dijo ella enfadada.

—Vamos a casarnos —informó Axel ignorándoles y besando a Naia tiernamente mientras le acariciaba la barbilla.

—¡Qué bien! —exclamó Leo, pero al momento frenó su alegría— pero... si ya estáis casados, ¿no?

Axel sonrió.

—Sí, pero esta vez será real. Para celebrarlo en condiciones y con una buena luna de miel. Queremos hacerlo en la playa —dijo sentándose y quedándose la mano de Naia entre las suyas.

—Qué bonito... —suspiró Zoe soñadora— ¿Cuándo será?

—Pues... aunque suene a topicazo, queremos hacerlo en San Valentín.

—Buf, odio ese día —bufó Leo—. Un montón de animales con cuernos llevando regalos de un sitio para otro, ¡parece Navidad!

Zoe se rió, pero se recompuso reprendiéndose a sí misma. Leo, sin embargo, se quedó mirándola con ganas de acercarse a ella. Había una atracción casi sólida entre ellos.

—No es por ese día, sino por tema de fechas. Queremos hacerlo cuanto antes, y si esperamos a junio o julio, tú estarás demasiado embarazada para ir donde queremos hacerlo, ¡y no puedes faltar! —dijo Axel mirando a Zoe.

—¿Dónde queréis hacerlo? —preguntó confundida.

—En Bora Bora.

—¡Joder...! ¿No había una playa más cercana? —exclamó Zoe—, mola un montón, pero ¿cómo voy a ir hasta allí preñada de este garrulo?

Leo, que estaba masticando, sonrió orgulloso.

—Tranquila nena, te monto encima mío y te llevo al fin del mundo.

—Creo que ya has montado suficiente campeón, pero gracias.

El aludido se atragantó de risa mientras bebía.

—No sé si podré ir... —dijo Zoe aprensiva rodeándose la tripa.

—Estarás en la semana quince, ¡lo hemos calculado! —dijo Naia—, Isa se fue de diecisiete semanas a Nueva York y se la pateó entera.

—¿En serio?

—Sí, si todo va bien ¡no hay problema!

—¡Qué pasada! ¡Bora Bora! ¡Yuhu! —chilló Zoe—. Eh... ¿cuánto vale eso? Es caro, ¿no? Estoy ahorrando para comprarle mil chorradas al bebé.

—Os invitaremos —aclaró Axel.

—¡Joder! —exclamó Leo—, pues cielo, vamos a tener que compartir habitación porque... ¿no pretenderás que nos paguen dos cabañitas a seiscientos euros la noche, verdad?

Zoe estudió la situación y vio que Axel disimulaba una sonrisa.

—No pienso quedarme sin ir a Tahití por tener que aguantarte, total ya tengo que soportarte aquí... —refunfuñó Zoe.

Leo le guiñó un ojo a Axel. Parecía muy seguro de sí mismo, pero por un momento tuvo un mal presentimiento.

—¡Llamemos a César para contárselo! —exclamó Axel sacando su móvil y poniendo el manos libres. Los tonos se sucedieron y todos guardaron silencio.

—¿Axel? —dijo una voz desconocida haciéndose eco en el silencio.

—¿Hola?

—Axel, soy Erick. César está en la ducha... ¿Habéis hablado con él últimamente?

—No, no me respondió al mensaje de año nuevo.

—A mí no me cogió el teléfono el otro día —interrumpió Leo.

—Eh... pasó algo en Navidad. Con Jorge. Estuvo aquí, discutieron y a César le dio una crisis... Ha estado viendo a su psicoterapeuta, pero está mal... dice que no va a presentarse al examen. Iba a llamaros. Yo tengo que volver el día ocho a Londres y me da miedo dejarle solo...

Axel y Leo se miraron preocupados. Leo tuvo un cambio radical de humor cuando habló.

—Convéncele para volver a Madrid, quiero verle —dijo adusto.

—Lo intentaré... Estuvo llorando... fue...

Leo juntó los puños y los apoyó en su boca.

—Gracias por avisarnos, Erick —continuó Leo—. Si el sábado no ha vuelto, iremos a buscarle, no te preocupes.

—Gracias chicos. Puede que ayudara si volviera a verle... quizá a él le escuche, no tengo su teléfono, si podéis avisarle... Gracias. Vamos hablando.

Cuando colgó se quedaron en silencio.

—Hay que hablar con Jorge —atajó Leo.

—Dejadme hablar a mí con él —dijo Naia preocupada—. Me ha felicitado esta mañana y no me ha dicho nada... Mañana come en nuestra casa, le hemos invitado para que no pasara solo el día de Reyes.

—De acuerdo, mañana por la noche hablamos —dijo Leo serio.

El resto de la cena giró en torno a la llamada, y la conversación se centró en miles de detalles de César que Axel y Leo creían pertinentes que Naia supiera antes de hablar con Jorge.

SIN PERDÓN

Jorge tenía una sensación extraña. La comida de Reyes estaba siendo muy rara, a pesar del tono alegre que reinó cuando Axel y Naia le comunicaron que se casaban de verdad. Era como si hubiera gato encerrado. Ambos estaban tensos, y cuando Naia sirvió el café y un Axel soñoliento dijo que iba a echarse una siesta, entendió por qué: sabían lo de César. Lo que no se esperaba es que le diera tan malas noticias.

—Dime algo Jorge... ¿qué opinas de lo que te he contado?

—¿Qué quieren que haga yo? —preguntó abatido.

—Puede que sea al único a quién escuche...

—No creo que sea buena idea, ¿qué dice su psicoterapeuta de que vuelva a verle?

—No lo sé...

Jorge resopló.

—¿Por qué no me has dicho nada de lo que había pasado entre vosotros? —preguntó Naia cautelosa.

—Porque lo estoy llevando mal... ni siquiera quería creerlo. Tengo que superarlo poco a poco... —dijo mirando al suelo.

—Pero no tienes por qué hacerlo tú solo... —dijo Naia acercándose a él y frotándole la espalda—. Yo he podido contar contigo siempre en mis malos momentos, y quiero que tú cuentes conmigo.

—No quiero molestarte, yo... —Se le cortó la voz. Se frotó las cejas y la boca intentando frenar las reacciones que su cuerpo planeaba llevar a cabo.

—Jorge, tranquilo... —le consoló ella con pena.

—Tengo que irme —dijo levantándose descompuesto—. Me alegro muchísimo por ti, por vosotros, yo... espero que seáis muy felices, de verdad.

—Quiero que vengas a la boda... a Tahití. A gastos pagados.

—No sé si podré... —murmuró con los ojos vidriosos manteniendo el mínimo contacto visual.

—Por favor... los días que puedas.

—Lo intentaré. Dile a Leo que me llame.

Ni que decir tiene, que se fue directamente a un bar, en busca de alguien o de algo que anulara su lucha interior. Necesitaba uno de esos encuentros en los que no hay ni que hablar, solo olvidar, y no se detuvo hasta que lo encontró. Ni siquiera tuvo que salir del local, uno de los camareros le invitó amablemente a hacer una ruta turística por el almacén de bebidas.

Cuanto más sexo impersonal tenía, más solo se sentía. Esa terapia no estaba funcionando como otras veces. Puede que él también tuviera que ir al psicoanalista para volver a encarrilar su vida, pero ¿cómo se cura el mal de amores? Lo que tenía claro es que si volvía a verle iba a empeorar. Puede que eso ayudara a César, pero a él iba a destrozarle. Le estaban pidiendo que se rompiera él, para que no se rompiera César.

Al día siguiente, recibió la llamada que estaba esperando.

—Llegará a su casa sobre las siete —informó Leo.

—¿Qué quieres que le diga?

—Éntrale por el tema de la oposición, al fin y al cabo, es lo que estabais haciendo juntos... Anímale a presentarse al examen, a tener otra meta en la vida que no seas tú.

—¿Qué...? Creo que estás mal informado de la historia —farfulló Jorge.

—Le dejaste el día de Navidad... ¿quién hace eso?

Jorge se quedó callado, porque si hubiera replicado seguramente el teléfono hubiera terminado estampado contra la pared.

—Preferiría no ir a su casa. ¿Podemos quedar en un bar?

—Veré qué puedo hacer, luego te digo algo.

Sobre las seis le llegó un mensaje de que a las siete estarían en un bar llamado *Barullo y sin juicio*. Ese nombre le murmuró al oído que quizá él tuviera demasiado orgullo, y César demasiados prejuicios. Entró

puntualmente por la puerta y les vio en una mesa rodeada con sofá circular. César parecía perdido en sus pensamientos, mientras Erick y Leo estaban enfrascados en una conversación aleatoria. Como si le hubiera olido, giró la cabeza y le vio. Esos increíbles ojos grises se abrieron desmesuradamente y se deslizaron por su cara y por su cuerpo haciendo un escrutinio arrollador. A Jorge le palpitaba el corazón a toda velocidad. Tragó saliva y se acercó a ellos.

—¡Hola! ¡Qué casualidad! ¿Qué tal te va? —le dijo Erick con falso entusiasmo. César tenía razón, el chico no sabía mentir.

—Hola —saludó Jorge apocado.

—Tío, tengo que ir al baño... —le dijo Leo a Erick desde la silla de ruedas—, ¿me llevas?

—Claro, pero no pienso sujetártela.

Les dejaron solos. César no le había quitado la vista de encima como si estuviera aprovechando al máximo la oportunidad de verle una vez más todos los segundos que pudiera.

—¿Cómo estás? —preguntó Jorge cauteloso.

—¿Esto está organizado? —preguntó César tirante.

Dios, cómo echaba de menos que contestara a una pregunta con otra.

—Sí. Claro. Me han dicho que no te vas a presentar al examen. ¿Por qué?

—Porque no me interesa.

—¿Desde cuándo?

César guardó silencio.

—¿Es que ibas a meterte a Inspector por mí?

—No.

—¿Entonces?

César continuó callado.

—¿Cuál es tu nueva misión en la vida, César?

—Intentar recuperarte —soltó a bocajarro.

A Jorge se le heló la sangre y se le calentó el corazón. Una mala combinación. Iba a tener que pasar al plan b. Volverse un gilipollas.

—Así que es cierto... Te dejo, y el mundo deja de girar para ti. Alucinante...

—Así es el amor.

—Eso no es amor, es dolor. Y el dolor hay que superarlo, enviarlo lejos, e intentar tapanlo con otras cosas que te llenen. Querías ser policía, investigar

casos se te da bien, ¿por qué vas a renunciar a eso?

—Ya no me importa nada.

—Odio ese tipo de comentarios... ¿Así eres? ¿De esas personas que concentran toda su felicidad en una sola cosa, que además es de lo más inconveniente? Eso es insano. Es obsesivo, es obtuso, es de tontos. No te pega nada.

¡Menudo hipócrita estaba hecho!

—¿Te gustaría ser Inspector? Responde con sinceridad.

—Sí.

—¡Pues hazlo! Me decepcionarías mucho si abandonarás ahora... Solo te queda un examen, y se te dará muy bien.

—Pensaba que ya te había decepcionado totalmente.

—Eres muchas cosas César, no solo una.

—Tú también.

Era un jodido masoquista al acudir allí.

—¿Vas a ayudarme? —preguntó César de repente esperanzado.

Oh, no.

—No necesitas ayuda para eso.

—Pero sí para otras cosas, ¿me ayudarás?

—No he venido aquí a hablar de tus problemas psicológicos —dijo Jorge tragando saliva con dificultad.

—¿Qué tengo que hacer para que volvamos a estar juntos? —preguntó César directo—. ¡Dímelo y lo haré!

—No se trata de algo que hagas, sino de cómo eres y de cómo soy yo. Realmente no me conoces...

—Te conozco y te quiero —repitió César implacable.

Jorge cerró los ojos. “No quiero que me quieras, con quererte yo, ya es suficiente desgracia”.

—No es cierto. No me conoces. Crees que soy un jodido superhéroe, pero ¿recuerdas cuando me pediste exclusividad mientras aprendías? No lo cumplí. Soy humano.

César abrió los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Cómo que no lo cumpliste?

—No —dijo Jorge sin dar más explicaciones. Podía haberle aclarado que fue antes de llegar hasta el final con él, y sólo fue una vez.

—¿Con cuántos has estado desde el día de Navidad?

—No quieres saberlo.

—¿Con cuántos?!

—Con siete —respondió dándose latigazos mentales.

César se sujetó a la mesa y vio que se le ponían blancos los nudillos.

—No soy cómo crees. No merezco la pena, lo sabe todo el mundo — aclaró Jorge— Tienes que olvidarme y concentrarte en la oposición. Se te va a dar muy bien. No desperdicies tu vida, y ni se te ocurra atentar contra ella por mí, eso sería lo más estúpido que he visto...

—No soy estúpido —dijo César cabreado— Solo lo fui contigo.

—Los dos lo fuimos. Y ahora deja de ser un zombi, y déjate de mariconadas tipo “ya nada me importa”, es muy penoso —dijo Jorge emprendiendo la marcha y sintiéndose basura— Que tengas suerte, aunque ya sabes que yo no creo en ella, sino en el trabajo duro, y tú te has esforzado mucho para llegar a ser quien eres ahora mismo... No lo echas a perder por nada.

—Jorge... —le llamó César deteniéndole antes de que se fuera. Este se paró y giró la cabeza avisándole de que le escuchaba. No quería cruzarse otra vez con esos ojos que descubrirían su farol de tipo duro.

—Nunca querré a nadie como te he querido a ti. Aprobaré el examen, me follaré a otros, pero nunca volveré a querer a nadie de la misma manera. Eso es imposible. Lo sé con certeza. Puede que no sepa demostrar mis sentimientos, pero lo siento aquí con claridad meridiana —dijo tocándose el pecho a la altura del corazón.

Jorge emprendió la marcha sin decir nada más, sus mejillas hundiéndose cada vez más en su piel por el peso de los labios tirando hacia abajo con fuerza. Cuando salió del bar, no veía nada, todo estaba borroso por las lágrimas acumuladas en sus ojos. Se los frotó con las palmas de las manos y cogió un taxi en cuanto tuvo oportunidad.

Durante un par de horas, Leo estuvo llamándole. El cabrón era insistente. Finalmente, un mensaje apareció en pantalla y no volvió a saber de él.

—*No sé cómo lo has hecho, ni lo que le has dicho, pero gracias, muchas gracias, de verdad.*

Seis días después supo que César se había presentado al examen, y fue el pensamiento más alegre de la semana. No podía continuar así, necesitaba una distracción, o entraría en barrena hacia una depresión de la que no saldría jamás. El sexo con desconocidos ya no le llenaba en absoluto, debía buscar

una solución.

Un mes después, recibió una llamada interesante de Naia.

—Hola bicho, ¿vas a venir a la boda?

—¿Cuándo es?

—La semana que viene. Nos vamos del doce al diecisiete de febrero. Después Axel y yo estaremos otras dos semanas por ahí: Las Vegas, San Francisco, los parques, ya veremos... ¿Vendrás a Tahití? Seguro que tienes vacaciones, ¿te lo vas a perder?

—Supongo que podría ir... ¿tendré una habitación para mí solo?

—Sí, de hecho es una habitación doble... ¿quieres traer a alguien?

—Puede ser.

Tras aquella conversación con César, estuvo seis días en el infierno, pero el séptimo, vagando por un bar plagado de almas en busca de absolución, conoció a Jesús, valga la ironía. Era un chico discreto y atractivo. Tenía una marcada independencia y su forma de hacer ciertas cosas le recordaba a él en otros tiempos menos complicados. Su estilo le gustaba, y su conversación era bastante más interesante que la de la media. Quedaron un par de veces más y comenzaron a hablar por teléfono entre semana, mientras se preparaba la cena, o antes de acostarse mientras se lavaba los dientes y se metía en la cama. Era broker y le entretenían sus historias sobre excentricidades de gente que tenía más dinero que sentido común. Había comenzado a sonreír de nuevo, y eso era algo que le quedaba muy lejano. Puede que no fueran las sonrisas que le nacían con César, recordaba con nostalgia que muchas veces le enternecía su ingenuidad y su forma de ver las cosas, pero eran sonrisas al fin y al cabo, y compañía, algo que por culpa de César, ahora debía admitir que necesitaba. Pasaron semanas, y se dio cuenta de que tenía una relación. Jesús dormía en su casa algunas veces, y él iba a la suya de vez en cuando. Quedaban el fin de semana y se llamaban a menudo, ya no estaba solo. Pero aún seguía pensando en César... la pasión no era la misma ni de lejos, pero era aceptable. A veces se preguntaba qué estaría haciendo o con quién, y se le oprimía el corazón. En un par de ocasiones, follando con Jesús, revivía momentos idénticos a los que vivió con él en los mismos rincones y en las mismas posturas que una vez le llevaron tan lejos... Solo entonces, esos actos se volvían más fogosos de lo habitual.

—¡De acuerdo! Os apunto, lo aviso ahora mismo en la agencia, ¡qué guay! —dijo ella eufórica.

No se atrevió a preguntarle si César iría, pero por alguna razón, pensó que no les acompañaría.

Jesús aceptó de buena gana. ¿Quién rechazaría algo así a gastos pagados? A Naia no le pegaba nada hacer semejante derroche, pero la semana siguiente, cuando la feliz pareja les invitó a cenar a su casa para conocer a Jesús, tuvieron un encuentro que resultó de lo más agradable y en el que por fin obtuvo respuestas.

—Caramba, Tahití ¡qué maravilla! ¿cómo se os ocurrió? —preguntó Jesús.

—Yo siempre quise casarme en la playa —dijo Axel—. Y Naia no quiere que le devuelva el dinero de su herencia, insiste en donarlo a obras benéficas y entidades sociales sin ánimo de lucro, y me parece perfecto, pero hay una condición. Ese dinero va a ir destinado completamente a hacer feliz a la gente, por cada euro que me permita gastarme en ella, yo daré la misma cantidad a cualquier ONG o lugar que ella elija. Se lo merecen, ¡claro que sí!, pero ella también se lo merece.

Jorge sonrió y alzó su copa hacia Axel.

—Bien dicho, tío. Me gusta la idea.

—Sí, por eso le pareció sensacional gastarnos un dineral en una de las playas más caras del mundo e invitar a todos nuestros amigos y familiares —dijo Axel riéndose.

—Vaya, así que estoy haciendo una buena acción yendo al paraíso —rió Jesús, y todos le acompañaron.

Cuando días después llegaron al aeropuerto, el tema ya no le hizo tanta gracia. César estaba allí. Lanzándole una mirada penetrante e inhumanamente quieto cuando le vio aparecer acompañado. Imaginó que se lo habrían advertido, y que él rehusaría ir, pero se equivocó. Saludó a todo el mundo, y cuando llegó su turno y sus manos se rozaron, se sintió igual que si acabara de recibir un balazo en el pecho.

—Hola.

—Hola.

No hubo preguntas, ni más interacción.

—¡Hola! Yo soy Jesús —dijo éste a su lado autopresentándose al ver que nadie iba a hacerlo.

—Hola —respondió César con tono uniforme.

Estaba mucho más tonificado, parecía incluso más alto solo por la

corrección postural que había obrado la musculación en él. La boca se le hizo agua y se avergonzó de sí mismo. Todavía le afectaba. Cinco días. No sabía si habría suficiente isla para los dos.

Cuando pasaron los controles de seguridad, César fue al servicio y Jesús a una tienda a comprar una revista. Él localizó a Naia que estaba felizmente en los brazos de Axel, quería pedirle explicaciones, pero Leo se interpuso en su camino.

—¿Qué tal te va? —le preguntó interesado.

—Bien, bien... ¿Y tú? Te veo mucho mejor tío...

—Sí bueno, no puedo hacer grandes esfuerzos, el brazo está bien, pero la pierna si estoy mucho rato sentado o de pie se me queda hierática, pero al menos puedo andar bastante bien con una muleta.

—¿Nadie le había dicho a César que venía acompañado? —preguntó Jorge sin remedio. No aguantaba más, necesitaba saberlo.

Leo sonrió levemente.

—Sí, lo sabía. Por eso ha venido. En principio no iba a venir, pero cuando se enteró de que tú venías, dijo que vendría sin importar qué.

Jorge tragó saliva.

—La terapia le está yendo bien, está mejor, y en poco tiempo jurará bandera y empezará en la Academia.

—Me alegro por él.

Y lo decía en serio, quien realmente le daba pena era él mismo. Solo el hecho de estar en su presencia, había supuesto arrojar un cubo de agua hacia el cristal empañado en el que últimamente vivía. Jesús era tofu, un sustituto plausible, pero César era un solomillo de ternera gallega al punto que se deshacía en la boca. Y joder, se había deshecho muchas veces en su boca... Lo vio a lo lejos saliendo de los servicios y su imagen le impactó como cien puñales clavándose en sus ojos. Leo siguió su mirada y ató cabos en décimas de segundo.

Mierda. Todavía podía perder ese vuelo. En ese momento apareció Jesús, y cerró los ojos lentamente cuando vio a su novio comerse con la mirada a su ex. Era lo que le faltaba...

39

TUDO INCLUIDO

Leo intuyó el percal antes incluso de que salieran de España. La mirada que vio en Jesús le recordó a la que se tiene justo antes de participar en una orgía. Intentó relajarse, porque estaba tan cachondo últimamente que hasta imaginar lo que podía suceder en una de esas cabañas entre esos tres, se la podía poner dura.

La estancia en el hospital se le hizo eterna. A raíz de los besos que le robó a Zoe, su polla despertaba ansiosa durante las visitas de su futura exchica. Decían que las experiencias cercanas a la muerte abrían los ojos, y él no podía tener las cosas más claras cuando se mudó a su piso: Iba a recuperarla. Sin embargo, querer, a menudo no es poder, a veces hasta que puedes suceden cosas que no quieres.

Era consciente de que la muerte de su hermano la había traumatizado dadas las circunstancias en las que sucedió, el papel que jugó y la edad que tenía. Era el foco de su miedo ahora que le había visto a él en la misma tesitura. Utilizó su tiempo en el hospital para informarse en internet sobre cómo debía tratar el tema.

Estaba huyendo de ello, y eso era justo lo peor que podía hacer. Nada fija tanto una idea en la mente como el deseo de olvidarla. Tenía que aceptarla, dejar el pasado atrás para permitirse un presente y plantearse un futuro. En vez de huir, había que enfrentarse, en vez de apartarlo había que permitirlo, en vez de renunciar había que vivirlo. Tenía que ser paciente. Observar sin entrometerse, y después actuar.

Los primeros diez días fueron difíciles. Solo ir al baño le suponía un esfuerzo titánico. Por suerte, el brazo y la pierna heridos eran contrarios, y haciendo equilibrios podía transportarse por el aire de la silla a... donde tuviera que ir. Ducharse era más difícil, vestirse, imposible. Y ella le ayudó aguantando el humor en el que él se refugiaba de su vergonzosa situación. Allí donde estuviera necesitaba su música, e intentó ablandar a Zoe poniendo una y otra vez la canción a todo volumen de "The reason" de Hoobastank, mandándole un masaje poco sutil de cómo se sentía:

No soy una persona perfecta.

Hay muchas cosas que desearía no haber hecho, pero sigo aprendiendo.

Nunca fue mi intención hacerte eso a ti,

*así que tengo que decirte antes de irme
que solo quiero que sepas
que he encontrado una razón para mí,
para cambiar lo que siempre he sido,
una razón por la cual empezar de nuevo.*

Y la razón eres tú.

*Siento haberte herido,
es algo con lo que tengo que vivir cada día,
y todo el dolor por el que te hice pasar
desearía poder quitártelo
y ser el que atrape todas tus lágrimas.*

*Por eso necesito que escuches
que he encontrado una razón para mostrar
un lado de mí que no conocías,
una razón para todo lo que hago.*

Y la razón eres tú.

Dejó de ponerla cuando a la quinta vez ella cambió de canción antes de que terminara. Pero no se rindió. Poco después comenzó a poner en bucle “Truly Madly Deeply” de Savage Garden, prometiendo: “*Seré tu sueño, tu deseo, tu fantasía, seré tu esperanza, tu amor, seré todo lo que necesites. Te amaré más con cada respiración, te amaré sincera, loca y profundamente, quiero estar así para siempre*”, y cuando sus ojos volvieron a coincidir, supo que podía ganar la batalla.

Adaptaron la habitación que le sobraba y dormían cómodamente cada uno en su cuarto, sin embargo, él la llamaba cada dos por tres.

—¿Qué quieres ahora? —dijo Zoe adormilada.

—Tengo sed...

—Ahora te traigo agua —murmuró ella arrastrando las palabras— eres como un crío.

—Gracias mi amor.

Ella puso los ojos en blanco. Se estaba volviendo una experta en dejarle las cosas al alcance sin que él pudiera cogerla y atraerla hacia sí, pero a veces, lo conseguía, y ella no tenía más remedio que entregarse sin poner apenas resistencia.

—Leo no... —dijo cuando él la atrapó y cayó encima suyo—. Un día de estos voy a hacerte daño de verdad con tus juguecitos. He estado a punto de

aplastártela.

—A estas alturas mini Leo se conformaría con cualquier cosa —dijo él aferrándola con fuerza. Sentir su piel era increíble, la echaba tanto de menos.

—¿Qué penitencia voy a tener que pagar esta vez para que me sueltes? Tengo sueño...

—Siempre es la que tú quieras... —ronroneó él.

—¿Serviría un puñetazo en el hígado?

—¿Serías capaz de pegar a un herido? Eres una enfermera cojonuda, y sin duda serás una madre increíble...

Ella se quedó quieta ante dicha frase, y se tensó visiblemente apartando la mirada. Empezó a acariciarle el brazo, ya no la agarraba, ella podía huir si quería, sin embargo se quedó allí.

—¿Cuándo tienes otra visita al médico?

—El treinta y uno de enero —respondió renqueante.

—¿Podré acompañarte? quiero verlo...

Ella se mordió los labios y buscó en sus ojos la verdad de aquella afirmación.

—Está bien... cargaré contigo. —Fingió estar molesta.

Él sonrió, y no pudo evitar besarla, pero ella apartó levemente la cara.

—Deja que te bese... —susurró él a un centímetro de su boca. Mientras ella se lo pensaba, su mano se deslizó por su tripa levantándole la camiseta en dirección ascendente. Ella cerró los ojos y pareció disfrutar de la caricia que alteró su respiración.

—¿Dónde está tu piercing? —preguntó de repente sorprendido.

—Me... me lo he quitado.

La desilusión se hizo patente en el rostro de Leo, sin poder ocultarla a tiempo.

—Siento que te moleste el primer efecto secundario de tu hijo. Normal que odies a los bebés, si a su paso desaparecen tus perversiones —dijo haciendo ademán de levantarse.

—No odio a los bebés, ¡si son mis ídolos! ¡Lloran y les meten una teta en la boca! —respondió el reteniéndola.

Ella sonrió inevitablemente y él hizo su movimiento.

—Yo también sé llorar... ¿me darás lo mismo? —dijo acercándose de nuevo y atrapando sus labios mientras su mano subía hasta su seno. Introdujo lo dedos lentamente por debajo del sujetador y agarró su pecho con

delicadeza. Era diferente, más grande y turgente. Gimió al comprobar cómo ella se arqueaba con su toque. Rompió el contacto con su boca y fue directamente a devorar su pezón. Ella gimió desorientada.

—Podría hacer que te corrieras... —dijo bajado su mano sana hasta el borde de la cinturilla de su pantalón de pijama, pero antes de que pudiera tocarla, ella se levantó de un salto.

—Sé que podrías, pero no quiero.

—Nena por favor, no me dejes así, ¡me estoy muriendo!

—Lo siento —dijo ella decidida—. Toma, cariñín. —Le lanzó el papel higiénico que había en la mesilla—. Que duermas bien.

—Serás... —dijo él furioso ante su sonrisa triunfante. Ella se fue y automáticamente él sonrió. El día que volviera a hacerla suya, seguramente su entrepierna estaría tan fogosa que Frodo podría ahorrarse el viaje a Mordor y lanzarle el anillo directamente a su ojo de Sauron.

Ver la primera ecografía cambió su vida. La máquina comenzó a hacer un ruido extraño. En una pantalla negra se veía perfectamente la forma de un bebé, cabeza, brazos, piernas, y le impresionó saber que solo medía doce centímetros. Para él era como un expediente X.

—El sonido que se escucha es su corazón —informó el médico reconociendo una cara de primerizo apabullante—, es este punto de aquí que parpadea.

Leo estaba en *shock*. ¡Era una persona! ¡No paraba de moverse! Miró a Zoe conmocionado, no sabía qué decir. La cara de ella le transmitió una ternura que hizo que se enamorara aún más si eso era posible. ¿Habían creado eso juntos?

Ella le cogió la mano y se la apretó.

—Parece un niño —dijo de repente el médico.

—¿Qué?! —exclamó Leo anonadado.

—Sí, esto de aquí seguramente será su... bueno... una tercera pierna no es...

Zoe se rió.

—Otro Casanova no, por Dios... —dijo risueña y visiblemente emocionada.

Leo no reaccionaba. ¿Un niño? Un bebé que se transformaría en un hombre que se parecería a él, o Dios ayudara a las féminas, a su madre. Sería gracioso, tendría cien chicas en su cama y algún día, se enamoraría de una,

igual que él. En ese momento, fue consciente de que esa nueva persona no era el enemigo... sino una unión eterna con Zoe. Y eso era algo muy valioso, un regalo, su único deseo. Tendría a un ser como Adriana corriendo hacia él, abrazándolo de la misma manera cada vez que le viera, y Zoe le miraría justamente como en aquel instante, con regocijo y orgullo de haberlo hecho posible con ella.

Él se agachó hasta la camilla y la besó brevemente juntando sus frentes.

—Gracias... —le dijo simplemente cerrando los ojos.

Ella se quedó quieta e impresionada, y disimularon ante el médico su mutua turbación. A partir de ese momento, ella debió notar un cambio sustancial en sus ganas de poseerla, y como inevitablemente ocurre cuando algo pierde interés por un lado, lo gana por otro. La notaba mucho más cercana. A veces le daba la sensación de que lo hacía a propósito. Le rozaba sin querer, tenía planos de su culo a una distancia perfectamente alcanzable, incluso había ido a arroparle un par de veces, tardando más tiempo de la cuenta en hacerlo, pero no se atrevía. Ella tenía un playmovil con vida propia dentro de su cuerpo y no quería... importunarle. Eso no significaba que su polla estuviera de acuerdo en respetar a su futura miniatura, porque aunque se había masturbado inevitablemente unas cuantas veces después de alguno de sus encuentros, la pobre estaba sufriendo su propio martirio. Varias noches después, se conoce que ella se cansó de esperar y actuó. Habían cenado en el sofá, él estaba reclinado en el sillón con las piernas en alto cuando ella empezó a cambiar de canal.

—¡TopChef! ¡Me encanta! —exclamó contenta.

—¿En serio?

—Sí, el programa es la bomba, tiene una edición increíble, ¿te das cuenta de con cuántas cámaras les tienen que estar enfocando para después hacer ese montaje? ¡Es la leche!

—¿Entonces no te gusta por la comida? —sonrió Leo confundido.

Le encantaba su auto diversión con cualquier tema que le apasionara.

—¡Claro que sí! ¡Es pornografía alimenticia! Por el amor de Dios... aparece cada plato que babeo, y más ahora que tengo hambre a todas horas. ¿Crees que estoy engordando mucho? —dijo ella poniéndose de pie a su lado. Se quitó el jersey fino que llevaba y se bajó un poco el inicio de sus mallas.

Leo levantó tanto las cejas que casi se le salen de la cara. Sin darse cuenta se incorporó de golpe en el sofá. Ella se cogía la tripa evaluándola, pero la

vista de él estaba ligeramente anclada más arriba. No podía dejar de mirarlas, eran enormes.

—Dios, qué tetas... —dijo él agonizante.

—Déjalas en paz, las has visto mil veces. Mírame la tripa. ¿Tengo mucha?

—Quiero tocarla... ¿puedo? —preguntó él con aire inocente.

Ella se acercó y en cuanto la tuvo a tiro se la subió encima a horcajadas. Ella se encajó enseguida con él sin poner objeciones.

—Ten cuidado, hoy sí podrías hacerme daño —dijo él dando por hecho que ella había notado a través de su fino pijama que la tenía como una piedra. Zoe levantó el culo quedando apoyada en sus rodillas, que descansaban una a cada lado de él, y dejó su tripa a la altura de su cara. Él colocó ambas manos en su cintura y empezó a acariciarla.

—Está aquí dentro, ¿verdad? —dijo él mientras subía y bajaba las manos en una caricia profunda. Ella asintió cerrando los ojos disfrutando de su toque. Sus pulgares casi llegaban a su ombligo, era perfecta. De repente, arrastró el pantalón y la braguita con los dedos hacia abajo y atacó rápidamente su centro con la boca. Ella soltó una exclamación cuando sintió su lengua en su clítoris. Chupó, absorbió, y presionó su culo contra su cara saboreándola como un animal hambriento. Llevaba tanto tiempo deseándolo...

No paró hasta que ella se tensó y se contrajo en oleadas contra su cara. Al terminar nadie habló. Cuando ella bajó de nuevo al suelo pensó que se alejaría, pero en vez de eso, se puso de rodillas y empezó a bajarle el pantalón por las piernas. Estuvo a punto de correrse cuando asimiló lo que iba a suceder a continuación. Era un *quid pro quo*, así que decidió que era mejor no comentar nada al respecto. Sabía que ella se cerraría de nuevo en banda, y eso no le convenía a cinco días del viaje. Fue un *KitKat*. Después se fueron cada uno a su cama e hicieron como si aquello nunca hubiera ocurrido.

El vuelo hasta el paraíso fue interesante. César estaba pegado a la ventana y no apartaba la cara como si allí fuera a encontrar la cura contra el cáncer. A continuación, Zoe leía en su iPad y él escuchaba su mágica terapéutica. En ese instante tenía puesto a todo volumen la canción de “Todo” de Pereza.

*No tengo miedos, no tengo dudas,
lo tengo muy claro ya..., ¡todo es tan de verdad!*

*Que me acojono cuando pienso,
en tus pequeñas dudas y eso,
que si no te tengo reviento,
quiero hacértelo muy lento.
Todo, todo, todo, todo...
Yo quiero contigo todo,
poco muy poco a poco poco...
que venga la magia, y estemos solos solos solos solos
yo quiero contigo solo.
Solos, rozándonos todo, sudando, cachondos,
volviéndonos locos, teniendo cachorros, clavarnos los ojos,
bebernos a morro...*

La miró de reojo y ella le estaba clavando la mirada.

—¿Me has dicho algo? —le dijo quitándose un auricular.

—No —dijo ella mosqueada—. Pero baja un poco la música por favor, estoy leyendo.

—Es que sino no la oyes —sonrió astuto.

Ella volvió a su lectura refunfuñando, y él volvió a ponerse el auricular.

“Sí nena, escúchalo, escúchame. No puedo decírtelo más alto, ni más claro”, pensó cerrando los ojos.

Le habían dejado el lado del pasillo para que pudiera estirar bien la pierna, aunque después de casi tres meses, estaba muchísimo mejor. Se sentía con fuerza para hacer casi cualquier cosa en posición horizontal... En los asientos centrales del avión, Axel y Naia seguían con su insistencia de parecer una sola persona, porque no se despegaban ni para ir al servicio. Y en la misma fila, pegados a la otra ventana, estaba la pareja del año. Jorge y Jesús interpretando un magnífico papel de dos amigos solteros que van al paraíso en busca de sirenas.

Tras subirse a un par de sucedáneos de aviones, aterrizaron en el aeropuerto de Bora Bora. Las vistas desde el aire eran impresionantes. El aeropuerto no era más que tres tiendas, un montón de stands de madera con los distintos logotipos de los hoteles de la isla y un embarcadero con lanchas rápidas que acercaban a los clientes cada una a su hotel. No había otra forma de llegar, el resto era agua. Eso sí, el agua más celeste que había visto en su vida, ni el agua de una piscina tenía ese azul claro, parecía imposible. Al llegar al embarcadero del hotel, les dieron toallitas húmedas, un zumo

tropical, y les subieron con sus respectivas maletas a distintos carritos eléctricos de Golf para enseñarles el complejo. Zoe y él compartían miradas pasmados y encantados de estar allí. Pero cuando entraron en su cabañita sobre el agua, se quedaron sin habla. El suelo del salón era de cristal, y toda la pared de la habitación también. Una petulante cama presidía la estancia con afán protagonista. Esperaba poder utilizarla para el fin en concreto que había sido creada: fabricar orgasmos. El baño era un auténtico sueño de mármol italiano con vistas al océano.

—Alucino —dijo Zoe fascinada.

—Es flipante. Demasiado como para ignorarlo... —respondió echándole una mirada seductora. “Sería pecado desperdiciar la oportunidad de triscar en un sitio como este”, advirtieron sus ojos. Ella disimuló su excitación y comenzó a deshacer las maletas. Pronto anochecería, y habían quedado para cenar en uno de los restaurantes del hotel. Él puso música mientras colocaba sus cosas en un tiempo récord, y se sentó en el sofá del salón a contemplar la puesta de sol, pero su atención se distrajo cuando Zoe salió del baño con un minúsculo bikini y pasó por delante de él con unos andares que le dejaron medio loco. Salió a la terraza sin decirle nada, y se lanzó de cabeza al agua. Él se levantó automáticamente, y la observó nadar. Era preciosa. Un animal exultante que desafiaba todos sus sentidos. Sentía la imperiosa necesidad de hacerla suya cuanto antes, y cuando ella subió la escalerilla, él se quitó la camiseta antes de que prendiera por el calor que su cuerpo desprendía al ver cómo le resbalaba el agua por sus nuevas curvas. Pasó por su lado ignorándole, y él la siguió de cerca. Casi pudo sentir su sonrisa cuando se metió en la ducha con ella arrinconándola contra la pared. Comenzó a besarla desesperado, y ella respondió con la misma fuerza colocando los brazos en su cuello. Le desató el lazo del bikini y se dio un festín con sus pechos mientras le deslizaba hacia abajo el bañador. Por un momento, pensó que si ella le frenaba, se desmayaría de lo que le dolía la entrepierna. No podía más. Él se deshizo de la ropa que llevaba y se pegó a ella dejándole claro lo que quería. Normalmente, la habría subido a pulso y la habría penetrado sin preámbulos, pero aún no era capaz de sujetar su peso y ella lo sabía.

—Vamos a la cama... —suplicó él.

Sin pensarlo un instante, ella le arrastró hasta el colchón y se tumbaron juntos. En es momento en la habitación estaba sonando “Todo” de Pereza. Leo le ganó la posición y se abrió camino entre sus piernas soltando un

alarido cuando por fin se hundió en ella. Nada podía compararse a eso. Ella gemía extasiada, y él pensó que nunca había sentido un placer tan intenso. Terminó vergonzosamente rápido con su nombre en los labios, y antes de separarse de ella, le habló despacio enmarcando la cara con las manos.

—Te quiero...—susurró él—. Vuelve a mí, por favor...

Los ojos de ella se humedecieron y giró la cabeza a un lado desviando la vista.

—Es que... no puedo estar contigo... —dijo ella levantándose.

Se fue de su lado y se metió en la ducha.

Sin embargo, era como si estuvieran juntos. ¿Por qué no se sentía mejor? Llevaba esperando aquel encuentro casi dos meses. Estaba tumbado en una cama en medio del paraíso, después de haber descargado en ella todo su potencial, y aún así, no era feliz. Sabía que Zoe le quería, ya vivían juntos, cada vez había más acercamiento físico... ¿Qué más necesitaba? Lo necesitaba “todo”.

Esa noche Axel quiso brindar y soltó un pequeño discurso que terminó de abrirle los ojos.

—Quiero daros las gracias a todos por venir hasta aquí para ver cumplir mi sueño: Casarme en una playa con una mujer que me ha robado la razón. —Hubo risas—. Gracias por ser testigos de ello y celebrar con nosotros la mejor sensación del mundo: estar locamente enamorado y ser correspondido. Por vosotros.

Todo el mundo aplaudió, Axel besó a la novia y él tocó fondo. Sabía lo que le molestaba, y sabía lo que tenía que hacer. Esa noche se acostó en la cama y le dio la espalda a Zoe. Prefería no tener tentaciones. Quería darle algo en qué pensar, y notaba que ella se le había quedado mirando esperando sus atenciones. Tres minutos después, ella rozó un pie con el suyo, y se hizo el dormido, aunque ambos sabían que no lo estaba. Al día siguiente, tuvo lugar al atardecer una ceremonia donde Axel y Naia repitieron unos votos matrimoniales que no dejaron indiferente a nadie. Nunca había visto a Axel sonreír tan intensamente, antes lo hacía, pero los ojos no le brillaban de esa forma. Estaba muy contento por él. Vio a Zoe soltar una lágrima y comenzó a ponerse nervioso. Tras un cóctel con canapés de todo tipo, —incluido el de camarón rojo que probaron en aquella fiesta en la gran manzana como sorpresa especial para la novia—, cogió a Zoe de la mano y la arrastró tras decirle al oído “demos un paseo”.

La llevó a una zona alejada, cada vez había más oscuridad, hasta que un pequeño resplandor se vislumbró detrás de una palmera tumbada. Había una mesita con velas, un camarero con guantes al lado de una cubitera con *champagne*, y un carrito que mantenía la comida caliente.

—¿Qué es esto Leo? —preguntó Zoe atónita. No se lo podía creer. La había llevado a un lugar remoto y estaba convencida de que quería hacerle el amor contra la arena. Le había estado lanzando miradas ardientes todo el día, seguramente porque la noche anterior pasó de ella para mantener su orgullo por volver a darle una negativa después de echar un polvo que los dos necesitaban como agua de mayo. ¿Pero aquello? ¿Qué significaba todo aquello? De repente, Leo hincó una rodilla en el suelo.

Dios.

—Zoe... yo... —dijo sacando una cajita del bolsillo de su camisa ibicenca

Se le paró el corazón. Es más, se puso un mano en el pecho para cercionarse. No. No latía.

—Zoe, escúchame —continuó él al ver su conmoción—. Ya no sé cómo decírtelo... Te quiero hasta un punto que no me conformo con vivir contigo, con follarte como un loco —aunque en ningún otro rincón del mundo me siento tan en casa como enterrado en tu cuerpo—, con tener un hijo contigo —al que quiero, y estoy deseando tener en mis brazos—. Te quiero tanto que necesito que tú también me quieras a mí... Necesito ser correspondido. Y yo sé que me quieres, desde luego como actriz no te ganarías la vida... pero una parte de ti no quiere hacerlo, y no puedo soportarlo.

—Leo... —dijo apenada—, tú no...

—Cásate conmigo...

Zoe negó con la cabeza. Leo parecía desesperado.

—¡Tú no quieres casarte! —gritó ella.

—No quería. Es verdad. Pero contigo no es que quiera, es que lo necesito. Necesito que seas mía. Necesito que me quieras tanto como yo, y lo quiero por escrito —sonrió débilmente.

—Leo... no, por favor...

A él le cambió la cara.

—¿Cómo puedes arruinar tu vida, la mía y la de nuestro hijo por miedo a ser feliz y que ocurra algo malo? —dijo Leo enfadado poniéndose de pie—.

Toma, quédalo —dijo apoyándole la cajita en el pecho—, pero no pienso alejarme de ti, ni de mi hijo —dijo decidido comenzando a andar—. Y cómete eso —dijo señalando la cena—. Tienes que comer más. Sé que siempre te quedas con hambre con los dichosos canapés.

—Leo espera... —le llamó ella.

Él paró en seco y resopló.

—Qué —dijo mirándola abatido.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Ya era hora de que lo hicieras, idiota...

—¿Qué?!

—¡Claro que quiero casarme contigo! Conseguí enseguida que te plantearas vivir conmigo, pero ¡no pensaba que ibas a tardar tanto en pedirme matrimonio!

—¿Cómo?! —exclamó alucinado.

—No pensaba dar mi brazo a torcer hasta que lo hicieras, yo también he sufrido —sonrió con guasa— aunque reconozco que ayer el plan se me fue un poco de las manos porque... ¡esa cabaña estaba pidiendo a gritos que folláramos! —se río.

—¿Pero qué...? —dijo Leo incrédulo con un inicio de sonrisa.

Ella lució otra sonrisa cegadora.

—La respuesta es “Sí”, tontito. Cuando empezaste a mejorar supe que no quería perder ni un minuto más. La vida por fin me había brindado otra oportunidad, y más que nunca quería estar contigo en todo momento. Además, ¡vamos a ser padres!, pero tal y como reaccionaste a la noticia, no quería presionarte. Tenías que ser tú el que quisiera dar estos pasos sin que nada ni nadie te obligara... Y al fin te has decidido —sonrió emocionada tapándose la nariz con las manos.

—¿Te has divertido torturándome? —dijo él acercándose a ella con un brillo travieso en los ojos.

—Muchísimo.

—Genial, porque me encanta que lo hagas. —La estrechó entre sus brazos y la besó con pasión.

Cuando pararon, apoyaron sus frentes aliviados.

—Te amo con locura —aseguró ella—, eres el hombre de mi vida, y lo sé desde hace demasiado tiempo...

—Yo también. No iba a dejarte escapar nunca, no sabes lo insistente

insistente que puedo llegar a ser —se mofó.

—Eres buen comercial, pero yo soy mejor —provocó pizpireta.

—No es cierto. Tú estás completamente loca, y casi me vuelves loco a mí —respondió juguetón arrollando su boca.

—¡Veamos el anillo! —dijo ella soltándole y abriendo la cajita que guardaba en la mano.

—¡Ya has dicho que sí! —empezó a reírse él—. No vale desdecirse cuando lo veas...

Ella lo abrió y se echó a reír. Era un anillo fucsia con una estrella de mar plateada y podía leerse “Bora Bora” en uno de los lados. Sin duda, un recuerdo de la tienda de regalos.

Él sonrió mordiéndose los labios.

—¡Cariño, es perfecto para mí! —dijo ella besándole encantada.

Fue una noche mágica.

Cenaron en privado, volvieron a la boda, y horas después, buscaron una playa alejada para jurarse mil cursiladas mientras se amaban bajo la sombra que arrojaba una palmera a la luz de la luna.

Alex estaba muerto. ¿Quién era ella para desperdiciar su vida? Al contrario, le debía a su hermano intentar vivirla al máximo cada segundo. Cuando Leo le dijo en el hospital que sin ella su vida ya no tenía sentido, reaccionó y salió de esa espiral destructiva en la que se encontraba. Puede que los besos de aquella tarde también ayudaran a darse cuenta de que tenía fuerza de voluntad para muchas cosas, pero no para renunciar a él. Sin embargo, no había sido fácil conseguir que Leo ordenara sus ideas. Tenía claro que no quería obligarle a hacer nada por aparecer un niño de repente en sus vidas, quería que lo quisiera de verdad, no que cediera sin más, quería su historia de amor... Y nada que merezca la pena se consigue sin esfuerzo. Había intentado resistirse a él todo lo que buenamente había podido. Si hubiera puesto una vez más la jodida canción de “The reason”, se habría abalanzado sobre él sin poder remediarlo, pero al final, había escuchado las palabras que necesitaba oír para ser feliz, y pudo lanzarse de cabeza a un amor que supo desde el primer día que sería eterno. Porque desde la primera vez que le vio, le reconoció de otra vida. Su conexión fue instantánea. Él le dijo a través de la canción que por fin había encontrado una razón para mostrar un lado de él que no conocía, uno que siempre se esforzaba por esconder siendo el más golfo de todos, pero se equivocaba. Ella siempre supo

que existía ese lado. Lo vio a los siete segundos después de conocerle. Estaba segura. Era ÉL.

NUEVE MESES

Cinco meses después

Jorge entró en el hospital con un hombre esposado. Él no tenía la culpa de encontrar a un maltratador dándole patadas a su mujer en el parking del supermercado justo en el momento en que él metía tranquilamente la compra en su maletero. Le dio tanta rabia que tuvo que romperle un retrovisor. El problema fue, que lo único que encontró a mano para hacerlo fue la nariz de aquel sádico.

Aunque estaba fuera de servicio, le acompañó al hospital antes de arrastrarle de los pelos hasta la comisaría. Cuando salió de urgencias, a su mujer le impresionó la cantidad de vendas que llevaba su marido y decidió que no quería denunciar. La nominación de él a mejor actor de reparto por "yo soy la víctima" también ayudó, y lamentó esa decisión que tantas veces había visto, preguntándose si también le impresionaría tener que elegir en aquel momento, el acabado que más le gustaba para el barnizado de su propio ataúd. Tras despedirse de ellos, escuchó una voz a su espalda.

—¿Jorge?

Se dio la vuelta. Era Leo.

—¡Hola! —saludó gratamente sorprendido dándole la mano.

—¡Hola! ¿Qué tal te va? ¿Todo bien?

—Sí, bien, ¿y vosotros? ¿Cómo está Zoe?

—Pues... ¡recién parida! —dijo el hombre más feliz del mundo—. Mi hijo nació anoche.

—¡Enhorabuena! —exclamó Jorge contento—. Me alegro mucho.

—¡Gracias! ¿Quieres subir a verlo? ¿Tienes prisa?

—Eh... bueno, no. Ya no tengo prisa —accedió, pero al momento se frenó en seco—. ¿No estará....?

—No, no. César ha venido esta mañana.

—Vale... —dijo cohibido continuando la marcha.

Hacía tiempo que había conseguido dejar de pensar en él constantemente. Estaba mucho mejor. Después de lo que sucedió en esa pequeña isla del

Pacífico Sur, decidió cerrar ese capítulo de su vida. El viaje y la llegada al hotel fueron tranquilos, había conseguido esquivar la mayoría de sus miradas, y Jesús era un chico con saber estar, no llamaron la atención. Al llegar a la habitación, a su acompañante le apeteció estrenar el sofá del salón, y él le concedió su deseo sin poder quitarse a César de la cabeza. Debido a ello, Jesús resultó altamente complacido. En cuanto terminaron, se puso un bañador y se lanzó al agua desde la terraza, con un poco de suerte, se lo comería un puto tiburón. Al subir por la escalerilla, vio a César apoyado en la terraza de su cabaña, y tomó nota de que estaba dos más hacia la izquierda de la suya. “¿Para qué quieres esa información?”, le preguntó impertinente su cerebro. Hubo un cruce de miradas, y no hizo falta más para saber que en algún momento de esos cinco días, sus labios se rozarían. Se conocía. Joder, se conocía demasiado bien a sí mismo.

En la cena disfrutó de lo feliz que estaba Naia junto al estúpido de Axel, porque el pobre idiota era oficialmente uno de esos tontos enamorados que no pueden perder ni un solo segundo el contacto con su chica. Era un cabrón con suerte, pero como le dijo justo antes de despedirse de ellos al desaparecer del bar de copas, no podría permitir que Naia estuviese con alguien que la mereciese menos. La hacía feliz, y era lo único que le importaba. El que estaba jodido era él, soportando ver las buenas migas que estaban haciendo Jesús y César. En un momento dado de la noche, Jesús fue al servicio, y Jorge se acercó a César impulsado por dos whiskys dobles.

—¿Qué ha sido del chico callado y antisocial? —le dijo irónico.

—Aprendió a desenvolverse cuando volvió a apetecerle carnaza.

Joder, se le puso dura al momento. ¿Carnaza? Oír a César hablar así era como meterse un chute de heroína pura en vena. Jorge sonrió sin poder evitarlo, a pesar de que sabía que esa información significaba que había estado con otros. Una furia asesina intentó abrirse camino desde su interior, pero no la dejó. No sabía cómo se habría sentido César al hacerlo, pero para él, todos esos cuerpos no habían significado absolutamente nada, al contrario, le había hecho sentirse peor hasta que llegó Jesús y su mente lo aceptó como un acto menos turbio al conseguir hacerle sonreír. Sin embargo, teniendo a César en ese momento al lado, se daba cuenta de que con Jesús tampoco tenía nada. Nada comparable al menos. Había sido verle, y su vida había vuelto a volatilizarse. Otra vuelta al punto de partida, más hondo, más oscuro y más triste de lo que recordaba, y todavía le quedaban cuatro noches por delante.

—Me alegro por ti —mintió Jorge.

—¿De veras? pues en esta isla no hay mucho donde elegir, así que puede que tengas que compartir a tu novio.

Jorge se quedó boquiabierto.

—¿Qué tal vais? —interrumpió Leo.

—Bien —contestó César impasible—. Ya veo que tú has echado un polvo, te felicito.

Leo frunció el ceño y después se rió.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Porque conozco de memoria tu cara de dicha poscoital, y durante todo el día has tenido tu cara de frustración sexual.

—¡Joder, no es cierto! —dijo Leo con una sonrisa que le delataba.

—Lo que tú digas —respondió César indiferente.

Esa noche no tuvo oportunidad de hablar más con él a solas, ni falta que hacía. Esas dos frases ya habían caldeado sus entrañas lo suficiente.

Al día siguiente, estuvo tomando el sol en la piscina, intentando relajarse, procurando tener los ojos cerrados la mayor parte del día para no ver su espectacular nuevo cuerpo en bañador. Únicamente los abrió para ir a comer y se concentró en su deliciosa comida. Al atardecer, comenzó la boda y se arrepintió de tener que usarlos para ver cómo iba vestido César. Llevaba una camisa ibicenca, de cuello abierto con cordones y unos pantalones de lino a juego. Parecía un Dios. Un cuerpo definido se adivinaba a través de la gran abertura y de repente, le pareció ver algo extraño. Un dibujo en su pecho. ¿Era un tatuaje? No era muy grande, parecían unas rayas justo encima del corazón. Como un símbolo.

—Está bastante bueno... —susurró Jesús en su oído.

Joder, joder. Pillado.

—No está mal —admitió.

¿Qué coño iba a decir cuando estaba prácticamente babeando?

—Parece que está un poco loco.

“Si tú supieras”, pensó agonizante.

Esa noche se quedaron hasta tarde bebiendo y bailando con la gente del hotel. El ambiente estaba animado, a pesar de que la mayoría eran parejas celebrando San Valentín.

—Felicidades chicos, viva el amor, ¿no? —dijo César ofreciéndoles unos chupitos.

—¡Gracias! —contestó Jesús con efusividad. ¿De dónde salía esa ilusión? ¿Acaso se había dado por aludido? Ellos no estaban lo que se dice enamorados, ni siquiera estaban encoñados. Pronto descubrió lo que ocurría. Su emoción era porque César le estaba buscando, y él quería ser encontrado. Deseaba saborear un poco de morbo tropical. Tuvo que soportar un tonto crónico desde ese momento, y una hora después, Jesús informó ladinamente que iba al baño. Cuando se quedaron solos, César le miró, y vio que tomaba una decisión peligrosa. Pasó por su lado destiñendo arrogancia, y siguió a su novio hasta los utilitarios.

Jorge se quedó con un palmo de narices.

¿Qué coño...? Dudó entre acudir a los servicios en busca de su acompañante infiel o largarse a la habitación, porque estaba visto que allí sobraba. Se decidió por esto último y Jesús apareció en la cabaña casi una hora después. Jorge se hizo el dormido, aunque imaginó que seguramente habría llegado bien servido y no requeriría de sus atenciones. Al día siguiente, se apuntó a una excursión de *snorkel*. Jesús le había advertido previamente que pasaba de ver bichos, así que fue él solo a la hora indicada al centro de buceo. La mala suerte quiso que César y Leo también se hubieran apuntado. Cada uno cogió su equipo, y durante el camino de ida y de vuelta en la lancha rápida hasta el punto de inmersión, Leo y él hablaron de fútbol y deportes. César estuvo callado. Fue perfecto, porque él tampoco tenía nada que decirle. El *snorkel* le relajó, le encantó estar cuarenta y cinco minutos viendo todos esos peces de colores, tortugas y tiburones pequeños. Al volver, les indicaron que lavaran los equipos y los dejaran donde los habían encontrado. César le dijo a Leo que se fuera, cuando una Zoe mimosa y preocupada por su pierna apareció. Volvían a estar solos.

—Anoche te fuiste pronto, ¿tenías sueño? —preguntó César desafiante.

—No, es que me pareció que sobraba.

—Tú nunca sobras —dijo César sin saber que esa frase había hecho pedacitos su alma. Una que estaba encerrada en un pozo a siete metros bajo su piel.

—¿Vais en serio Jesús y tú? —volvió a preguntar César.

—No —contestó él acercando la manguera a su equipo.

—Eso me pareció...

—Si, supongo que anoche te lo dejó bastante claro en los servicios.

Empezó a rociar agua con la manguera sobre todos los equipos con fuerza

queriendo cortar la conversación.

—Gracias —dijo César por limpiarlos.

—De nada.

Después fueron hasta la caseta a dejar el material en su sitio.

—Aún llevas el neopreno —le avisó César.

Jorge miró hacia abajo y vio que tenía razón. Se bajó la cremallera y sacó los brazos. No era fácil salir de esa prenda mojada, se le pegaba al cuerpo como una lapa, y de repente se dio cuenta de que César le estaba mirando haciendo un buen repaso de la mercancía. Sus ojos coincidieron y un segundo después estaba aprisionado contra el armario de los equipos. Al sentir sus labios, su sabor, y su mano en su cuello controlando perfectamente el beso, no pudo hacer otra cosa que continuarlo salvajemente. Pero cinco segundos después, se alejó de él y se fue de allí sin decir palabra. Todo aquello era malo, muy malo. Nada había cambiado, al contrario, había empeorado. Un malestar general volvió a instalarse en el centro de su pecho. Perder el control, desearle, dejarse vapulear por él con sus trucos como la noche anterior. Dominaba su mente, dominaba su cuerpo, y eso era lo peor que podía pasarle a alguien como él. Eso, y tener la sensación de que comerle la boca era la mejor puta sensación del mundo. Y hacer lo que te gusta está bien, es bueno para la salud, pero ese acto en concreto era venenoso, y no tenía el jodido antídoto. Esa noche se sentía descontrolado, veía a César y a Jesús hablar despreocupadamente como si nada, y cuando Leo aprovechó un momento para comentarle algo a César, Jorge no dudó en hacer su movimiento y convencer a Jesús para ir a dar una vuelta por la alguna playa cercana y oscura. La vegetación tapó la sodomización que tuvo a bien proferirle, porque instantes antes de abandonar el bar, unos ojos grises se habían clavado en él cabreados, y una extraña sensación placentera y maligna se había apoderado de su cuerpo. Una sensación horriblemente mala que intentó sacudirse de encima con sexo duro y violento. César había captado perfectamente sus intenciones, pero que se le iba a hacer, esa noche le tocaba a él.

Durante el desayuno de su último día completo, César se sentó a la mesa con desparpajo. Tenían una mesa grande asignada donde comían y cenaban todos juntos, sin embargo a medio día, cada uno iba por libre. Ellos tres eran los únicos integrantes de la mesa, al ser los primeros que habían llegado. Jesús se levantó al buffet por segunda vez, y César no perdió el tiempo.

—No pasó nada.

—¿De qué hablas? —preguntó Jorge indiferente.

—De hace dos noches, le seguí al baño, pero no ocurrió nada. Al ver que te habías ido, pensé que igual... te habías hecho una idea equivocada. Sólo hablamos.

—Ajá.

—¿No me crees?

—Creo que a estas alturas ya da igual, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que no te dio igual, pero no sé si te molestó por él o por mí.

—Lo que me molestó es que me besaras ayer en la caseta de los equipos

—dijo Jorge arisco.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada —respondió de manera automática.

—¿No pasa? —dijo César confundido.

Una sonrisa escapó de los labios de Jorge. Había cosas que nunca cambiarían.

—Es una forma de hablar. Sí que pasa, no vuelvas a hacerlo.

—¿Por Jesús?

—Entre otras cosas.

—¿Qué cosas?

Jorge le miró fugazmente diciendo: “Ya lo sabes”, porque justo en ese momento, Jesús volvió.

—Último día, ¿eh, chicos? ¡Habrás que aprovecharlo a tope! Y la noche también... —dijo echándole a César una mirada provocadora.

Los ojos de Jorge y César se cruzaron ante semejante indirecta, y tuvo que apartar la vista para no evidenciar lo molesto que le pareció. Puede que esa noche, cuando llevara tres copas, les diera permiso para follar a gusto. Total, tenía claro que iba a dejar a Jesús en cuanto pisaran territorio español. No por nada, sino porque su relación era un auténtico chiste malo con patas, si continuaba un día más a su lado, no le sorprendería que terminara disparándole un francotirador para que dejara de hacer el ridículo.

Tensiones sexuales no resueltas aparte, fue un gran día. Lo pasaron genial. Alquilaron motos de agua y dieron una vuelta completa a la isla central, que era en realidad, un volcán. Terminaron en una lengua de arena virgen cogiendo cocos de una palmera solitaria para abrirlos y comérselos.

Aprovechó para disfrutar con Naia, que estaba borracha de felicidad, era tan agradable verla así...

Esa noche hubo una gran fiesta en la playa. Hicieron una hoguera y pusieron música sublime. El personal del hotel les ofreció barra libre de una bebida local parecida al hidromiel que, según decían, tenía efectos mágicos. Debería haberse llevado un poco de esa sustancia para analizarla en comisaría, porque quién sabe qué tipo de drogas había en ella para que la noche terminara como lo hizo. Estaban borrachos, eso era un hecho, pero no tenía claro cómo acabaron los tres en su habitación a altas horas de la noche asaltando el minibar.

—¿Dónde está la botella de ginebra que había aquí? —dijo Jesús a todas luces ebrio.

—Te la habrás bebido —respondió Jorge.

—La tengo yo —dijo César enseñándosela.

Avanzó hacia él e intentó quitársela. Jorge se sentó en el sofá con su botellita de Jack Daniels y observó la función con mirada turbia.

—Si la quieres, cógela —dijo César insinuante bebiéndosela de trago.

Jesús se lanzó a sus labios sin pensarlo, dándole un morreo apoteósico. Después se deslizó hasta Jorge y comenzó a hacer lo mismo con él. César actuó rápido, fue hacia Jesús y le empezó a desabrochar el pantalón. Jorge y Jesús rompieron el beso, y nadie dijo una palabra. Jesús se reclinó hacia atrás en el sofá dispuesto a disfrutar de todo lo que quisieran hacerle. Y aunque la iniciativa de César le dejó sin palabras, el siguiente recuerdo borroso que tuvo fue ver la boca de Jesús en su polla subiendo y bajando mientras César se hundía en su novio con embestidas lentas y profundas. Sus ojos conectaron por un momento, ¿qué coño era aquello? Supuso que una mezcla entre deseo mal dirigido y alcohol peor destilado. Ellos no se tocaron mutuamente para nada, lo que se tradujo que para Jesús seguramente fue la mejor noche de su vida. Una buena historia para contar a sus nietos: la noche que fue objeto de una riña de poder por ver quién le follaba más fuerte. Al terminar, básicamente el chico se quedó en coma encima de la cama. Y Jorge desapareció en la ducha como Dios le trajo al mundo. Rezó para que César cogiera la puerta y se marchara, pero no tendría esa suerte. Lo que hizo el muy psicópata fue meterse en la ducha con él y no tocarle en absoluto esperando con templanza su turno para el agua caliente. Era una prueba. Una, que no pasó... Dos minutos después, le estaba besando como si no hubiera un

mañana y en otros cinco, tenía a César de espaldas fuertemente aprisionado contra la pared de mármol follándole violentamente en silencio, mientras le maldecía por obligarle a saborear otra vez una experiencia superior a todo lo que había sentido en su vida. Odiándole por llevarle de nuevo a un lugar al que nadie más era capaz de transportarle. Lamentando previamente las terribles consecuencias de practicar sexo con amor.

—Vuelve conmigo... —musitó César al terminar.

Jorge resopló y negó con la cabeza.

—¿Has visto lo que me haces hacer? Eres peligroso para mí. Haces que pierda el respeto por mí mismo... Me sigues manejando en tus manos, y no son unas manos seguras —dijo abandonando la ducha con una toalla en la cintura.

Aquello era una despedida definitiva. Tenía más claro que nunca que no podría soportar ese nivel de amor jamás. Era malévolo, cruel, perverso. Una jodida ilusión. Haberlo experimentado hasta ese punto ya era un milagro, pero no era algo que una persona como él aspirara a conseguir. Al cabo de tres días volvería a desaparecer, y él se volvería loco persiguiendo un espejismo. César supo ver en sus ojos lo que ese acto había supuesto para él: desconfianza ciega. Pero le arrancó un último beso cortándole el paso para dejarle clara su postura diciendo: “Aunque no sepa demostrártelo, te quiero, y siempre te querré”.

Volver a Madrid a la mañana siguiente fue duro, pero más duro fue el resto de la semana echándole de menos. Su cuerpo no quería asimilarlo, vivía un eterno mono, y su mente no podía dejar de pensar en él. Llevaba toda la semana escuchando la canción de Pulp Fiction, agonizando con ella, bañándose en su letra, pero esta vez, el mensaje de que hiciera caso a su instinto parecía gritárselo César:

Te quiero tanto...

*He perdido la cuenta de las diferentes formas en las que moriría por ti,
pero todos lo demás dicen que no soy bueno.*

*He sido un incomprendido toda la vida y sus palabras cortan,
pero no dejes que decidan por ti,*

¿acaso no sabes que pronto serás una mujer?

*Por favor, ven y cógeme de la mano,
pronto necesitarás un hombre*

Una tarde, buscó el símbolo que había visto tatuado en su pecho, eran dos triángulos abiertos como punta de flecha invertidos sosteniéndose en paralelo en uno de sus lados, parecía una runa, y cuando descubrió lo que significaba, estuvo tentado de llamarle y sacrificar su alma enferma de un amor suicida. Menos mal que no lo hizo. Tenía que encontrar a alguien nuevo, y a ser posible, que no se hubiera tatuado en el corazón su inicial en vikingo.

Leo abrió la puerta de la habitación de hospital y Zoe dibujó una sonrisa cuando le vio aparecer.

—¡Jorge!

—¡Hola! ¿Cómo está la mamá?

—¡Bien! Genial, fue un parto de libro, todo fenomenal.

—Fue alucinante —opinó el padre.

—Leo lloró más que el niño cuando lo sacaron.

—Gracias cielo —respondió contrariado.

—Es la verdad, eres muy mono.

Se dieron un casto beso cuando llegó hasta ella.

Acto seguido, Leo se dirigió hacia el nido y cogió un bulto envuelto en una mantita azul que pataleaba sin cesar.

—Hola cosita... papá ha vuelto —dijo cogiéndolo con maestría. Avanzó hacia él, y lo depositó en sus brazos despreocupadamente—. Cógelo —dijo soltándolo y esperando que él lo sujetara al momento. Jorge se asustó y lo cogió como pudo con los ojos muy abiertos. No recordaba que Leo estuviera tan loco.

—Yo nunca... he cogido un bebé —informó con miedo.

—Pues ten cuidado, se les sale la cabeza.

—¿¡Qué?! —exclamó Jorge con terror.

Leo empezó a reírse a carcajadas.

—No le hagas caso —terció Zoe mirando mal a Leo—. Lo estás haciendo genial, ¡ni siquiera llora! Esta mañana cuando lo ha cogido mi padre ha armado la de Dios. ¡Creo que le gustas!

Jorge miró al bebé, y éste le devolvió la mirada curioso. Era tan pequeño... ¿Cómo era posible que existieran humanos de ese tamaño?

—Manu, dile “hola” a Jorge —dijo Zoe.

Jorge se quedó en *shock*.

—¿Se llama Manu? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Sí, como mi abuelo.

—Mi hermano también se llamaba así... —murmuró impactado sin quitarle la vista de encima.

—Va a ser un *crack*, ya tiene locas a todas las enfermeras —añadió Leo orgulloso.

Jorge notó que el bebe parecía estar cómodo en sus brazos. Lo apretó un poco contra él y sentirle respirar accionó una sensación de protección máxima hacia lo más indefenso que nunca había tenido en brazos. Era increíble... Continuó mirándole con una seguridad que le dejó pasmado. Era como si supiera que le amaban y que iban a cuidar de él con confianza ciega. Era envidiable. No se dio cuenta de que la puerta se abría hasta que oyó su voz.

—No tenían bocadillos de jamón ibérico en la cafetería.... ¡¿Jorge?! —dijo César estupefacto.

Se giró, y al verle, casi se le cae el niño al suelo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó César confundido.

—Me lo he encontrado abajo —aclaró Leo, y enseguida le cogió al bebé de los brazos con una mirada cómplice de disculpa.

—Eh... ah... oye ¿quieres tomar algo? —le preguntó César ansioso.

Jorge no era capaz de contestar. Por alguna razón solo era capaz de pensar en una cosa.

Manu, Manu, Manu. Su hermano Manu... Es como si tratara de decirle algo, ¿pero qué?

—Tengo que irme —dijo Jorge de pronto—. Me ha encantado veros, y conocerle. Enhorabuena. Tengo que irme —volvió a repetir con prisa cruzando el espacio hacia la puerta. César le siguió.

—Jorge, ¡espera un momento! —dijo alcanzándole—, ¿estás bien? —preguntó extrañado analizando su rostro.

—No —contestó Jorge inseguro mirando al suelo con intención de huir.

César le cogió del brazo y le llevó a un rincón aparte.

—Me alegro mucho de verte, de verdad, ¿podemos tomar algo?

—No puedo, César —dijo Jorge cerrando los ojos y cubriéndose la nariz con las dos manos. Estaba sobrepasado en aquel momento. Sentía como si no tuviera filtro, le afectó sentir su contacto, hacía meses que nadie le tocaba, no había mantenido relaciones desde la última vez que estuvo con él.

—¿Qué te pasa?

—Todavía no lo sé —respondió Jorge sincero. Sus ojos intentando contener una inundación irrefrenable.

—¿Por qué no puedes hablar un rato conmigo? Por favor...

—Porque te quiero —dijo clavándole una mirada vidriosa.

César se quedó perplejo.

—¿Me... quieres?

—Sí, te quiero. —Jorge se tapó la cara con las manos—. Pero no puedo estar contigo ahora mismo. No puedo ¡de verdad! Y necesito que lo entiendas. Dijiste que siempre me querías, ¿no?

—Sí.

—Pues espérame... Tengo un problema serio César, y no eres tú. Soy yo el que necesita ayuda. No estoy listo, estoy mal, estoy... perdido... —dijo mirándole agónico apoyándose en sus brazos suplicando que le entendiera al apretárselos con fuerza—. Si me encuentro, te buscaré. Hasta entonces no puedo verte... porque si te veo, mi mundo estalla en mil pedazos, solo puedo quererte, lo ocupas todo, y yo me quedo sin nada... No sé si tiene algún sentido lo que digo o...

—Lo entiendo —cortó César con firmeza—. Lo entiendo. Vete. —dijo imperativo y seguro—. Vete, y vuelve a mí cuando estés listo. Te estaré esperando...

—No sé si algún día lo estaré, no sé si podré aprender a no estar solo... —dijo Jorge devastado mirando hacia abajo. Al volver a buscar sus ojos una lágrima surcó su mejilla. Los cerró lentamente mientras volvía a presionar sus brazos y se fue corriendo de allí sin mirar atrás.

César apoyó la espalda contra la pared y bajó la cabeza presionando con un dedo el punto medio entre sus cejas. Por fin le había entendido. Le daba miedo quererle porque nunca le habían querido, y no podía soportar esperar que le quisieran. No había sabido hacerle ver que lo que sentía por él era único e irrompible, y por algún motivo, presintió que jamás le volvería a ver.

LOVE ACTUALLY

Un año después

—¿Cómo está? —preguntó César divertido.

—Temblando como una hoja —respondió Axel burlón.

—El que no pensaba casarse —rió César.

—Es un bocazas..., ¡qué se le va a hacer!

—¿Cómo está la novia?

—Bellísima. Mucho más tranquila que él.

—¿Y el responsable de los anillos?

—En posición. Con Naia y Adriana en el primer banco de la iglesia. Todo en orden.

—Me gusta. Qué eficiencia.

—Mi mujer es una máquina, chaval.

—No me des lecciones, yo lo supe en cuanto la vi entrar por la puerta de la oficina —sonrió César.

La ceremonia comenzó y todo salió a pedir de boca. Axel se reunió con Naia en el primer banco para cuidar de los niños. El pequeño Manu hizo su intervención en el momento adecuado, dando pasitos hacia el altar vestido con un esmoquin. Era para verlo... Cuando los novios se besaron, la gente aplaudió y Axel besó a su mujer emocionado. Sus dos mejores amigos acababan de casarse.

—¡Tío Leo y tía Zoe se han casado, Diego! —le gritó Adriana a la tripa de Naia.

Axel acarició orgulloso la abultada tripa de seis meses de su mujer y recordó una conversación que tuvieron exactamente la misma noche de su boda en Bora Bora.

—Te quiero más que a mi vida —le susurró mientras se hundía en ella lentamente. Había pedido que toda la habitación estuviera llena de velas encendidas y de pétalos de rosa para darle una sorpresa cuando volvieran allí después de la celebración. Ella estaba perdida en el placer, como siempre le ocurría cuando se entregaba a él, pero cuando cambió de ritmo apoyando la nariz en su cuello le susurró: Te amo. Y supo que no podía quererla más.

—Quiero que dejes las pastillas anticonceptivas...

—¡Qué! ¿Lo dices en serio?

—Sí... en el fondo de mi ser deseé que no te bajara la regla después de Nueva York. Estuve todo el día chafadísimo hasta que reuní fuerzas para contestarte, y cuando te vi con Ander en brazos, supe que tener un hijo contigo sería increíble. Ya tenemos a Adriana, no me gustaría que se llevaran mucho tiempo... y ya oíste lo que dijo en casa de tu abuela.

—Yo... ¿Estás seguro?

—Completamente. Deja de tomarlas y llegará cuando quiera. Mientras tanto, no voy a dejar de intentarlo ni un solo día.

Ella se rió.

—Más te vale.

Y se fundieron en un beso. Su vida había dado un giro completo, y la estaba disfrutando más que nunca. Ella le daba ese brillo que siempre había buscado. Había tardado treinta y tres años en llegar, pero al fin lo había encontrado. Tenía lo que quería, lo que necesitaba, y era una sensación alucinante. Cuando meses después se quedó embarazada, se sintió el hombre más feliz del mundo.

Leo entró en la iglesia sonriente, saludando a todo el mundo, intentando ser solemne pero traicionado por el nerviosismo y la expectación de verla. Cuando Zoe apareció, aunque había jurado que no lloraría, no pudo evitar una capa húmeda en sus ojos. Ver a su hijo con traje avanzar por el pasillo central precediendo a la chica más guapa y alucinante del mundo, le dejó sin palabras. Le oprimió el pecho de felicidad y sus ojos se empañaron al momento. Era muy afortunado. Cuando la besó al terminar la ceremonia, una palabra retumbó dentro de él: MÍA. Era la misma que sintió el día que la

conoció, cuando la vio aparecer con Axel en la fiesta. Sintió un tirón en su interior incluso cuando ella todavía no le había visto. Sus ojos coincidieron y le sonrió de una manera, que su corazón dio un salto brusco y se hizo un esguince. Esa lesión nunca desapareció, y no empezó a curarse hasta que una noche, en una discoteca de Nueva York, ella le devolvió un beso. Un beso que él no había dado permiso para dar, fue su cuerpo, y en concreto ese órgano, el que le obligó a coger el toro por los cuernos después de tantos años. Se lo debía a la pitonisa de su hermana, que en ese momento le miraba complacida. Al terminar, todo el mundo se dispuso a salir de la iglesia, miró a lo lejos y reconoció al primero en abandonarla, alguien que no había llegado a sentarse, era Jorge. Agudizó la vista y se quedó petrificado cuando vio de quien había venido acompañado a la boda.

—La hostia...

César estaba indignado. En buena hora había aceptado participar en las tareas de la boda, pero hacía meses que había dejado de ser el rarito del grupo, y debía hacer esfuerzos por comportarse como una persona normal. Cogió varios paquetes de arroz y de pétalos y comenzó a repartirlos entre la gente como si fuera de vital importancia rociar a los novios con cereales y flores muertas. No lo entendía, y por mucha terapia que hiciera, sospechaba que no lo entendería nunca. Siguió repartiendo los dichosos paquetitos, y al terminar guardó la cesta donde venían en el maletero del coche nupcial. Tenía las llaves porque había aceptado el honor de ser chófer por un día. Otra labor social. Bego, su psicoterapeuta, insistía en que cuanto menos se aislara mejor. Cuantas más cosas hiciera por los demás en vez de evadirse en un rincón, mejor, así que ese día tenía un montón de misiones y la más importante, mantener la calma cuando viera a Jorge. Sabía que estaba invitado y que había confirmado su asistencia. Cada vez que le había visto desde el catastrófico (y torpe por su parte) día de Navidad, su cuerpo luchaba por entrar en fase como si de un licántropo se tratara. A veces se bloqueaba, otras solo podía rogarle, otras se transformaba en el Mr. Hyde del sexo duro, y en otras simplemente, era de lo más complaciente. Como la última vez que le vio. Había llegado el momento de dejarle libertad. Creía en el dicho: "déjale libre, y si vuelve a ti, será tuyo para siempre", pero no lo había hecho, y a esas alturas, ya había perdido toda esperanza. Es más, venía a la boda acompañado, y se lo habían advertido para que no montara un número. Pero

él ya no era así. Ahora podía dominar mejor sus sentimientos y sus miradas de lunático. Había intentado conocer a alguien un par de veces ahora que, gracias a Begoña había mejorado mucho cuando de emociones se trataba, pero no había encontrado nada ni remotamente parecido al amor, y de algún modo, sabía que nunca lo haría. Por eso, cuando todavía era un psicótico, se había tatuado su inicial en el corazón. En otro idioma, de acuerdo, pero era mucho más estético y discreto. Fuera como fuera, sentía que se lo debía todo a Jorge, y bien merecía la pena recordarle de por vida. Gracias a él era la persona que era ahora. Había aprendido muchas cosas, pero su prueba de fuego sería verle ese día, porque era la única persona capaz de hacerle sentir al doscientos por cien del potencial de sus emociones. Sin embargo, no estaba listo para lo que de repente se encontró de frente.

Era Jorge, insultantemente guapo con traje y corbata negros, camisa gris, y pelo efecto mojado. Casi pudo sentir cómo sus pupilas se dilataban al verle, pero no estaba solo. Colgando, en una mochilita mirando hacia delante, había un bebé de menos de un año emocionado mirando los vestidos de colores que acertaba a ver desde su privilegiada posición.

—Hola —saludó el poli con una sonrisa relajada.

Menuda terapia de mierda. Tenía un bloqueo de tres pares de cojones.

—¿Cómo estás? —insistió Jorge acercándole un dedo a la niña, el cual agarró al momento. Era su viva imagen... ¡Era suya!

Jorge se rió de su cara de alucinado.

—Saluda a Noa —dijo orgulloso.

—Hola... —logró decir César consternado.

La niña le miró y le sonrió al momento con sus únicos dos dientes de la fila inferior. César le devolvió la sonrisa en un acto instintivo, y por fin volvió a mirar a Jorge.

—Es preciosa. Y es clavada a ti.

—Gracias.

—¿Cómo...? ¿Cuándo...?

—Pues en realidad fue tu madre la que me dio la idea, hasta ese día no sabía que existían los vientres de alquiler...

—Es... ¿solo tuya? —preguntó César esperanzado.

—Sí.

—¿Estás soltero?

—Sí —sonrió Jorge sin ocultar que le había hecho gracia la pregunta.

No entendió esa risita. Conclusión: No estaba curado. Seguía estando como una regadera. Puede que estuviera listo para el resto del mundo, pero no para él.

—Tengo que hacer un par de cosas antes de que los novios salgan de la iglesia —dijo César apurado—. ¿Hablamos luego? —preguntó nervioso.

—Claro... ¿quieres que te ayude a algo? —preguntó solícito.

—Eh... no, tranquilo. ¡Nos vemos luego!

César huyó de él con el corazón desbocado.

Por Dios... ¿Es que ese hombre nunca iba a dejar de afectarle?

Terminó de hacer sus labores y después se encargó de llevar a los novios hasta la finca del banquete en el coche nupcial. Al llegar allí, buscó a Naia entre los invitados.

—¡Ahí estás! —le gritó—. ¡¿Cómo has podido ocultarme una cosa así?!

—Un segundo, ¿de qué me hablas? —preguntó Naia confundida.

—¡De que Jorge tiene una hija!

Naia se mordió los labios e intentó no sonreír.

—Lo siento. Quería decírtelo él... yo...

—¿Y cuándo pensaba hacerlo? ¡¿Cuando la niña hiciera la primera comunión?!

Naia se rió, pero intentó moderarse ante su expresión asesina.

—César, lo mejor es que lo hables con él.

—¡No puedo! Todo el mundo piensa que ahora estoy cuerdo, que la terapia ha sido un éxito, y es verle y vuelve el bloqueo, las taquicardias, ¡todo!

—César, esas cosas son normales cuando te gusta alguien —sonrió Naia con cariño—, eso no significa que sigas teniendo problemas de ansiedad, solo significa que te gusta.

—Que me gusta... —repitió César lentamente.

—Sí, te gusta —sonrió Naia feliz.

—Me debe de gustar mucho...

Naia se rió.

—¿De qué te ríes? Me pone nervioso no saberlo...

—De que eres muy gracioso.

—¿Yo? Se nota que no me has oído contando chistes...

—César —dijo cogiéndole firmemente la cara—. Tranquilo, todo irá bien. Diviértete.

—Vale... Traidora —susurró al irse. Ella volvió a reírse, y si no fuera porque estaba embarazadísima pensaría que estaba borracha.

Una hija. Dios. No sabía cómo tomárselo. No entendía por qué, pero al cabo de dos segundos ya la adoraba, y eso que a él los niños generalmente le daban pánico, ¿sería algo genético? ¿La fijación que tenía por su padre era extensible al bebé?

Le localizó entre la gente. Estaba para mojar pan... y más con la mochila del bebé puesta. Es como si fuera irresistible... ¡Dios mío! ¿Acaso tenía instinto maternal? Debería llamar a Begoña urgentemente para hablar en serio de un posible caso de personalidad múltiple.

Jorge se giró y le vio.

—Hola otra vez —saludó acercándose a él.

—Hola —sonrió como un imbécil. “Serás imbécil”.

—Vaya, se ha quedado dormida —dijo César.

—Sí. Quería ir al coche a por la sillita, no he querido sacarla antes porque con tanta gente es un follón pero... estará más cómoda para dormir. ¿Me... acompañas a buscarla?

—Claro.

Cuando llegaron al coche, Jorge abrió el maletero y montó el carro en un santiamén.

—Eres un experto...

—A la fuerza —sonrió—, si no fuera por la mochila no sé cómo lo haría... se necesitan dos manos libres para todo.

—Puede que con ayuda... —sugirió César.

Jorge se tensó visiblemente, pero luego sonrió.

—¿De dónde ha salido Noa, Jorge? —preguntó César desconcertado rindiéndose a su curiosidad—. ¿Puedo preguntártelo?

—Acabas de hacerlo —sonrió el poli—. Sí, aunque no lo creas todo comenzó el día que conocí a Manu, el hijo de Leo y Zoe. Se llamaba igual que mi hermano... me miró y sentí algo completamente nuevo. Entonces entraste en la habitación y todo me superó un poco... —explicó vergonzoso.

—¿Sentiste algo nuevo?

—Sí. Sentí que un hijo me daría todo lo que siempre he deseado. No volver a estar solo nunca más, proteger a alguien a quien amas por encima de todo... me di cuenta de que en un bebé se aunaba la máxima expresión de mi filosofía, “para que otros sobrevivan”. Vivo por y para ella, y tranquiliza mis

demonios saber que es algo para siempre. Ahora somos una familia —sonrió lleno de bienestar.

—Te veo muy feliz.

—Me vuelve loco, pero me tiene enamorado. Es... no tengo palabras. Además es buenísima. Lleva unos días enfadada conmigo porque ha empezado a dormir en su propia cama, pero ya se le está pasando —sonrió.

César estaba anonadado. Esas palabras... “No volver a estar solo nunca más”, “me tranquiliza saber que es para siempre”, se colaron en su corazón como si sanaran todas las dudas de que alguna vez le hubiera querido. Jorge se había alejado de él porque le quería y no podía soportar sentir que no era su prioridad. Su locura se imponía a él constantemente, entendía que pensara que no era seguro ofrecerle todo su corazón dados sus cambios de conducta. Ahora lo entendía, y ahora podía asegurarle que normalmente tenía pleno dominio de sus emociones, aunque con él temblaran un poco, pero tenía las cosas claras y nuevos conceptos aprendidos de cómo tratar y cómo no tratar a los demás. Y después estaba esa sensación en las manos... necesitaba abrazarle. El rictus de su cara se había convertido en algo que siempre le gustaría tener cerca, y todo gracias a Noa. ¿Cómo iba a hacerle ver que él había cambiado, pero el amor que sentía por él no había desaparecido ni lo haría nunca? Bora Bora había sido el punto más alto de su estado maniaco. Cuando supo que estaba saliendo con alguien en serio, le faltó muy poco para hacer una locura. Pero una vez le dijo que eso le decepcionaría mucho, y él no quería decepcionarle, quería recuperarle, así que fue a Tahití a intentar demostrarle que estaban hechos el uno para el otro, sin importar la manera, pero estando allí se dio cuenta de que las formas en las que lo había hecho no eran las más adecuadas. No tenía más que verle la cara a Jorge durante el viaje de vuelta para entender que con su actitud estaba condenando lo que tenían a lo más bajo. Un punto en el que el amor es tan dañino como una droga dura, lo necesitas de la misma manera, porque estás completamente enganchado, pero debes alejarte de él porque sabes que acabará destruyéndote. E igual que un yonki, él había aprendido que el amor que sentía por Jorge era algo con lo que tendría que convivir todos los días el resto de su vida. Sin embargo, ahora que le tenía delante, no podía evitar sentir que era algo bueno, sano y por fin, normal.

—¿Me ayudas? —preguntó Jorge acercándose a él.

—¡Sí! Dime, ¿qué hago? —respondió César servicial, poniéndose

nervioso por notar su proximidad.

—Sujeta a Noa por los brazos, yo desconectaré los cierres y podrás sacarla. Apóyatala en el pecho mientras me quito la mochila.

—Vale...

Se miraron a los ojos y César sujetó a la niña. Jorge soltó las clavijas y él procedió a colocársela encima. La niña se adaptó a su pecho masculino como un guante, apoyando la mejilla y las dos manitas como si estuviera abrazando un lugar conocido y querido. César percibió al momento un efecto que muy poca gente lograba en él siendo un desconocido. Aceptación. Lo tuvo con Naia, lo tuvo con Jorge, y ahora, lo había sentido también con su hija. Tampoco le incomodó en absoluto su contacto, al contrario, subió la mano hasta su cabeza sujetándola más contra él y rozó sus labios con su cabecita aspirando su aroma, que era en su opinión, completamente adictivo. Dio un par de pasos con ella, disfrutando de sentir su peso en sus brazos y deseó no tener que soltarla todavía.

Jorge había colocado el carrito en posición horizontal y le miraba extasiado. El tiempo había pasado, el dolor se había esfumado, y solo quedaba un sentimiento de afecto inconmensurable. Sentir que por mucho tiempo que pasara entre ellos siempre sería así, le hizo feliz.

—Cuando quieras me la pasas —dijo Jorge con una sonrisa orgullosa.

—Es... reconfortante sostenerla mientras duerme —dijo César vergonzoso por su apropiación indebida—. Toma.

Se juntaron bastante para pasarse a la niña y a César le llegó la fragancia de su colonia. Era la misma que llevaba el día que le invitó a cenar a su casa cuando aprobó el examen físico, y se le puso la piel de gallina. Recordó vagamente cómo le había asaltado nada más cerrar la puerta sin poder evitarlo, y deseó poder volver a hacerlo, pero no podía, debía ser normal.

Volvieron a la boda, y Naia les informó que podían dejar el carrito al lado del de Zoe, pues el pequeño Manu también estaba dormido.

Todo el mundo se alegró de ver a Jorge, pero estaba seguro de que nadie tanto como él. Brillaba con luz propia. Estaba accesible y contento, y por nada del mundo querría que eso cambiara haciendo un movimiento amoroso no autorizado. Sin embargo, habló con él largo y tendido de su estancia en Ávila, de todo lo que estaba aprendiendo y de sus impresiones. Se rieron de los tejemanajes de la escuela y de profesores que llevaban allí toda la vida. Era estupendo estar con él... ¿Podría al menos tenerle en su vida como

amigo? ¿Sería posible? Él le contó su experiencia de buscar a Noa paso a paso, y los múltiples viajes que había hecho a Estados Unidos hasta que nació. También dejó caer con guasa que su vida social a partir de aquel momento, se había reducido a cero.

—¿Salimos un rato al jardín? —le preguntó Jorge poco después de comenzar la barra libre. Los niños estaban siendo atendidos por personal especializado, que tomó control sobre ellos en cuanto empezó el banquete.

—Vale —contestó César con timidez. Recordó la última vez que se había abalanzado sobre él a destajo para besarle en la caseta de material acuático. Estar solos era peligroso, pero debía controlarse. No podía hacerlo otra vez aunque se estuviera muriendo de ganas, no iba a arriesgar una posible amistad con él.

—Naia me dijo que te había ido genial con tu psicoterapeuta... —comenzó Jorge—. Me alegro mucho por ti.

—Sí... —contestó César cohibido—. Hace ya tiempo que no me vuelvo loco...

Jorge sonrió.

—¿Eres feliz? Tu vida social es... ¿plena? —preguntó el poli cauteloso.

—Sí, bueno... yo... supongo que estoy bien.

Habían llegado a una zona *chill out* tranquila, con sofás blancos, cojines y mesas bajas que emitían luces de colores tipo led. Jorge apoyó su copa en una mesa y se sentó en un sofá doble. César trató de luchar contra su buen juicio para tomar asiento, tenía que haber elegido cualquier otro de los dos sofás individuales vacíos, pero finalmente se sentó a su lado para compartir sofá. Necesitaba estar cerca de él, aunque sabía que cuanto más cerca, más difícil sería resistirse.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó Jorge tranquilamente.

—Eh... no. Con nadie en serio...

Jorge sonrió y bebió de su copa.

—¿Y tú? Salta a la vista que estás genial, pero la última vez que nos vimos me dijiste que estabas un poco perdido... —se atrevió a decir César.

—Sí, estaba perdido... en ti.

No pudo mover ni un músculo. “Parpadea. Sé normal. Respira”. ¡Tenía que reaccionar! Tenía que demostrarle que había dejado de ser un robot, pero no podía. Esa frase... ¿Significaba lo mismo que cuando la dijo él en su día?

Jorge sonrió vergonzoso.

—Estaba perdido y Noa me encontró... —explicó complacido—. Ahora es mi razón de vivir. Por fin he podido entregarle todo mi corazón a alguien, y eso me ha traído mucha paz para poder afrontar el hecho de tener una relación amorosa con otra persona...

César tragó saliva.

—Nuestro amor no fue suficiente para darte esa paz... yo no supe dártela —reflexionó César.

—Nuestra relación surgió en un momento de nuestras vidas que... admitámoslo, fue determinante. Yo perdí a Naia, lo que desembocó en un miedo atroz a volver a estar sólo. Tú tuviste que lidiar con tu sexualidad y eso tampoco es fácil de asimilar... Todo fue muy deprisa... y después Leo tuvo el accidente. No podía salir bien... un amor tan especial en medio de todo aquello... buf

—Es cierto. Estábamos condenados al fracaso —bromeó César melancólico, pero en seguida se puso serio—. Yo estuve mal durante mucho tiempo... el viaje a Bora Bora fue...

—Sí... —le cortó Jorge. Vio en sus ojos que para él era un tema zanjado en el que no querías volver a pensar.

—Supongo que hay que tocar fondo para impulsarse y volver a subir... —analizó—, al menos eso dice Bego...

—Sí —dijo Jorge mirándole con un brillo indescifrable en los ojos.

¿Era anhelo? ¿Era una señal? Porque él había mejorado, pero nunca sería un experto ni en enviarlas ni en recibirlas. Se mordió los labios deteniendo sus impulsos de besarle con una ternura capaz de dormir en brazos a un gremlin hambriento en una noche lluviosa.

—¿Quieres ser mi amigo? —preguntó César de repente.

—¿Qué? —dijo Jorge con una sonrisa alucinante. Se acercó más a él como si no hubiera podido frenar ese movimiento. Sus rodillas se rozaron.

César miró hacia abajo y volvió a morderse los labios. Al volver a mirarle, la diversión en la cara de Jorge era patente, aunque estaba mezclada con otra cosa... ¿qué era? Fuera lo que fuera, estaba a punto de volverle loco de nuevo.

—Si no hemos sido amigos hasta ahora, es por algo —dijo Jorge tranquilamente.

—¿Por qué?

—Déjame demostrártelo empíricamente, para que lo entiendas —dijo

acercándose a él lentamente. Subió una mano hasta su cuello y le miró dándole tiempo a que lo asimilara, cuando estuvieron indecentemente cerca, rozó sus labios y abrió su boca introduciendo la lengua con suavidad para recibir la caricia de la suya. Sintió que flotaba, era demencial. El beso se volvió más denso y saboreó sus labios como mil veces había soñado hacerlo durante aquel año y medio.

—¿Te ha quedado claro? —susurró Jorge en su boca.

—Cristalino.

—Nunca he dejado de quererte. Ni un solo día —confesó Jorge.

—Yo tampoco. Creo que me enamoré de ti la primera vez que me dijiste que tenía la sensibilidad en el culo —sonrió—. Antes no sabía lo que era el amor, pero ahora lo reconozco muy bien, es parecido a recibir un palazo en la cabeza.

Jorge se ríó, pero volvió a ponerse serio.

—Ahora Noa forma parte de mi vida...

—Entonces es una suerte que me haya robado el corazón —dijo César acercándose de nuevo a sus labios.

—Sí, tiene a quién salir —contestó Jorge en sus labios volviendo a besarle apasionadamente.

EPÍLOGO

Cinco años después

No podía creerme lo que estaba ocurriendo. ¿Qué tipo de padres éramos?

—Axel, por Dios...

—La culpa es tuya —maldijo él en su cuello—. Te pones estos vestiditos con la única finalidad de hacerme perder la compostura.

Me reí traviesa. Tenía razón, pero me encantaba hacerme la estrecha y tratarle de loco.

—Es la comida de comunión de Adriana, ¿cómo se te ocurre arrastrarme al baño de minusválidos? ¡Somos los anfitriones!

—Muy sencillo. Voy a quitarte las ganas de rozar tu culo contra mi polla mientras hablo con el cura, o a guardarte esas manos largas que andan por debajo de la mesa mientras mi madre me ajusta la pajarita —dijo subiéndome el vestido hasta la cintura—. Joder... siempre me haces lo mismo —dijo aspirando mi olor y pegándose a mí mientras se desabrochaba el pantalón.

No podía evitarlo. Cuando me sentía tan feliz como aquel día, me encantaba llevarle al límite y acabar follando en algún lugar inhóspito. Me apoyé contra la encimera de mármol del lavabo y dejé que me lo hiciera con fuerza desde atrás. Era brutal. Nuestra conexión seguía siendo la misma o mejor que cuando nos conocimos, y de algún modo, nos habíamos vuelto mucho más perversos.

La comunión de Adriana era la primera de muchas que vendrían. La celebrábamos en un palacete que tenía una magnífica terraza en la parte de arriba, y cuando llegó la hora de los cafés subimos todos para recordar viejos tiempos.

Vi aparecer a Jorge y a César. Estaban unidos por dos dedos en forma de gancho. Jorge arrastraba a un César perdido en sus pensamientos y se detuvo frente a la barandilla fijando la vista en su hija que jugaba en un columpio en el patio inferior. Nunca dejaría de ser un guardián. Un protector con cada una de las personas que le importaban. Desde el día de la boda de Leo y Zoe no se habían vuelto a separar. César iba de lunes a viernes a Ávila, aún le quedaban unos meses en la academia, pero volvía a su casa el fin de semana. Cuando César consiguió graduarse con honores, vendieron sus pisos y compraron otro cercano a la comisaría donde ambos trabajaban. Era un secreto a voces que vivían juntos y tenían una hija en común. César solía pasar de las miraditas indiscretas, sobre todo cuando Jorge tomó cartas ante su incomodidad inicial:

—A la gente que tenga dos dedos de frente no le va a importar un pimiento lo que hagamos de puertas para adentro, y el resto, al que no le importa es a mí.

En una ocasión le pregunté a Jorge por qué no había buscado a César meses antes de la boda de Leo, ya que yo misma le había dicho que estaba listo, que había pegado un cambio sustancial y estaba superando sus problemas psicológicos. Me contestó que quiso esperar hasta esa fecha porque según él, el día que tuvo claro que quería volver con César, le embargó una ilusión que no quería perder por nada del mundo. Necesitaba tiempo para hacerse a la pequeña Noa, crear un vínculo con ella, sanar su alma cada día que pasaba y también quería darle tiempo a César para que intentara vivir sin él, huir de su amor si quería, pero en el fondo, sabía que le estaba esperando y que lo haría hasta que volvieran a encontrarse. Lo más gracioso es que Noa había salido totalmente a César, era una niña especial, tan lista, que a veces me daba un poco de miedo, igual que su padre.

La mayor sorpresa fue cuando Noa cumplió tres años, esa niña ya hacía las delicias de sus abuelos por parte de César. La situación se acabó normalizando con ellos, pero fueron los padres de Jorge los que aparecieron en la puerta de su casa el día del cumpleaños de su hija. Hacía tiempo César les había localizado y les había mandado cartas a espaldas de Jorge

informándoles de que tenían una nieta. Y se volvieron tan locos que no le dieron importancia al hecho de que la niña tuviera dos padres. La reacción de Jorge al contárselo fue apocalíptica, pero César tenía una carta en la mano en la que había una frase que obraría milagros: “Perder a Manu fue malo, horrible, nos sumió en una depresión infinita, pero perderte a ti en vida, fue peor” Por lo visto llevaban años buscándole totalmente arrepentidos de sus actitudes cuando todavía eran jóvenes y estúpidos. Solían visitarles de vez en cuando desde entonces. Siempre creí que tener a Noa le había brindado la oportunidad a Jorge de permitirse querer a César, pero este se encargó de demostrarle, rescatando a sus padres del olvido, que nada estaba por encima de ellos, ni siquiera su oscuro pasado.

Leo y Zoe aparecieron por la puerta del ascensor que daba a la terraza. Venían riéndose como antaño hacían cuando se contaban sus chistes privados en las fiestas. Leo palmeó la espalda de César al llegar junto a ellos, y Zoe se asomó al balcón al igual que Jorge. Habían seguido en CXL un tiempo, pero ambos acabaron comprando y remodelado una antigua discoteca, que hoy en día era una de las tres más punteras de todo Madrid. La gran inversión que hicieron en ella les salió redonda, y ni siquiera llevaban la dirección de la misma, solo absorbían beneficios netos. Tenían más proyectos en mente, pero llevaban un par de años relajados, viviendo tres meses al año en un lugar del mundo, conociendo sus costumbres, disfrutando de la vida y criando a su hijo Manuel con ellos. Decían que querían aprovechar el tiempo hasta que a los seis años empezara primaria. Todavía no se habían decidido a aumentar la familia, era algo a lo que no cerraban la puerta, pero lo cierto es que el pequeño Manu era suficiente para ellos. Era un niño hiperactivo y siempre estaba haciendo alguna travesura. En vez de tener la mitad de picardía de cada uno de sus padres, parecía que tenía ambas partes al completo. Era un todoterreno, y Jorge siempre decía carcajeándose que era por el nombre que le habían puesto, porque su hermano era igual.

—Puede que tenga razón... mi abuelo estaba loco de atar... —razonó Zoe preocupada.

La vi intentando localizar a la bestia parda que había parido, porque no se fiaba ni un pelo de él. Leo se acercó por detrás y le dijo algo al oído que la hizo reír y besarle mimosa. Axel no podía estar más feliz por ellos. Un día me confesó en secreto, que siempre había deseado que pasara algo entre ellos

¡desde el primer día! De hecho la noche que se conocieron, llamó a Leo para decirle aquello y asegurarse de que no se separaba de ella para ir a ligar con otras, sin saber que ya se estaban dando el lote a lo loco en ese momento. Me acerqué a ellos y vi a los niños en la zona de juegos de la finca. Estaban todos allí.

Adriana y Martina, que eran las mayores, estaban en un banco sentadas comiendo golosinas.

Diego y Manu estaban jugando con una pelota a hacer regates, eran como hermanos, se estaban criando juntos, quizá por eso también Leo y Zoe no tenían la necesidad de tener más hijos. Se tenían unos a otros porque nosotros nos habíamos encargado de ello viéndonos a menudo.

La pequeña Noa observaba tanto a Adriana y a Martina como a Diego y Manu, intentando estar en todos los ajos a la vez, y por último, un Ander solitario se balanceaba en el columpio alegremente. Eran un grupo de niños de entre nueve y cinco años. Puede que ahora acusaran diferencias, pero dentro de quince o veinte años, apenas las notarían.

Axel apareció. Había estado hablando con el encargado del restaurante, pues era un lugar interesante con el que colaborar, por eso había decidido hacer allí la comunión de Adri. Me echó una mirada que evidenciaba estar reviviendo lo que había sucedido hacía una hora en los lavabos, y yo le correspondí juguetona.

—¿Cómo están las fieras? —preguntó cuando vio que todos estábamos mirando a los niños.

—Bien —contesté.

—¡Noa! —vociferó Jorge para que la niña le escuchara—. Apártate un poco o Ander te terminará dando con el columpio en la cabeza.

La niña se quitó de en medio y chocó con una maniobra que en ese momento hacía Manu. Ella cayó al suelo, y él perdió la posesión del balón.

—¡Noa! ¡Siempre estás en medio! —se quejó enfadado.

—¡Me has empujado! —gritó la niña—. ¡Eres tonto!

—¡Y tú eres fea! —contestó malhumorado.

Diego paró el juego con el pie encima de la pelota y se acercó a Noa. Se agachó y la ayudó a levantarse.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí —dijo ella frotándose el culo.

—Ten cuidado, somos unos brutos —le sonrió con cariño.

Ella le devolvió la sonrisa agradecida.

—¿Seguimos jugando o qué? —gritó Manu malhumorado—. ¡Vamos lanza! Noa, piérdete un rato, ¿no hay ningún bicho que quieras examinar por ahí?

Ella le puso mala cara.

—¡Tú si que eres un bicho! —dijo antes de darse media vuelta e irse.

—Eres muy pesada —dijo Manu intentando quedarse con la última palabra y mirando de reojo a Martina y Adriana algo avergonzado.

—Manu, para ya, Noa es mi amiga —dijo Diego lanzándole la pelota.

Manu se calló y continuó jugando.

En ese momento, Ander se lanzó queriendo caer de pie al salir disparado del columpio, y terminó rodando por el suelo.

Adriana fue corriendo a socorrerle y le levantó con cuidado.

—¡Ten cuidado, Ander! Podrías hacerte daño.

—Gracias —dijo él cohibido.

Ella le frotó el pelo y le dio un beso en la cabeza.

En ese momento, Isa y Fernando aparecieron en la terraza.

—¿Qué miráis?

—A los niños —dijo Axel.

—Como no los separemos vamos a acabar siendo familia —le dije a Jorge pizpireta—. ¿Has visto como mira Diego a Noa?... esa mirada es la misma que pone su padre cuando...

—No sigas por ahí —advirtió Jorge.

—¿Y cómo mira Manu a Martina y Adri? —añadió Axel con guasa.

—Joder sí —rió Leo—, en unos pocos años se estarán matando a pajas pensando en ellas.

—Una palabra más... y vas abajo. —Amenazó César.

—Perdón —sonrió Leo—. Tranquilo papi, todavía son pequeños, pero cuando lleguen a la pubertad no estarán a la vista, sino en el guardarropa o en el baño de minusválidos haciendo Dios sabe qué... —explicó Leo.

Axel tosió disimuladamente y yo sonreí. Por supuesto... La vida se abre camino —igual que en Parque Jurásico, valga el frikismo—, y en aquel grupo ya estaban designados los amigos y los enemigos.

Me giré hacia Axel y le abracé aspirando su fragancia de los eventos, y que Dior me perdone, pero él era más adictivo.

SOBRE EL AUTOR

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Master en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente vive con sus hijas y su marido en Zaragoza.

Lectora acérrima del género romántico en todas sus versiones: contemporáneo, juvenil, histórico, y policial. Devoradora de series y películas, y adicta a la salsa boloñesa.



www.ladyfucsia.com



Lady Fucsia

Copyright © 2017 Anny Peterson

All rights reserved.

ISBN: 1544253249

ISBN-13: 978-1544253244